

# ***El verano de la lluvia***



MARÍA HERREROS

**EL VERANO  
DE LA LLUVIA**

María Herreros

# 1

## SOLEDAD

Callada y cansada. Así se sentía Soledad. Un poco de ansiedad, una pizca de añoranza y quizás un tanto de tristeza completaban un coctel peligroso para alguien con antecedentes suicidas como ella. Sentada en el patio de atrás contemplaba el limonero viejo. Se identificaba con sus ramas secas y sin frutos. No recordaba si lo habían plantado sus padres cuando compraron la casa o ya venía incluido en el lote. De pequeña, con apenas dos años, se habían cambiado de pueblo y habían recalado en esa población perdida y fronteriza. Una parte de su historia estaba incompleta. Nunca supo los motivos del cambio y ella apenas tenía imágenes confusas e inconexas de esa vida anterior. Ni siquiera sabía el nombre del lugar en el que había nacido. A veces se preguntaba si el hecho de haber perdido una parte de sí misma, lo que no conseguía recordar, le había influido tanto en sus actos hasta llevarla al punto a la deriva en el que se encontraba.

— ¡Soledad! ¿Se puede saber qué haces?

Su madre, otra vez. ¿Es que no podía dejarla un momento tranquila?

— ¡Ya voy madre! —gritó. Se levantó lentamente, sin ganas.

Era alta y espigada. Sus huesos finos le daban un aire de fragilidad, que se veía multiplicado por sus ojos avellana huidizos y ausentes. Su belleza era tranquila pero por lo mismo arrolladora. El pelo le caía desordenado y largo hasta más abajo de la cintura. Negro como el azabache, enmarcaba un óvalo blanco con una nariz minúscula y unos labios carnosos pintados de sangre. Por donde pasaba las miradas de todos los hombres caían sobre ella, inconsciente de su gran atractivo. Nunca le habían interesado los hombres, no por gustarle las mujeres, simplemente porque nunca encontró uno que le llamara la atención. Con el tiempo llegó a convencerse de que no estaba hecha para el amor y se resignó a tener muerto el corazón. Siempre pensó que en el momento adecuado buscaría un buen hombre que le diese hijos, pero sin las complicaciones de la pasión. Sólo una relación de compañeros, fraternal y amistosa. La muerte de su padre y la posterior enfermedad de su madre la marcaron. Ahora, con 30 años, se sentía atada con lazos invisibles pero

poderosos a una anciana que la insultaba y la maltrataba, sin dolor en el cuerpo pero con el alma rota.

— ¿Qué hacías?, ¡Seguro que comportándote como una puta! —susurró su madre en un tono apenas audible —¡Todas sois iguales!, ¡Putas, zorrassssssss! —aulló, elevando el tono hasta el total de su capacidad pulmonar. —¡Putas, putas, putas! —y el tono fue cayendo hasta convertirse en un lamento sordo que se ahogaba en su garganta.

Soledad, la miró resignada, reconociendo a la madre que la crió. Hacía ya tiempo que le resbalaban los insultos. En el pueblo todos conocían esa faceta de su progenitora, ya que había sido imposible evitar que el vecindario escuchase sus gritos atronadores llenos de infundio. Se había cagado encima, así que tuvo que coger una palangana, llenarla de agua enjabonada y restregar el cuerpo flácido, mohoso y carcomido de su madre. Cuando terminó, le dio de comer la habitual papilla y la dejó acostada. Se durmió enseguida, y así dormida descendía de demonio a ser indefenso y tranquilo.

El suyo era un pueblo triste. En sus calles se respiraba un olor marrón con pinceladas ocres al que el olfato jamás conseguía acostumbrarse. Un tufo suave pero persistente que llegaba del vertedero cercano. Las casas, empinadas en los cerros pelados, mostraban el deterioro de algo que nunca fue mejor. Los muros de piedra llenos de parches y la tierra sin asfaltar clamaban una atención que nadie les prestaba.

Era cerca de mediodía cuando Soledad se dirigió a la casa del médico. Llamó suavemente con los nudillos. Nunca le había gustado utilizar los llamadores pues le resultaban obscenos, demasiado duros y fríos para solicitar entrar en casa ajena. Le abrió Sagrario, la sirvienta del médico. Una anciana de edad indescifrable, llena de arrugas y con una verruga enorme y negra en el centro de la barbilla. Andaba encorvada y al mirar a la visitante tuvo que taparse los ojos blancos de cataratas con una zarpa raquítica.

— ¿Sí? ¿Qué se le ofrece?

— Doña, dígame al doctor que mi madre se ha puesto peor.

— ¿Quién eres tú? No te veo bien.

— Soy Soledad, la hija de Dolores.

— ¡Ah! ‘La Flaca’.

Soledad se seguía sorprendiendo cada vez que alguien utilizaba ese calificativo para dirigirse a ella. Cuando tenía unos quince años escuchó una

canción que entonaban los quintos del pueblo. “La flaca de mis amores crea pasiones por todos los rincones, ahhh mi flaca, la flaca de mis amores, mueve las caderas provocando escandaleras, ahhh mi flaca ...”. Pensó que era un éxito radiofónico y no le dio mayor importancia, incluso la entonaba ella cuando pasaba cerca de los muchachos. Ellos lo tomaban como una provocación y arreciaban la pasión. No fue hasta dos años después cuando Soledad se dio de bruces con la realidad. Era una tarde que había salido a pasear, como de costumbre, sola. Cogió la calle principal que llevaba a la iglesia y torció por la casa parroquial camino de las choperas que crecen a orilla del arroyo seco. Iba pensando en sus cosas, ensimismada en la última radionovela cuando notó unas manos que la agarraban firme. Sintió un aliento húmedo en su cuello. El hombre olía a sudor, alcohol y a incienso. Ella quedó paralizada por la sorpresa y el terror. Pasaron unos segundos eternos y estáticos. Las manos rechonchas corrieron hacia sus senos y los apretaron impudicamente, con fuerza, hiriendo sus pezones. Una boca ardiente le recorrió el cuello, dejando regueros de piel inflamada a su paso. Una lengua áspera se abrió paso en el interior de su oreja.

— Soledad, Soledad, ‘la Flaca’ —susurró esa boca pegada a su sien. Las palabras se convirtieron en canción, y Soledad volvió a escuchar la entonada por los quintos. Esta vez sonaba más ronca, desentonada y desprovista de toda gracia.

— ¡Insolente, te crees fuera del alcance de todos, pero no te vas a librar tan fácilmente! Te mueves provocándome cada vez que pasas por delante de mi puerta y ahora te vas a mover para mí.

Las manos bajaron ciñéndole las caderas y apretándola contra un bulto prominente. Soledad, aterrada, se quedó sin voz. Intentó gritar, despegarse de ese cuerpo baboso, pero sus músculos no reaccionaron. Un líquido caliente le chorreó entre las piernas, mojando su vestido estampado de pis. El fluido también alcanzó la entrepierna del agresor que notó la humedad y soltó a su presa.

— ¡Maldita mocosa meona! —el hombre sacudió con sus manos la mancha plomiza de su bragueta sin conseguir eliminarla.

La visión de la coronilla pelada y los torpes movimientos de limpieza sacaron a Soledad de su parálisis y en un arranque de valentía salió corriendo sin mirar atrás. Corrió como jamás lo había hecho en su vida, sin sentir el

suelo y sin ver ni oír nada a su alrededor, envuelta en un vacío frío y sin luz.

Llegó a su casa sin saber cómo. Subió hasta su habitación, cerró la puerta, se quitó la ropa, echó agua en la jofaina y se frotó hasta quedar roja cada partícula de su piel.

Jamás habló con nadie de lo ocurrido. Aunque poco después cambiaron al párroco, le quedó cierto resquemor al olor a alcohol y a incienso que la alejaron para siempre de la taberna y la sacristía.

La voz de don José la sacó de su ensimismamiento. Había entrado a la salita de espera, un cuarto minúsculo abarrotado de muebles viejos. Sentada en una silla de roído respaldo aterciopelado miró al doctor y sus ojos se encontraron. Él pudo leer en los suyos la preocupación y el sufrimiento, y ella en los de él una gran soledad.

— Don José, creo que mi madre ha empeorado.

— Espera aquí un momento, mi pequeña, y te acompaño a echarle un vistazo.

El viejo médico se dio la vuelta con una agilidad sorprendente en sus huesos gastados y salió de la estancia balanceando el encorvado cuerpo.

Caminaron despacio bajo un sol abrasador. Don José tuvo que parar en un par de ocasiones para tomar aire. No se veía ninguna sombra donde cobijarse y el espacio pareció duplicarse. Cuando llegaron a la casa, el médico se sentó en la silla de la entrada. Tomó un vaso de agua que le dio Soledad y descansó unos minutos antes de iniciar el ascenso por la escalera.

Dolores estaba recostada en su cama de hierros retorcidos. En la habitación de paredes encaladas además había una cómoda, un viejo armario de dos puertas, ropa amontonada en un rincón y una silla coja. Una jarra y una palancana en el suelo completaban el mobiliario. La tez blanquecina de la enferma junto a sus ojos pequeños y engullidos por las arrugas le daban un aspecto difuso de espectro. Cuatro mechones grises y ralos se pegaban a la frente cubierta de sudor enmarcando su cara plegada. Su cuerpo desprendía un olor a rancio y a marchito, el olor dulzón de la podredumbre que se mezclaba con el agua de rosas.

— Lleva así desde ayer —explicó la joven—. No quiere comer, no reacciona cuando le hablo. Está como paralizada con los ojos abiertos, como muerta pero todavía respira. Tan sólo susurra ‘mi negro’ de vez en cuando.

El doctor se acercó a ella, le examinó las pupilas y le tomó el pulso. Con

un gesto de sus manos indicó a Soledad que salieran.

— Soledad, siento decirte esto, pero tu madre está agonizando. Su pulso es tan débil que de un momento a otro se parará su corazón. No te preocupes porque no está sufriendo, está tranquila, creo que como jamás lo estuviera desde que la conozco. Sé que esto es un mal trago, pero por tu madre ya has hecho todo lo que podías hacer y más. Has sido una hija abnegada y has aguantado más de lo humanamente aguantable. Has de pensar ahora en ti y en tu futuro. Tu padre y yo llegamos a ser muy buenos amigos y te conozco desde que eras bien chica. Te he llegado a querer como a la hija que nunca tuve y creo que ha llegado el momento de que abandones este pueblo. Aquí no hay nada para ti. Te consumes por dentro, despacio y en silencio. ¡Vete de este pueblo maldito, busca un buen lugar para vivir y sé feliz!

— ¿A dónde voy? Esto es lo único que conozco y me da miedo salir de aquí.

— No conviertas tu cárcel en tu refugio, porque es una trampa.

Cuando el médico se marchó, Soledad echó un vistazo al que había sido su hogar durante casi toda su existencia. La oscuridad dentro de la casa era mayor debido a las persianas bajadas que impedían con poco éxito la entrada del incipiente calor veraniego. Era como una intrusa en su propia casa ya que nunca la había sentido como suya. Ahora más que nunca la veía como algo ajeno por completo a ella, a pesar del tapete de ganchillo de margaritas blancas y rosas sobre un fondo desteñido de azul que le había acompañado todas las comidas de su vida y que podía dibujar con los ojos cerrados. El sillón gastado había perdido su color original y lucía un verde apagado y sin brillo. El suelo de barro estaba tan lleno de trozos rotos y despegados que los pies oscilaban en continua danza al caminar sobre ellos. La cocina de leña al otro lado de la puerta estaba teñida con el humo de miles de panes horneados y de pucheros cocidos. En la pila de mármol se apilaban unos pocos vasos y platos de cristal rayado por el uso.

Se sintió mareada, asqueada de tanta mugre. Subió las escaleras y se tumbó en su cama. Durmió en un sueño lleno de pesadillas. Hombres y mujeres que le chillaban por la calle y la perseguían. Brazos que se contorsionaban, una niña de grandes ojos azules que lloraba y una mano fuerte que la transportaba. Se despertó gritando, empapada en sudor y con la luz del alba colándose por las rendijas de las persianas.

Se lavó y cambió de ropa. Asomó la cabeza a la habitación de su madre. Ella estaba muy quieta, manteniendo la misma postura con la que la había dejado la noche anterior. Todo parecía demasiado en calma. A esas horas su madre normalmente ya la habría llamado varias veces a gritos demandando su atención. Se acercó sigilosa, no quería romper el descanso materno. Cuando llegó a la altura del cabezal se dio cuenta de que este descanso ya no podría ser interrumpido jamás. Su madre había muerto. Un rictus de horror se dibujaba en su cara. Los ojos estaban abiertos pero sus manos crispadas se cerraban en torno a las sábanas sugiriendo el pánico de enfrentarse al adiós a la vida.

Soledad cerró la puerta de entrada, aliviada de poder estar a solas por fin. Habían sido dos días muy duros. Tras notar la muerte de su madre, llamó a don José quien le ayudó a lavar y cambiar a la muerta. Mandó a la sirvienta del médico a avisar al cura y pronto las campanas repicaron en una letanía constante llamando a difuntos. La noticia se extendió por todo el pueblo y esa mañana se llenó su casa de conciudadanos llorosos. Las gentes que durante su degradada vida le dieron la espalda a Dolores se habían mutado en pequeñas víctimas inconsolables de su levedad humana. Las alcahuetas criticaron su rostro seco y su boca callada. No tenía lágrimas que verter, sus cuencas estaban secas después de años enteros de generoso y solitario derrame. Las plañideras realizaron su trabajo durante toda esa jornada y acompañaron con sus lloros postizos el féretro hasta su hueco póstumo. Ella las siguió en silencio, sus llantos y gritos guiaban sus piernas ansiosas de terminar el pesado circo.

No quería pensar en el futuro, le dolía demasiado saberse aislada y proscrita, pero tampoco tenía fuerzas para huir y empezar nada nuevo. Se acostó y miró durante largo rato la lámpara de lágrimas de cristal que colgaba del techo. Su estómago comenzó a gruñir y fue consciente de que casi no había probado bocado en dos días. Bajó y se sirvió un chorizo de la orza. La grasa resbaló entre sus dedos y la sequedad del embutido casi la atragantó. Las lágrimas de asfixia se unieron a las de dolor y formaron torrentes imparables que duraron hasta el siguiente amanecer.

Durmió un día y su noche y cuando despertó se sintió aliviada. Las obligaciones con su madre le ocupaban todo el tiempo, ahora estaba terriblemente ociosa. Se paseó por la casa buscando una tarea que emprender



y ya en la alcoba que ocupara su progenitora decidió poner un poco de orden. Desde la muerte de su padre, su madre cayó en una especie de somnolencia que se agravó con una caída que la dejó postrada en la cama. Su mal humor y unos celos enfermizos que ya demostrara con creces en vida del marido se multiplicaron y se enfocaron hacia Soledad. El desorden reinó en el interior de esa habitación que se convirtió en el corazón de la casa. El lugar donde los insultos arreciaron y convirtieron la adolescencia de la infeliz en un reguero de insatisfacciones.

Una noche, Soledad calentó agua en los fogones, la subió y llenó la bañera con patas. Lentamente se desvistió, se metió en la solución jabonosa y realizó una precisa y profunda incisión con el cuchillo jamonero en sus muñecas. Se dejó mecer y arrastrar por una dulce inconsciencia hasta que despertó en su cama con ambas manos vendadas y la severa mirada de don José atravesando la corta distancia. Una visita sorpresa del anciano le había salvado la vida. Bastó la mirada. El médico no le recriminó nada ni ella le habló de sus motivos, demasiado visibles, pero el doctor multiplicó durante una larga temporada sus visitas a la casa del limonero viejo, atento a los más sutiles cambios de la flaca Soledad.

Comenzó abriendo tímidamente un cajón de la cómoda. Bragas enormes de algodón, camisetas y calzones raídos por la polilla salieron a la vista después de permanecer ocultos por más de una década. Decidió meterlo todo en una bolsa y tirarlo a la basura. El segundo cajón lo encontró lleno de bisutería deslustrada que siguió el mismo camino seguido por la ropa interior. Intentó abrir el tercer cajón pero opuso mucha resistencia. Con una mirada más cuidadosa se percató de una pequeña abertura en forma de llave.

Echó un vistazo al resto de la habitación. El armario de puertas de espejo atrajo su atención. En la parte superior una caja sobresalía de una esquina. Cogió la silla coja y se aupó hasta alcanzar la caja. Ya otra vez en el suelo la miró detenidamente. Era de fina marquetería y de un tamaño no superior al de una caja de zapatos. Nunca la había visto antes. Le sorprendía que hubiese estado allí todos esos años sin que ella notara su presencia.

Pensó que no cedería, pero se abrió bajo una suave presión de sus manos. Encontró una llave de pequeñas dimensiones y un camafeo de oro que sorprendió con su brillo a Soledad. Lo dejó encima de la cama y prosiguió con su búsqueda que pronto se tornó indispensable. Introdujo la llave en el

hueco del tercer cajón de la cómoda de nogal que cedió con suavidad. Arrastró al exterior el compartimento que se descubrió lleno de un par de cajas de madera similares a la anterior.

Eligió la de tono más oscuro y la abrió. Dentro encontró una carta atada con un lazo rojo. En la última encontró dos libros de familia de páginas amarilleadas por el tiempo y una partida de nacimiento. La suya.

Había nacido en la localidad de Valbello, provincia de Cuenca. El hallazgo la dejó un momento perpleja. Era una provincia lejana a su localidad actual. No podía comprender qué razones tuvieron sus padres para alejarse de allí e ir a parar a un pueblo sin recursos como el suyo, perdido entre los montes pelados de las Urdes.

Abrió uno de los libros de familia palpando con sus yemas el áspero papel envejecido. Pasó la primera página donde aparecía su padre, y en la de al lado un nombre femenino llamó su atención. Paulina Gómez Escobar aparecía como esposa de su padre. La fecha del enlace era de 1926. Al pasar página otra sorpresa más. Una niña nacida en 1928 y de nombre Mercedes Martos Gómez. Su hermana. Soledad se quedó paralizada. Pronto la sorpresa dio paso a una sensación de euforia. Tenía un pariente, una hermana. Ya no se sentía tan sola. Nunca le habían hablado de la primera mujer de su padre, pero teniendo en cuenta que se acababa de enterar del nombre del lugar donde había nacido y de que tenía una medio hermana, ese dato la dejó indiferente. Entre esas páginas halló también una nota apuntada a mano, con una letra desigual e irregular una dirección de la ciudad de Valencia. Junto a ella, entre paréntesis venía escrito el nombre de Merceditas.

Acabó de ojear el libro donde pudo comprobar en las páginas finales la muerte de Paulina en 1930, pero no la de su hermana. En el segundo documento ya aparecían ella y su madre.

Su mirada se dirigió entonces a la carta, escrita en plena guerra civil. Reliquia de un pasado que hablaba de amor.

Se tumbó en la cama, escandalizada y medio muerta de vergüenza descubrió unos sentimientos tan apasionados y sensuales, por no decir pornográficos, que jamás pensó hubiera albergado su madre. No aparecía ningún nombre. Dolores se dirigía a él como ‘mi Negro’.

*Valbello, a 12 de marzo de 1937*

*A mi Negro,*

*Hace ya meses que no te tengo a mi lado. No sabes cuanta angustia anida en mi pecho. No tenerte cerca me desgarras las entrañas y las llena de infinito dolor. Cuando siento explotar mi alma, me dirijo a la montaña. A ese rincón secreto que sólo tú y yo conocemos. ¿Te acuerdas, mi amado, de esa linde estrecha que sube por el cerro? ¿El hueco entre los dos pinos marcados con nuestra sangre? Ayer relamí la tuya ya seca. El árbol la ha absorbido y yo quisiera ser ese tronco para sentir tu sangre dentro de mí. Las pesadillas me atormentan noche tras noche temiendo que nunca regreses. Temiendo que una bala te quite el aire. Pero no, no quiero hablar de ello. Temo que las letras conviertan mi miedo en realidad. Hoy sólo quiero espantar las pesadillas funestas que me persiguen, quitarme este corsé hecho de miedos y malos augurios. Prefiero recordar tus ojos, tus manos recorriendo mi cuerpo, cómo saben tus besos a la luz de la luna. Tu saliva en mi sexo y mi mano en tu miembro.*

*Mi amado, ardo con un fuego que sólo tú puedes apagar. Vuelve pronto.*

*Dolores*

Al abrir el camafeo encontró una foto que el paso del tiempo había marcado en sepia. ¿A quién pertenecían esos ojos castaños y profundos que le devolvían la mirada? Era un hombre realmente atractivo. De tez oscura podría ser perfectamente ‘el Negro’ al que se dirigía la carta. Desde luego, su padre no era.

## 2

# DOLORES

Era mediados de julio. La mies y los trigales estaban en pleno esplendor, augurando una cosecha formidable. El amarillo se fundía por todos los rincones y el aire olía ya a trabajo y a sudor. El calor era tan sofocante que se colaba por las rendijas de las casas y hacía insoportable el caminar a pleno sol.

Los trabajadores sudaban bajo sus enormes sombreros de paja con el cuerpo encorvado y realizando, uno tras otro, el mismo movimiento avanzando por su fila, siempre constantes. Segaban desde el amanecer hasta la puesta de sol. El cultivo no esperaba y ni el sol ni los desmayos conseguían que el sonido silbante de la hoz parara ni un solo momento. Los botijos se iban pasando de mano en mano sin parar de circular, refrescando las bocas sedientas. Al terminar la jornada estaban tan extenuados que apenas les llegaban las fuerzas para meterse en el cuerpo algo de comida y quedarse rendidos en cualquier pajar o en jergones junto al hogar de una casa cercana.

Dolores odiaba esa época. Primero la siega, después a trillar, y más tarde a ablenar la paja. Y todo para qué. Horas y horas de duro trabajo apenas recompensadas por unas míseras perras gordas. Ese día le tocaba ir *al alto*, a un campo recién segado, a ver qué había quedado. Ese trigo lo utilizarían para dar de comer a las gallinas. Normalmente, ese trabajo lo realizaba Pepa pero, de vez en cuando, le tocaba a ella. Iba paseando incapaz de mirar en otra dirección que a sus propios pies. Estaba absorta en una rabia que la cegaba. “No hay derecho, yo tenía que estar en casa tranquila sin destrozarme las manos. Luego me saldrán grietas. ¿Quién me va a querer hecha una pordiosera?”

Un caballo relinchó a su espalda. Se giró y descubrió un jaco pardo con su jinete. Al principio le costó enfocar pero no tardó en reconocer al señorito Juan. Hacía años que no le veía, decían que había estado fuera formándose. De pequeños jugaban juntos en el patio del colegio a que eran novios. De eso hacía mucho tiempo y estaba segura que él ni siquiera lo recordaría, así que se volvió a girar y se retiró del camino cediéndole el paso.

— Buenos días tenga, señorita Dolores. ¿Es que acaso no se acuerda de mí?

Dolores se quedó sorprendida, incrédula ante lo que acababa de oír.

— ¿Es a mí?

— ¿A quién sino? Por este camino no se ve a mucha gente —y se empezó a reír socarronamente mientras observaba cada centímetro de la figura de la muchacha.

Ella se vio admirada y, a pesar de que lo hubiera dado todo porque el encuentro la hubiera pillado con mejores mudas, no pudo menos que sentirse encantada.

El sonrojo del primer instante dio paso a un incierto coqueteo. Sabía lo que le diría Pepa si la viera en esos momentos. Pero ella no era Pepa, ni su hermana estaba allí para criticarla. Así que se alisó el mandil con una mano, mientras con la otra se enroscaba un rizo de la melena.

— No pensaba que se acordara de mí. Hace tanto tiempo...

— ¿Cómo olvidar a Dolores? ¿Es que acaso algún hombre del pueblo y de los alrededores podría hacerlo? Una vez vista esa carita de ángel queda grabada con fuego en el corazón.

— ¡Pero qué cosas dice! —contestó mientras seguía parada junto al jinete que se bajaba ahora del caballo y se situaba frente a ella apoyada la espalda en el perfecto animal.

— Nada más que la verdad. —ahora estaban muy cerca, tanto que con un solo movimiento podrían rozarse.

Dolores comenzó a sentir una pesadez en las piernas y un ahogo en los pulmones. Juan seguía mirándola ensimismado y hasta ella, que siempre se mostraba mordaz con todos los que la lisonjeaban, no pudo evitar quedarse callada. Al final consiguió articular palabra.

— No sabía que había vuelto —su lengua articulaba las sílabas pegajosa.

— Hace muy poco que he regresado.

— Pero... —comenzó y calló.

— Dime, no te quedes a medias.

— No, era una tontería. Nada de mi incumbencia.

— No digas tonterías. Pregunta lo que quieras, todo lo mío es de tu incumbencia.

— Sólo quería saber si ha vuelto para quedarse.

— Si tú me lo dices con esos ojitos estoy seguro que no podré volver a marcharme.

Dolores bajó la mirada y cuando volvió a alzarla el señorito se había montado en un rápido movimiento y cabalgaba ya a diez pasos de ella.

— Será mejor que me vaya, voy con prisa aunque estoy seguro que nos volveremos a ver muy pronto —le gritó girado el cuerpo mientras se alejaba.

— ¡Dolores, corre, corre que ya viene! Le he visto cruzar la plaza. —Pepa entró como una exhalación en la penumbra de habitación.

— ¿Qué dirección ha tomado? ¿Va por la calle Alta o por la calle Mayor? —inquirió Dolores mientras se ponía a toda prisa unas sandalias de tacón.

— Por la Alta, ¡Corre, corre...! —le chilló Pepa, mientras Dolores cerraba de un sonoro portazo la puerta.

Fuera, un sol amenazador le dio las buenas tardes. Se sacudió la pechera del vestido de lunares para quitar las migajas de pan que todavía le quedaban prendidas de la comida y se alisó la falda. Una mirada coqueta se instaló en sus ojos y una cautivadora sonrisa de gata ronroneando salpicó sus labios. Torció por la primera esquina con el paso acelerado. Una vez más a la izquierda y dos a la derecha. Disminuyó la marcha. El pulso le latía con fuerza y las piernas se le habían convertido en goma. Entonces le vio. Andaba ligero, con la vista perdida, medio ausente. A unos quince pasos notó su presencia y clavó en ella una mirada ardiente y poderosa.

— Buenas tengamos la tarde, mi querida Dolores.

— Buenas nos la de Dios, señorito Juan.

Estaban ya a la misma altura, fijos el uno en el otro. Dolores aspiró su aroma de macho, su olor a jabón, a miel y a romero. Él recorrió sus formas curvas, amplias y generosas.

— Le tengo dicho que no me llame señorito, para usted Dolores el Juan basta hasta que me incluya entre sus más allegados.

— Que cosas tiene usted señorito. Además, usted ya está entre mis allegados.

— Entonces, tendrá que demostrármelo —y la afirmación sonó ronca, imperiosa y rotunda, a cueva húmeda y caliente.

Un segundo largo que interrumpió la voz de doña Juana.

— ¡Juan, Juan, ven aquí! —chilló desde la otra punta de la calle con su voz de matrona autoritaria.

Juan se volvió guiñándole antes un ojo. Se alejó mientras Dolores se quedaba frustrada y con el rostro encendido de odio. Sabía que la madre de Juan no la quería para su hijo. Aunque el descontento era generalizado en toda la familia, era la madre la que los gobernaba, la que hacía y deshacía. Sus palabras eran leyes y era su enemigo declarado en una guerra solapada a duras penas por las buenas formas.

Dolores regresó a casa. Llevaba la mirada turbia y el ánimo revuelto.

— ¿Cómo ha ido? —le preguntó Pepa.

— Iba bien hasta que apareció la dichosa doña Juanita. ¡Mujer entrometida!

— Pero, ¿Él que te ha dicho? ¿Habéis hablado?

— Algo. Bueno, la verdad —dijo cambiando de tono y dulcificando el semblante —es que me ha pedido que le demuestre nuestra cercanía.

— ¡Dolores, ten cuidado no vaya a ser de esos que mucho prometer hasta que consiguen lo que quieren y después si te he visto no me acuerdo!

— Juan no es de esos, sé que lo que sentimos está por encima de todo eso. Él me ama, lo sé.

— Pero tienes a toda la familia en tu contra. La madre tiene mucha influencia con todos.

— No me importa nada en absoluto. Él no hará caso del mandato de su madre, me desea demasiado.

— Tú sabrás lo que haces —se resignó Pepa harta de tener decenas de veces la misma conversación con su hermana. Ella era una muchacha alegre, con un rostro agraciado y pequeña, pero carecía del enorme atractivo de Dolores. En poco se parecían las hermanas. La corpulencia de una contrastaba con la insignificancia de la otra. Dolores era guapa y poseía además el don innato de la seducción. Cada paso que daba, cada movimiento de sus manos o de su cabello, exhalaba un calor impalpable que se prendía en los huesos de los hombres y que les hacía perder la cabeza.

Pepa conocía sus límites pero jamás envidió a su hermana, al contrario siempre pensó que debía protegerla de sí misma y de la maldad humana. A pesar de ser la pequeña anduvo toda la vida un paso por delante de Dolores, alertándola y guiándola. No estaba de acuerdo con sus amoríos con un señorito pero era capaz de reconocer una pasión pura e indomable y decidió que nada de lo ella pudiera hacer alejaría a su hermana de la catástrofe que

significaba amar a Don Juan Núñez de Pedro.

Dolores caminaba hacia el lavadero. Llevaba el pelo recogido y los brazos llenos de ropa en un ato. A pesar de la luz naciente que le daba en los ojos pudo reconocer la figura de Juan en lo alto de la colina.

Él la esperaba paciente.

— Tenemos que hablar. Aunque conozco los impedimentos que podrían separarnos creo que merece la pena lo nuestro.

— ¿No serás de esos que mucho prometer y después olvidan lo prometido?

— Tus palabras me ofenden, soy hombre de ley.

— Lo sé, pero entiéndeme. Tu familia me rechaza y temo que una vez hayas conseguido lo que tanto deseas me abandones a mi suerte.

— ¡Mírame! —la agarró del brazo y la besó apasionadamente. Su lengua se introdujo suave pero firme desbaratando cualquier indicio de resistencia. Se cogieron de la mano y subieron deprisa, casi corriendo hacia la espesura, hacia la protección de los árboles, colina arriba.

Llegaron a una abertura en la pared y allí, sin demasiados preámbulos, rodaron por el suelo fundiéndose en uno solo. Cuando hubieron terminado recompusieron sus vestimentas y salieron cada cual por un lado hacia sus respectivas obligaciones diarias.

Dolores no supo de él en varios días. Consumida por el temor no comía, no salía de casa, no hablaba y las ojeras crecían bajos sus ojos.

— ¿Qué te pasa Dolores? — le preguntó Pepa —Llevas cuatro días en un sin vivir que está empezando a preocupar a padre y madre. Ellos no quieren decir nada pero les han llegado rumores de que te han visto salir del bosque con las ropas revueltas. Con tu actitud no haces más que dar la razón a las malas lenguas. Ahora mismo te vas a vestir y vamos a dar una vuelta. Lucirás tu mejor sonrisa y le callarás la boca a más de uno.

— ¡Me importa un pito lo que piense o diga la gente! —le espetó Dolores.

— A ti puede que no, pero a nuestros padres sí. A mí también me la trae floja lo que chismorreen por ahí, pero a ellos no. Así que ya sabes.

A regañadientes la embutió en un vestido, la peinó y le echó agua de rosas. Juntas salieron por la puerta y se encaminaron hacia la plaza. Dolores llevaba la mirada baja hasta que su hermana le pellizcó las nalgas y la obligó a sonreír a todo aquel con el que se tropezaban.



A la altura de la iglesia Julita Morales se les acercó. Era una de las primas preferidas de Juan. Era alta y delgada, llevaba siempre el pelo recogido en un moño estirado en el cogote y vestía de tonos oscuros. Su mojigatería y el peinado le hacían parecer mucho más mayor de lo que realmente era. No podía ver a Dolores ni en pintura pues la creía demasiado vulgar y fresca pero la adoración que sentía por su primo, con el que prácticamente se había criado, le hacían imposible negarle nada.

— Mi primo me manda un recado. Llevo toda la semana esperando verte por el pueblo —Julita echó una rápida mirada alrededor y continuó—. No ha podido hablar contigo porque se tuvo que marchar a la capital a hacer un mandado. Asuntos de negocios, pero vuelve el sábado. Quiere que le esperes en la era de Pinto a las ocho ese día. —se despidió rápidamente y continuó con su camino.

El rostro de Dolores había cambiado por completo, ahora refulgía de placer. Se lamió los labios saboreando anticipadamente el gozo. Su pelo azabache y de escarola se había soltado ligeramente dándole un aspecto aniñado e ingenuo que contrastaba con su expresión siempre pícara.

Pepa notó el cambio, nada sutil, y un escalofrío le recorrió la espalda. No era nada supersticiosa, no creía en supercherías, ni en amuletos, hasta le encantaban los gatos negros, pero tenía una fe inquebrantable en su instinto. Éste nunca le fallaba, y ahora le hablaba de peligro y de tragedia.

Dolores pasó el resto del día en una nube, cantarina y vivaracha, sentía el deseo extenderse por todos los poros de su piel. Se acariciaba sensualmente el pelo y se palpaba los brazos. Cuando por fin consiguió dormirse, después de varias horas de vueltas insomnes, soñó con heridas sangrantes, gritos y disparos. Se levantó sobresaltada después del alba. Decidió espantar al pájaro de mal agüero que se había instalado en su pecho y prepararse para su cita clandestina. El día se eternizó mientras su corazón latía ligero y en su entrepierna mojada notaba un intenso calor, que se fue haciendo insoportable.

A las siete y media se fue con un cántaro hacia la fuente, pero al llegar a la curva que viraba hacia el manantial siguió todo recto camino de la era. Torció la figura durante unos pasos alerta de que nadie la viese seguir ese sendero. Cuando llegó al lugar de la cita, Juan ya la estaba esperando. Se abrazaron temblorosos.

— Tenía tanto miedo de haberte perdido.

— Te he echado mucho de menos, mi querida niña. He estado pensando en estos días de ausencia y ya es hora de que formalicemos la relación. No quiero que vuelvas a pasar miedo —Juan hablaba mientras le acariciaba el pelo y la aplastaba en su pecho. De pronto el deseo se interpuso a las palabras y ambos gimieron remontando montañas y descendiendo a volcanes en plena ebullición. Ella sobre él moviéndose impúdica, quemando la mecha hasta llegar a la explosión final.

Cuando todo hubo pasado y retomaron la calma, él le habló de amor eterno, de risas de niños que llenarían sus días, de sus planes en las tierras de su familia, de la casa que le iba a construir de dos alturas y con una gran terraza. Ella sonreía en silencio atenta a todas las palabras. Veía con los ojos de él su vida en común. En ese futuro rosa no cabían los nubarrones familiares. Estaban ellos dos solos.

El sábado por la tarde se presentó en su casa tal como habían convenido. Ella ya había alertado a sus padres que asumieron en silencio la noticia. Juan entró y se quitó el sombrero con un gesto humilde que no borraba la altanería impresa en sus genes desde hacía muchas generaciones. Su pelo estirado relucía enmarcando su rostro anguloso, la frente amplia y unas cejas perfiladas y rectas. El padre de Dolores le esperaba de pie junto a la chimenea apagada. Le miraba directo a los ojos, con expresión de hombre sencillo pero orgulloso de su honestidad ganada tras duros años de trabajar la tierra con las manos. La madre miraba al vacío en una mecedora cercana y Pepa espiaba desde la rendija de la puerta de la cocina.

— Tome asiento, señorito Juan —le indicó el padre señalando una silla cercana a la que ocupaba Dolores —Nuestra hija nos ha informado de sus intenciones. Antes de que empiece a hablar me gustaría dejarle claro que no nos sentimos felices por esta unión. Es de sobra conocida la poca aceptación que tiene nuestra pequeña en su familia y tememos que sufra ante el rechazo —continuó marcando las distancias con la dureza de su mirada.

— Pero... —comenzó Juan.

— ¡Espere su turno, joven! —le interrumpió ásperamente el padre —No ponemos en duda vuestro amor, y en estos momentos nada en este mundo separaría a nuestra hija de usted. Porque sabemos que sería mucho más infeliz si la alejamos de este compromiso, hemos cedido. Nosotros no tenemos dinero, pero hemos educado a nuestras hijas con amor y respeto. Poca dote se

lleva pero mi mujer le ha dado una buena educación a la altura de las de más posibles de este pueblo.

— No se preocupe don Fabián, que mi amor es sincero y mientras yo esté en este mundo nada le ha de faltar, mi familia terminará aceptándola en cuanto la conozcan y de la dote no hay ni que hablar. Aquí le traigo este anillo que sellará nuestro compromiso. —Se levantó y de rodillas insertó el anillo en el dedo de Dolores que no pudo evitar derramar unas lagrimitas. — Ahora lo importante es fijar la fecha de la boda.

— ¿Dónde viviréis?

— En una casa propiedad de mi familia en la calle Ancha. No es gran cosa pero en cuanto nos casemos comenzaré a construir la nuestra en unos terrenos a los que ya les he echado el ojo. Volviendo a la fecha, yo creo que a finales del mes que viene estará bien.

— ¡Tan pronto! —gimió dolida la madre, abriendo la boca por primera vez en toda la conversación.

— ¡Madre, para que esperar más!

— Esta bien, que sea el 30 de abril —sentenció el padre.

Firmaron el acuerdo con un apretón de manos y los prometidos salieron cogidos del brazo a dar su primer paseo oficial de novios. Ella se mesaba un mechón inexistente mostrando así la enorme piedra engarzada en su anillo.

A doña Juana se la llevaban los demonios. Iba de un lado para otro de la sala apretando los nudillos y blandiendo los puños al aire. Su cara estaba congestionada y su cuerpo entero mostraba una gran tensión.

— ¿Cómo es posible que me hayas desobedecido? ¡Te pedí por la gloria de tu padre, que en paz descansa, que no cometieras ese error. Te vas a arrepentir toda tu vida!

Juan, de pie, miraba a través de la ventana la puesta de sol. Los colores anaranjados se mezclaban con los tonos violetas y, a pesar de la reprimenda de su madre, no podía pensar en otra cosa que no fuera en Dolores.

— ¿Me estás escuchando? ¡Maldigo esa boda, mil veces la maldigo! ¡Jamás seréis felices! —doña Juana estaba al borde del colapso, los ojos se le salían de sus órbitas y en las comisuras de los labios se le estaba empezando a acumular la saliva.

— ¡Basta ya, madre! Esto se está saliendo de tono. Ya soy un hombre hecho y derecho que toma sus propias decisiones.

— ¡Si tu padre levantara la cabeza se volvería a morir del disgusto!

— ¡Aquí la única que tiene disgusto es usted. Y no meta a mi padre en sus tejemanejes!

— ¡Ahora me insultas!

— Yo no la insulto –respondió Juan con infinita paciencia.

— ¡Ah, no! Me estás llamando manipuladora.

— ¿Es que acaso no lo es?

— ¡Válgame Dios bendito! ¿No ves como tengo razón? Esa mujerzuela ya te está poniendo en mi contra.

— Ella no tiene nada que ver. ¡Usted es imposible, no entra en razón!

— ¡Es una frescales que no te llega ni a la suela del zapato. Esa lo que no quiere es volver a trillar o ablenar en su vida!

— ¿Y usted pide respeto? Comience por predicar con el ejemplo.

Ahí Juan se giró y se marchó hacia el piso superior manteniendo un gesto de hastío y agobio. Doña Juana se quedó en el salón rumiando entre dientes. “¡Pues sí que estamos bien, vaya juventud. Se creen con derecho a todo. Ya no existe respeto por los mayores. Antes te decía tu padre o tu madre una cosa y la cumplías sin rechistar. A mí que me dijeron ‘te tienes que casar con éste’, y yo me casé sin decir ni mu! Y mira que nada más verle me dieron unas arcadas... Pero doblegué el asco y me casé. Hasta le di cuatro hijos, y eso que cada vez que se me acercaba me repugnaba el más mínimo contacto. Pero eso no es lo importante, yo le tuve respeto toda la vida, cumplí con todas mis obligaciones de esposa y él me dejó hacer y deshacer. He gobernado en mi casa sin que nadie me haya tosido encima. Nunca nos peleamos, se duplicó nuestra hacienda y podré casar bien a nuestras hijas. Sólo espero que estas me obedezcan sin rechistar. ¡El amor, el amor, eso es cosa de pobres!”

La matrona siguió rezongando durante un largo rato mientras se palmoteaba los muslos secos mecánicamente. La estancia era espaciosa, llena de retratos encargados al pintor de moda de turno en la capital. Estaban los abuelos, el marido, los hijos y ella misma presidiendo desde la chimenea. En cuanto se murió su esposo relegó su retrato a una de las paredes más alejadas de los sofás de góndola estilo isabelino, y colgó el suyo, en honor a su nuevo rango presidiendo la habitación.

A su marido le lloró los días de rigor como la que más. Se enfundó en un luto riguroso y se enclaustró un año en casa. A cada visita que rondaba la

finca ella le lloraba desconsolada. Una vez se terminaron esos doce meses dio por zanjado el asunto y retomó su vida normal donde la había dejado conservando únicamente el color oscuro en sus vestimentas. Se encontraba a gusto con el negro, creía que le sentaba bien y realizaba su figura además de darle un halo de autoridad y de elegancia.

A sus hijas, más pequeñas que Juan, las tenía dominadas por completo. Ninguna de ellas era capaz de dar un paso sin contar antes con la aprobación materna. Se habían convertido en seres translúcidos, sin empuje, casi sin alma. Eran meras sombras de la madre, atenta ante cualquier descarrío de sus retoños. El único al que nunca consiguió dominar fue a su primogénito. Desde que nació fue educado por ella misma para imponer su autoridad de macho, para asumir el papel que algún día le tocaría de dueño y señor de todo. A pesar de haber sido consentido hasta la médula, no se convirtió en un déspota ni en un mimado. Le nacía un instinto de equidad por el que no podía consentir las injusticias. Trabajador como el que más, se levantaba con el sol y no paraba hasta bien entrada la noche, arrimando hombro con hombro con el resto de los peones de la hacienda. Eso a su madre le repugnaba, siempre le reprochaba el olor a sudor y la ropa embarrada. ‘Tú eres un señorito, no un labrador cualquiera’ le decía constantemente pero a él le tenía igual.

A doña Juana se le revolvió la tortilla. Le había educado para mandar y lo aprendió tan bien que no aceptó nunca órdenes de nadie, ni de su propia maestra. A pesar de cierto aire de soberbia, al señorito no le gustaba mostrarse superior con nadie, aunque en el fondo pensara que lo era. A Dolores la conocía de siempre. De niños habían jugado en el patio de la escuela y desde entonces sabía que sería su mujer. Era la hembra más atractiva del pueblo, la más picante y fogosa. Pero mantenía todavía un aire de ingenuidad que volvía loco a cualquiera. Era la pieza más preciada de su botín de caza.

# 3

## LA BÚSQUEDA

Soledad a veces se preguntaba el porqué de las cosas. No entendía por qué regla de tres a unos se les llenaba la vida de felicidad, de éxito, de dinero, de amigos o de amor, y a otros se les aguaba el alma sin llegar siquiera a disfrutar de un solo momento de alegría en sus vidas. Vidas grises plenas de amargura, de soledad y de transición a no se sabe dónde o hacia qué. Personas encerradas en su propio dolor pasando de puntillas por una vida que no sentían plenamente suya, y que exhalaban su último aliento sin dejar rastro. Ella les comprendía muy bien, era una de ellos. Desde hacía años se mantenía a la espera, no de algo mejor, porque para eso ya había perdido la esperanza, si es que algún día la tuvo, sino para que terminara su tormento. Un tormento a veces sutil, otras insoportable. El vacío se hacía tan patente que la dejaba paralizada. Era como un tronco hueco y seco, con las raíces muertas y las hojas caídas.

A pesar de todo, cuando su madre murió y conoció que tenía una hermana y el lugar donde había nacido, surgió en su interior una ansiedad de saber que superó por primera vez en su vida su hastío permanente.

Decidió que era tiempo de cambio y que su camino debía variar. Empacó sus escasas pertenencias y planeó un viaje a Valencia, a la dirección que encontró olvidada entre las páginas vetustas del libro de familia. Quizás no fuese más que una pista falsa, una dirección que quién sabe si se refería a su hermana Mercedes o a cualquier otra tocaya conocida en el pasado de sus padres. Pero aunque nada tuviera que ver con ella, era lo único que tenía, el único lazo de unión con su pasado, porque al pueblo que la vio nacer todavía no se veía con fuerzas de volver. Se le revolvían las tripas de pensarlo y ni siquiera sabía si allí quedaba alguien más de su familia, alguien que la recordara. O quizás fuera mejor haber quedado en el olvido. De todos modos, era su último recurso. Aún quedaba tiempo.

El alba la sorprendió esperando el coche de línea que pasaba diariamente, si es que no olvidaba incluir el pueblo en su ruta. Por un momento temió quedarse allí otra noche más y un escalofrío le recorrió el cuerpo. “Ni

pensarlo, aunque tuviese que irse a pie”. Tenía el firme propósito de dejar ese pueblo en el olvido más profundo y tenía que ser ese día. Hubo suerte y a eso de la 7:30 el Pegaso Z - 404 apareció por la cuesta. La gran cruz central que llenaba su frente relucía con los primeros rayos matutinos. El bermellón de la carrocería, aun quedando apocado por las partículas de polvo acumulado en su continuo trote por los caminos y veredas relegadas, resaltaba en medio de aquel pueblo gris. El magnífico ejemplar llevaba más de una década llevándose a muchos y trayendo a bien pocos. Ella lo había visto marchar cientos de veces con el deseo de ser algún día una de sus ocupantes. El momento había llegado. El motor rechinó cuando el conductor paró el vehículo junto a Soledad. Las puertas se abrieron y ella no dudó un instante. Se subió en un santiamén no fuera a cambiar de opinión en el último momento pues “el miedo puede ser muy mal consejero”. La voz del chófer la sacó del ensimismamiento.

— Señorita, le dejo la maleta aquí arriba. —él ya le había arrebatado el equipaje y lo había colocado en la baca del autocar, entre una jaula con gallinas y una mecedora.

A esas horas iba medio vacío, con sus pocos ocupantes acomodados intentando recuperar el sueño entre parada y parada. Soledad prefirió sentarse sola junto a la ventana, desde donde pudo ver al viejo doctor que acudía a despedirla. Ella le respondió con un adiós callado. Le dejó allí de pie, triste, más encorvado que de costumbre y con la mirada fija en el horizonte por donde se perdía Soledad. El anciano supo que ya nunca volvería a verla y rezó sin ser creyente por ella, porque cambiara su destino y se le llenara la vida.

El autocar reinició su marcha y el pueblo fue quedando reducido a una mancha oscura bajo el sol naciente. En el trayecto, plagado de curvas y baches, Soledad tuvo tiempo de pensar, pero no de sentir pena. Había tomado una decisión y había que tirar para delante.

Después de varios transbordos y horas de espera en estaciones traqueteadas, enfiló el último trayecto de su viaje. Iba sumida en un caos mental donde se mezclaban sus reflexiones acerca de la vida con sus planes, cuando en Perdida Esperanza —una parada en medio de una población fantasma —una señora de enormes dimensiones subió y se sentó a su lado a pesar de quedar muchas filas de asientos completamente vacías. Sus carnes

grasas se perdían informes en el interior de un vestido de gasa azul turquesa. Llevaba unas gafas de culo de vaso, que duplicaban el tamaño de sus ojos grises, y el pelo tintado de rojo fuego. Los brazos morenos y regordetes estaban llenos de pulseras de mil y un colores. Con medio cuerpo fuera y el otro medio posado entre su asiento y el hueco junto a Soledad, sujetaba un cesto de mimbre desde el que pronto empezó a salir un fuerte olor a embutido y a pan recién horneado.

A Úrsula, que así dijo llamarse en cuanto se sentó, no le gustaba viajar sola. Soledad pronto comprobó el porqué. En tres horas le hizo un resumen detallado de absolutamente todo lo que le había acontecido en sus “cincuenta y tantos años de vida”, según decía ella, aunque la joven le hubiera duplicado esa edad después de verla de cerca y notar las marcadas arrugas que la redondez de su rostro no era capaz de alisar. Le habló de sus razones para emprender el viaje, ya que un familiar estaba enfermo, de la pena que le daba dejar a su marido solo. No paraba de recordar a sus hijos que vivían en América y a todos los muertos que ya había en su amplia familia. Soledad se enteró de todas las dolencias, achaques y penas que había sufrido. En su habla se mezclaban un sin número de acentos que hacían imposible determinar una procedencia geográfica concreta. Arrastraba las erres y seseaba.

— ¿Sabes? Yo soy un poquito bruja. Decía mi madre que nuestra tatarabuela era gitana de pura cepa, y que abandonó a los de su casta porque conoció a mi tatarabuelo, un señorito venido a menos, en una de las paradas de la feria de la capital y se enamoraron. Ambas familias los repudiaron y tuvieron que huir a esconderse al monte. Ella siguió indomable toda la vida. Su estirpe y su genio han pasado, generación tras generación, a las mujeres de su descendencia.

Soledad la miró con cierto recelo. Desde pequeña le había hablado mal de los gitanos. Ladrones y vividores les llamaba su madre. Nunca te fíes de un gitano, le repetía muchas veces. Úrsula debió notar su rechazo porque permaneció callada unos segundos. Después su afán de comunicarse la desbordó otra vez.

— Leo las palmas de la mano, la buenaventura.

La joven la volvió a mirar ahora sorprendida e incrédula.

— Déjamela y verás.

Úrsula le agarró la mano sin darle opción a oponerse y centró su mirada



en las líneas que corrían arriba, abajo y por todos lados de la palma de Soledad. La vidente se guiaba por esos caminos de piel con la ayuda de su dedo índice y su concentración sólo era interrumpida por rotundos giros de cabeza y sonoros chasquidos de su lengua.

— Veo...Veo...

— ¿Qué ves? – gritó Soledad muerta de la impaciencia y la curiosidad, sin darse cuenta de que su tono de voz había subido tanto que la habían oído todos los ocupantes del derrengado autobús.

— Tranquila mi niña, no disturbances mi concentración, que lo estoy empezando a ver todo muy claro.

La joven contuvo unos segundos la respiración hasta que notó que las pulsaciones de su corazón se precipitaban y que la asfixia oprimía con fuerza su pecho y su cabeza. Entonces cogió aire y la vida volvió a trompicones mientras escuchaba las palabras de la vieja adivina.

— Hay alguien que lleva mucho tiempo esperándote. Es un familiar que te dará todo el amor que te correspondía y que te fue negado.

Ahora Úrsula estaba seria. En las líneas indescifrables para el resto de los mortales había visto tanta melancolía y tristeza, tantas historias de dolor y de pena, muertes y sueños rotos que sintió una ternura espontánea hacia Soledad.

— Claro, esa será mi hermana —sonrió llena de un júbilo como el que nunca jamás había sentido.

— ¿Hermana? Mi niña, tú no tienes hermanos. Contigo se rompió el molde. Pero no temas que ella te acogerá sin dudas —se apresuró a confirmar al ver la desolación que se extendía por el bello rostro.

Soledad retiró rápidamente la mano y volvió la cara a la ventanilla dispuesta a no hablar más con su compañera de viaje, quien comprendió que ahora no era tiempo de insistir y se dedicó a engullir un monumental bocadillo que llenó de envidias el saturado ambiente itinerante.

Después de cuatro pasteles y a punto de llegar al destino, Úrsula pensó que las aguas habrían vuelto a su cauce y cogió del brazo a Soledad.

— Pequeña, ¿tienes donde hospedarte?

Los ojos de la joven, que había ido viajando de naranjo en naranjo regresaron del otro lado del cristal y se fijaron, todavía ausentes, en los de la presunta gitana.

— Desde luego —respondió recelosa.

— Apuesto a que no. Yo siempre voy a la misma pensión cada vez que tengo que venir a la capital. Es limpia, no es cara y la comida es buena. Se llama ‘Pensión Rosita’, y la dueña es una mujer muy agradable. Allí te sentirás como en casa.

— Espero no volver a sentirme como en casa en lo que me quede de vida —resopló agobiada por el recuerdo de la casa del limonero viejo.

— Como quieras, por si un caso, aquí tienes la dirección. —le tendió un papel garabateado.

En esas, el autobús realizó la parada final y entre los estertores del motor se fueron apeando sus ocupantes. Úrsula, para su pesado cuerpo, se descubrió ágil. Para cuando Soledad había puesto un pie en tierra, la anciana de edad indescifrable había desaparecido.

Con su maleta en un mano y la otra haciendo de visera para protegerse del sol, la joven comenzó a andar, echando un vistazo al lugar donde se encontraba. La gente pasaba deprisa sin mirarse ni entablar conversación. No había roces ni contacto alguno. Acostumbrada a vivir en una población donde todo el mundo conoce detalles pormenorizados de la más mínima importancia de la existencia de sus vecinos, se sintió extraña, fuera de lugar. De pronto, se sintió débil y desprotegida. El miedo hizo que le temblaran las rodillas y decidió buscar una cafetería cercana. Se arrepintió de haber tomado una decisión tan precipitada y se hundió en una desazón sin salvavidas. Se dio cuenta por primera vez de que al morir su madre y haber huido de su pueblo ya no quedaba nadie que la echara en falta si le ocurría algo, nadie que la conociese, que le tuviese afecto. Estaba sola en este valle de lágrimas. Sola, completamente sola. Un alma abandonada, sin rumbo, sin parientes que supieran de ella, ni amigos con quien compartir sus secretos, sus penas o sus risas. Nadie a quien acudir, nadie que la esperara, ni nadie que la recordara. Dio un suspiro y tomó aire desesperada.

Preguntó por un café cercano ya en la plaza del Caudillo y le indicaron uno justo a la vuelta de la esquina. La cafetería Noel, decorada con una llamativa obra de cerámica vidriada, conservaba la solera y un cierto aire nostálgico que sólo el paso del tiempo puede imprimir y que se adhiere al mobiliario, dejando sillas, mesas y demás menaje cubierto de recuerdos y sensaciones que alcanzaban a sus actuales clientes. Pidió una horchata fresca y se puso a observar a la masa que desbordaba el local a esas horas en las que

el calor hacía intransitables las calles.

Debía buscar un alojamiento, así que apuró el vaso y preguntó al camarero si conocía de un lugar donde alojarse. El joven le recomendó dos pensiones cercanas, una barata y otra más cara, pero una vez llegó a la puerta de la primera la pestilencia de las escaleras la echó para atrás. El recepcionista, un adolescente de sonrisa hueca y dientes renegridos que mascaba tabaco le sonrió mostrándole los espacios vacíos que otrora ocuparan sus incisivos.

— Señorita, ¿una habitación doble o individual?

La pregunta acabó por convencerla de que no era el lugar adecuado. Indignada por la suciedad demasiado obvia y el mal olor, se dio la vuelta diciendo un escueto adiós y dejando al mellado reclamando su atención.

— ¡Señorita, que aquí somos muy tolerantes con las compañías... No pedimos el carnet a las parejas!

Soledad prefirió hacer oídos sordos a la última frase. A su espalda, una risa necia y demasiado sonora la acompañó hasta doblar la primera esquina. Decidió probar suerte con la otra dirección. Tras preguntar a varias personas, unas puertas de cristal y un mostrador de mármol le dieron la bienvenida. Tocó un timbre dorado y apareció al instante un hombre estirado y vestido de frac.

— Perdone, ¿tienen habitaciones libres?

El arrogante la miró de arriba abajo sopesando la tela deslucida de su vestido verde, sus sandalias cascadas por el uso y su maleta vieja.

— El precio por una habitación sencilla no creo que esté a su alcance — aseguró al prestarle atención.

La humilló de tal forma que no pudo hacer otra cosa que agachar la cabeza y dar media vuelta.

Ya en la puerta algo se le revolvió dentro y giró la cabeza lanzando una mirada de rencor al empleado —Gracias por la información – dijo con un sarcasmo que sorprendió a la misma joven, pues jamás había dicho esta boca es mía. Salió por las cristaleras con el mentón en alto y muy tiesa, sin comprender su extraño comportamiento.

Fuera, y por un instante, le pareció ver la oronda silueta vestida de tul azul y recordó la dirección que le había dado Úrsula. Cansada y con ganas de encontrar alojamiento decidió probar suerte allí siguiendo un impulso

inesperado. Después de varias pesquisas, se adentró en el barrio del Carmen, donde las viviendas comenzaron a perder lustre y se convirtieron en cascarones viejos y desconchados. La ‘Pensión Rosita’ se encontraba entre una plazoleta y un callejón en constante semipenumbra. La casa centenaria de paredes gruesas acumulaba pasadas de cal purificadora. A pesar de que la calle era estrecha y apenas luminosa, al atravesar el portón verde el interior se le hizo todavía más oscuro por lo que le costó adaptarse a la falta de luz. Cuando comenzó a vislumbrar lo que antes eran apenas sombras se encontró con un receptáculo de apenas dos metros cuadrados con una silla, una puerta y unas escaleras.

Comenzó a reclamar a alguien que la atendiera, primero suavemente pero pasados unos minutos sin respuesta subió el tono y acabó chillando tanto que su voz parecía al día siguiente la de una gallina clueca.

A pesar de todos los esfuerzos nadie acudía en su ayuda. Después de esperar un rato largo y, a punto de salir por donde había entrado, vio una luz al otro lado de la cristalera de la puerta. Decidió aventurarse por ese camino y al tocar con los nudillos se deslizó la hoja suavemente hasta dejar una abertura por donde podía pasar su cuerpo sin trabas.

Metió primero la cabeza y volvió a gritar. Nada. Le siguió el cuerpo entero y tras unos pasos vacilantes recorrió un corto pasillo decorado profusamente y sin gusto. Del final del corredor salía un estruendo de voces que la guió hasta una estancia de grandes dimensiones donde un sofá acogía a una señora subida de peso de mediana edad roncando a pierna suelta. Enfrente una televisión en blanco y negro daba a toda potencia un serial televisivo.

Soledad dudó entre desandar sus pasos o despertar a la durmiente.

Cansada de buscar pensión la zarandéo primero con miedo y después con fuertes sacudidas. A la buena señora todavía le costó un buen número de ellas para tomar conciencia y despertarse.

Abrió los ojos y miró a Soledad sin asombro.

— ¡Vaya por Dios, otra vez me he quedado frita en el sofá mirando la pantalla tonta!

— Perdona, pero yo buscaba habitación y como nadie me atendía y he visto luz...

— No te preocupes, chiquica, que esto me pasa muy a menudo —su

marcado acento maño la delataba.

— Me recomendó la pensión una señora llamada Úrsula.

— ¡Ah! Pero tú eres amiga de la Úrsula. Pues no se hable más, para ti la mejor de las habitacioncicas. ¡Hija ayúdame a levantar las posaderas que a una ya le pesan los años y los kilos!

Después, la joven la acompañó por la escalera junto a la recepción y en el descansillo del primer piso doña Rosa, ‘Rosita’ para sus huéspedes, se sacó del mandil un manojo de llaves de entre las que seleccionó una y abrió la puerta que más retirada quedaba. La habitación era amplia, olía a limpio y era de una sencillez que desolaba.

El precio era comedido por lo que Soledad cogió la llave y una vez se hubo despedido de la casera, que se resistía a abandonar la compañía, se tumbó en la cama y cerró los ojos. Un paso resuelto, quedaba el más difícil: encontrar a su hermana y para ello sólo contaba con una dirección de hacía más de treinta años.

Rosita, ‘la Rosita’ como a ella le gustaba, resultó ser uno de esos seres tan llenos de vitalidad y de amabilidad que llegaban a resultar cargantes. A Úrsula no la volvió a ver y, sino fuera porque la casera le hablaba constantemente de ella, hubiera llegado a pensar que había soñado su presencia. Úrsula por aquí, Úrsula por allí. La buena señora utilizaba ese nexo de unión para acercarse a la nueva inquilina. Gran parte de los ocupantes de la pensión llevaban años viviendo allí y se habían convertido en parte del escaso mobiliario. El resto eran asiduos por lo que la única novedad, el aire fresco, era Soledad. Rosita se moría de ganas de averiguar todo acerca de ella, pero topaba una y otra vez con el muro infranqueable de su timidez. A Soledad no le gustaba hablar de ella, encontraba mucho más interesantes las vidas ajenas, no creía que nada de lo suyo pudiera ser digno de mención, unido a una gran vergüenza que se veía incrementada por un sentimiento de aislamiento. Nada la tocaba. Parecía estar dentro de una burbuja, intocable e infinitamente inaccesible.

Los primeros días los dedicó a darse un respiro, los últimos años habían sido duros y no le habían dejado aspirar hondo. Lentamente, empezó a recuperar el aliento y la realidad. Bajó de la nube para deambular por las calles de una Valencia luminosa, abierta y zalamera, de flores, de azahar y tópicos. Una ciudad alejada de su pueblo y de su ruralismo mezquino,

plagado de envidias, pobreza y tufo a final cercano.

Las calles nunca se veían vacías. Una ciudad mediterránea que crecía por momentos y que se expandía a costa de su huerta. Aunque entre tanto trasiego también descubrió rincones tranquilos, muros sólidos y callejas solitarias por donde pasear su soledad. Sólo tenía que alejarse de la plaza del Caudillo, de la plaza de la Reina y pasar al corazón de aquel barrio del Carmen con sabor a rancio y dejadez por el que sintió amor a primera vista. Las arterias colapsadas del milenario arrabal, nacido entre dos murallas, estaban pobladas todavía por artesanos de la vieja escuela, aunque ya se comenzaba a ver algún que otro *hippie*. Los primeros, herederos de una tradición milenaria ya caduca, dejaban su sitio a estos jóvenes peludos y un tanto mugrientos. Soledad se maravilló al descubrir esa juventud tan libre, ajena de prejuicios y que hacía lo que le venía en gana sin dar cuentas a nadie.

A ella le gustaba recorrer sus calles, salía desde la pensión en la plaza del Correo Viejo, seguía por la calle Álvarez hasta la calle Caballeros, torcía por la calle Baja hasta encontrarse con la plaza del Árbol. Cuando llegaba a aquel rincón apartado permanecía unos minutos tostándose la piel apoyada en una de sus deslustradas fachadas, tocadas por la riada del 57, antes de adentrarse otra vez por unas laberínticas y estrechas vías donde el sol apenas la rozaba. Su paseo la llevaba, cuando el tiempo no apremiaba, a otra plaza, la del Carmen. De allí solía acercarse a palpar los muros de las Torres de Serrano y a cruzar el puente de San José. Aquellas viejas piedras guardaban el secreto de miles de historias. Testigos mudos que callarían siempre.

Cada mañana se levantaba con la intención de acercarse a la dirección que tenía de su hermana. No quedaba lejos de la pensión, sólo tenía que cruzar al otro lado de la plaza de la Virgen. Varias veces llegó hasta allí.

Le faltaba empuje. Temía llamar y descubrir que su pequeña esperanza se esfumaba como humo entre los dedos. Encontrarla a ella era lo único que podía salvarla de caer definitivamente en el abismo de su propio ser. Bajar hasta el fondo de sí misma para no remontar ya jamás y eso era lo que más miedo le daba. No ver más allá de su propia mirada.

En más de una ocasión, y sin saber cómo había sido, se encontró de pie frente a la casona midiendo sus fuerzas y con el brazo en alto. Unos segundos después lo bajaba y se daba media vuelta.

Pasaron las semanas y los fondos mermaban. Debía buscar un trabajo.

Habló con doña Rosita. Ella la mandó a una fábrica de bolsos en la que conocía al encargado. ‘Dile que vas de mi parte, me debe más de un favor’. No tuvo problemas, esa misma mañana ya estaba trabajando. La colocaron de aprendiz cortando los patrones.

La hora del almuerzo la sorprendió con su timbre. Sus compañeras no tardaron en ponerse las chaquetas y agarrar el bolso. Ella dudó, pero las siguió. El hambre era más poderosa que la vergüenza. Todas entraron en un bar cercano y se sentaron juntas en varias mesas. El grupo, formado por seis jóvenes, era muy dispar. Soledad se dirigía a la barra cuando una de las chicas la paró.

— ¡Chiquilla, tú eres la nueva, ven y siéntate con nosotras! —tenía acento andaluz, el pelo negro agarrado a la nuca y los ojos verde esmeralda. Era menuda, de carnes prietas y sonrisa deslumbrante. —Tienes que hacer la presentación oficial en el ‘club de las bolso tieso’, vamos, con tus compañeras. No te asustes que así es como nos gusta llamarnos a este pequeño grupillo de trabajadoras que siempre andamos caninas. ¡Jajajaja!

El ‘Club de las Bolso Tieso’ la acogió como a una más. De aquel bar salió completamente integrada en el grupo, a pesar de su timidez y de que no se estirara mucho hablando. No importaba, las demás ya lo hacían por ella. Cada una con un acento diferente.

— ¿De dónde eres, Soledad? – le preguntó Merche, una atractiva rubia con una minifalda bien corta.

— De un pueblo de Cuenca.

— ¡Anda mira, como Mila, aunque no tienes acento conquense!

— Es que he vivido muchos años en Extremadura —explicó sin dar más detalles.

— ¡Claro, extremeño, ya decía yo que me era familiar! Teresita es de por allí.

— ¿Es que no hay ninguna valenciana?

— No, hija no. Yo soy de León y Paqui de Albacete. Aquí todas somos emigrantes.

Durante la media hora que duraba el almuerzo las conversaciones se cruzaban, se solapaban unas a otras y en muchas ocasiones el ruido generado por aquellas seis voces chillonas hablando a la vez provocaba una total falta de entendimiento. La distorsión que llegaban a sufrir las historias contadas

era motivo de discusiones y pequeñas peleas sin importancia que siempre terminaban bien.

Trini llevaba la voz cantante. Era la más veterana, la abeja reina. Por algún extraño motivo, dada la disparidad de caracteres entre ambas mujeres, conectaron. En su segundo día de trabajo ya la tenía sentada en la mesa contigua contándole su vida. Era sevillana, sus padres hartos de trabajar en los campos de terratenientes sin escrúpulos y viendo falta de futuro allí para sus tres hijos, decidieron emigrar. Habían llegado a la capital del Turia una década antes, cuando la joven no pasaba de los 12 años. Llevaba en la fábrica desde los 15, ahora tenía un novio valenciano con el que pensaba casarse en breve y despedirse de la vida laboral.

— En cuanto mi Paco y yo nos casemos, ésta menda no vuelve a tocar un bolso más que para guardar el monedero. Su familia vive en Sueca, pero yo prefiero vivir aquí en la capital. Allí hablan un valenciano tan cerrado que no pillo ni una.

— ¿Y no piensas aprenderlo?

— ¿El qué?

— El valenciano.

— ¡Chiquilla, que a mí los estudios me bajan la tensión! ¡Jajajaja!

La gracia innata de aquella mujer del sur fue un bálsamo para Soledad. Sintió, por primera vez, lo que era tener una amiga y reírse con ganas, con esa risa sincera que nace en el corazón y recorre todos los músculos del cuerpo.

— Pero chiquilla, ¿tú esos babis que llevas de dónde los has sacado? Mira que con lo guapa que tú eres y lo poco arreglada que vas.

— Tienes razón, en su mayoría son rescatados del baúl de mi madre. En mi pueblo no había tiendas y tampoco nos llegaba para gastar. Cuando me vine aquí lo hice con el dinero justo.

— Bueno, pues ahora vas a cobrar dinerito fresco y lo primero que vamos a hacer es arreglarte esa melena tan larga, cardártela y darnos una vuelta por ‘Galerías Todo’. Hay que equiparte de arriba abajo y de dentro a fuera, que mucho me temo que la ropa interior también es de esa rescatada. ¿Tu pueblo dónde quedaba que no teníais un mal mercadillo donde comprar unas míseras bragas?

Soledad se sonrojó pero las dos se rieron de buena gana y ese mismo sábado, después de cobrar el sueldo de la semana, hicieron una visita a la



peluquería y a los grandes almacenes. La Soledad que volvió ese lunes al trabajo estaba irreconocible.

— Miedo me da que conozcas a mi Paco —le dijo en tono de broma.

— No te preocupes, que a mi lado se aburriría como una ostra —reconoció la chica, que se sabía muy sosa.

La melena la envolvió en papel de periódico y la guardó en el fondo de la vieja maleta. Eran demasiados años juntas para deshacerse de ella, a pesar de que la peluquera le ofreció una buena cantidad por quedarse el pelo. Los vestidos heredados los tiró Trini a la basura no fuera su nueva amiga a estar tentada de volver a utilizarlos. “Estos ni para trapos” había sentenciado.

El mar. Había cogido el tranvía número 1, que a esas horas lucía atestado de bañistas. Gentes de todas las edades, familias enteras que llenaban aquel artefacto enganchado a unos cables y con suelo de madera. Varias lámparas, con forma de flanera volteada, poblaban el curvo techo de hojalata. Sobre su cabeza ‘El Cubano’ se anunciaba ‘al alcance de su mano’. Delante de ella otro pasajero leía un periódico atrasado. Aquel Levante del jueves 2 de octubre de 1969 se hacía eco del treinta y tres aniversario de la exaltación de Franco a la jefatura del Estado. Soledad prefirió seguir mirando al exterior. Para ella todo era nuevo, se sentía como una extraña espiando la felicidad ajena. Sentada en uno de los asientos de poli —piel junto a la ventana repleta de huellas y gotas de barro, empotrada contra el frío metal por ingestas cantidades de pasajeros que permanecían de pie entre ambas filas de sillas, veía pasar las calles de aquella ciudad de luz que la había acogido sin preguntas, sin el alcahueteo al que estaba acostumbrada y al que no echaba de menos. Los edificios se fueron reduciendo a casas de dos plantas cuando llegaron al barrio del Cabanyal y entonces la vio. La playa de la Malvarrosa. Arena dorada y la inmensidad pintada de azul vibrante. Esperó a que el vagón quedara vacío y salió al exterior. Sus antiguos compañeros de trayecto se iban dispersando, mezclándose con los cientos de cuerpos que ya se doraban tumbados al sol. Una pamelita no evitó que los rayos del sol, multiplicados por la arena y el agua, le hirieran los ojos. A ella, que había sido más de oscuridad, de cuartos cerrados y de olor a humedad, aquella luminiscencia aún la cogía de imprevisto en cualquier rincón. Anduvo unos pasos con la vista reducida hasta que su pupila se contrajo lo suficiente para dejarla sin aliento. Ante ella se extendía el infinito hecho agua. Las olas lamían una y

otra vez la arena, en un ritual de amantes enzarzados en un beso sin fin. Una escena rítmica e hipnotizadora repetida desde el principio de los tiempos y que seguiría allí eternamente.

En aquellos principios de octubre el calor se prolongaba llenando las playas. Soledad nunca había visto el mar. Llevaba varios meses en la costa aunque siempre había ido postergando ese momento. Trini no la dejó dudar, ‘es un verdadero pecado perderse esta maravilla de la naturaleza’. Allí estaba, esperándola en un quiosco cercano a la parada con un cucurucho de helado en la mano.

— ¡Chica, pensaba que ya no venías! —le regañó con su habitual tono jocoso.

— El tranvía ha tardado mucho en pasar, lo siento.

— Sí, cada día va peor. Se dice de que no van a tardar en quitarlos.

— Pues a mí me da pena.

— ¡Pena! Pero si son unos cacharros que no hacen más que entorpecer el tráfico de los coches. Tú lo que eres es una sentimental.

Ambas se echaron a reír y se dirigieron juntas hacia la orilla que a esas horas de un domingo estaba ya a rebosar. Pisar aquella arena ardiente les hizo acelerar el paso y como pudieron se hicieron hueco entre los bañistas más madrugadores.

— Tenemos que venir cuando comience el frío. Si ahora te parece hermoso no tiene comparación con disfrutar del aislamiento contemplando una mar embravecida.

Soledad le tomó la palabra a su amiga.

Los fines de semana salía con alguna de sus compañeras y, principalmente, con Trini, a quien su Paco, recién licenciado en Medicina, abandonaba continuamente en pos de realizar una guardia tras otra. Juntas iban al Teatro Ruzafa y al Apolo, de estrenos cinematográficos al Rex, al Capitol o al Serrano o de sesión continua al Suizo.

Entre semana, después de trabajar, se recogía en el hostal. Allí estaba su otra familia, la que la había acogido desde el primer día como a una más de aquella fauna decadente y terminal. Con quien más le gustaba hablar era con un general retirado de varias guerras que le contaba sus andanzas por tierras de herejes. Batallas mil veces contadas, historias desgastadas por su continuo uso pero que para Soledad constituían una puerta abierta a una realidad

desconocida para ella. Si el militar no estaba, podía recurrir a la viuda de la puerta del principio del corredor. A ella le gustaba recordar su vida pasada cuando vivía con su marido y sus hijas. Él había muerto y las hijas se habían casado y marchado a ciudades lejanas. Le enseñaba fotos y le ponía discos de ópera en un tocadiscos de segunda mano. La anciana soñaba con comprarse un equipo que había visto en Radio Castilla con amplificador y altavoces Vieta que llevaba un plato de la casa Garrard y una cápsula americana Shure. Costaba 17.900 pesetas, eso sí con regalo de tres discos, pero con su pensión hubiera necesitado dos vidas para ahorrar lo suficiente. Arcadia, que así se llamaba, la inició en el amor a la música clásica y en las grandes voces del 'bel canto'. También formaba parte de aquella particular tribu un artista de circo retirado que la deleitaba tragando fuego o sables, según la ocasión. Soledad, en lugar de sentirse asustada, se sentía atraída por las rarezas de la anatomía humana. En la habitación del fondo vivía un escritor joven aunque un tanto tísico que miraba desde el fondo de sus ojos hundidos y derrotados. Él fue quien le dejó algunos libros pelados por el uso que leyó con avidez.

Soledad descubrió una faceta que hasta entonces era inédita en ella. Se convirtió en una esponja que engullía toda información recibida y toda historia escuchada o leída se convertía en la suya propia. Antes no le habían interesado los estudios. El colegio lo pasó porque había que pasarlo y con más pena que gloria. Ahora, pasaba horas encerrada en su cuarto convertida en una aventurera que recorría las ardientes arenas del Sáhara o en la heroína de una truculenta historia de amor. Recordaba cada canción, cada melodía, cada poema...

Ya al final del día, se sentaba junto a la ventana y miraba el cielo despejado. Las estrellas, quietas en el firmamento, le hablaban de eternidad y de inmovilidad. Sólo entonces sentía una ligera paz en sus entrañas que se trastocaba en inquietud en cuanto se metía en la cama.

Era entonces cuando las viejas pesadillas se adueñaban de sus sueños. Volvía a ver brazos en el aire, gritos y a una niña de grandes ojos azules que lloraba.

A pesar de aquella nueva vida, que pronto se tornó rutinaria y que llenó sus días, no dejaba de recordar el motivo que le había llevado hasta allí. En más de una ocasión había vuelto hasta las puertas de aquella edificación modernista de principios de siglo en donde había trabajado su hermana. El

edificio ‘Punt de Ganxo’, como era popularmente conocido, no quedaba lejos de su pensión. Situado detrás de la plaza de la Virgen, en la plaza de la Almoina, los cinco segmentos de su fachada conjugaban pilastras, balcones, arcos y miradores. Su fachada llamativa estaba enlucida de sinuosas formas vegetales, en blanco sobre granate, que llenaban todos los espacios. Un frente simétrico y señorial, tan hermoso que resultaba imposible no pararse a admirarlo.

Una mañana de domingo, como otras tantas, se encontró con la mano alzada junto a una de las puertas de aquella mansión, indecisa, cuando ésta se abrió. Una señora de mediana edad, con la piel curtida por el trabajo se le quedó mirando.

— ¿Venía a dar algún recado? —le preguntó con cierto aire de irritación pues parecía tener prisa.

— Bueno... —balbuceó sin saber qué decir —Querría hablar con los dueños de la casa — dijo tras una pausa.

— ¿No será para pedir trabajo? Aquí todas las plazas están dadas. —Su tono era vulgar y se le notaba recelosa al ver la indumentaria de Soledad.

— Yo venía a preguntar por alguien que trabajó aquí hace muchos años. Es mi hermana y me gustaría encontrarla.

— Está bien, hablaré con la señora a ver que me dice. Espere aquí un momento. —Y se metió sin más por la oscuridad detrás de los grandes portones.

Al cabo de un par de minutos regresó con cara de disgusto.

— Acompáñeme, que la señora la va a recibir.

Soledad sentía que sus piernas se fundían mientras atravesaba las puertas y se adentraba en un corredor abarrotado de muebles, cuadros y demás objetos decorativos con los que se podría haber amueblado más de diez casas. La variedad de estilos formaban un batiburrillo que lejos de crear un ambiente consolidado daban sensación de agobio y de indeterminación. De tan abigarrado resultaba cargante. El largo pasillo estaba iluminado por una hilera de lámparas de araña con miles de cristales que desprendían tonos azules, rojos y verdes. Después de torcer varias veces en ambas direcciones y de atravesar distintos salones del mismo estilo que el corredor, llegaron a un recinto de pequeñas dimensiones en comparación con lo visto anteriormente y de una sobriedad que resultaba más patente al compararla con el resto de la

casa.

Allí, sentada en una butaca, reclinada y con un rosario entre las manos se encontraba una verdadera dama de las que ya no quedaban. Parecía salida de un cuadro de principios de siglo. El pelo gris perfectamente peinado en un moño estirado, enjoyada profusamente y un vestido de organdí negro la dotaban de un aura de señorío que rayaba la incredibilidad.

— Buenos días joven. Me ha comentado Roberta que quería preguntarme por una hermana suya que al parecer trabajó aquí hace años. —su tono era pausado y emanaba calma.

— Sí, creo que mi hermana trabajó aquí hará unos treinta años.

— Mucho tiempo es ése para recordar.

— Se llamaba, se llama, espero, Mercedes Martos Gómez.

— ¿Puedes darme algún otro dato?

— Provenía de un pueblo llamado Valbello y debía tener unos doce años.

— Perdona, pero la memoria a mis años ya me falla. No sabría decirte con esas características habrán pasado por aquí una decena de sirvientas. Aunque —hizo una pausa y continuó —quizás mi hijo la recuerde. ¡Roberta!, ¡Roberta!, ¿Está mi hijo en casa?

La criada acudió con el enfado pintado en la cara. Estaba claro que la visita de Soledad había trastocado sus planes matinales y no le hacía ninguna gracia.

— Señora, claro que está pero durmiendo. Él antes del mediodía no se levanta, ya lo sabe usted.

— Tienes razón, ¿qué hora tenemos?

— Son las once pasadas.

— ¿Te importa regresar más tarde? O mejor aún, Roberta ¿porqué no nos sirves un té y así me hace compañía la señorita? Por cierto, ¿cómo te llamas tú? Si me permites el tutearte —dijo, después de haber usado largo rato la segunda persona del singular sin reparos.

— Faltaría más, señora. Me llamo Soledad.

— Eres poco habladora por lo que veo.

Soledad agachó la cabeza para ocultar su sonrojo.

— No te preocupes, yo también era así de joven. Con la edad te das cuenta de que no sirve de nada y aprendes a mirar a la vida de frente, sin vergüenzas y sin aspavientos. Los años pasan y se llevan la vitalidad, la

belleza y la vergüenza. Por lo menos algo bueno tenía que tener – suspiró y la miró a los ojos —No parece que la vida te haya tratado demasiado bien.

Soledad no contestó, porque no sabía que decir y porque un nudo se le había atravesado en la garganta. Se limitó a afirmar con la cabeza.

— La verdad es que me siento muy sola en esta casa, apenas puedo ya andar y no tengo más alivio que mis viejos libros releídos. Mi hijo no para en casa y nunca se casó ni me dio descendencia. Eres la primera visita, a parte de alguna dama de la parroquia, que pasa por aquí en años. Mis amigas ya están demasiado viejas, como yo, para salir. Cuando no están muertas y enterradas hace tiempo. Qué injusta es la vida y qué deprisa pasa —la anciana había dejado de hablar con Soledad para hacerlo consigo misma —Qué crueldad darnos la juventud para después quitárnosla. – Aprovecha el tiempo, que vuela —dijo ahora fijando su mirada en la joven.

— Sí, sí —dijo por decir algo.

— Eres muy guapa, pero y la mente, ¿la has cultivado?

Soledad no supo qué contestar. No comprendía a qué se refería aunque intuía que hablaba de estudios.

— Estudié hasta los doce años en el colegio, pero leo mucho.

— ¡Ah, muy bien!, me parece muy bien, porque de nada sirve tener una belleza espectacular si dentro no hay más que serrín. Aunque desde luego tú ya llevas una gran parte del camino ganada. Con tu rostro y un poquito de pulido serías una señorita de todas, todas. Se te nota una elegancia natural y un saber estar que no está en los libros y que no se aprende, se hereda como el color de los ojos o la forma de caminar.

En eso entró Roberta con una bandeja con un juego de té. Lo depositó en una mesa rinconera cercana a ambas mujeres. Sirvió una taza a la señora y otra a Soledad sin preguntarle sus preferencias. Al dársela le lanzó una mirada que dejaba a las claras una animosidad feroz.

La chica notó el calor de la taza y el olor fuerte del té sin leche. Era de un color rojizo y su sabor era amargo pues no le había puesto azúcar. Ella lo tomó casi de un trago para evitar saborearlo. Era su primera vez y ni siquiera sabía qué clase de bebida era, ya que sólo la había oído nombrar como la bebida de los ingleses traída de las Indias. El líquido le abrasó el estómago y le revolvió las tripas.

La señora se lo tomó a cortos tragos y en silencio, pero en cuanto terminó

el último y le recogió la taza la criada, que había permanecido de pie a su lado mirando inquisitivamente a Soledad, comenzó a hablar de nuevo como si no hubiera habido descanso. Retomó los sinsabores de su vejez, aislada y quejumbrosa. A la joven le comenzó a hastiar el monólogo. El ritmo lento que utilizaba la comenzó a adormecer y antes de caer en un profundo sopor en el que le costaba mantener los ojos abiertos se preguntó qué leches le importaba a ella los cursis sufrimientos de una vieja chocha que lo había tenido todo en la vida y se quejaba ahora por la inminente pérdida.

Un portazo la sobresaltó y la sacó de su ensimismamiento para ver a la momia contorsionarse al compás de una vieja melodía solo oída por ella mientras balbuceaba “¡Qué delicia, el mar y las olas de la playa de la Concha. Qué tiempos. Lucía, Lucía no corras entre las mesas. Compórtate que nos miran!”

La gran señora había perdido la lucidez. Ida, viajaba por campos de neuronas diluyéndose. En esas se abrió la puerta y entró el hijo. Era un cincuentón con el pelo engominado vestido de bata de seda. Llevaba un bigotillo relamido y zapatillas de estar por casa con una inicial bordada a juego con la que mostraba el bolsillo del batín.

Miró detenidamente a Soledad, de arriba abajo y viceversa, pareció gustarle lo que vio porque regocijó la vista en algunas partes de su anatomía. Mientras, su madre seguía divagando con los ojos llenos de una luz propia de niños o de locos. Su rostro, que se había transformado envuelto en candidez e inocencia, se veía hasta bello libre de las ataduras de la rigidez que lúcida la marcaban de arrugas.

Entonces su hijo notó el estado en el que se encontraba y se volvió hacia ella sacudiéndole el hombro sin mucho ceremonial.

— ¡Vamos madre, que tenemos visita!

La sacudida la trajo de regreso y en ella se instaló otra vez esa dureza de carácter que la hacía tan distante. Madre e hijo no parecían tenerse demasiada simpatía, por no hablar de cariño. Ambos eran fríos cual témpanos de hielo.

Juntos en la misma habitación bajaban en varios grados la temperatura ambiente.

Soledad pensó que quizá la pletórica decoración se debía a un intento de compensar la falta de calor de hogar, o de cualquier otro tipo.

Se sintió escudriñada hasta su más mínimo hueco o pliegue de su piel. Las

miradas continuas del hombre ya maduro la hacían sentirse incómoda y lo único que deseaba era salir de aquella casa sombría.

El hijo, que dijo llamarse Severo, pidió a la mucama un whisky con agua que se bebió de un trago en cuanto le fue servido. Sus facciones eran suaves, aristocráticas y podían haber sido hermosas sino fuera por una debilidad de carácter que se dejaba entrever en su mirada oscura y sucia. Desde el principio pareció interesado por la historia y aseguró que recordaba a alguien que podría ser la hermana de Soledad.

— Déjame unos días para que pueda hacer unas averiguaciones y comprobar que es la persona correcta. ¿Dónde puedo localizarte? —él la había tuteado desde el principio y la joven tuvo la impresión de que le estaban dando gato por liebre, pero no tenía alternativa a ver desarrollarse los hechos. — Estoy alojada en la pensión “Rosita” —dijo con cierta duda en su voz.

Madre e hijo realizaron la misma mueca de asco al unísono. En ese instante, Soledad se sintió empequeñecer hasta ser más minúscula que una de esas colillas que los vagabundos recogían por la calle para aspirar su última calada. Detestó su ropa barata y sus sandalias usadas. Por primera vez fue plenamente consciente de la diferencia de clases. Antes había vivido rodeada de gente que tampoco tenía mucho más que lo puesto o a los que poco les sobraba. Gente humilde donde la estética no pasaba más allá de una muda limpia para los domingos y zapatos sin agujeros para el invierno. Ya en Valencia pudo apreciar la diferencia entre el centro y los barrios obreros, pero hasta entonces no se había sentido tocada ni despreciada por sus vestiduras — a parte del grosero recepcionista del hotel —o por el lugar donde se alojaba. El filo cortante de los billetes de papel le dio directo en el pecho y le abrió allí una brecha. Deseó desaparecer de ese lugar y encontrarse en su humilde habitación de la pensión donde al menos se sentía segura.

Tragó saliva y se levantó despacio. Miró a la anciana y se despidió dando las gracias y sin alzar la vista y dirigirse a Severo se encaminó hacia la puerta sintiendo un par de ojos maliciosos clavados en su figura, recorriéndola arriba y abajo. Sintió un escalofrío y un sudor que le recorría la espalda. Ella ya conocía esas miradas de deseo, del deseo más primitivo y visceral. Un deseo que pocos podían controlar y que hablaba de peligro y de humillación. Había pasado por encima de esas miradas, ajena. Esta última era más penetrante que cualquiera de las otras casuales que había recibido.



Al salir, el aire todavía cálido de finales de octubre le llenó los pulmones, alejando la humedad viscosa del interior de la casona. Se paseó, un tanto ausente, entre las callejas estrechas del barrio del Carmen buscando el sol y su calor. ‘Huele a tormenta’, oyó decir a un hombre que apoyado en un portal miraba al cielo. Soledad arreció el paso, no quería verse sorprendida por un aguacero de otoño, largo e intenso. Sentía un gran pavor por los truenos y los relámpagos. Era algo superior a sus fuerzas. Los rayos le hacían sentirse niña otra vez, metida en la alacena rezando sin parar veinte, treinta, cuarenta... cien padrenuestros hasta que amainaba la tormenta y podía salir de su escondite.

Justo cuando atravesaba la puerta de la pensión comenzaron a caer las primeras gotas. En un principio eran gruesas y escasas, pero el cielo cambió el azul brillante por un gris plomizo y se convirtieron en abundantes cascadas unidas a un viento silbante que removía todos los rincones. Empezó a refrescar y el ambiente se llenó de agua y de olor a tierra mojada.

Soledad subió corriendo los escalones hacia su estrecho cuarto y allí se asomó a la ventana. Todavía no había llegado el aparato eléctrico y podía saborear el aroma del suelo fresco y el repicar contra tejas y paredes. Así, rodeada del silencio atronador del agua se sintió limpia otra vez. Pudo escurrirse las miradas obscenas y los vicios ajenos. Flotó en suspiros unos minutos hasta que vio el primer relámpago. Cerró con prisas los cristales y se apretó contra la pared opuesta, acurrucada y despavorida.

La mañana le trajo una novedad. Úrsula había vuelto a la ciudad. Cuando bajó para ir a desayunar encontró a Rosita muy alterada en la silla junto a la escalera. Estaba realmente excitada.

— Soledad, Soledad, ¿a que no sabes quién está otra vez con nosotros?

A la chica esta pregunta la pilló por sorpresa y antes de que pudiera articular palabra, o incluso pensar en alguna respuesta lógica, la dueña de la pensión se le adelantó.

— ¡Nuestra Úrsula! — pronunció el ‘nuestra’ como quien habla de alguien muy cercano y querido. “Cualquiera diría que viene el Papa” pensó Soledad, asombrada por tanto revuelo.

A ella, la noticia la dejó un tanto indiferente pues apenas la conocía. Un viaje de autobús no era suficiente para entablar amistad.

— Pues me alegro —dijo por decir algo y salir del paso. Siguió su camino

hacia la puerta dejando a la buena señora con la boca abierta y el ceño fruncido.

Ese día no volvió a la pensión hasta pasadas las siete de la tarde. Había picado algo en ‘Casa Cesáreo’ con Trini y la tarde se les había ido en el Serrano donde estaba de estreno ‘La Piscina’ con Alain Delon como protagonista. Al entrar por la puerta verde se encontró a la monumental Úrsula cual soberana agasajada por su corte al completo. Estaban todos los inquilinos alrededor suyo mientras ella permanecía recostada en una butaca que debía haber sacado Rosita de sus habitaciones.

A Soledad le sorprendió la grotesca escena. Parada en el marco de la puerta los observó unos segundos. Parecía un cuadro surrealista, un retazo de un sueño donde todo parecía del revés y los actores hubiesen sido elegidos en un desvarío del encargado del casting. La dueña con la cara arrebolada parecía una adolescente tierna, el militar asentía constantemente llenando de sés la estancia, la viuda daba vueltas alrededor de todos riendo sin parar y el escritor fracasado, parado junto a la pared, tenía una expresión de adoración que le rellenaba la cara seca. Entonces sintió la mirada fija de los enormes ojos grises de Úrsula.

— ¡Ya regresa la hija pródiga! ¡Llevamos toda la tarde esperándote!— gritó la venerada con un dejo de sorna en su sonrisa.

— No sabía que me esperabais —reconoció sin echar a andar hacia el grupo que ahora la miraba atentamente.

— ¿Cómo te ha ido por aquí? —siguió chillando, así que la chica decidió acercarse y no llamar tanto la atención.

— Bueno, ni bien ni mal, todavía.

— ¡Huy, ese tono no me ha gustado nada! — exclamó con su peculiar acento de todas y de ninguna parte. —Tenemos que hablar tú y yo tranquilamente —y dicho esto se giró a hablar con el tísico de sus dolores reumáticos.

Soledad se sintió ahora un poco aislada del resto y abandonó discretamente la estancia. Un rato más tarde, unos golpes suaves pero potentes sonaron en su puerta. Se levantó y la abrió, dejando al descubierto el torso abundante de la adivina descalza y sólo cubierta por una combinación semitransparente de color azul. Parecía tener una predilección especial por ese color, pues la joven no la había visto cubierta con una prenda que no

tuviera esa gama cromática.

— Perdona que te llame a estas horas, pero es que me he quedado preocupada. No te he visto buena cara.

La hizo pasar y se sentaron ambas en la cama desecha. Soledad, que era normalmente reservada, le relató sus días de paseos, su miedo a no encontrar a la hermana desconocida, y por último su visita a la casa funesta. Lo soltó todo como un reguero que empieza suave pero que va ganando fuerza y termina convertido en río caudaloso.

Úrsula había permanecido en silencio mientras escuchaba a Soledad, con la cara impenetrable iluminada a retazos por la luz que llegaba del exterior.

— Aléjate de esa gente. Sólo te traerán problemas. Sobre todo del hijo. Es un ser egoísta y malvado que no moverá un dedo por ayudarte sino por buscar su propio placer. Luego no digas que no te lo advertí. Busca a tu hermana, que yo te digo que no tienes pero como eres una cabezona insistirás, por otras vías. Ves al ayuntamiento a ver si está empadronada, al registro civil, a la policía o al cementerio o donde sea pero cuanto más lejos de él mejor. — pronunció estas palabras con un tono tan autoritario y severo que dejó a Soledad sin color en el rostro. Nunca le habían hablado así, ni su padre ni su madre. Le habían gritado, zarandeado, arrastrado, castigado, pegado e insultado pero nunca, nunca aconsejado con ese tono maternal e incisivo a la vez.

— Bueno, ya es tarde, te dejaré descansar. Seguiremos en otro momento. —salió de la habitación como una exhalación. La joven se quedó en la misma posición durante unos minutos sin reaccionar y pensando, como siempre le ocurría con ella, que había soñado la visita y que su presencia no era más que desvaríos de su conciencia jugándole malas pasadas.

Algo le escoció en su interior. Su instinto le decía que Úrsula tenía razón pero sabía que si la buscaban acudiría. Ya había pasado un día por el Ayuntamiento y no había encontrado respuestas y el cementerio lo descartaba, porque allí terminaban sus esperanzas.

La desazón la atormentó toda la noche. Pasaron varios días sin noticias y se fue relajando. Siguió con su vida de rutinas, del trabajo a la pensión. A Úrsula no la vio hasta el sábado a mediodía cuando se disponía a ir a la taberna a picar algo, ya que Rosita sólo ofrecía cenas.

— Me voy esta tarde y Rosita nos invita a comer – dijo sin más.

Soledad no sabía si darse por aludida.

— Tú también estás invitada – aseguró adivinando sus pensamientos — Están todos ya en la mesa. Yo iba a subir ahora al ver que no bajabas.

— No sabía nada. Me iba ahora a la tasca —tartamudeó.

— ¡Todo solucionado! Verás que rico cocina, está para chuparse los dedos. ¡Qué arroz ‘a banda’ prepara...!

La cogió por los hombros y la pasó primero por la puerta verde, ya que ella sola ya tenía problemas para introducir su voluminoso cuerpo por la estrecha abertura. Recorrieron el pasillo hasta la cocina, que hacía las veces de comedor para las cenas. Era muy amplia y tenía una mesa redonda en el centro donde ya estaban sentados el resto de comensales. Rosita se afanaba apartando del fuego una paella humeante y con un olor tan sabroso que la joven comenzó a salivar. Se percató de que no había comido nada en todo el día y de que le temblaban las piernas de debilidad ante el cercano manjar.

En fuentes distribuidas por toda la mesa estaban repartidas toda clase de viandas. Salchichón, jamón, chorizos, ensalada...y el arroz que estaba depositando ahora en el centro.

Úrsula se puso en su plato la mitad de la bandeja y comenzó a devorarlo con un hambre acumulada de varias generaciones. La grasa se le escurría Úrsula se puso en su plato la mitad de la bandeja y comenzó a devorarlo con un hambre acumulada de varias generaciones. La grasa se le escurría entre los dedos y le manchaba el morro, pero ella seguía engullendo embutidos y arroz sin parar a limpiarse y masticando con la boca abierta. Cuando terminó su plato miró a ver si quedaba más, pero ya era tarde. El resto, previsores, se había adueñado de su parte, así que ahora le hincó el diente a un par de chorizos y un salchichón que cayeron enteros en su buche en menos de cinco minutos.

La viuda comía despacio y el tísico apenas probaba bocado. Los únicos que seguían el ritmo demoledor de la venus gigante eran el militar y la anfitriona, que no le andaban a la zaga en número de salchichas y jamón ingerido.

A Soledad, al principio le dio cierta repugnancia el modo de deglutir los alimentos de Úrsula y compañía, pero su estómago comenzó a rugir y se olvidó de remilgos y consumió su ración. El jamón era de buena calidad, como sólo los podía proporcionar una tierra de clima frío y seco como Teruel.

Las finas láminas se deshacían en la boca dejando un regusto salado a carne tierna. El arroz sabía a gloria bendita.

— Está muy rico, Rosita.

— Otro día te voy a preparar una paella mixta que te vas a chupar los dedos.

Nunca se había dado un atracón de esas dimensiones, así que con el estomago a punto de estallar y la cabeza revuelta por el efecto del vino de Utiel que había acompañado a los platos, subió tambaleante a su cuarto cuatro horas después, mientras los demás se acomodaban en el sofá para disfrutar del nuevo televisor Iberia Sinkro —CC que Rosita acababa de comprar.

La despertaron unas voces al otro lado de la puerta. Al ir a levantarse notó un incipiente dolor de cabeza que podría decirse era su primera resaca.

— ¡Soledad, Soledad, te llaman por teléfono!, ¡Niña, niña, contesta!

— ¡Ya voy, ya voy! – masculló abriendo la puerta.

— ¡Venga niña, que hoy te has dormido!

Bajando las escaleras se dio cuenta de que llevaba la misma ropa de ayer, arrugada y descompuesta y ya abajo, que el reloj de la entrada daba las 12. Aturdida, no se explicaba quién la llamaba de madrugada hasta que la luz que entraba por la ventana de la habitación a la que la llevó Rosita le hizo caer en la cuenta de había dormido casi 16 horas seguidas en lugar de dar una cabezadita como era su intención.

Cogió el auricular y escuchó una voz suave y profunda, con un matiz que la hacía desagradable.

— Soy Severo, quedamos en que buscaría información acerca de su hermana.

Soledad siguió en silencio.

— Me gustaría concertar una cita. ¿Le viene bien en un par de horas en el restaurante ‘Palace Fesol’?

Se encontró diciendo que sí, mientras una parte de su cuerpo caía presa de un terror profundo y sin nombre. Permaneció varios minutos escuchando el sonido de la línea colgada hasta que fue capaz de reaccionar.

Después de llamar a Trini y anular su cita para ir al teatro Olympia a ver la comedia picante ‘¡Qué dulce es morir así!’, ya que no sabía si acabaría a tiempo de acudir, se puso su mejor camisa, una falda negra por debajo de las rodillas y unos zapatos con algo de tacón. Se maquilló suavemente y se colgó

el bolso de piel que se había comprado recientemente.

A las 13:45 ya rondaba por las cercanías del restaurante. Era demasiado pronto para entrar así que decidió dar una vuelta por la calle Colón. Estaba mirando un escaparate ensimismada cuando sintió una presencia detrás. A través del cristal vio a un hombre cercano a la treintena con un traje oscuro, el pelo castaño claro y la nariz ligeramente aguileña que tenía clavada en ella su mirada. Cuando se volvió en su dirección había desaparecido.

Soledad se sacudió la cabeza y miró la hora en su reloj, un modelo masculino que había pertenecido a su padre. Se le hacía tarde. No le gustaba llegar con retraso y hacerse esperar. La impuntualidad la ponía nerviosa. Pero ese día se le fue el santo al cielo y eran pasadas las dos cuando entró por la puerta del restaurante.

Era un sitio distinguido. La clientela era de lo más selecto de la capital del Turia. El camarero la guió hasta una mesa situada en un rincón cercano a la entrada. El señorito no había llegado todavía por lo que la joven sintió alivio y rabia al mismo tiempo. Ella con prisas y el otro se retrasaba todavía más. ‘Estos ricos no tenían ninguna consideración para con los demás’ se dijo una y otra vez en los veinte minutos que pasaron sin que el otro diese señales de vida. ‘Por lo menos podía haber avisado en el restaurante’.

Cuando ya estaba levantándose para marcharse lo vio aparecer y se arrepintió una y mil veces de no haberse ido antes. Él llegaba con una sonrisa sardónica que más bien parecía una mueca y que le eliminaba todo atractivo posible. Vestía una trinchera clásica con mangas raglán en tejido tergal y algodón, debajo la sorprendió con un cuello cisne. Se sentó seguro, sin disculparse y sin ni siquiera hacer ningún tipo de mención al ostentoso retraso.

— Camarero, por favor, nos sirve la especialidad de la casa —tampoco aquí pregunto las preferencias de la otra comensal. Se le veía acostumbrado a lidiar con mujeres y a que estas bailaran a su son.

A Soledad se le estaba a empezando a atragantar la comida sin haber probado bocado todavía. ‘Será cretino, se cree irresistible y no es más que un pedante engreído’. Apenas podía mirarle a los ojos pues estaba segura de que le iban a delatar los pensamientos. Se le escurrirían las palabras por las pupilas y resonarían por todo el salón.

Ella cada vez estaba más sorprendida por sus reacciones. Nunca antes

había conocido a alguien que le produjera tanta repugnancia, ni siquiera el cura abusón que hubo en su pueblo. Pero este madurito pijo estaba acabando con su paciencia.

Hablaba y hablaba sin parar de sus amistades, sus viajes en crucero, su estancia en Argentina y de sus fiestas fastuosas... blablabla, blablabla, blablabla. Soledad se quedó en las fiestas y desconectó, puso cara de interesada y decidió que hasta que no se tocara el tema de su hermana podía contarle las milongas que quisiera que no pensaba escucharle. Se dedicó a degustar un arroz ‘amb fesols i nabs’ riquísimo, que resultó ser la especialidad de la casa, y a beber vino, aunque con moderación porque quería mantenerse alerta. Cada vez le gustaba más ese sabor recio con regusto a madera. Él le rellenaba la copa constantemente pero ella no quiso caer en la trampa. Tampoco le felicitó por la elección porque eso hubiera aumentado su ego ya demasiado estirado.

La mesa estaba al principio del alargado restaurante, cerca de la puerta. Al otro lado la calle corría desierta a esas horas. Soledad se fijó en los colores verdes y rojos que se alternaban formando hermosas figuras geométricas en la parte inferior de las vidrieras. Al alzar la vista vio al hombre del traje oscuro de la calle Colón mirando a través de la ventana en su dirección. Sus ojos se encontraron y por un instante pudo percibir la fuerza salvaje que latía en aquel cuerpo fibroso.

Severo le tocó el brazo y el asco repulsivo hizo que apartara la mirada y se pegara rígida al respaldo de la silla. Volvió enseguida a mirar hacia el mismo lugar pero el hombre ya no estaba. Se tocó el cabello y se apretó las sienes, intentando serenar los ánimos.

Por su parte, el señorito estaba cada vez más en su salsa. “Esta cae en menos que canta un gallo” pensaba mientras le servía vino. En sus primeras citas siempre se mostraba muy servicial. “Todo detalle cuenta y es fundamental”. Estaba considerado entre sus amigos el número uno. El don Juan que no había encontrado todavía a su doña Inés. “Esas pamplinas teatrales también eran de ayuda en algunas ocasiones. No sería la primera vez que una mujer hermosa se dejaba engatusar al sentirse su monja claudicada”. Ese pensamiento le hacía surgir a la cara la media sonrisa que tan odiosa encontraba Soledad.

Estaba tan pagado de si mismo que no había caído en la cuenta de su

incipiente barriga, de la calva que ocupaba gran parte de cuero cabelludo y de las arrugas que amenazaban con encogerle los ojos. Se había engominado profusamente y, literalmente, se había bañado en perfume. Una marca cara que le traía su primo de París todas las primaveras y que él le encargaba a docenas. No quería verse sorprendido a mitad de temporada sin su peculiar aroma. Nadie más lo usaba, al menos que él conociera, y esto le hacía sentirse todavía más único y especial. A Soledad, era una mezcla que la mareaba y le recordaba a flores secas y podridas, a tiempos pasados y a queso rancio.

Severo cultivaba todos los vicios posibles para su época. Fumaba enlazando un cigarrillo ‘Feten’ con otro y se drogaba en cuanto tenía la ocasión. La marihuana y la heroína se estaban poniendo de moda a pesar de la represión que los últimos coletazos del régimen franquista insistía en seguir ejerciendo en la sociedad. Con dinero de por medio no había impedimentos.

A Soledad le molestaba el humo que le dirigía directamente a la cara y que estaba llenando todos los rincones, cargando el ambiente y haciéndole llorar los ojos. Así que cuando terminaron el segundo plato, el postre y estaban a punto de apurar el café consideró que ya había aguantado suficiente y que quería información.

— Por teléfono me dijo que tenías noticias sobre mi hermana —dejó caer.

— Tutéame.

— Me dijiste.

— Eso está mejor. Estoy seguro que vamos a ser muy amigos.

‘Apuesto a que no’ se tragó Soledad sin pronunciar.

— Pues algo he averiguado. Creo ya saber quién es, pero me falta atar unos cabos.

— ¿Entonces sabes algo o no? —preguntó un tanto irritada sin ser capaz de seguir manteniendo las formas mucho rato más.

— Estas cosas van despacio, tienen su procedimiento. Se ha de ir paso a paso —dijo mientras acariciaba con el índice la mano de la chica.

Ella retiró la mano y tomó aire.

— Entonces no sabes nada —sentenció.

— Tampoco es eso. Me he puesto en contacto con el lugar donde trabajó después de dejar nuestra casa y me han dicho que una de las empleadas sí conoce su paradero. Claro que estamos trabajando sobre supuestos. Todo saldrá bien si estamos buscando en la dirección correcta.



— Bueno, pues se me está haciendo tarde. Te agradecería que en cuanto tengas más información me llames a la pensión.

Se levantó con la intención de marcharse, harta e incapaz de soportarle otro segundo, pero él la retuvo poniéndole el brazo en la cintura. Ella se zafó en un solo movimiento y puso distancia de por medio.

— No te vayas, queda mucha tarde y mucha noche todavía – susurró utilizando un tono meloso que rayaba en el empalago.

— Lo siento, he de irme ya. Gracias por todo.

Se marchó sin dejarle tiempo a reaccionar. Fuera, en la calle ya atardecía, pero a pesar del frío se sintió mucho mejor que en el interior del local atestado de humo. Cruzó la calle camino de la pensión. No tenía ganas de pasear o de sentarse en algún parque desierto a esas horas. Sólo quería alcanzar la tranquilidad de su habitación. No tenía ganas de ver ni de oír nada ni a nadie. Después de torcer por algunas calles sintió unos pasos a su espalda. Un escalofrío de terror le recorrió desde los pies a la raíz del cabello. No quiso mirar atrás y apretó el paso. Rezaba en su interior para que fuera alguien que llevaba su propio camino y no Severo siguiéndola y acechándola en esas calles sin un alma.

La puerta de la pensión se le dibujó tan verde como siempre en la última revuelta. Casi corrió hasta alcanzarla. Abrió y cerró bruscamente, y subió los escalones de dos en dos mientras se sacaba la llave y miraba de reojo que nadie hubiese franqueado detrás de ella el portón.

Ya en el cuarto se cerró el pestillo y apoyó sudorosa la espalda en la pared fría. El corazón galopante y la garganta seca. Respiró y miró a través de la ventana. La estrechez del cuarto le facilitaba el ver una parte de la calle desde su posición. Algo le llamó la atención. Se acercó sigilosa palpando el papel pintado.

Allí estaba él. Apoyaba una pierna alzada contra el muro y mantenía los brazos cruzados a la altura del pecho. La cara levantada miraba hacia donde estaba ella. La cortina blanca le otorgaba un resguardo a medias y durante unos minutos le miró a unos ojos, que estaba segura, la estaban viendo. Eran como un imán del que no podía despegarse. No supo cuanto duró el encantamiento pero las voces de unos jóvenes que iban calle abajo gritando desviaron su atención y cuando volvió a mirar el hombre de negro ya se había marchado.

Soledad estaba sentada en una terraza de la plaza del Caudillo. Se había vestido con un jersey y un chaleco en jacquard sobre unos pantalones, encima un abrigo la resguardaba de los embates del gélido viento de finales de noviembre. Ya había transcurrido una semana desde su encuentro con Severo y no había vuelto a tener noticias suyas ni del desconocido. A veces escuchaba pasos detrás de ella y se le aceleraba el pulso, pero miraba hacia atrás y no veía a nadie. El transcurrir de los días le fue quitando hierro al asunto y empezó a pensar que su imaginación se le estaba desbordando como una mala hierba que no era capaz de controlar.

¿Existía de verdad el hombre misterioso o era una creación propia hecha a medida? Cada vez que pensaba en él un calor inmenso se apoderaba de su cuerpo. Esa mañana se había despertado con la entrepierna mojada y el vello erizado. Una masa hambrienta se le cocía en el vientre y una ansiedad sin nombre se le había instalado en el pecho. Miedo, miedo y más miedo. No, no era miedo. Era parecido pero con matices diferentes. Al miedo ya estaba acostumbrada y esto no era igual. Podían contener algo de miedo, pero las emociones que estaba experimentando ahora eran más complejas y difíciles de entender e imposibles de explicar. Nadie le había hablado de lo que era el deseo, ni la pasión, ni la atracción. Y ella nunca los había sentido, por eso estaba tan confundida. Le daba vergüenza comentárselo a Trini.

Sus pensamientos se veían truncados cada vez que una silueta lejana le hacía pensar en él. Palpitaciones y vuelta a la normalidad tras comprobar que era una falsa alarma. Decidió olvidarse del tema y centrarse en la búsqueda de su hermana. ¿Por dónde seguir? Severo no la llamaba y, en cierto modo, prefería que fuera así. Ahí se terminaban todas las pistas.

¿Qué hizo su hermana después de abandonar la casa de los Ripalda?, y ¿por qué se fue tan joven a servir?, ¿por qué no le habían hablado de su existencia? Estas preguntas la atormentaban. Según sus cálculos debía ser todavía una niña cuando llegó a Valencia. Tan pequeña y trabajando de sol a sol en una casa lúgubre, sin familia, rodeada de extraños... Aunque no debía sorprenderse. Aún en esos años era una práctica habitual en los pueblos de España. Los que poco tenían mandaban a sus niñas a servir a casas pudientes a cambio de un salario de risa, cama y comida. Eran un gasto menos y una preocupación más. Ellas se encargaban de otros niños que incluso podían tener mayor edad, fregaban, cocinaban, hacían la compra, y quién sabe que

más... y con apenas 10 ó 12 años.

En su pueblo una chica volvió preñada con 15 años. El hijo era del señor de la casa que la había violado de forma continua y sistemática desde que a los 13 entró a servir allí. Cuando el embarazo se hizo visible la habían mandado para casa como si nada hubiera pasado. Había sido la comidilla durante un tiempo y llevaría toda su vida el estigma clavado en su frente. ‘Se quedaría sola, sola con su criatura y ya ningún hombre la querría’ decían las malvadas resecas. Cuando se acordaba de su panza llena y sus ojos tristes se le inundaba el alma.

Esperaba que su hermana no hubiese corrido una suerte semejante. Pensaba en ella feliz, con una gran familia. Se imaginaba una y otra vez, y de mil formas posibles, su encuentro. ¿Qué se pondría? Se compraría algo bonito. Seguro que tendría sobrinos a los que poder abrazar y mimar.

Estos pensamientos le iluminaban el rostro con una sonrisa completa. Tan hermosa y perfecta estaba entonces que los que pasaban por su lado tenían que volverse para admirarla y terminaban tropezando con el objeto más cercano. Ella seguía ajena, como siempre.

— ¿Qué tiene tanta gracia? —la voz de Trini la sacó de sus pensamientos.

— Nada, tonterías. Me acordaba de la canción de Karina ‘El baúl de los recuerdos’ —mintió.

— Sí, está sonando mucho en las emisoras, pero yo prefiero a Los Albas con ‘Niña’ o ‘La mañana’ de Albano.

— ¿Habéis oído ‘The Guetto’ de Elvis Presley? Me encanta. —terció Paqui, que esa mañana las acompañaba.

— ¡Venga chicas que se nos hace tarde! —interrumpió Trini mientras se levantaba de la silla.

Apuró el café, que prefería solo y sin azúcar, y siguió a las otras que se dirigían al Rex a ver ‘Las Amigas’ con Florinda Chico.

Estaba leyendo un libro titulado ‘Bajo el poniente’, era una novela rosa que le había pasado Arcadia, la viuda. Le había dicho que necesitaba “vivir un gran amor. Deslizarse al compás de un vals o vibrar con la potencia de un tango. Daba igual, lo que importaba era bailar”. Un símil que cuando se lo oyó decir le hizo mucha gracia a pesar de estar acostumbrada a escucharla, muchas de sus frases eran realmente cómicas. “Hay que echarle azúcar a las tortas y al jamón sal” declamaba con aire teatral para decir que no a todos les

convienen las mismas cosas. Otra de sus frases preferidas por Soledad, y que significaba que algo le daba igual, era “arriba o abajo, tanto da carajo”.

Además no conseguía pronunciar las erres, por lo que evitaba utilizar palabras que contuvieran esa consonante. Así que el perro se convertía en chucho, el rabo en cola, la zorra en mujer de mal vivir, o el morro de cerdo en hocico, etc... Si alguna vez, sin querer, utilizaba alguna de las palabras prohibidas y alguien alerta le rogaba que repitiera, ella lo hacía con la nueva versión limpia de erres. Era rápida como un lince y jamás caía.

El libro trataba de una joven que se enamora de un rico sultán del lejano oriente, se casan y ella lo deja todo por vivir su amor. Una vez llegan a su país, él la desprecia continuamente y la abandona a su suerte en un palacio inmenso en el que todos la miran con recelo. De momento, Soledad no había pasado de allí pero imaginaba que al final todo resultaba bien y que el marido recapacitaría y se convertiría en un tierno cordero bajo la suavidad de las caricias de su amada. Siempre era así en esas novelas, pero la vida real estaba tras las páginas golpeando con fuerza y marcando su territorio. Un territorio lleno de pérdidas, de sufrimiento y de desventura y que no solía tener un buen final. ¡Que se lo preguntaran a ella!

# 4

## HERMANAS

Rosita tenía un hijo, Damián, que normalmente estaba ingresado en el manicomio de Bétera. No es que estuviera loco, decía su madre, pero le habían dado varios ataques en los que se creía perseguido por unos demonios de color verde que le estiraban de los pelos y le insultaban.

Salía disparado dándose manotazos en la cabeza y gritando como un poseso. Sus chillidos sonaban a animal de matadero. Su enorme cuerpo, que se movía lento en cualquier otra circunstancia, se balanceaba ligero y derribaba a su paso cualquier objeto o persona que osara interponerse en su camino corriendo a refugiarse en las faldas de su madre. Llegaba hasta ella como un huracán en plena potencia y se aferraba a su mandil manchado como si el olor a pan tostado y a lavanda que desprendía su cuerpo fueran un poderoso amuleto protector.

La casera, que tenía un sexto sentido para los ataques esquizofrénicos de su hijo aun antes de que sucedieran, dejaba todo lo que estuviera haciendo y se preparaba para la investida del cíclope. Abría ligeramente las piernas y con los brazos en jarras se plantaba tiesa. Cuando llegaba aguantaba sin inmutarse mientras él se cogía a sus caderas con las rodillas hincadas en tierra gimiendo y balbuceando. Entonces sus manos le acariciaban lento y de su garganta salía una vieja y tierna nana de cuna que su voz ronca distorsionaba. Así se podían pasar varias horas junto a los fogones, en el quicio de una puerta o en la entrada a la desgastada pensión.

La expresión de Rosita seguía serena, con la mirada vuelta para atrás. Sus ojos estaban fijos en el pasado, en un tiempo que estaba lleno de esperanzas, con un marido fuerte y macizo y un hijo que crecía sano y alto. Volvían a ser niño y muchacha con un camino por recorrer. Ahora todo eso había pasado. Ella estaba sola y diluida, y él era una sombra sin trecho.

Nunca se les molestaba. Se les dejaba hacer hasta que Damián se calmaba y se le escurrían la pena y el miedo. Entonces volvía a convertirse en un ser tímido y retraído. Atiborrado de medicamentos, la hinchazón desfiguraba sus rasgos. Los labios gruesos y el mentón huidizo. La cabeza siempre ladeada y

el espíritu vago.

— ¡Qué pena tan grande! —suspiraba Rosita frecuentemente mientras hacía las camas o fregaba el suelo. —¡Qué pena tan grande!

Cuando tenía al vástago en casa parecía recuperar una ligera lozanía pero en los meses, que solían ser la mayoría, en los que estaba encerrado, su rostro tenía un matiz ceniciento. Soledad se lo encontró un día sin sospechar siquiera que existiera. Ella entró por la puerta verde a eso de las seis de la tarde. Fuera el frío seguía arreciando y se sentía helada.

Tardó unos segundos en acomodar la vista a la penumbra. Entonces le vio. Estaba sentado en la silla de tres patas junto a la escalera. La había estado mirado fijamente hasta que ella se percató de su presencia. Él bajó la vista y ella dijo un escueto saludo, que no tuvo respuesta, y subió a su cuarto.

Hasta esa noche no supo quien era. Rosita se lo presentó a la hora de la cena.

— Soledad, este es mi hijo Damián. Damián saluda a Soledad. Mira que guapa es, ¿verdad?

La joven pudo apreciar como se ruborizaba el otro al mismo tiempo que ella.

— Encantada de conocerte.

— Sí que es guapa, mamá —dijo entonces él girándose hacia su madre ignorando su presencia en la sala. —Esta no estaba antes. La vi esta tarde ya, pero como no la conocía no la saludé. ¿Hice mal mamá?

— No te preocupes cariño que Soledad lo comprende. Ahora ya la conoces así que tienes que saludarla.

— Muy bien.

Así que se giró y le soltó un rotundo ‘buenas noches, señorita Soledad. Discúlpeme por que esta tarde no la saludé’.

— No hay problema.

Desde esa frase y hasta el final de su estancia en la pensión no volvió a dirigirle la palabra más que para saludarla cuando se cruzaban por el pasillo o la entrada. Aunque Soledad le escuchaba sus indescifrables monólogos cuando él se creía a solas y que callaba en cuanto se veía descubierto.

El joven Damián, que no tendría más de treinta años pero que aparentaba veinte más por lo descuidado de su aspecto y la dejadez de su figura, podría haber llegado a algo en la vida, como aseguraba Rosita. Ella le echaba la

culpa a una ‘mala mujer’ que un lustro antes le había desairado.

— Si esa pécora no se hubiera cruzado en su camino... con lo bien que iba. Nunca le he deseado mal a nadie pero a ésa, a ésa que se la devore el peor mal que exista, y a fuego lento, para que sufra más —sentenciaba, y nadie podía quitarle la razón, ni siquiera los médicos que aseguraron que esa distorsión de la realidad de su cerebro nada tenía que ver con mal de amores.

La vida de Damián discurría entre encierros y la pensión. Con el tiempo y la vejez de Rosita sus salidas se irían espaciando hasta anularse. Se le escapó por completo la realidad y edificó un mundo de fantasía con firmes muros de constancia que le aislaron por completo pero que le dieron la felicidad. Allí tenía una familia y no le atacaban los demonios verdes porque no les dejaban pasar de las rejas de su prisión. En la época que Soledad pasó en la pensión Rosita, él seguía con un pie en cada esfera y con repetidos ataques virtuales.

Rosita volcaba sus restos de cariño en los hospedados ya que no le quedaba nadie más en quien hacerlo. Trataba al tísico poeta como al niño que la nebulosa mental le quitó, al general retirado como a un padre y a la viuda como a una tía muy querida.

— Este Teodorito no come nada. Está cada día más delgado —y le daba caldo gratis para que aumentara de peso, aunque él rechazara la mayoría de tazones por orgullo y no por hambre, que de esa tenía a raudales por la falta que pasaba. A Soledad le aseguraba que prefería mil veces alimentar su alma que ese cuerpo del que sólo le quedaban migajas. Aunque sus tripas resonaran enfurecidas y pudiera escucharlas al otro lado del débil tabique.

Como Rosita se lo olía, doblaba las raciones de la cena y de eso y de sus lecturas interminables subsistía el incierto amante de las letras. Nunca se le conoció novia alguna aunque en sus odas y sus quintetos no hablara de otra cosa que del amor a una joven de largos cabellos sedosos de color miel.

Soledad se moría de ganas, cuando se los leía, de preguntarle si ella era real o sólo existía en su fértil imaginación, pero callaba porque no sabía cómo se lo tomaría el otro y porque en el fondo sabía que realmente eso no cambiaba nada. Escuchaba la pasión en la voz del poeta y deseaba poder sentir del mismo modo. Sentir, sentir algo más que un vacío en mitad del pecho. Sin querer, se le representaba la imagen del desconocido de negro y se le volcaba el corazón, no sabía si de miedo o de ansia. Cuanto más luchaba por hacerla desaparecer más nítido se le aparecía. Hacía tiempo que no sabía

de él y se decía que mucho mejor así, pero salía a la calle y le buscaba en las esquinas, en los pórticos o en las plazas, en los hombres con los que se cruzaba y en los que veía de lejos. Pensaba que debía estar perdiendo la razón y cuando conoció a Damián creyó sufrir su misma enfermedad.

Una noche, cuando ya estaba en la cama, la casera la despertó. “Chiquica tienes una llamada”.

Ella se levantó y bajó pensando que sería el marquesito hasta que una voz amenazadora la sorprendió al otro lado del hilo.

— ¡No preguntes más por Mercedes! ¡Aléjate de ella o acabaré contigo!  
Colgó. Ella apenas pudo reaccionar.

Después de pasar la noche en blanco decidió marcharse en cuanto pudiera. Pediría unos días en la fábrica. Necesitaba alejarse de allí hasta que el miedo, ese miedo que no sabía a qué ni a quién, que le atenazaba la garganta, desapareciera o al menos se hiciera soportable. Nunca había temido por su vida, más bien había deseado en demasiadas ocasiones ponerle fin, pero éste era un temor diferente. Un miedo visceral a lo desconocido, a lo que escapaba de su control.

No podía dejar de pensar en si esa voz era la del desconocido de oscuro. ¿Quién si no? Cada vez estaba más aturdida. Si el desconocido era el de la voz, eso significaba que sabía que buscaba a su hermana. ¿Por qué la amenazaba? No tenía ningún sentido. Lo mejor era aclararse las ideas. Al principio no sabía a dónde ir. Las largas horas de insomnio dieron su fruto y le consiguieron un punto al que agarrarse. Al lugar de donde venía no estaba dispuesta a volver. Entonces recordó Valbello. Allí había nacido y quizás allí encontrara alguna respuesta. Si volvía con las manos vacías al menos habría conocido su lugar de origen y se habría alejado un tiempo.

Con el primer rayo de luz se levantó, se vistió y metió en la maleta de cuero viejo su ropa y las tres cajas de marquetería. Rosita seguramente se había vuelto a quedar frita en el sofá con la borrascosa tele encendida. No quiso despertarla. Llamó a la fábrica y se inventó una excusa. A la casera había decidido dejarle una nota en la puerta para no alarmarla con su ausencia. Al llegar al rellano una figura tendida en el suelo casi le hizo caer de bruces. Encendió la luz y se encontró con Teodoro, borracho como una cuba y con el cuerpo lleno de moratones. Los ojos entrecerrados por la incipiente inflamación y el labio partido del que le caía una babilla roja le



daban un aspecto lastimero de perro apaleado que clamaba al cielo.

Soledad sintió una honda indignación y un sentimiento de impotencia le subió calentando todas sus fibras.

— ¿Qué te ha pasado? Pobrecito mío.

El tísico musitaba una canción mientras movía lentamente las manos marcando el ritmo ajeno a los golpes recibidos y al dolor que más tarde le haría gritar de desesperación. La joven dejó la maleta y tras examinar las heridas abrió la puerta de la casera y la llamó a gritos.

— ¡Rosita, Rosita venga por favor!

— ¿Qué es todo este guirigay? – dijo al aparecer unos segundos después con el camisón y los rulos puestos. Hasta pasado un instante no se dio cuenta de la situación en la que se encontraba el escritor — ¡Otra vez, ya hemos vuelto a las andadas!

Soledad la miró entonces con una interrogación en los ojos.

— Ayúdame a cargarlo hasta el sofá y ya te cuento.

Con algo de esfuerzo, a pesar de la poca masa corporal del herido, consiguieron trasladarlo y dejarlo cómodo entre varios almohadones. Rosita procedió entonces a curarle los rasguños y a ponerle un filete en las hinchazones. Cuando terminó, Soledad la estaba esperando sentada en un butacón próximo.

La improvisada enfermera se volvió hacia la joven después de comprobar que ya no podía hacer nada más por el lacerado inquilino.

— Es un desnaturalizado – le dijo al oído.

— ¿Un qué?

— Pues eso, un desnaturalizado, uno al que le gustan los hombres. ¡En resumidas: un maricón, que parece que te acabes de caer de un guindo, chica!

Soledad se sintió muy confusa.

— ¿Quién es entonces la mujer de pelo sedoso a la que dedica sus versos?

— ¡Se los dedico al amor universal! —susurró el otro desde el sofá en medio de su delirio alcohólico. — ¡Yo le escribo a ella, a mi musa, al amor...! – seguía.

— Sí, sí, al amor, por eso te vas donde los jovencitos que se venden por cuatro chavos. Lo tienes bien merecido por corruptor.

Rosita miró entonces a Soledad.

— ¿Se puede saber qué haces tú vestida a estas horas en el rellano de la

pensión?

— Yo le había dejado una nota. Me voy a visitar el pueblo donde nací.

— Así sin más, sin avisar y tan temprano. ¡Qué mal me huele!

— Es que esta noche se me ocurrió y decidí hacerlo cuanto antes. Serán solo unos días. La semana que viene regreso.

— Tú verás lo que haces, pero ya sabes que soy más que una mera casera para todos. Me tienes para lo que quieras. Un hombro en el que llorar, un consejo, incluso dinero, que poco tengo pero para vivir me sobra.

— Muchas gracias, Rosita – la joven se emocionó y a punto estuvo de soltar una lágrima que se le quedó embarrada en el lacrimal. Sabía que ella hablaba de corazón, que no era palabrería que se lleva un soplo de aliento.

La casera la abrazó y ella se sintió extraña ante el contacto de otro cuerpo. Olió a pan tostado y a la hidratante con la que la casera llevaba embadurnada la cara. Entonces añoró más que nunca a alguien a quien amar y a quien abrazar.

Fue un sentimiento tan apremiante y descorazonador que las piernas le comenzaron a temblar y los dientes le castañetearon. No pudo levantarse y le pidió a la casera un vaso de agua para templar los nervios.

— Soledad, ¿te encuentras bien? Pareces cansada. ¿Por qué no te subes a dormir y tranquilamente cuando te levantes coges el autobús?

— Creo que tienes razón – de pronto se había visto sin fuerzas, derrotada por los acontecimientos y una debilidad profunda le aniquilaba la iniciativa.

Con ayuda de la casera, que le subió la maleta, volvió a la habitación y pronto cayó en un sueño profundo del que no despertó hasta bien entrada el mediodía.

Entonces volvieron a imperar las ganas de marcharse y se escurrió hacia la calle sin ser vista. Justo en la entrada se encontró con Severo.

— ¡Qué bien! Ahora me dirigía a verte. Llevo llamando varios días pero no consigo hacerme contactar contigo. ¿Te han pasado mis recados?

— No —dijo Soledad sin creerse todavía la figura pedante que tenía junto a ella.

— Tengo noticias frescas.

— ¿En serio? —le preguntó incrédula.

— Por supuesto, palabra de un Ripalda de las Heras. Será mejor que vayamos a hablar a un sitio más tranquilo. ¿Qué haces con la maleta? — dijo

al reparar en la vieja caja marrón que Soledad llevaba colgada de la mano.

— Me iba fuera unos días. Espera que subo a dejarla.

Al bajar, él insistió en llevarla a su casa con la excusa de que su madre quería volver a verla. A ella la tétrica mansión le producía escalofríos pero accedió porque necesitaba saber si realmente conocía algo acerca de su hermana.

Les abrió la criada desgredada y siguió al marquesito por un sorteo laberíntico de pasillos, pisos y puertas. Aunque a Soledad le sorprendió el ascenso pensó que la madre estaría instalada en otra habitación del piso superior. De pronto sintió una puerta cerrarse a su espalda y unos pasos de tacón que ligeros abandonaban el corredor. Miró a Severo que se había parado delante de ella y la sonrisa de éste la puso sobre aviso.

— Te va a costar muy cara esta información.

— ¿Qué sabes de mi hermana? —Estaba paralizada como la vez en la que el párroco del pueblo arremetió contra sus pechos y creyó volver a sentir aquel aliento pegajoso y nauseabundo.

— ¿Qué sabes? —volvió a preguntar sin ser capaz todavía de mover otro músculo que la lengua.

— Todo a su tiempo. Ahora voy a probar lo que deseé desde el primer día en que te vi. No te molestes en chillar, que nadie va a venir a rescatarte. Si no hubieses sido tan huidiza, hace tiempo que los dos podríamos haber gozado juntos. Ahora sólo te queda relajarte y así no te dolerá mucho. —Mientras hablaba se iba acercando a la joven que cada vez estaba más acorralada.

Él se sentía ahora plenamente satisfecho, dueño y señor, como le gustaba. Se había pavoneado con sus amigos y apostado que la haría suya y él no perdía una apuesta. Como se había percatado de que por las buenas no iba a funcionar, porque la chica parecía inmune a todas sus artimañas de ‘dandy’ cautivador, lo haría a las malas. No era la primera vez que recurría a estos métodos. Recordaba situaciones similares y lo que gozó forzando “a esas insulsas”. Esos recuerdos le excitaron más así que se bajó los pantalones, agarró a Soledad por el cuello con una mano y con la otra le bajó las bragas. Con sus rodillas abrió las piernas mojadas de ella sin notar que se había meado de miedo. Ella se rebeló con todas sus fuerzas.

Él le mordió un pecho por encima de la tela de la camisa donde dejó una marca circular de saliva.

— Tu hermana tiene su merecido. La perra se está muriendo. —le espetó en el forcejeo. Ella consiguió empujarlo. Él trastabilló y cayó, enredado en sus propios calzones. Soledad aprovechó para abrir la puerta y salir de la habitación, tropezando con todos los muebles amontonados por los pasillos en una espiral de delirio decorativo. Le escocían las ingles y la cabeza la sentía de corcho. Abajo tanteó a oscuras el pestillo y salió a la calle donde se encontró con el sol cegador. Caminó con una mano apoyándose en las paredes de los edificios deslustrados por el tiempo y el pensamiento en una idea fija.

Fuera, en la acera de enfrente una sombra apretó los nudillos y permaneció a la espera. Severo salió unas horas más tarde buscando parranda y con el ánimo encendido por la humillación. Se dirigía a saciar sus ansias de sexo al barrio Chino. “Alguna prostituta pagaría por lo que le había hecho aquella estrecha”. Sintió que le agarraban el brazo. Se giró, estaba en un callejón apenas iluminado y por donde a esas horas no pasaba un alma. La sonrisa de autocomplacencia se le heló en el rostro al sentir que el corazón se le partía en dos. Cayó al suelo encogido y se fue rodeando de una mancha plomiza y espesa. El puñal, un vulgar cuchillo de cocina sin filo, no hacía honor a su casta y, de haber podido, habría renegado una y mil veces de esa muerte tan carente de estilo.

Soledad estaba tumbada en la cama cuando Rosita subió a contarle la noticia. Le habían encontrado unos borrachos a las dos de la mañana ensopado en su propia sangre. Las investigaciones apuntaban a un ajuste de cuentas, le adelantó la casera, porque ‘al parecer no andaba el marquesito metido en trigo limpio’.

Ella siguió mirando al techo.

— Chica, ¿no era ese el que tenía que darte noticias de tu hermana?

— Ya me las dio —contestó y siguió inexpresiva.

Cuando salió Rosita, Soledad se levantó, se vistió y salió a buscar a su hermana. No sabía en qué hospital se podría encontrar, pero si estaba tan enferma podía estar en alguno. Decidió que los recorrería todos si era necesario. No cejaría hasta hacerse con ella. Le habían hablado de un hospital recién inaugurado. Sabía que no era el único centro hospitalario de la ciudad, pero por alguno debía comenzar.

Fue caminando desde la pensión. Salió por las Torres de Serrano y cruzó

el puente de San José. Recorrió el cauce del río seco hasta llegar a la altura de las grandes vías. Cruzó la avenida y siguió avanzando hacia el norte de la ciudad, adentrándose en uno de aquellos barrios periféricos que se habían ido gestando desde mediados de siglo para acoger la llegada de numerosos trabajadores inmigrantes de otras comunidades autónomas. La ‘Ciudad Sanitaria La Fe’ era una enorme mole de ladrillo caravista amarillo todavía en obras. La ‘Residencia General’, el edificio central, ya estaba en funcionamiento.

A ambos lados se veían las estructuras de los bloques que ocuparían el hospital Maternal, el Infantil y la Escuela de Enfermería. La altura del edificio impresionó a Soledad, quien se sintió intimidada por la cantidad de enfermos que debían caber en un hospital de tales dimensiones. Cruzó la puerta de cristal que daba acceso a la recepción no sin un tanto de recelo. Nunca había estado antes en un hospital, y sentía un temor incontrolable e irracional a meterse en uno, aunque fuera de visita. Le pudieron más la curiosidad y las ganas de encontrar a su hermana.

Una vez dentro se dirigió al mostrador. Una enfermera atendía un ingreso. El señor al que le hacía la ficha se quejaba de vértigos continuados y visión borrosa. Cuando le llegó su turno se quedó en silencio.

— ¿Dígame? —berreó la de blanco con una voz realmente desagradable.

— Verá, no sé si podrá ayudarme. Busco a mi hermana.

— ¿Está ingresada aquí? —continuó desinteresada y mascando chicle.

— No lo sé, pero al parecer está muy enferma. Se llama Mercedes Martos Gómez. ¿Puede ver si estuviera en alguna habitación del hospital?

— Espere un momento. —Se dio la vuelta y se puso a discutir con otra compañera sobre si el nuevo neurocirujano estaba liado con una de las enfermeras de la cuarta planta. Después de un rato y cuando Soledad creía que se había olvidado por completo de su consulta la vio acercarse a unos archivos y sacar distraída una ficha.

— Mira. Tenemos una ingresada de esta mañana que concuerda con los apellidos de tu hermana. Está en la habitación 307.

No podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Desde que salió de casa de Severo se le había impuesto una intuición que ahora resultaba cierta.

Subió en el ascensor a la tercera planta y se paró a la entrada de la 307. El peso de la espera de tantos días le cayó entonces con furia. El pecho se le

quedó sin aire pero dio un paso adelante, tocó la puerta suavemente y entró.

No estaba preparada para aquello. En la habitación había dos camas, aunque sólo una estaba ocupada. Un esqueleto que respiraba la miró.

De un vistazo supo que era ella. A pesar del mal estado del resto del cuerpo, los ojos azules seguían siendo los mismos.

— Soy tu hermana Soledad.

Ella había imaginado cientos de veces el encuentro pero la realidad volvió a voltear a la imaginación cuando la joven sintió un escupitajo en la cara.

— Yo no tengo hermanas. ¡Fuera de aquí!

Con la vista nublada salió a trompicones de la habitación. Humillada y desconcertada, se perdió por hileras de pasillos iguales hasta que la empujaron violentamente contra la fría pared de azulejos blancos y la recorrió un escalofrío. Unas manos la apretaban firme mientras unos ojos claros le devoraban el alma. Sus alientos se mezclaron durante unos segundos que le esponjaron las piernas y le arquearon de placer la espalda. Permanecieron mirándose y apretándose hasta que él se apartó dejando un reguero de ausencia.

Le vio torcer una esquina y desaparecer, con el mismo traje o uno similar al de la primera vez que le vio parado a su espalda en el escaparate de la calle Colón.

En la estación de autobuses tuvo la sensación de estar siendo espiada, pero no localizó a nadie sospechoso. De todas formas, hasta que no estuvo sentada en los incómodos asientos de escay y fuera de la ciudad no se tranquilizó.

# 5

## PEPA

Se acercaba el 31 de julio y Dolores se desmadejaba de impaciencia. Habían acordado no volverse a juntar a escondidas para no dar más que hablar a las malas lenguas que después de conocerse la noticia no habían parado de especular. En ese corto mes ya le habían nacido por lo menos diez hijos y se les había visto en infinidad de lugares practicando sexo, cuando no habían pasado de dos encuentros reales.

El tiempo se le iba en terminar su ajuar, comprar lo que faltaba y probarse el vestido de novia que le estaba cosiendo Pepa. La casa era un trájín de sábanas bordadas, mantelerías y todo tipo de cachivaches culinarios. Dolores contaba las horas, los minutos y hasta los segundos y la cara le hervía de ansias. Así estaba, dándole una puntada a una jota dorada cuando entró el futuro esposo con la cara larga y la cabeza gacha.

Se sentó a su lado sin hablar pero ella ya había adivinado que le traía una mala noticia que no era capaz de soltar.

— ¿De qué se trata?

— No pasa nada, mujer. No te preocupes. Verás... – el tono no era muy esperanzador y ese darle vueltas a las cosas puso a la joven los nervios de punta.

— ¿Cómo que no pasa nada? ¡Habla de una vez, que sí que pasa! —gritó un tanto alterada.

— Es mi familia.

— ¡No me digas, no me lo puedo creer! —susurró irónica.

— Mi madre se niega a celebrar la boda en la casa familiar o en alguno de los terrenos.

— Pero, si son tuyos —le recordó.

— Serán míos el día que ella muera, pero hasta entonces son de ella al ser la usufructuaria. Cosas del testamento de mi padre.

— Seguro que fue ella quien le obligó a incluir algo así, para mantener por más tiempo el poder sobre todo.

— Dolores, sabes que no me gusta que hables así de mi madre —le

reprobó.

— Lo sé, pero es que se ha propuesto arruinar nuestra boda, cosa que no le pienso permitir. Si no puede ser en tu casa será en la mía. En el patio cabremos todos. Esta misma tarde comenzaremos a prepararlo y si los invitados no pueden comer chocolate puro con buñuelos, comerán chocolate aguado con tortas. ¡Tú y yo nos casamos a la hora y fecha concertada como que me llamo Dolores Aguirre Mendoza! ¡Ya está todo dicho! —terminó acalorada.

— Hay más.

Dolores le miró desconcertada.

— Es que no piensan acudir a la ceremonia.

— ¿Piensan? ¿Quiénes?

— Mi madre y mis hermanas. Bueno, toda la familia.

Este resultó ser un golpe demasiado certero al orgullo de Dolores, que aunque se lo imaginaba, esperaba que al final por cariño a Juan la aceptaran. Le dolió más por él, porque vio los estragos de la preocupación filtrándose en sus ojos. Decidió reprimir el insulto que le salía por la garganta, clamando un poco de consideración y en su lugar le agarró las manos.

— No te preocupes, con el tiempo y con los nietos se le ablandará el corazón a tu madre.

— A mí me duele por ti, por el feo que le van a hacer a mi mujer. A mí ya no me afectan ni los desplantes ni la frialdad de mi madre, ya tengo el calor que necesito. —Y le besó las manos con una delicadeza y una ternura que consiguieron hacer desaparecer todos los obstáculos y sólo quedaron ellos dos aislados en su determinación.

El día de la boda amaneció con amenaza de tormenta. El cielo encapotado mostraba unos tonos que iban del gris ceniza al negro. Dolores se mostraba desconsolada. Miraba al cielo desde el alba buscando un claro propicio sin encontrarlo. Parecía que hasta el buen tiempo había rechazado la invitación de boda.

Sobre las diez de la mañana se comenzaron a oír los primeros truenos. Dolores, con el traje de encaje negro ya puesto, perdió los nervios y se echó a llorar. Pepa y su madre intentaron consolarla, pero ella arreció el llanto al compás de la lluvia fluida que anegaba campos y enlodaba calles.

A las doce era la misa y para poco antes la cara de la novia estaba



desfigurada y los relámpagos eran los únicos que iluminaban el pueblo. El padre de Dolores salió a hablar con el cura que se mostró reacio a aplazar a la tarde la boda por temor a las represalias de doña Juanita. Sin embargo, pesaron más las súplicas paternas y el padre pudo regresar con una esperanza para su hija.

— No te preocupes niña que esta tarde brillará el sol —le auguró al llegar.

Dolores no quiso hacerse ilusiones, aunque aseguró que aunque nevara esa tarde se casaba. Se avisó al novio y a los escasos invitados del cambio y siguieron los rezos para aplacar el mal tiempo.

A eso de las cinco paró la lluvia. Dolores estaba sentada cerca de la ventana todavía con el vestido puesto y el calor del sol le avisó del fin de la tormenta. Se levantó, se compuso en un santiamén y corrió a avisar al resto de la familia que ya se volvían a poner las ropas de gala.

Cuando llegaron a la empinada escalera que daba acceso al pórtico de la iglesia, el novio ya la esperaba arriba. Se sonrieron y la novia apresuró el paso, no fuera que la buena suerte durara poco. Dio comienzo la ceremonia con apenas una veintena de testigos sentados en los duros bancos de madera de pino. Se pronunciaron los ‘sí quiero’ y los novios ya convertidos en marido y mujer, junto a su diminuta comitiva, partieron a casa de los padres de Dolores donde se sirvió un chocolate con buñuelos.

El sol siguió brillando toda la tarde hasta que con la noche volvieron los truenos y la lluvia recia. En su nuevo lecho de casados, los novios eran totalmente ajenos a la devastación exterior, inmersos en su propia pasión que no dejaba lugar a intromisiones. Llovió durante diez días con sus respectivas noches. Tiempo que aprovecharon para recuperar los revolcones perdidos y dejar satisfechos sus cuerpos hambrientos aunque apenas probaron bocado, pues no era cosa de perderse en menudencias.

Doña Juanita envió a Juan varios recados que fueron desoídos por el hijo y que sentaron a la madre como brasas encendidas en el pecho. Su afán fornicador no pasó desapercibido al resto del pueblo, que pasaban persignándose por delante de la casa ante los alaridos desinhibidos de sus habitantes gozosos que podían oírse por encima de truenos y centellas. Nunca se había visto ni oído nada semejante. Muchos años después se contaba todavía la anécdota de los recién casados, ya convertida en leyenda, que provocaron el mayor diluvio de la historia de Valbello con su desaforada

pasión.

El día que el señorito Juan volvió a los campos cesó de llover, aunque en las noches se veía algún relámpago perdido sin tormenta y sin que se le pudiera dar más explicación que los bramidos de gata satisfecha que se escuchaban puntualmente en cuanto el marido regresaba a descansar.

La casa era modesta, aunque tenía todas las comodidades posibles para la época y los muebles eran de nogal de primera calidad y habían costado una fortuna. A pesar de estar rodeada de cierto lujo, Dolores ansiaba el día en que fuera dueña y señora de la mansión familiar. Sabía que eso no sería posible hasta que doña Juanita estuviera muerta y enterrada pero, aún con esas, sabía que la vieja se retorcería rabiosa en su tumba.

Comenzó su vida de casada con muchas expectativas. Decidió que ahora ya era una señora y se le debía un respeto. Contrataron una sirvienta que lo hacía todo en la casa, desde hacer la compra a cocinar, limpiar o abrir la puerta. Dolores tenía mucho tiempo libre, demasiado. Se pasaba el día delante del espejo probándose los últimos modelitos adquiridos, peinándose su larga melena de caracol o recostada aletargada. Solo volvía a cobrar vida cuando regresaba Juan. El resto del tiempo era una mera espera en la que se consumía sin pena ni gloria reservando energías.

Poco salía de casa, a sus padres y a Pepa no hacía más que ponerles excusas cuando iban a verla de visita. Sus recriminaciones apenas eran escuchadas y caían en saco roto. Abandonó también al resto de sus escasas amistades que pensaron que se le habían subido demasiado pronto los humos a la cabeza. Así, se fueron quedando solos. Él salía a trabajar e incluso allí seguía estando con Dolores. Todos notaron el cambio. Desde el último peón a sus hermanas desdibujadas. Era como si su alma se quedara en casa con su mujer y fuera una mera sombra corpórea la que iba a los campos. Apenas hablaba con nadie, más que para dar órdenes y echar alguna bronca. Se tornó huraño y ensimismado, perdió el color y las carnes se le fueron escurriendo mientras las de Dolores se volvían cada vez más lozanas. Su madre llegó a suplicar, en una de sus contadas visitas a la mansión, que la dejara porque ella le estaba devorando el cuerpo y el alma. Le llegó a espetar que ella acabaría con él porque era un demonio con cuerpo de mujer que no pararía hasta consumirlo por completo. Él se rió a pleno pulmón, con todas sus fuerzas, con esa risa de macho seguro y satisfecho. “Ojala madre siga consumiéndome

eternamente, ja, ja, ja.”, le contestó mientras se alejaba y le seguían cayendo encima a la madre el eco de sus carcajadas.

Esa fue una buena época, la mejor en la vida de Dolores, que no podía entrever lo que le esperaba. Llevaban planeando un viaje a Madrid desde antes de casados. A ella le gustaba fantasear, tumbada en la cama con la cabeza recostada en el pecho de Juan, sobre lo que vería y se compraría allí. Él ya había estado un par de veces de visita por asunto de negocios y se había alojado en casa de unos familiares por parte de padre. No recordaba mucho porque no era hombre de turismo pero sí había realizado los recorridos de rigor. Sus jóvenes primos le habían llevado a dar un paseo en barca por el Retiro y no había podido dejar de admirar la Puerta del Sol ni la magnificencia del Madrid de los Austrias. Por las noches le contaba a Dolores del trasiego de personas para todos lados en unas calles estrechas, en contraste con unas monumentales plazas y enormes avenidas por donde circulaban gran cantidad de coches que se mezclaban todavía con carros y tranvías. Aunque por el pueblo se había visto alguno, aquellos no tenían nada que ver. Desde entonces se había dicho que tendría uno y soñaba despierto contándole a su mujer cómo irían los dos sentados uno al lado del otro paseándose por las grandes vías madrileñas sin tener nada que envidiar a los ricos lechuguinos de allí. Le describía los pórticos de la plaza Mayor, atestada de cafeterías, tabernas y tiendas, y se deleitaba rememorando un atardecer bajo las ramas de los árboles de la plaza de Oriente. Sería el lugar ideal para comprarse una casa en la capital, le había dicho Juan. Así, entre juegos y retozos viciosos y planes que siempre se postergaban, se les pasaban las noches y los meses.

Dolores no se quedaba embarazada y aunque eso al principio le tenía sin cuidado, pues pensaba que los niños eran un incordio y quería a su marido para ella sola sin tener que compartir su cariño, conforme iban pasando los meses y no paraban de preguntarle se le clavaba la espinita de la desazón tras comprobar que seguía sangrando. Le habían metido en la cabeza algunas primas segundas que sin un heredero nunca sería aceptada y que cuanto antes le diese un descendiente a la bruja de doña Juanita antes formaría parte del elenco familiar. Si al final resultaba estéril su Juan la repudiaría y la alejaría de su lado pues necesitaba una mujer que le diese hijos. Una noche, después del sexto mes de casados, se echó a llorar al comprobar que estaba marcando.

Juan se preocupó al verla así, pero cuando ella entre sollozos le contó lo que pasaba él la tranquilizó asegurándole que la quería por encima de descendencias o influencias familiares.

Esa noche hicieron el amor como locos, buscando posturas nuevas, huecos en la piel que no se hubieran besado o palpado y quedaron extenuados ante su propia pasión. La llama no parecía apagarse y Juan resultó ser un verdadero prodigio amatorio. Dolores no se le quedaba a la zaga. Era un animal demasiado sensual para que en su naturaleza hubiera hecho mella el excesivo puritanismo de la época. Cuando se hartaban de las posturas tradicionales, que nadie les había enseñado pero que él había escuchado a sus amigos, decidían improvisar. En poco tiempo se convirtieron en expertos amantes capaces de pasar toda la noche sin parar y sin acusar el cansancio. El amanecer les solía coger despiertos y con los últimos gemidos saliendo por sus gargantas ya reseca del esfuerzo. Sin embargo, Juan se levantaba como nuevo y con tan sólo unas horas de siesta después de comer en la era tenía suficiente para aguantar hasta la madrugada siguiente. Aunque comía como un cosaco, los desmanes de la noche se le acusaban en la pérdida de peso.

“Ésa va a acabar con mi hijo” les repetía una y otra vez a sus hijas doña Juanita. “Tenemos que hacer algo, tenemos que hacer algo, hay que echar a esa muerta de hambre usurpadora, mal nacida, víbora, perra... algo se nos tiene que ocurrir para desenmascarar a ese demonio... piensa Juana, piensa” seguía mientras danzaba de un lado a otro del salón retorciéndose las manos. Sus descoloridas hijas bordaban mientras en una esquina junto a un gran ventanal. Miraban su labor sin rechistar a las diatribas de su madre muertas de miedo temiendo que la mala baba de la progenitora se volviera contra ellas. Por eso, apenas se las sentía respirar. Desde la marcha del hermano la casa se había enrarecido con un aire irrespirable que se quedaba anudado en la garganta e iba envenenando la sangre de todo ser viviente. Hasta los gatos se escondían rezagados debajo de las camas de las habitaciones cerradas y sólo osaban salir cuando el ama dormía. El desasosiego se podía palpar e incluso cortar en rebanadas para servirlo después en el desayuno.

Los criados se estaban yendo poco a poco. Primero fue la cocinera, después la doncella y más tarde el chófer. Sólo quedaba el ama de llaves, tan vieja y achacosa que no tenía donde ir. Los que venían de nuevas a trabajar apenas duraban un mes y pronto se extendió por el pueblo el rumor de que

algo muy feo se estaba gestando en las entrañas de los Nuñez de Pedro. Por esas fechas comenzó la leyenda negra de la familia, que duraría más de tres décadas.

Las flores se marchitaban siendo capullos y la buganvilla, que otrora ocupara más de dos tercios de la fachada principal, se había reducido a un esqueleto seco. El jardinero había sido despedido y ninguno de los que vinieron después pudo aplicar ningún remedio a la devastadora esterilidad que azotaba la casa. El jardín desapareció engullido por la maleza que fue lo único que pudo germinar en ese suelo.

Juan y Dolores permanecían ajenos a rumores y chismorreos. No se enteraron de la fama de endemoniada que se le achacaba a la joven ni de los vanos intentos de doña Juanita para separarlos.

Una tarde, semanas antes de que se produjera el fenómeno de la mortandad de las plantas, la matriarca se fue sola a un pueblo cercano donde se decía que en una cabaña en el monte vivía una bruja. Doña Juanita llegó a la casucha envuelta en un velo negro que no se retiró en toda la conversación. Bajó del carro muy segura de lo que quería y entró en la casa sin pedir permiso, ni tocar a la puerta. Pilló a la supuesta hechicera amasando pan junto al fuego. La estancia era pequeña y tenía colgados del techo toda suerte de artefactos inverosímiles y de difícil utilidad junto a hierbas secas que mezclaban sus olores produciendo un perfume intenso y perturbador.

— Vengo a librarme de una zorra —le espetó a la vieja al entrar.

— A veces los maleficios se vuelven contra el que los desea —le contestó sin parpadear.

— Correré ese riesgo. Ahora vamos a la faena que tengo prisa. He traído un mechón de su cabello.

Le había pagado una pequeña fortuna a la criada de su hijo para que sustrajese unos cabellos del cepillo de Dolores. La joven, que tenía mucha necesidad de dinero pues tenía a su padre impedido pero también temía perjudicar a sus jefes, le dio un mechón de una vieja muñeca de porcelana que se había encontrado hacía unos años tirada en un camino cercano a la mansión de doña Juanita. El engaño, que había pasado desapercibido a la señora, no coló con la bruja. Esta cayó, riéndose para sí, pues había sentido hacia la abuela estirada un odio visceral nada más verla.

Cogió el mechón negro y lo introdujo en una caja de cerillas junto a

diversas hierbas que iba mezclando, un alfiler con la cabeza negra y un papel en el que garabateó algo. Después echó la caja al fuego mascullando una retahíla incomprensible.

Durante todo el proceso doña Juana permaneció con el rostro impasible perfilándose bajo el velo. La sonrisa de satisfacción que se le puso le duró apenas dos semanas. Justo dos lunes después se secó la buganvilla y comenzó el éxodo de criados ante el tufo desagradable que desprendía cada rincón de la casa. Cuando se percató de lo que había hecho era demasiado tarde para dar marcha atrás. Intentó volver a la casa de la montaña, pero por más que preguntó no pudo encontrar el camino. El maleficio perduraría más de tres décadas y la perseguiría aún después de muerta causando estragos en su descendencia.

A la vez que el ambiente de la mansión, el del pueblo también se enrareció. Comenzaron los rumores de un próximo levantamiento militar en contra de la República, los jóvenes comenzaron a dividirse, y mediana burguesía, cuyo máximo exponente local era la familia de Juan, empezó a situarse a favor de un cambio que mantuviese el orden establecido. Cuando el levantamiento se hizo real, lo que antes se hacía de tapadillo salió a la luz. Algunos hombres decidieron alistarse con los sublevados, y el rencor y el odio surgió entre las distintas familias, incluso entre primos o hermanos, divididos por una supuesta ideología que los enfrentaba en un duelo a muerte.

El frente estaba todavía lejano a esas horas de la guerra, pero su espíritu fue minando todas y cada una de las casas de Valbello, como lo hizo con todas las poblaciones de esa España de 1936. Después llegaría el miedo, y la sangre corrió por calles y campos matando la esperanza de los españoles y de Dolores.

Juan decidió unirse a los nacionales. La noche que le comunicó a su mujer su decisión, esta lloró en un llanto seco, sin lágrimas de pura frustración hasta el amanecer. De nada sirvieron sus ruegos, sus amenazas o sus zalamerías que intercambiaba según le viniese la inspiración. Él permaneció en la cama mirando al techo sin decir una palabra más.

— Es mi deber. —le había dicho —y mi obligación defender al país.

Dolores, como miles de esposas y madres en su situación, no entendía qué grave problema había en el país que no pudieran solucionar los políticos sin tener que cobrarse las vidas de sus seres queridos.

— Creo que estamos mejor así que con cualquier guerra —le había contestado.

— Vosotras las mujeres no entendéis de esto, son cosas de hombres.

— ¿Por qué de hombres? ¿Es que nosotras no vivimos también en la misma tierra? ¿Es que no contamos? Vosotros decidís defender una patria de no sé que enemigo imaginario, os vais al frente y nos dejáis rotas, sufriendo en silencio, temiendo vuestra muerte, temiendo que no regreséis, temiendo que sufráis, esperando lo peor y rezando porque pase pronto todo este sinsentido y regreséis a nuestro lado. En cierto modo, os envidio, por lo menos tenéis en que ocupar el tiempo. Estáis pendientes de la lucha. A nosotras sólo nos queda esperar. A vosotros os da muerte un machete o una bala, a nosotras nos va matando la tristeza y el dolor desde el primer instante en que salís por la puerta buscando una estúpida gloria.

Juan ya no supo cómo rebatir su desesperación y adoptó el silencio como escudo. A esa noche de ruegos le siguieron siete más. Al término de una semana Juan hizo su petate con unas mudas y salió hacia el frente. A poco cumplirían su primer año de casados.

Su madre se enteró cuando ya había partido. Del disgusto el pelo le perdió el color y se metió en la cama, de la que no salió en el resto de su larga vida más que en contadas ocasiones. Perdió el habla y el genio, y sus hijas, mujeres ya derrotadas de antemano, no fueron capaces de asumir el control de la casa que quedó a merced de criados temporales y olores insoportables.

Valbello permaneció entero, intocable durante la guerra. Las balas no pisaron aquellos lugares. Sus tierras no fueron mancilladas con la sangre de sus hijos. Cuando ya no había vuelta atrás en la victoria fascista pocos quedaban para resistirse. Algunos republicanos sobrevivieron al paso del ejército escondidos, emparedados en huecos insalubres, aljibes olvidados o túneles secretos, y emprendieron el camino del exilio ante el temor de cualquier denuncia que delatase su inclinación política o su pasado.

En el lapsus temporal de aquella guerra entre hermanos el pueblo se había convertido en un fantasma agonizante sin futuro. Los portones se blandían al frío aire de abril sin ninguna mano que los atrancase, el terreno árido sin cultivar se había echado a perder por falta de manos y los árboles se mostraban secos como las miradas de las mujeres que se ocultaban en la penumbra de los hogares vacíos.

A Dolores le sobrevino una fiebre alta y pertinaz desde la marcha de su marido. Sudaba en pleno invierno con chorros que le salían por cada uno de los poros de su piel. A todas horas se la veía abanicarse mientras se secaba con un pañuelo la insistente acuosidad. Sus padres y Pepa le rogaron que se mudase de nuevo con ellos para poder cuidarla pero ella se negó. No quería que su marido volviese a casa y no la encontrase en ella. Intentaba ser optimista y se llegó a convencer de que Juan no estaba combatiendo sino en viaje de negocios. La realidad pronto se impuso. Los largos meses sin noticias le destrozaron los nervios que no se recuperaron ligeramente hasta recibir la primera carta de Juan desde el frente.

En la misiva se mostraba eufórico. Se le veía contento y lleno de vitalidad. Aseguraba que en breve toda España sería de los nacionales y se pasaría a verla. Le relataba sus funciones y los logros de un tal general Francisco Franco. Apenas había palabras de amor, más que un breve ‘te echo de menos’. Dolores se sintió aliviada por una parte, decepcionada por otra. Esperaba a un Juan apasionado y muerto de deseo como lo estaba ella.

Pensó pagarle con la misma moneda y responderle con frialdad. No pudo. Tras los saludos, la insatisfacción, la añoranza y el terror a la pérdida se le impusieron y le salieron desbordados por la pluma. Sus ingles quemadas reclamaban lo que era suyo y así se lo dijo en su réplica. Sus palabras tuvieron el efecto deseado, avivando el fuego en su marido quien ya nunca más le habló de técnicas ni de proclamas sino de ansiedad y de lujuria.

Las cartas fueron subiendo de tono hasta convertirse en puras llamas que quemaban con sólo tocarlas. Una incluso la dejó guardada en una caja de marquetería por pura vergüenza. Gracias a esa correspondencia sustituyeron el placer carnal, en el que antes unían sus cuerpos, por el de las letras. Se les iban las horas delante de las hojas, plasmando o leyendo su mutuo deseo, consumiéndose de ardor y conformándose con el sucedáneo para salir del paso. Una madrugada, después de dos años de ausencia y con una Dolores enflaquecida y todavía sudorosa, sonaron unos golpes en la puerta trasera que se abrió a un pequeño corral delimitado por una tapia baja. Le tocó bajar a abrir a Dolores ya que la criada se había marchado hacía unos meses al no poder seguir pagándole el sueldo. Aunque el dinero que le había dejado Juan era considerable, el conflicto se había alargado más de lo pensado por su marido. Así que esa noche se encontraba sola cuando oyó los ligeros toques.



Agudizó el oído, y ya no escuchó nada. Tras unos minutos de espera con el cuello tenso y la mano en la navaja que ocultaba debajo de la almohada se repitieron los golpes. Bajó asustada pero decidida. Silenciosa, aplicó la oreja contra la madera y pudo sentir una respiración entrecortada y una voz que repetía su nombre casi en un susurro.

De la impresión casi se desploma en el suelo. Pudieron más las ansias de abrazarle y besarle y a trompicones quitó el cerrojo y abrió la puerta.

Esa noche volvieron a descubrirse la piel y los contornos cambiados por el sufrimiento y el hambre. Se encontraron iguales por dentro y con las ganas acumuladas de la abstinencia prolongada. Apenas tuvieron tiempo para contarse nada, enredados en su deseo, sin despegarse, se dijeron lo necesario para seguir aguantando.

Juan pasó allí todo el día siguiente, sin salir ambos de la cama. Cuando oscureció preparó su pequeño hatillo con los restos de sus pertenencias y salió a reunirse con sus compañeros y a seguir su destino.

— Ya queda poco —le había dicho a su mujer. —No tengas pena que en nada vuelvo.

Esas palabras y un ligero beso en los labios fueron su despedida. La nueva separación se le atragantó a Dolores como un cuchillo en la tráquea. Aguantó hasta que él dejó la casa. Entonces se deshizo en un llanto que le duró varios días y que en los siguientes meses le iría secando el alma.

Un día se levanto vacía y lo supo. No necesitó ninguna carta o notificación oficial. Supo que Juan había muerto y que no podría cumplir ya la promesa de volver a su lado. Siguió con el llanto al que se unieron unos vómitos matutinos y una angustia que no la dejaba de atosigar. Todos los olores le asqueaban y se enflaqueció hasta ser un leve papel pintado.

Cuando su hermana la obligó a volver a la casa paterna no opuso ninguna resistencia. Ya no tenía que esperar a nadie. Pepa le decía que eran imaginaciones suyas, que no perdiera la esperanza porque Juan estaba vivo y volvería a su lado. Sin embargo, Dolores se mostraba tan convencida y obcecada que la duda le melló a ella también el ánimo.

Entre todos intentaban alejar el ambiente fúnebre que se había instalado en la casa pero estaba demasiado pegado en las paredes, en los muebles o en la loza para hacerlo desaparecer. Al pasar los cuatro meses de la visita de Juan, Pepa comenzó a preguntarse si los mareos y el malestar de su hermana

no serían signo de un embarazo.

— ¿Cuándo fue la última vez que sangraste? —le preguntó una tarde mientras Dolores tumbada, como últimamente iba siendo habitual, miraba al techo con los ojos abiertos. Se sentó a un lado de la cama y le acarició suavemente el pelo largo y rizado que ahora se veía enredado y sucio.

— No lo recuerdo —le contestó ensimismada.

— Sabes, creo que estás esperando un hijo. Me dijiste que Juan te visitó hace unos meses y están esos mareos, los vómitos y te noto la barriga más abultada.

Dolores fijó sus ojos en los de Pepa, quien pudo percibir cómo estas palabras traían a su hermana de vuelta de un largo viaje. El peso de la especulación que se podía convertir en certeza, le iba cayendo encima mientras intentaba recordar la última vez que tuvo el periodo y se palpaba la tripa.

— ¡Tienes razón, puedo estar embarazada de esa última vez, todos los síntomas cuadran y mi cintura se ha ensanchado y engordado. Con la pena no había caído en ello. Él se ha ido, pero no me ha dejado sola! —estaba alterada, nerviosa, en un instante le había cambiado el semblante que lucía ligeramente enrojecido por la emoción.

— Tenemos que ir a ver al doctor para que lo confirme.

— ¡Ni se te ocurra contarle! ¡Nadie tiene que saberlo! —le dijo enloquecida. Se había incorporado y agarraba a Pepa por los hombros zarandeándola. —¿Me escuchas? ¡Nadie tiene que saberlo!

— ¿Por qué? —le inquirió su hermana en cuanto pudo desasirse del letal abrazo.

— ¿No lo entiendes? Si ella se entera me lo quitará. Tiene demasiada influencia.

— ¿Ella? ¿Te refieres a doña Juanita?

— Pues a quién sino. En cuanto sepa que su hijo ha muerto y que yo estoy embarazada querrá quedárselo. Querrá quitármelo.

— Nadie sabe de la visita de Juan, podría ser de otro.

— Todo el pueblo sabe que desde que él se fue no he salido, ni he recibido visitas. ¡Pues buenas son las cotillas de mi calle! Ella pediría informes y se haría con el bebé.

— Tú eres la madre, no te lo puede quitar.

— Ella tiene demasiado poder.

— ¡Nosotros no se lo permitiríamos!

— ¡Qué inocente eres! Ella puede hacer eso y cualquier otra cosa que se proponga ahora que no está Juan para defenderme. ¡Mi negro me dejó! —los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas al tiempo que le abandonaban las fuerzas y la actividad. Se quedó otra vez quieta mirando al techo, aunque con las manos se acariciaba el vientre.

Pepa la dejó allí y se fue a hablar con sus padres, que recibieron la noticia con mucha alegría. Entre los tres decidieron respetar la decisión de Dolores por el momento, ya que no querían que los nervios la perjudicaran. Pensaron que pronto se le pasaría y lograrían convencerla para que la reconociese un médico. Si se ponía tozuda la llevarían fuera, a la ciudad a que la viesan allí, si lo que quería era mantenerlo en secreto. En cuanto naciera el niño no podría permanecer oculto mucho tiempo. Tarde o temprano se tendría que saber. De esta forma comenzó la campaña, apenas perceptible, para que Dolores cambiase de opinión.

— Dolores, y después, ¿qué haremos con el bebé? No lo pueden mantener encerrado toda la vida.

— Hasta que muera la bruja.

— Pero eso es imposible. —Le hacía ver con infinita paciencia su hermana.

— No lo es.

— Ni siquiera tenemos la confirmación de que Juan haya muerto. Además, ¿y si se pone enfermo el niño y tiene que verle un médico?

— Eso no pasará, será un niño sano —continuaba cabezona.

Así transcurrió un mes, y el embarazo, apenas perceptible por la extrema delgadez de Dolores, seguía su curso sin haber logrado convencerla.

Una mañana, mientras Pepa había salido a por agua a la fuente y sus padres estaban en el campo, llamaron a la puerta. Ante la insistencia, Dolores salió a abrir asomando sólo el rostro por una ligera abertura en el portón. Era un estraperlista que solía tener negocios con su padre. En esa época de escasez y de hambruna abundaban los que se dedicaban a estos trapicheos, yendo de aquí para allí, comprando y vendiendo en el mercado negro.

— ¿Pu-puede ser tan amable de avisar a su padre, Dolores? —se le habían subido los colores a la cara al ver a la joven y por un instante tartamudeó sin

saber que decir.

— No está ahora en casa. ¿Puede volver más tarde?

— Verá, me marcho de viaje durante unos días y no sé cuando volveré. ¿le importa si le dejo unos paquetes para su padre? —su hablar era educado aunque con un acento rudo, en concordancia con unos rasgos algo salvajes pero con un toque de ingenuidad que los dulcificaba.

— Claro, pase y déjelos aquí en un rincón. —Le abrió la puerta y se hizo a un lado. Entonces él pudo observar el estado de dejadez en el que se encontraba y que resultaba tan sorprendente e impropio en alguien tan coqueta como ella.

— Se oyen rumores de que a su marido, el señorito Juan, lo mataron en la guerra... —se calló al ver los ojos alucinados de Dolores.

— ¿Quién va diciendo eso por ahí? ¿Quién? ¡Vamos, dímelo! —dijo fuera de sí.

— No lo sé, es sólo un rumor, discúlpeme la falta de tacto, por favor. — se apresuró él ante los dedos en garra de ella y su mirada de ida.

— ¡Es verdad, es verdad! —se derrumbó llorando —¡Nadie me lo ha confirmado, pero yo lo sé, estoy segura de su muerte!

Él, que se llamaba Mario Facundo, la tuvo que coger en brazos para evitar que cayera al suelo. Al agarrarla por la cintura notó su vientre abultado y deforme.

— ¿Está esperando un hijo? ¿De Juan? —preguntó más para sí que para la desesperada que estaba depositando en un sillón.

— ¿No se lo contarás a nadie, verdad?, ¡o juro por Dios que te sacaré las entrañas y me haré un collar con ellas! —ahora tenía una fuerza sobrehumana con la que le estaba apretando la garganta hasta dejarlo sin respiración. Mario Facundo, con sus 1,85 metros de estatura y 90 kilos de peso, no podía liberarse de esas manos que le oprimían.

— ¡Si ella se entera me lo quitará! ¡No se lo puedes decir a nadie! ¡No se lo puedes decir a nadie!

Para cuando consiguió apartarle las manos de su cuello estaba completamente rojo por la asfixia y tuvo que respirar hondo varias veces para recuperar el aliento.

— ¿Qué problema hay?, ¿quién no se puede enterar?

— Doña Juanita. Si ella se entera me lo querrá quitar.

— Como no se vaya de este pueblo, se terminará sabiendo. No puede encerrarse, ni encerrar al niño de por vida.

— ¿Irme? ¿a dónde?

— No lo sé, era un decir.

— Ya.

— Bueno, yo me marchó. Ya volveré otro día que esté su padre. Adiós, muy buenas.

Se marchó conmocionado por lo sucedido y por el secreto que ya le pesaba dentro. Durante todo ese día, y los que le siguieron, no pudo evitar pensar en Dolores y en su historia. Parecía haberse vuelto loca, pero seguía conservando algo de aquel aire perturbador que volvía loco a los hombres. Parecía que ahora era viuda, sin confirmar, y quizás tuviese razón en que su suegra en cuanto se enterase le quitara el niño. El señorito había partido a la guerra hacía varios años pero también se rumoreaba que hacía unos meses había pasado por el pueblo camino del frente. Así, que era muy probable que en esa última visita la hubiera dejado preñada. Algo para recordarle, pensó con ironía. Como su mujer, que había muerto dejándole a su única hija hacía ya más de una década. Le había dejado sólo para hacerse cargo de una niña que cada vez se criaba más salvaje y contestona. No sabía que hacer con ella. Por su trabajo la tenía que dejar con su suegra en muchas ocasiones. La anciana, que nunca tuvo buen carácter, sólo sabía criar a la nieta a base de tundas. Cada vez que regresaba encontraba a la niña con un par de moratones nuevos. Él ya le había llamado la atención a la abuela pero ésta no conocía otro modo de educar que con palos. No tenía a nadie más con quien dejarla. Merceditas se estaba convirtiendo en un animal solitario y huraño a quién las regañinas no hacían efecto.

Necesitaba una madre, concluyó. Nunca había encontrado tiempo ni ganas para emprender un largo cortejo que terminara en boda. Lo había ido retrasando año tras año y se había acostumbrado a la libertad de la soltería. La situación ya era inaguantable. Mientras meditaba conducía el carro con la burra y mascaba un tronco de regaliz.

Al regresar Pepa con los botijos se encontró a Dolores hecha un manojo de nervios. Había derribado los sillones, el colchón de su cama estaba por los suelos y ella, agazapada en un rincón de la habitación sin luz, estaba mesándose los cabellos y meciéndose enloquecida.

— ¿Qué ocurre Dolores? ¡Contéstame! ¿Qué te pasa? —dijo mientras se agachaba a su lado e intentaba calmarla con su abrazo.

El pelo graso le caía a la cara en gruesos fideos compactos que Pepa apartó delicadamente con sus dedos cortos y delgados. Comenzó a susurrarle una vieja canción que las dos habían entonado mientras segaban. Les traía buenos recuerdos y resultó ser un excelente calmante para la desquiciada. Dolores se relajó y siguió la letra con una voz cascada por las lágrimas. Mientras ambas seguían cantando, Pepa calentó agua y consiguió meter en un pozal grande a su hermana que llevaba semanas sin probar el líquido elemento y su olor resultaba ya desagradable. Con un cazo le vertió agua por el pelo y se lo enjabonó. Después de quitarle el jabón la secó, le puso ropa limpia y le trenzó el pelo.

Entonces Dolores comenzó a hablar.

— Vino Mario Facundo.

— ¿Te hizo daño? —le preguntó alarmada Pepa.

— No, no. Pero sabe lo del bebé.

— ¿Cómo que sabe lo del bebé?

— ¡No hagas preguntas tontas! ¡Lo sabe! Pero le hice prometer que no lo diría. ¿Tu crees que cumplirá su palabra? —se giró para mirar a su hermana con los ojos ansiosos.

— Apenas lo conozco Dolores. No sabría decirte. No parece un alcahueto, pero nunca se sabe con la naturaleza humana. Santos han caído de más alto. ¿A qué había venido?

— A traer a padre un encargo.

— ¿Por qué le dejaste pasar? ¡Que hubiera venido otro rato!

— No parecía mal hombre, ¿verdad?

— No, no lo parece. Yo hace mucho tiempo que no le veo. He oído que se murió su mujer y que su hija crece malcriada y pendenciera. Poco más sé de él, a parte de que se dedica al estraperlo.

— Pero no se lo diré a nadie, ¿verdad? —insistió.

— No lo sé Dolores, aunque al final todo el mundo lo sabrá. No podrás ocultarlo eternamente. ¡Ya estás! ¡Cómo cambias limpita y bien peinada! El pobre Mario Facundo habrá pensado que se encontraba en una pocilga al verte tan sucia y desaliñada.

— ¡Que piense lo que quiera, mientras no le cuente a nadie lo de mi niño!

Dolores le cogió entonces las manos a Pepa y adoptando un aire de coquetería que no se le veía desde hacía años le suplicó con voz de niña consentida que fuera a visitar a Mario Facundo y le rogara que no contara su secreto.

— Ve y así indagas sus intenciones.

A Pepa la idea le pareció una tontería, pero ver a su hermana como era antes, repuesta y con ganas de coqueteo le venció la resistencia.

— En cuanto pueda me acerco a verle —le prometió sincera.

— Ahora se iba de viaje por unos días. ¡Estate atenta y en cuanto regrese te pasas por su casa!

Ese jueves recibieron la confirmación de la muerte de Juan. La noticia se esparció como un reguero de pólvora y se metió en la casa de los Aguirre Mendoza levantando el polvo y destruyendo cualquier esperanza. La que mejor se lo tomó, a pesar de lo que pudiera parecer, fue Dolores.

Se sentó en el butacón y miró atentamente a todos que se habían reunido a su lado.

— ¡Veis como yo tenía razón! —y se quedó con la vista perdida y las manos recogidas.

— Ha perdido la razón —aseguró Pepa a su madre en cuanto se retiraron de su lado.

— Creo que estás en lo cierto, su forma de mirar me ha dado miedo. ¿Qué vamos a hacer, hija?

— No lo sé, madre. No lo sé.

La mansión, ya aislada del mundo exterior, se convirtió en un ente olvidado y cerrado a cal y canto. Las hijas de doña Juanita abrumadas por la tristeza y por los aires fétidos de la casa prefirieron la clausura de distintos conventos y fueron abandonando el hogar como habían vivido en él: sin hacer ruido. Un día, su madre las fue llamando una a una, pero ninguna acudió. Vivía gracias al plato de caliente que le subía la vieja criada que por no tener donde ir y por haber perdido el olfato decidió quedarse a morir en donde había nacido.

Los años fueron pasando lentos, castigando con cada minuto la perversidad de la dueña. En todos esos segundos que se eternizaban tuvo tiempo de reflexionar acerca de sus actos y de sus faltas. Se enteró del nacimiento de la niña de Dolores y supo que era su nieta. Desde entonces no

pasó un instante en que no se arrepintiera del trato dado a la mujer de su hijo. Se imaginaba a la niña correteando por las instancias y llegó a verla en más de una ocasión a los pies de su cama llegando a crear, en la demencia de sus últimos tiempos, un mundo paralelo al real y alcanzando así una paz de la que no era merecedora. Murió sola y abandonada, acompañada nada más de los fantasmas imaginados que recorrían a sus anchas todas las alcobas. Una mañana la criada la encontró tiesa. Llamó al cura y se tendió en su catre a esperar la muerte pues ya no le quedaba más por hacer.

Con la pena por la noticia de la muerte de Juan y la reacción de Dolores, a Pepa se le había olvidado la petición de su hermana. Por eso le sorprendió cuando un día le preguntó si ya había ido a visitar a Mario Facundo.

— ¡Pues no, se me había olvidado!

— ¿Y a qué esperas?

— ¡Qué obsesión! ¡Está bien, esta tarde me paso por su casa!

Cumpliendo con su palabra, Pepa se encaminó en cuanto terminó de comer a la casa del susodicho. Le daba un poco de vergüenza y no sabía cómo abordar el tema. Estaba segura de sentirse incómoda así que ideó una excusa para que por lo menos la entrada le resultara menos lastimosa.

No se le ocurrió otra que encargarle un pedido para su padre. Mario Facundo en cuanto la vio entrar supo que venía de parte de Dolores. La recibió como si no se hubiera dado cuenta y la trató con gran amabilidad. Le resultó agradable y muy atractiva. Pensó que una mujer así, con los cimientos bien sembrados, era lo que le convenía. Después de unos preliminares en los que Pepa le encargó aceite y unas telas abordaron el tema con mucha delicadeza. Ella insinuó y él afirmó rotundo que tenían su palabra de hombre de bien. Se sonrieron y a Pepa le palpité el corazón. Hacía años que no se veían de cerca, dejando a un lado los meros cruces casuales, y ese reencuentro fue para ambos significativo. Antes de que se fuera, Mario Facundo le había pedido a Pepa verse en otra ocasión y ella había aceptado.

Pepa volvió a casa con la sonrisa puesta y Dolores lo atribuyó a que había triunfado en su misión.

— ¿Has tenido éxito, verdad?, ¿Él te ha prometido no contar nada?

— Puedes estar tranquila, él no hablará —confirmó Pepa, sin contarle nada a la hermana de lo fructuosa que por otros derroteros había resultado su visita. No le contó a Dolores los sentimientos que estaban surgiendo en ella,



ni lo feliz que se encontraba, incapaz de borrar una sonrisa tonta de su cara. No creyó conveniente para su hermana, en otra época su confidente, el hablarle de esperanza y felicidad. El cambio pasó desapercibido en toda la familia que estaba demasiado pendiente de la evolución de Dolores.

Pepa volvió a cantar a todas horas, desbordada. A Dolores le molestaba que su hermana cantara, le parecía una ofensa a su sufrimiento y en cuanto la oía, aunque fuera entre susurros, le chillaba descontrolada y Pepa se tenía que morder la lengua. Su madre también le acusaba de falta de consideración y ella callaba aunque por dentro pensaba que la falta de consideración se le había tenido a ella toda la vida. Siempre había estado en un segundo plano a expensas de la vida de su hermana, viviendo por ella, sufriendo por ella, trabajando por ella. Cuando por fin podía ser Pepa, no un reflejo de su mimada hermana mayor, tenía que aguantarse las ganas porque Dolores no soportaba que alguien fuera feliz mientras no lo fuera ella.

Jamás había tenido estos sentimientos, siempre había asumido su vida de segundona sin quejas, pero ahora veía una ventana por donde entraba la luz y le parecía muy injusto tener que callar sus impulsos. Toda la familia iba de negro cuando su naturaleza le pedía vivos y alegres colores en consonancia con su ánimo. Se preguntaba por qué tenía ella que guardar el luto por alguien a quién apenas conoció y que se buscó la muerte en una guerra injusta, abandonando a su suerte a su mujer y a lo que viniera en camino.

En los dos meses siguientes siguieron los encuentros, que parecían casuales, con Mario Facundo trabando una fuerte amistad que esperaba en breve poder comunicar a la familia. En cuanto pudiera, se casaba y se iba de esa casa donde la luz y la alegría estaban vetadas.

En esas estaban cuando Mario Facundo acudió otra vez a la casa de Pepa a llevar un paquete a su padre. Volvió a encontrarse sola a Dolores, y esta se mostró muy diferente al primer encuentro. Cuando le abrió la puerta se le ocurrió una idea que fue gestando en silencio hasta que la lanzó como una bomba en el seno familiar. Esa tarde volvió a ser la Dolores de antes, pícara, alegre y sensual. Dejó a Mario Facundo del revés. Salió perplejo y atrapado.

Después de aquello poco le quedó por hacer a Pepa. La siguiente vez que le vio notó el cambio. Él se mostró distante y huidizo con una hermana, mientras acudía a ver a la otra a la menor excusa.

Pepa no se enteró de las razones del abandono de Mario Facundo hasta

que Dolores anunció que se casaba con él. Ese día había salido a hacer unos recados y cuando volvió se encontró a ambos en el comedor de casa con sus padres que no cabían en sí de gozo. Llevaba toda la mañana sorprendida por la nueva actitud de su hermana, como satisfecha y muy pagada. Allí conoció la respuesta.

— ¡Que la niña se nos casa, Pepi! —le espetó su madre en cuanto entró por la puerta.

Pepa miró directamente a los ojos de Mario Facundo buscando una respuesta pero él miraba hacia otro lado. Por un momento, creyó encontrarse en una de esas pesadillas sin sentido y cerró los ojos rezando porque al abrirlos la escena hubiese desaparecido. Eso no ocurrió y tuvo que despacharse con el notición sin estar preparada para ello. De su boca no pudo salir más que una escueta felicitación. Se quedó de pie ajena a todos y, en cuanto le fue posible, se metió en la cocina. Allí escuchaba el parloteo alegre de su familia mientras ella se sentía morir de pena. No sabía qué le producía más dolor, si la traición o la desilusión.

Mientras fregaba los cacharros, el cuerpo le flojeaba y no se percató de los regueros de lágrimas que se mezclaban con el agua de la pila hasta que esta se desbordó. Se tapó los oídos y salió corriendo por la puerta trasera hacia el patio. Se sentó en el suelo detrás de los tocones de leña almacenados y allí a solas pudo dar rienda suelta a su quebranto. Lo maldijo cientos de veces, aunque en el fondo le dio lástima pues sabía que Dolores, a la que odió como jamás se había creído capaz, le haría infeliz. Era consciente de que su hermana ni siquiera se imaginaba sus sentimientos por el estraperlista, pero ni con esas pudo evitar ese asco enfermizo que le recorrió el corazón. Necesitaba tiempo para sanar las heridas y, por encima de todo, no quería que nadie se enterara. Podría sobrellevar el dolor, pero jamás la humillación si se hacía público.

Pasó esa noche a la fresca y el frío de marzo le caló en los huesos. Se pasó después tres semanas en la cama, presa de las fiebres altas y de los delirios propios de los abandonados. Gracias a la neumonía se perdió la boda sin tener que dar explicaciones pero estuvo a punto de perder también la vida. La boda de Dolores no podía esperar, ni siquiera ante una hermana medio moribunda. Su estado de gestación era avanzado y si querían que Mario Facundo reconociese al bebé como propio debían de darse prisa.

Todo fue tan rápido que los propios novios se sorprendieron cuando se encontraron a solas en la habitación la noche de bodas. Dolores se tumbó en su lado y después de darse las buenas noches apagaron el gas. En la oscuridad, ambos permanecían con los ojos abiertos, desconcertados y forasteros. Dos extraños unidos que se preguntaban cómo habían terminado juntos en la misma cama, aunque eran tres los que permanecían en vela. Pepa les acompañaba en su insomnio. Tres pares de ojos abiertos en una larga vigilia sin estrellas.

Mario Facundo se dio cuenta entonces de su error y se arrepintió como cada día del resto de su vida. Lo había cegado una atracción desmesurada y ficticia. Falsa como su matrimonio y su hijo falso. Era ya tarde para rectificar, pero no para llorar su pena.

Dolores estaba ciega de obsesión. No quería que doña Juanita le quitara el bebé y esa obcecación se convirtió en su ‘leit motiv’. Casada con Mario Facundo se salía con la suya pero a cambio tenía que cargar con un hombre que le repelía y con una niña rebelde que le hacía la vida imposible. No dejó que la tocara, primero con la excusa del embarazo, después con la del reciente parto y más tarde la separación se convirtió en rutina que no tenía que justificar.

Dolores se fue a vivir con sus padres desde la mañana siguiente de la boda y no regresó al hogar de su marido hasta mucho tiempo después del alumbramiento. A la niña tardaron varios meses en inscribirla para que la familia de Juan no pudiera reclamarla. Retrasaron la fecha para que la concepción fuera posterior a la muerte de su anterior marido. Y aunque todo el pueblo supo de su mentira, nadie se atrevió a proclamarlo en público.

La bautizaron con el nombre de Soledad a pesar de la negativa de Pepa quien aseguraba que el nombre marca a la persona que lo lleva y que la soledad acompañaría a su sobrina durante toda su vida.

— No me seas incauta, Pepa. Eso que dices es una tontería.

— No lo es.

— Yo me llamo Dolores y nunca he estado enferma.

— No todos los dolores son físicos, existen los del alma y los del corazón —le respondió Pepa mirándola muy seria. Ante esta contestación, Dolores no tuvo más remedio que morderse la lengua, pero no consintió en cambiar su elección. La niña se llamó Soledad y la soledad sería su compañera muchos

años tal y como auguró su tía.

Desde el principio Dolores sintió animadversión, que fue mutua, por Merceditas. Le parecía una niña salvaje, tozuda y con pocas luces. Para la niña era una intrusa. Ninguna de las dos movió un dedo para provocar un acercamiento. En los días que Mario Facundo estaba de viaje con sus trapicheos ellas se mantenían separadas lo máximo posible. La niña ya no se fue más con su abuela, porque aunque no sentía simpatía por Dolores al menos esta no le hacía trabajar ni le propinaba cachetes. Ambas vivían juntas sin rozarse.

En cuanto a su hija, Dolores se volcó en ella hasta que estuvo segura de que doña Juanita no podía arrebatársela, entonces dejó de tener interés para ella y se centró en su dolor. La cuidaba lo justo y la mandaba casi todo el día a casa de sus padres con Pepa. El amor que no le daba su verdadera madre se lo daba su tía, que se volvió loca con el bebé y la llegó a confundir con su propia hija.

La vida se convirtió en monotonía para todos viendo crecer a Soledad.

Dolores cada día más amargada se había secado como una pasa y andaba refunfuñando por los rincones con un genio insoportable.

— No te reconozco hermana —le dijo un día Pepa cuando se puso a gritar a las niñas por que jugaban en el patio de la casa. Le molestaban sus risas felices.

— ¡Y a mí que me importa!

— La amargura te ha corroído y no queda nada de la que un día se llamó Dolores. No te importa tu hija, sólo tu dolor. A veces creo que hasta doña Juanita le habría dado más cariño que tú.

— ¡Ni mientes a esa bruja chocha! ¡Qué quieres, si mi dolor es más grande que mis fuerzas!, ¡Qué quieres, si con él se fue todo lo que yo tenía dentro! ¿Es que no lo entiendes? ¡Ya no soy nada, sólo un saco de huesos y pellejo vestido de negro que no se mata por tenerle miedo a la muerte!

— Eres muy egoísta, sólo piensas en ti. ¿Y tu hija?, ¿crees que tu Juan aprobaría que su hija creciera sin el cariño de su madre? ¿Y tu marido? Nunca haces el menor intento de hacerle feliz. Te aferraste a él para evitar que ganara doña Juanita y le has hecho un infeliz. Sí, un infeliz que va de pueblo en pueblo arrastrando su miseria. No le dejas que te toque, ¿crees que no lo sé?, ¿que todo el pueblo no se ha enterado de que tiene que seguir

desfogándose en los burdeles de otros lugares? Ni siquiera eres capaz de quitarte el luto que guardas por otro hombre.

— ¡Eso es mentira!

— ¡A ti que más te da si no le quieres!

— ¡Pero es mi marido y me debe respeto!

— ¿Respeto? ¿De qué respeto hablas? ¡La primera que no ha respetado su matrimonio y ha hecho de éste una farsa eres tú! ¡Demasiado bueno es, otro en su lugar ya habría renegado de ti, habría pedido la nulidad, y con toda la razón!

Dolores se puso roja de ira. Tenía los puños apretados y los ojos en blanco.

— ¡Es mi marido y yo jamás le dejaré libre!

— ¿Cómo puedes ser tan condenadamente posesiva?

— ¡Sí!, ¿y qué? ¡Es mío y aunque no me la meta a mí, no se la meterá a otra! —elevó el tono y las niñas se le quedaron mirando.

— ¿Estás loca? Modera tu lengua que están las niñas.

— ¿Qué tiene que meter? —preguntó Mercedes a Pepa, ya que a ella le tenía más afecto y menos miedo.

— Nada cariño, es una cosa de mayores.

— ¿Cómo de mayores?

— Ya está bien de tantas preguntas, niña mocosa. ¡A jugar a la calle y chitón! —y las espantó con unas brazadas al aire. Las chiquillas salieron corriendo. Soledad todavía torpe, un poco más retrasada.

— ¿Te crees que no sé por qué lo dices? —masculló Dolores volviéndose a Pepa. —Le quieres para ti. He visto tus ojos cuando le miras si crees que nadie te observa. Siempre has estado detrás de mí. Deseando todo lo mío. Hermana envidiosa, garrapata al acecho. Nunca has tenido vida propia, ni siquiera ahora eres capaz de tener hijos y te quieres adueñar de la mía y de mi marido.

— ¡No sabes de qué estás hablando! ¡Yo nunca te he envidiado y si no tengo vida propia es gracias a ti! Nunca pensé en contártelo. Era mi secreto para no hacerte daño, ni hacerte sentir culpable, pero en vista de que te has convertido en un bicho malo sin un ápice de corazón no creo que sufras sino que de seguro te regodearás de mi desgracia.

— ¿Qué estás diciendo?

— Tu marido, ese con el que decidiste casarte a toda costa para darle en los morros a doña Juanita, y yo habíamos empezado una relación que tú te encargaste de pisar. Conseguiste arruinarme la vida, arruinársela a él y a ti misma.

Dolores se había quedado blanca y muda.

— ¿Por qué no me lo contaste? —susurró al fin.

— ¿Por qué? ¿Mis palabras hubieran cambiado algo? Estabas ciega de determinación y de obsesión. —Pepa estaba casi sin aliento por el esfuerzo emocional que estaba realizando y a punto de derrumbarse tras haber soltado la carga que almacenaba su corazón varios años. —La persona a la que más había querido me arrebató al único hombre por el que había sentido amor. ¡Y lo hiciste, no por estar enamorada, no, que eso lo habría entendido, que en ese caso algo de felicidad me hubiera quedado, sino por mero egoísmo! ¡Egoísmo puro y duro!

— Nunca habíamos tenido secretos, yo no sabía nada —dijo Dolores sentándose abatida en una silla a modo de disculpa. Pepa se desinfló. Se quedó sin fuerzas, como una marioneta abandonada por su dueño.

— ¿Por qué entonces él aceptó casarse? No debía amarte demasiado, y no es por justificarme. No te merecía.

— No puedo culparle. De sobra conozco el efecto que causas en los hombres, y en éste, no iba a ser menos. En cuanto decidiste que era tuyo, yo desaparecí de escena. Ya no pinté nada, era una mera sombra borrosa.

Las dos hermanas se quedaron mirando la una en la otra, reconociendo los cambios mutuos y el alejamiento abismal que en poco tiempo se había producido entre ellas. Eran dos desconocidas enfrentadas por las circunstancias que habían perdido el lazo que un día las unió. Después de esas palabras nada fue igual entre ellas. La una, recelosa no la quería ver en su casa, ni cerca de su marido. La otra, consciente, dejó de visitar a Dolores y era su madre quien le llevaba a la niña, ahora muy de vez en cuando. Se habían dicho la verdad, se habían visto las almas y no les había gustado lo que habían visto en la otra y en ellas mismas. Verse era recordar la derrota y el vacío en que se habían convertido sus vidas. Era mirarse en el espejo de la desgracia y a nadie le gusta reconocer sus miserias.

Los días iban pasando, uno tras otro, lentos pero continuos dejando un halo de desesperanza y cierto regusto a agrio. A Dolores nada le importaba y

cada vez tenía peor genio. La amargura hacía mella en ella hasta el punto en que todos la temían y nadie osaba llevarle la contraria. Pepa, desengañada de la vida tenía como única ilusión las visitas de su sobrina. Le asustaba pensar la influencia que podría ejercer su madre sobre ella. Intentaba contrarrestar los efectos de un hogar vacío en la niña cuyas señales todavía no eran visibles pero que ensombrecían ya su mirada.

A Dolores cada vez se le hacía más insoportable su hijastra. Sentía hacia ella un rencor insano que surgía de sus entrañas sin que la lógica tuviera nada que hacer. Reconocía que no había motivo, que no tenía razón de ser ese odio y desprecio, pero no podía hacer nada para evitarlo. Estaba agazapado y salía en los momentos menos esperados y más inoportunos. Bastaba que la niña le desobedeciera o cometiera alguna trastada para que la recompensara con un castigo ejemplar. La repulsa era irracional y crecía como un monstruo de siete cabezas que le asfixiaba la garganta y que se alimentaba de lo poco bueno que le quedaba dentro. La iba liberando de lo que un día fue, para transformarla en un espantajo penoso lleno de ira. La ira y el rencor conseguían evitar el dolor, curaban la herida de forma superficial, pero momentánea y propensa a quebrarse. Alternaba épocas de gritos y malhumor en las que devoraba la comida de forma compulsiva con otras de continuos lloros encerrada en su cuarto sin probar bocado. Su cuerpo se hinchaba y adelgazaba al compás de su ánimo dejando graves secuelas en forma de pellejos y estrías que le aparecían por doquier. Sus ojos apagados sólo volvían a refulgir en sus ataques de celos en los que todos los insultos imaginables caían sobre el pobre Mario Facundo que aguantaba estoico, con la cabeza gacha, hasta que arreciaba el chaparrón.

Ella se indignaba más al ver su pasividad y en más de una ocasión le llegó a agredir físicamente. No era extraordinario verle con alguna moratón en la cara o en los brazos. Él siempre insistía en que se había tropezado o que había tenido alguna pelea en un bar lejano. La verdad era bien conocida entre el vecindario que no podían dejar de oír los gritos y barbaridades que salían por la boca de Dolores. A Pepa le llegaron rumores que ocultó como pudo a sus padres para evitarles más sufrimientos. Se la veía a menudo en los corrillos de las cotillas negando y pidiendo consideración para con sus progenitores que siempre habían sido muy queridos y a nadie le habían negado un favor. Por ellos consiguió evitar una catástrofe mayor durante un tiempo, sólo

durante un tiempo.

La tormenta se fue gestando a lo largo de varios años hasta que estalló y entonces fue imparable. Aunque existían muchos indicios, no le fue posible imaginar a Pepa lo que más tarde sucedería.

Antes vino la calma. Soledad apenas cumplía dos años y era una niña tranquila, sonriente pero “con poca sangre”, como decía su madre. Dolores aseguraba que la niña tenía que estar enferma porque a ella o a Juan no había salido desde luego, faltaría más —refunfuñaba enojada por la pasividad de la pequeña. Con tan corta edad, se había fabricado ya una coraza que la aislaba de los avatares diarios de su casa. Sólo se encontraba a gusto jugando con Merceditas o en casa de los abuelos con su tía Pepa. Apenas hablaba, solo miraba con sus grandes ojos. Mario Facundo apenas estaba en casa, tan sólo volvía cuando el guardar las apariencias y el cariño por sus hijas se hacían perentorios. Aguantaba cuanto podía. No soportaba estar cerca de Dolores. Mirarla era ver a una bestia fétida y hedionda. Le repugnaba el ser en que se había convertido y le aterraba su mal genio y su fiereza de animal desesperado. Consideraba a Soledad como una hija suya pues la había visto nacer y la alimentaba gracias a su esfuerzo diario. Le había tomado cariño. La veía tan desvalida y tan poca cosa que sentía hacia ella una gran ternura. Lo primero que hacía a la vuelta de sus constantes viajes, después de besar a Merceditas, era cogerla a ella. La abrazaba y le daba enormes besos. Oía a limpio y a recién nacido, a polvos de talco y a jabón de camelias. Con ella en los brazos, la inocencia y la esperanza volvía a su espíritu durante unos instantes, los justos antes de oír la desagradable voz de Dolores a su espalda.

— ¡Ya estás otra vez aquí. Espero que este viaje se te haya dado mejor y traigas buenos cuartos. Que todo vale mucho y somos cuatro bocas para alimentar! —Le arrancaba a la niña de los brazos mientras le clavaba la mirada. —Tu hija es la otra. ¡Vete a abrazarla a ella!

Merceditas le podría haber cogido celos a la pequeña pero en esa casa tan falta de afectos, el amor incondicional que le profesaba la niña era demasiado bueno para enturbiarlo. Soledad la seguía a todas partes y se dormía cogiendo su mano todas las noches. Ella no sabía entonces que no eran hermanas, ese dato lo conocería más tarde y la verdad le caería como un mazazo.

Una mañana, apenas despuntaba el sol, Dolores se levantó de su cama y se fue a la cocina. La casa era humilde. Estaba situada a las afueras del



pueblo y tenía una sola planta repartida en tres habitaciones y una sala grande que hacía las veces de comedor y hogar donde preparar la comida. El suelo era de tierra batida y las paredes de barro y paja prensadas. De su alcoba, que estaba junto a la de Mario Facundo, al comedor se llegaba por un estrecho y corto pasillo. Medio dormida tanteaba las paredes de cal cuando justo al llegar al medio del pasillo, a la altura del cuarto de las niñas, algo le llamó la atención a través de la puerta medio entornada.

— ¿Qué haces desgraciado? ¡Asqueroso, mal nacido! — comenzó a chillar a Mario Facundo que salía ahora de la habitación. Se lanzó sobre él y comenzó a zarandearlo al tiempo que elevaba el tono de voz — ¿Cómo te atreves con una niña? ¡Degenerado, no eres más que un degenerado! ¡A saber lo que hacías con tu hija antes de casarte conmigo! ¡Y yo aquí, tanto tiempo sin darme cuenta! ¡Ciega, he estado ciega, pero ahora se va a enterar todo el mundo de la clase de ser repugnante que eres! — Seguía chillando como una posesa despertando a los vecinos, muchos de los cuales ya habían comenzado a salir a las ventanas y a la calle a ver qué escandalera era ésa. Estaban habituados a las peleas y los gritos de Dolores, pero esa mañana eran demasiado altos y las palabras dichas demasiado fuertes para poder pasarlos por alto.

Pronto el rumor de que Mario Facundo abusaba de su hija corrió veloz por todas las calles y callejones del pueblo. Los ánimos se iban calentando mientras Dolores abandonaba la casa con Soledad a cuestas y un bolso de paja. Dejó allí a Merceditas, pues poco le importaba la niña. Pensó que era su abuela la que debía encargarse de ella y salió sin más a instalarse con sus padres y Pepa. Cuando llegó a su puerta los hechos ya habían llegado hasta allí. Estaban los tres sentados esperándola con las caras largas y los nervios de punta. Dolores entró dirigiéndoles una rápida mirada, endosó a la niña a su tía y se fue a dejar la bolsa en su cuarto de soltera.

— ¿Qué pasa? ¿Es que hoy no se trabaja? — Estaba muy tranquila pero sus ojos parecían los de una loca. Estaban agrandados y desprendían odio y veneno.

— ¿Cómo puedes estar tan tranquila?, ¿Es que no nos vas a contar nada de lo que ha pasado? — le preguntó Pepa.

— ¿Qué queréis que os cuente? Que mi marido es un degenerado que aprovecha mi sueño para meterse en la cama de las niñas. — dicho esto

comenzó a insultarle con la voz cada vez más alta y con el rostro desfigurado —¡Es un guarro y un asqueroso. Un padre degenerado, un cerdo, es la peor alimaña que pueda existir. Espero que arda en los infiernos...!

— Se puede saber qué has visto para afirmar algo tan fuerte. ¿Qué pruebas tienes para destrozar de ese modo en tan solo unas horas la honra de un hombre?

— Pruebas, qué más pruebas necesito que lo que han visto mis propios ojos.

— ¿Qué es exactamente...?

— ¿Qué pasa que eres una morbosa o acaso una degenerada como él y quieres que te lo cuente con pelos y señales?

— ¡Eres imposible, no te soporto!, ¿me oyes? ¡No te soporto, eres una mal nacida que haría cualquier cosa por salirse con la suya!

— ¡Basta ya! —chilló la madre. —¡Lo que yo no soporto es veros así! Esto es demasiado para mí, sólo falta que os peléis entre vosotras como si ya no tuviéramos bastante con la que tenemos encima —sollozó, echando a correr en dirección a la cocina.

Las dos hermanas se callaron y miraron al padre que permanecía sentado con cara de pocos amigos.

— Unas hermanas no se tienen que insultar, se deben respeto mutuo. Deben quererse y apoyarse en todo. Al menos así os lo inculcamos. Es una pena que lo hayáis olvidado. ¿Cómo podéis dar a vuestra madre un disgusto así? No tenéis perdón. —Dicho esto se levantó y siguió los pasos de su mujer.

Las dos se quedaron calladas. Pepa con la niña en brazos, tan pequeña ya agarrada fuertemente a su tía. Dolores mirándose las manos deslucidas. Permanecieron así un buen rato, sin saber qué decirse o cómo proceder, hasta que Dolores se dio media vuelta y de un portazo se encerró en su anterior habitación.

# 6

## MARIO FACUNDO

La vida es como un reloj de arena roto que deja escapar sus granos. Así lo entendía Pepa. Llevaba más de treinta años sola, pero parecía que fuera ayer cuando era apenas una niña. Ya pasaba de los 50 y cuando intentaba poner en orden sus recuerdos no conseguía darles sentido. Dar un sentido a su existencia. Qué había hecho en todos esos años. Habían pasado tan deprisa. Se le habían escurrido los días, juntando una semana tras otra, una año con otro... El verano se fundía con el otoño y la primavera con el invierno. Frío o calor, no importaba. Nada en sus jornadas era memorable. Una rutina hueca por donde se le iba el aliento.

El tiempo se le escapaba en la espera. En esperarla a ella. Era su única esperanza. La razón de que aún le quedaran ánimos para despertarse al amanecer. No quería convertirse en un ser seco, pero los jugos se le derramaban gota a gota.

Sentía que Soledad seguía necesiéndola, que en algún rincón ella le pedía ayuda. ¿Dónde buscar? Sólo le restaba quedarse a esperar que su sobrina regresara y para entonces, ella, su tía Pepa la recibiría con los brazos abiertos.

¿Por qué no se fue de ese lugar? Primero estaban los padres y cuando estos murieron ya se sentía demasiado mayor para empezar de nuevo.

Cuando Dolores decidió regresar al lado de Mario Facundo, ni Pepa ni sus padres comprendieron tal razonamiento. Ni cómo él la pudo volver a aceptar.

Después de unas semanas en el hogar paterno, y de haber predicado a los cuatro vientos el deshonor y la monstruosidad de su marido, se levantó, hizo su hato y sin mediar palabra o explicación alguna se encaminó a la casa del que ella llamaba ‘el degenerado’ con Soledad en sus brazos.

Cierto es que en su casa no estaban pasando un buen momento. La posguerra trajo, además de venganza, mucha hambre. Pero estaba segura de que esta no era la razón. Siempre había una ración de gachas o de potaje con que llenarse el estómago. Su padre también traía del huerto algunos pimientos, pepinos y tomates. Por lo que su situación no era, ni de lejos, tan desesperada como en otros hogares del pueblo. Había llegado a ver a dos

mujeres pelearse por la corteza de una naranja.

Dolores se fue, quién sabe por qué. Quizás se arrepintió o quizás se trastornó por completo. Eso ya nunca lo supo su familia.

Cuando él regresó de su ronda se la encontró allí instalada como si tal cosa. Mario Facundo se quedó tan perplejo que no pudo articular palabra. Se dio media vuelta y pasó la noche al raso, en un campo cercano. Con el alba, sus pasos le encaminaron al calor de la lumbre del hogar que Dolores había dejado encendido. La casa estaba limpia y encima de la mesa un pan recién hecho le daba la bienvenida. Pensó que era la forma que tenía su mujer de pedir disculpas y lo tomó como un nuevo comienzo. Quizás ahora se comportara como una verdadera esposa. Una sonrisa de esperanza le calentó el corazón.

Poco le duró el optimismo. No tardó en comprobar que Dolores seguía siendo la misma. Unos días fueron suficientes para que se volviera a quitar la máscara.

— Me alegro que hayas recapacitado. —Le dijo una noche.

— ¿Recapacitado? ¿A qué te refieres?

— A que ya no pienses que soy un degenerado.

La risa sardónica de ella le sorprendió. Sus ojos llameaban mientras su cuerpo se echaba para atrás a punto de derribar la silla.

— ¡Ja, ja,...! ¿Cómo puedes ser tan ingenuo? ¿En serio crees que he vuelto porque he cambiado de idea respecto a ti? ¡No me hagas reír! Sigo pensando que eres un guarro pero no soportaba más ver cómo mi hermana se adueñaba de mi hija. Ni las caras de haba de mis padres cuando se lo recriminaba. Prefiero vivir aquí, total tú apenas paras por casa. Además, ya no habrá peligro. Sole dormiré en mi cuarto.

— ¿Merceditas también?

— No... —respondió totalmente en calma, con la cara ladeada y mirándole directamente a los ojos —la única condición que te pongo para volver es que Merceditas desaparezca de nuestras vidas. Esa niña es un demonio. No me extrañaría nada que hubiera sido ella la que te hubiera incitado.

— ¿Pero qué dices mujer? ¿Estás loca? —gritaba mientras se lanzaba hacia ella y la zarandeaba fuera de sí —¿Es que no tienes bastante con haberme dejado sin honra que también quieres terminar con la de mi hija?

Dolores no cambió de actitud ante el embate. Siguió riéndose a más no poder, sin medida, sin control. La risa, que se le escapaba de entre los dientes, le nacía de lo más profundo de su ser.

— ¡Está bien! ¡Para de una vez! Yo no digo nada de tu hija pero te la llevas lejos —consiguió articular cuando la risa y los zarandeos se lo permitieron.

Lo tuvo que repetir varias veces para que el otro se enterara y la soltara.

— ¿Pero dónde quieres que la lleve, mujer de Dios? ¡Es sólo una niña! Además, ahora está con su abuela, ¿qué te molesta allí?

— ¿Es que no me explico bien, o qué? ¡No la quiero cerca de mi, la quiero bien lejos, y cuanto más mejor!

— ¡Estás loca, nadie te creerá!

— ¡Ja, ja, ja, ja! ¿Ni los militares cuando les cuente cómo mi maridito fue cabo carabinero en el otro bando y que se cargó a unos cuantos?

— ¡Pero qué estás diciendo!

— ¿Te crees que me iba a creer lo que le has contado a todo el mundo, eso de que te pasaste la guerra escondido?

— ¡Estás chiflada, nadie te va a creer! ¡Me había callado hasta ahora, pero diré que la pérdida de tu Juan te ha quitado la razón, que ves fantasmas donde no los hay y que en tu amargura quieres destruir todo lo que te rodea!

— ¡Ya!, puedes intentarlo, pero ¿quién crees que les resultaría más creíble? ¿Tú, un hombre sin oficio ni beneficio, o la viuda de un fascista muerto en combate?

Mario Facundo se había quedado sin palabras, estaba rojo de ira, con los ojos desorbitados y las manos apretadas marcándosele los nudillos. Con un violento movimiento se lanzó hacia la puerta derribando las sillas que osaron interrumpir su trayectoria.

“Me voy o la mato”. Éste era su pensamiento mientras abandonaba la casa. ‘Debo salir de aquí, no puedo respirar durante un segundo más el mismo aire que esta sinvergüenza. ¡Mil veces la maldigo, mil y mil veces mil maldigo la hora que se cruzó en mi camino!’

Él era un hombre normalmente tranquilo, para el que la violencia le resultaba un tanto ajena. Se había criado con unos tíos que no tenían hijos y, aunque separado del resto de sus hermanos, podía considerarse afortunado. Le hubiera gustado tener una familia normal, pero su primera mujer apenas le

duró lo justo para darle la hija y de la segunda mejor no hablar. Siempre había vivido a su aire, lejos de idealismos políticos, pero el lado republicano siempre le había parecido el ganador. ¿Cómo saber que la historia habría de ser diferente? Había desertado cuando le vio las orejas al gato y regresó a su pueblo asegurando que había permanecido todo el tiempo escondido. Como a nadie le contó su partida y todos conocían su espíritu apacible nadie le hizo demasiadas preguntas. Después había encontrado su modo de vida en el estraperlo. Desde luego, lo que se dice trabajar a él no le gustaba nada de nada. El trabajo estaba hecho para tontos que no sabían buscarse la vida. Desde siempre arrimó el hombro lo justo y con su carácter y su buena estrella parecía que su máxima aspiración se iba a cumplir. Vivir sin pegar un palo al agua. Había que ser avisado y él lo era. Qué se le iba a hacer, cada uno nacía de una manera. Para unos el trabajo lo era todo y no sabían hacer otra cosa que dejarse los cuernos día a día en el desagradecido campo. Así llegaban a la vejez. Desvencijados todos los huesos y el espíritu acabado. Lo había visto una y otra vez en los ojos de su abuelo, su padre, sus tíos... y el resto de personas que a lo largo de la vida se le habían cruzado en el camino. Eso no era para él. Vive y deja vivir era su lema. Un dinerillo de aquí, otro de allí, un viajecito, comer en el campo o en cualquier mesón del camino, una buena siesta, una cama calentita en el frío invierno y tus buenas gachas para llenar la panza.

En tiempos de escasez hasta lo más elemental resultaba un tesoro. Era de lerdos no aprovechar las ocasiones. Bien que había estado alistado en el ejército, pero nadie se había enterado de ello. Él no había participado en ningún enfrentamiento, sólo había realizado labores de aprovisionamiento. No había matado a nadie. Siempre pensó que los fascistas no tenían nada que hacer, que sería una guerra corta y fácil de asumir por los republicanos. El tiempo y la historia le habían quitado la razón.

Si Dolores contaba otra versión, lo iba a tener difícil. Ya tenía que sobornar a los guardias para que hicieran la vista gorda. Un escándalo sería su ruina.

Salió fuera y se montó en el carro. Era una estructura de madera descompuesta por el uso y los años que dejaba entrever en sus costados una antigua pintura policroma descascarillada. Las ruedas se veían gastadas de tantos trayectos interminables por lodazales de barro y piedras.

El caballo pardo y tuerto pastaba tranquilamente hasta que sintió el tirón de su bozal. Era un animal viejo que no entendía que a esas horas se le volviese a reclamar. Acostumbrado a la obediencia, inició el trote suave.

A Mario Facundo le encantaba este animal. Con sólo decirle a dónde iban, se podía echar a dormir tan pancho que él solo se hacía el camino. Esa noche sin embargo, no dio órdenes.

Cogió las riendas sin pensar en la ruta, por lo que se sorprendió al llegar a unos terrenos de su propiedad. El pardo debía haber elegido la ruta más corta de las que tenían costumbre seguir. Allí tenía un escondite que utilizaba para guardar las mercancías que usaba en sus intercambios. Era una zona de pinar boscosa y tupida, muy propia para ocultarse y pasar desapercibido. Se encontraba situada lo suficientemente cerca del pueblo para acudir en cualquier momento que necesitase cargar y lo suficientemente alejada para no levantar sospechas y poder actuar con plena libertad.

Cerca de un pequeño riachuelo, y adosada a un montículo, una pequeña grieta se hundía en la roca apenas perceptible daba paso a una gruta estrecha y húmeda que desembocaba en una cueva elíptica y de la altura justa para un hombre de mediana estatura.

Aún recordaba el día en que su tío le hizo partícipe del secreto. Acababa de cumplir 12 años. Ocurrió la tarde siguiente a su aniversario. Lo recordaba perfectamente porque esa mañana se levantó con un fuerte dolor de estómago consecuencia de la glotonería de la que había hecho uso en la celebración. Empacho, le dijo su tía.

“No deberías ser tan glotón, es malo para las tripas”. No fue a la escuela y permaneció en la cama recostado. Sin apenas probar bocado se encontraba un tanto mareado cuando se levantó ante la llamada de su tío.

— Ven, quiero enseñarte una cosa.

Mario Facundo pensó que se trataría de otro regalo por lo que se sintió bastante decepcionado cuando su tío le mandó a vestirse y le subió al carro. Se puso unos pantalones cortos, con varios jirones que dejaban entrever la blanca piel de su nalga, y una camisa con una gran mancha de grasa en todo su centro. ¿Era blanca o roja? El pantalón desde luego era azul marino. Sí, de algodón un tanto basto porque le rascaba. De las sandalias le asomaba la uña de los dedos gordos y, estaba seguro de haber tirado algo al suelo al pasar cerca de la mesita de noche. No recordaba exactamente qué.

Estaba atardeciendo y el cielo abrasador le cegaba. Se sintió medio adormecido por el vaivén hasta que notó que se terminaba el movimiento.

— Venga baja.

Primero miró sorprendido de la oscuridad reinante a pesar de la hora todavía temprana. La luz escasa se filtraba entre las hojas y las ramas dejando ver claros haces de luminosos perfectamente dirigidos. Miró a su alrededor, pero su tío había desaparecido.

— Tío, ¿dónde estás? —aulló asustado.

Una mano le tapó la boca.

— Estás loco, ¿es que quieres que descubran nuestro secreto? ¡Venga, vamos, sígueme!

Acató sus órdenes, siguiéndole por una estrecha y oscura gruta que olía a humedad y en la que antes no había reparado. A sus pocos años, el túnel le pareció inmenso e interminable. Al llegar a la cueva, su tío le acarició suavemente la cabeza.

— Ya estás hecho un hombrecito. Pronto serás un hombre hecho y derecho. Cuando nosotros desaparezcamos todo lo nuestro será tuyo. No es mucho, unas cuantas tierras, como éstas en las que estamos ahora. Aprovéchalo lo mejor que puedas, como he hecho yo y como antes hizo mi padre.

Lo agarró por detrás con fuerza.

Esa noche no pudo dormir. Desde luego, no la olvidaría en su vida. Se volvió hosco y huraño. Apenas paraba en casa. Prefería la libertad que le daban los campos. Trepar por los árboles y coger nidos o piñas verdes o secas, bañarse en las balsas de riego o meterse en los gallineros de los vecinos para hacerse con sus huevos. Les hacía un pequeño agujero a cada lado y sorbía su interior hasta dejarlo hueco.

Así mataba el hambre y se saltaba muchas de las comidas de su tía, que cada día veía como se volvía más rebelde.

— No vamos a hacer carrera de este niño – le dijo una noche mientras se acostaban a su marido —No sé que le pasa, antes no era así.

— Es la edad mujer, todos los niños a su edad se vuelven así. Yo mismo me comportaba como él o peor.

— Quizás tengas razón, no sé, pero va a poder conmigo.

— Paciencia, en cuanto encuentre una buena chica cambiará.



— Aún es muy joven para eso.

— No te preocupes, el tiempo pasa muy deprisa, en cuanto te quieras dar cuenta el pájaro ya habrá volado del nido.

Eusebia se puso a llorar.

— ¿Qué pasa ahora?

— Tienes razón, qué mayores nos hacemos. ¡Me siento tan vieja y fea!

— Eso no es verdad. Estás de muy buen ver.

— Entonces, por qué ya no me tocas.

— Mujer, a qué viene eso ahora.

— Pues a que ya no me tocas, a que duermes a mi lado sin apenas rozarme, y a que me siento abandonada.

— Yo no me he dado cuenta, será que me hago viejo y ya no tengo ganas.

— ¿Tan viejo como para eso? ¡Tú ya no me quieres, me engañas con otra seguro! ¡Si apenas cumples los cincuenta!

— No estábamos hablando de eso, sino del niño.

— ¿Ahora quieres cambiar de tema?

— ¡Que hipócrita! Si a ti nunca te ha gustado que te toque, ¿es que crees que no me he percatado de tus caras de asco cada vez que te ponía una mano encima?

— Ésa no es la cuestión. Yo he cumplido como esposa, y tú deberías hacer lo mismo como marido. Si me tocas, aunque no me guste, significa que todavía te atraigo. Es mal asunto que no lo hagas. Muy mal asunto.

— Estaré pasando una mala racha. Te aseguro que no estoy con otra, ni he estado jamás. ¿Contenta?

— Está bien, me creeré tus palabras. Por tu bien espero que no me estés mintiendo.

— ¿Me estás amenazando?

— ¿Tú que crees? Yo no hablo en balde.

Él se revolvió en la cama y se medio incorporó, mirándola fijamente. La expresión que vio en su mujer le disuadió de seguir la conversación. Era tan grande como él y más fuerte que una mula. En una pelea a cuerpo no estaba seguro de salir bien parado.

— A dormir y a callar, que ya es tarde.

Apagó la luz del candil con un soplo y la oscuridad los envolvió en su cama de madera tallada. El cabezal estaba dividido en dos pisos, el primero lo

formaban columnas corintias de superficie concienzudamente pulida. En la parte superior, estas daban paso a un retablo que representaba a la virgen con el niño. La madera de caoba había embellecido con los años a salvo de carcomas y termitas. Esa misma cama era la que había compartido Mario Facundo con su primera mujer y la que en su noche de bodas compartió sin roces con una Dolores parturienta. La misma que siempre le había esperado al regresar de sus trabajos de jornalero primero y de sus largos viajes de estraperlista después. No quiso renunciar a ella cuando Dolores llegó a la casa y siguió durmiendo en ese lecho solo, como ya estaba acostumbrado.

Esa noche tomó una decisión. Una muy difícil para la que no sabía si estaría preparado. No tenía elección ni escapatoria. Estaba acorralado y actuó de la única forma que sabía. Como un cobarde.

— La enviaremos a servir con una prima mía a Valencia. Hoy mismo salgo para arreglarlo todo.

Con esta decisión Dolores no pudo disimular su gozo, del que hizo una ostentosa exhibición. Sus risas se pudieron oír en todo el vecindario. Se carcajeó durante un buen rato con una risa tonta que no podía parar. Parecía una loca.

— ¡Lo siento, no puedo parar de reír. Pero qué digo. No lo siento en absoluto, nada en absoluto. Estaba segura de que harías lo que yo quería. Sabía decisión si aprecias tu gazzate. En fin, ya está todo dicho!

Estaban hablando en el corral de la casa por lo que se metió en el interior y poco después salió cambiada de ropa y con la niña en brazos.

— ¿Dónde vas? —le preguntó Mario Facundo que había permanecido en la misma silla con la cabeza gacha.

Dolores ni le contestó. Salió por la puerta y se paseó por todo el pueblo contando a diestro y siniestro que a la niña Merceditas la iban a enviar a servir, ‘para evitar tentaciones’, decía.

Las abuelas la escuchaban con el estupor de la incredulidad y las madres con el instinto desgarrado.

— Si es sólo una niña.

— ¿Cómo has podido volver con él entonces?

— ¿Qué será de tu niña?

— ¿Es que no tienes corazón?

— Vergüenza te tenía que dar.

Las más le giraban la cara y se marchaban con indignación arrastrado a sus mocosos calle arriba o abajo. Las menos se quedaban tan paradas que eran incapaces durante un rato de mover alguna articulación ante una mujer capaz de jactarse de deshacerse de una hijastra y de volver con quien aseguraba abusaba de su hija.

La noticia se extendió como un reguero de pólvora que inundó los ánimos de todos los conciudadanos de Valbello. El ambiente se enrareció como en los peores días de la guerra y cada vez que Dolores osaba asomar su linda nariz fuera de la casa no recibía más que insultos y amenazas. Cuando Mario Facundo regresó de Valencia, se le quejó de cómo se estaba portando la gente con ella.

— ¿Qué querías? El que siembra tormentas recoge tempestades. Desde luego, nunca mejor dicho. Ni si quiera podías ser discreta.

— Discreta, ¿cuándo he sido yo discreta? Parece mentira que no conozcas ni un ápice a la mujer con la que te casaste. En fin, como en todo el tiempo acabará con esta historia. Borrón y se acabó.

— Estás tú muy segura.

— ¿Por qué iba a ser diferente esta vez? La gente de pueblo tiene poca mollera y desde luego, poca memoria.

— No estaría yo tan seguro... —y con esta sentencia Mario Facundo se dio media vuelta y se puso a lustrarse las botas.

Como si de una maldición se tratara, el rencor de las gentes del pueblo siguió a todas partes a Dolores. Por cada calle, por cada plaza, campo o monte que pisara siempre había alguien que le miraba mal y le insultaba. Fue un torrente que en lugar de amainar cogió fuerza y se convirtió en un tornado que arrasaba a su paso. La ira creció de forma exponencial y en todo Valbello no se oía hablar de otra cosa.

La familia de Dolores estaba asustada, temían por ella, pero también eran conscientes de que se había comportado mal, muy mal. Entre la espada y la pared intentaban amainar la tempestad que parecía se iba cerniendo sobre ella.

Un día, Dolores se dirigía a casa de sus padres cuando a su paso todos se giraban, las mujeres salían de sus casas y empezó un rumor que se convirtió en clamor.

— ¡Fuera!, ¡Fuera, no te queremos aquí!, ¡Márchate de este pueblo!....

Con los brazos en alto, le amenazaban al tiempo que le chillaban. Los gritos subieron de nivel y se fueron propagando por cada una de las calles por las que pasaba.

Dolores abrazaba con fuerza a Soledad, que lloraba en su regazo. La niña estaba asustada, veía a la gente amenazarles y gritarles cada vez con más fuerza y el miedo mutó en pánico. Una sensación le recorrió el cuerpo, un sentimiento tan intenso y centrado en sus ingles que le produjo una micción involuntaria. Fue su primera experiencia con el terror más visceral y profundo. No sería la única vez que el pis denotaría su pavor.

Una experiencia tan traumática que se le quedó grabada a fuego y que protagonizaría sus peores pesadillas.

Dolores encontró refugio por fin en casa de sus padres. Dentro de la casa, los cuatro se miraban sin saber qué decir. La niña permanecía sin cambiar, ahora en brazos de su tía. El tiempo parecía roto, detenido en esa estancia pobre y austera. Los gritos siguieron oyéndose fuera durante muchas horas, haciéndoles conscientes de que la realidad esperaba, imperativa y feroz.

La primera en reaccionar fue Pepa que se llevó a la niña, la limpió y la tranquilizó, aunque seguía agarrada a su pecho con los nudillos blancos. Cuando volvió con sus padres y su hermana seguían igual que cuando los dejó, clavados en el suelo, con los ojos espantados y sin crédito a lo que oían.

— Será mejor que pensemos en algo, en lugar de permanecer como pasmarotes acorralados —sentenció con una voz plena de autoridad —La situación no deja más alternativa a que Dolores se vaya del pueblo, al menos durante una temporada, hasta que las aguas vuelvan a encauzarse.

— ¿Irme? ¿A dónde? Estás loca, jamás me iré de aquí porque esa chusma me amenace.

— Pues entonces tendrás que permanecer encerrada en casa y como están las cosas, ni aún así, me fío de que tu vida esté a salvo. Estás muchas noches sola con tu marido de viaje. También te puedes encerrar aquí en casa.

— ¡Ja! Tu lo que quieres es tener a Soledad. Ahora te veo las patitas, lobita.

— Mira, estás peor que esos desequilibrados sin educación que chillan fuera.

— ¡Así lo estarás tú!

— ¡Ya! Pues nada, sal fuera a ver qué caricias te hacen. —Las dos se

habían puesto frente a frente y rojas de ira se chillaban como si hubiesen vuelto a sus disputas de niñez.

— ¡Dejad de pelearos como dos crías! —les ordenó su padre y ambas callaron pero no dejaron de mirarse como dos gatas. —Sentaos y hablemos de la solución a este problema en que tú sola, Dolores, te has metido y de paso nos han enrolado al resto. Así que nada de peleas que bastantes gritos ya hay fuera.

Se sentaron las hermanas y su padre, con una voz cansada y envejecida decidió el futuro de la familia. Dolores se marcharía con su marido y su hija a otro pueblo, lo suficiente alejado para que los rumores de lo sucedido no hubiesen llegado. Pasado un tiempo, quizás podrían regresar.

— ¿Qué hacemos si Mario Facundo no está dispuesto? —preguntó Pepa.

— Lo estará – aseguró el padre.

Por la cara de la madre, que no había abierto la boca en toda la tarde, rodaron las lágrimas anticipándose a la ausencia de su hija y de su nieta, quizás intuyendo que no las volvería a ver jamás.

En cuanto la noche cayó y las voces se disiparon, el padre salió a buscar a Mario Facundo. Le habló muy grave y el marido comprendió. No era momento de dudar. Juntos recogieron las pocas pertenencias que podían llevar en el viaje y el padre le dio algún dinero. Mario Facundo le hizo el gesto de no querer cogerlo, pero la expresión del otro no le dejó alternativa. De madrugada pasaron por casa de los padres y recogieron a Dolores y a la niña.

El ambiente desolador podía cortarse con una uña roma pero Dolores prefirió una despedida áspera y breve. Una Soledad dormida no se percató del abrazo fuerte y ansioso de su tía y de sus abuelos. Las palabras de despedida no sonaron, ni siquiera un hasta pronto esperanzador. Nada más que la más absoluta tristeza podía servir de calificativo a las miradas de Pepa y sus padres mientras los veían alejarse. La añoranza ocupó todos los rincones de la casa después de aquella noche. No sabían donde acabaría recabando el trío, ni siquiera el tiempo de alejamiento sin noticias, pero aunque Pepa intentaba animar a sus progenitores asegurándoles que pronto sabrían de ellos, los ancianos seguían sin poder explicar porqué aquella despedida sabía a definitiva. Dolores abandonó a su familia, su hogar y emprendió un largo y duro viaje con una niña y un hombre al que había forzado a dejarlo todo,

incluso a su hija, por su culpa. Ella era la única culpable de esa situación y así se lo recriminó el silencio ostentoso de un Mario Facundo introvertido, del que decir que se había vuelto poco hablador ya era decir mucho. Se fueron de Valbello y su historia se fue convirtiendo de escándalo en tragedia y después en olvido.

## 7

### MERCEDES

A quien le toca el argumento cambiado poco puede hacer por evitar su destino. Quizás Dios sea como un escritor con la pluma alzada que escribe su obra intentando añadir todos los ingredientes necesarios para hacer el guión interesante. En Mercedes se concentraban los negativos.

Apenas una niña a la que las lágrimas distorsionaban los ángulos de una casa lujosa y fría.

— ¡Buena para nada. Eres una buena para nada! ¡Quita de mi vista!

Mercedes no podía moverse. Tenía todavía las manos alzadas sosteniendo una sopera invisible que ahora yacía en el suelo hecha añicos. Las palabras del ama resonaban en su cabeza una y otra vez impidiéndole todo movimiento articulado.

— ¿Quieres recoger el destrozo? ¡Niña inútil! ¿Por qué acogería en mi casa a esta desgraciada?

El sonoro bofetón sacó a la niña de su ensimismamiento. Miró primero a la señora que ya se daba la vuelta y después fijó la vista en el suelo. Los tropezones de la sopa flotaban sobre los restos de la delicada porcelana blanca.

— ¡Socorro ven a recoger el desaguisado de esta bastarda!

Ella lo intentaba, lo intentaba con todas sus fuerzas. Cuanto más se esforzaba, más torpe se mostraba. Quizás tuvieran razón y no valiera para nada.

Tenía apenas 14 años y ya no soportaba la vida. Se le hacía pesado levantarse cada mañana para enfrentarse al día a día. Una niña mujer a quien nadie quería.

Ésta era su tercera casa. Si la echaban de allí ya no la querían en ningún

lugar. Su padre había renegado de ella y su abuela era peor que todas las humillaciones en casa ajena.

Esa noche apenas pudo conciliar el sueño, dando vueltas en su pequeño camastro de lana. El almohadón mojado y rodeado por sus brazos era el único testigo de su angustia. Las lágrimas ahogadas se encharcaban formando surcos de dolor.

Separada por un estrecho pasillo, Bernarda roncaba a pierna suelta. Cuarentona y solterona odiaba todo aquello que le recordara la juventud que ella nunca tuvo. No soportaba una sonrisa y su cara permanecía siempre deformada por un rictus que le encogía los labios en una línea de desaprobación permanente. Tenía una nariz prominente y afilada, los ojos hundidos y sus carnes secas estaban desprovistas de todo atractivo. Resultaba desagradable su moño estirado y también su pelo sucio lleno de grasa cuando se lo soltaba para dormir. Padecía halitosis y su aspecto era el de una vid seca arrancada del terreno.

Sola, estirada en su jergón se sentía más abandonada que nunca. Apenas una minúscula gota de agua, un juguete viejo que ya no agradaba a nadie. Se giró y contempló el techo. Un techo alto y oscuro en donde se estrellaban todos sus sueños. Anhelos de niña de querer jugar libre, de no tener que servir la cena abrasándose los minúsculos dedos, de una madre cariñosa que la abrazase, la tapase al irse a dormir y le dijera un ‘te quiero’.

Eso nunca le pasó a ella y nunca le pasaría. Era una sirvienta más. Hija de la escasez de posguerra, del incierto futuro de esos años oscuros.

Fuera repicaba la lluvia en el cristal de la ventana. Se sentía perdida, sin lugar, desterrada de los suyos. Un alma errante que nadie echaría de menos. Deseaba su niñez robada, que quedaba aparcada en un rincón.

A la mañana siguiente los síntomas de su noche sin dormir y de lloros le pasaron factura. Tardó en salir de la cama y cuando llegó abajo estaban todas la demás sirvientas en corrillo, cuchicheando. En cuanto la vieron se dispersaron y comenzaron con sus labores diarias. A su mente abotargada nada le extrañó. Más torpe de lo normal, apenas daba una a derechas, aunque ninguna le decía más que alguna orden cortante y seca. Lo más extraño es que ninguna le reprochaba nada. No obtuvo más que unas cuantas miradas huidizas y alguna media risa de los labios de Bernarda, quien parecía muy satisfecha.

A eso de las doce del medio día se encontraba limpiando una cristalera que daba a la calle principal cuando vio acercarse a una mujer de mediana edad, muy del estilo de Bernarda y con pinta de dedicarse a su misma ocupación. Entró por la puerta de servicio y cuando minutos más tarde se dirigió a la cocina a por un trapo limpio, descubrió a la recién llegada hablando con su compañera de cuarto y la señora.

— Pues sí, con lo buena trabajadora que es. Es una verdadera pena.

Fue lo único que pudo escuchar. No se atrevió a entrar, se dio media vuelta y una sensación extraña comenzó a apoderarse de su estómago. Era una especie de desazón, de que algo no marchaba bien sin poder identificarlo. Por otra parte, no podían dirigirse a ella, jamás pensó que la señora la tuviera en tal concepto. Debía de tratarse de otra de las criadas, aunque estos pensamientos no le quitaron cierto regusto amargo.

El terror le atenazó la garganta cuando escuchó por boca de Elisa que la reclamaban en la cocina. Se dirigió allí con las piernas temblando y el corazón en un puño.

La escena anterior se repetía: la señora con las dos arpías.

— ¡Mira ésta es Merceditas! —exclamaba la señora mientras la señalaba con una mano abierta. —Es una pena que con los niños internos tengamos menos trabajo y tengamos que desprendernos de ella. Es una niña fabulosa, muy obediente y trabajadora.

Mercedes no podía dar crédito a lo que oía. Se giró, por si había otra criada detrás, pero no, sólo estaba ella. Quedó paralizada sin saber qué hacer hasta que Bernarda la agarró del brazo y de una sacudida la empujó al centro del corro. Después comprendió que su señora era una excelente vendedora que sabía bailar el agua para deshacerse de lo que no quería.

Las veía tan cerca que sus rostros se le contorsionaban desdibujándose en muecas y retazos irreales y dantescos. La otra le agarraba los brazos y le palpaba las costillas. Le abría la boca y le contaba la dentadura. Ella apenas podía oír lo que decían, más que palabras inconexas y fuera de contexto.

— ...flaca...

— ...qué pena...

— ...nada mejor...

— ...no sé...

— ...otras opciones...



— ...quizás...

— ...de menos...

— ...venga...

Era el regateo que precedía a su traspaso, cual mercancía a tasar. Mercancía humana, una mera esclava sin más opciones que acatar.

En apenas unos minutos salía de la casa con una nueva Socorro, de la que no conocía el nombre, todavía aturdida y con los ojos llenos de angustia. Sus pocas pertenencias estaban en un hato junto a la puerta de servicio. Alguna de las otras debía de haberlo hecho mientras a ella la regalaban.

Cada cambio había sido a peor, así que sus esperanzas de mejoría eran nulas. Temblaba de pensar qué le esperaba en su nueva residencia. Del temblor le comenzaron a castañetear los dientes.

El primer sopapo que se llevó en plena calle, le dio la razón y le auguró su próximo futuro. Anduvieron por callejas reducidas hasta desembocar en una plaza y entraron en una mansión imponente. La nueva Bernarda se sacó un fajo de llaves de un bolsillo de la falda. La puerta se abrió y la oscuridad se cernió sobre ellas en cuanto se les cerró a la espalda.

Una mano la empujó escaleras arriba por un laberinto de muebles apilados de los más diversos estilos. La luz brillaba por su ausencia, dejando esos pasillos y estancias en una semipenumbra permanente a la que se acostumbraban los ojos y que hacía que al salir a la luz natural, en contadas ocasiones, apenas se pudiera soportar.

La plantaron delante de una señora estirada, de mirada severa y con un cuello que parecía un muestrario de joyería. Su vestimenta era tan recargada como la casa donde habitaba. Aunque no dejaba de parecer elegante, pecaba de abundancia y le faltaba sobriedad.

La miró sin verla, como quien mira una hormiga perdida e insignificante.

— Señora esta es la nueva criada, ya sabe, como María se tuvo que marchar a su pueblo... —dijo, no sin cierto ríntintín.

— Bien, bien, Teodora —hablaba mientras con la mano hacía un ademán de que no la molestara con pequeñeces. Así fue como se enteró del nombre de su nueva Bernarda. Ahora era Teodora y su única diferencia con la anterior era que la nueva tenía la mano más larga y la práctica religiosa más desarrollada. Ambas cosas incongruentes entre sí, pero que en ella casaban a la perfección. El rosario resultaba un látigo de lo más eficaz cuando no se

tenía a mano la escoba o cualquier útil culinario.

Lo peor estaba por llegar. Los primeros meses, a pesar de los continuos golpes fueron pasables, pero entonces la primavera dio paso al verano y regresó el señorito.

El mes anterior a su vuelta fue agotador. Entre Teodora y ella, las únicas criadas de la enorme casa, realizaron una limpieza general, aseando estancias que nadie había usado en décadas. Polvo, cortinas y suelos fueron quedando lustrosos mientras las fuerzas de Mercedes iban mermando.

La noche precedente a la llegada del niño, como así lo llamaba la señora de la casa y madre suya, Mercedes estaba tan exhausta que se alegró de que el trabajo duro terminara. Días después, deseó volver a la limpieza arrodillada de los suelos si con eso se terminaba su otra pesadilla.

El señorito resultó ser un adolescente de unos 16 años, pagado de sí y sin ningún tipo de conciencia moral. En cuanto la vio, la convirtió en su próxima presa. “Carne fresca” —paladeó para sus adentros. Ni se preguntó qué había pasado con la chica que estaba las navidades anteriores y a la que sustituía Mercedes. Para él, los nombres se iban acumulando en su libreta de hazañas. Una vez apuntados dejaban de ser y de tener sentido para él.

El señorito no parecía tener prisa en consolidar su conquista. Tenía todo el verano por delante, no había la urgencia de estancias más breves. Planificó su acecho con minuciosidad, disfrutando cada instante. Decidió variar un poco su estrategia que ya le aburría. La tortura comenzó siendo psicológica. A cada momento se le acercaba a la nueva, que él estaba seguro de ser el primero en catar, de tan joven y asustadiza como se la veía.

La primera semana se sintió espionada, en cuanto se daba la vuelta se lo encontraba mirándola fijamente y con la guasa en los labios. Después la táctica cambió. De los roces pasó a los tocamientos sin pudor alguno. Mercedes se veía a todas horas acosada, con la obsesión puesta en evitarle, controlar cuando entraba y cuando salía para poder respirar tranquila. Las cosas no podían seguir así, con lo que decidió contárselo a Teodora.

La cara de indiferencia que le puso la mujer le dejó claro que ése era su problema y que ya se las podía apañar solita porque nadie en esa casa le iba a ayudar. Decírselo a la señora era cosa impensable, la echarían de la casa por mentirosa. No ésa no era la solución. Tampoco sabía cuál era. Tenía el cuerpo aterrado. Dejó de comer y en su desesperación pensó que su delgada figura

dejaría de ser atractiva a un señorito que probablemente podría conseguir algo mejor.

Fue una ingenua, cuando un mes después comenzó a respirar con cierto alivio al ver que las cosas no pasaban de allí, sucedió lo que más quería evitar. La señora había salido y Teodora se cogió la tarde libre. Ella, como medida preventiva se había encerrado en su habitación con la puerta bien atrancada. A las tres horas sintió hambre y pensando que estaría sola en la casa se atrevió a salir de su escondite y acudir a la cocina en busca de unas sobras.

Mientras estaba agachada en la alacena buscando algo de alimento, sintió que la agarraban y la empujaban contra el suelo. En una fracción de segundo se encontró tumbada boca abajo, con el frío suelo contra su cara y la falda volteada. El miedo se le hizo insoportable y le recorrió la ingle en forma de quemazón. Notó que le hurgaban rasgándole la ropa interior. Empezó a chillar y una risa resonó encima de ella.

— ¡Chilla, chilla, pequeña bruja! Ja,ja,ja,ja... —y ya en un susurro —No ves que nadie te puede oír, que estamos solos y que aunque hubiera alguien no iba a acudir en tu ayuda. Así que colabora o te dolerá.

Unos jadeos y el contacto de la piel tibia del otro en sus genitales le provocaron una arcada y el vómito que se le encharcó en la boca. Mientras, sus ojos no podían apartar la vista de unas patatas podridas cuyo tufo se le hincaba en la nariz.

La penetró sin consideración, con violencia. Ella sintió una cuchillada abrasadora que le desgarró el vientre. El aire se tornó irrespirable y con los ojos muy abiertos creyó que iba a morir asfixiada por el asco y el dolor. Él, que seguía ensartándola, le agarró los pechos apretándolos con fuerza. Entonces se vació y la dejó libre.

El tormento apenas duró cinco minutos que se le hicieron eternos. Un tiempo que nunca podría olvidar y que se le marcó con fuego en la memoria.

Cuando todo acabó y él se hubo marchado, ella permaneció tumbada, rodeada de sus bilis y con los ojos abiertos de espanto, mirando ya sin ver los tubérculos arrugados y pestilentes. No podía ser verdad, pero lo era. Después de una media hora, consiguió levantarse, limpiarse la boca y el suelo y subir tambaleándose a su habitación. Su mente estaba en blanco cuando se tumbó en el camastro.

Así la encontró Teodora cuando la buscaba para que le ayudara a servir la cena. La llamó un par de veces pero no contestó. Su mirada perdida la disuadió de seguir insistiendo y por primera vez desde que la conocía decidió sentir algo de piedad y dejarla a solas con su agonía. Ella sabía lo que había sucedido, lo olía en el ambiente, en la sonrisa de satisfacción del señorito y el revuelo de la despensa. Llevaba en la casa los años suficientes para conocerse el percal. Antes fue el señor el que atosigaba a las sirvientas, a excepción de ella, claro. Teodora ya llegó mayor y sin atractivo a aquella casa, la verdad es que atractivo nunca tuvo, más bien causaba un sentimiento de repulsa en el sexo masculino. Quizás por ello siempre se libró de esos quebrantos y quizás, por ello, siempre sintió envidia de aquellas a los que se los causaban. Nunca había conocido varón y por eso se alegraba cuando a las otras este conocimiento las destrozaba. Si ella no podía, que las demás sufrieran era toda una satisfacción para su alma enferma. Estuvo enamorada de su amo, por eso no buscó un marido y permaneció en la casa como una sombra a la que la señora nada podía recriminar. A ella nunca la mandaron de regreso al pueblo con un bombo como dote, no tuvo que sufrir el escarnio público, ni la vergüenza, pero se secó en vano por alguien que ni siquiera hubiera podido describir su cara o el color de su pelo. Invisible durante décadas, cuando el señor murió vio como tomaba el relevo su hijo, apenas adolescente pero con la ventaja de su antecedente. La madre continuó haciendo la vista gorda, como con el padre, y criando a un mal nacido que se creía por encima de todo.

Pero esa noche algo se le removió, quizás fueron los ojos vacíos de la niña o que la pilló floja. Prefirió pensar que era lo segundo, ya que no sintió lástima ni cuando se murió su madre y se negó a asistir al entierro. Demasiada pereza y un viaje muy largo. Esa noche sirvió ella sola la sopa sin dar explicaciones de la ausencia de la joven. Nadie se las pidió.

Arriba, Mercedes seguía aterrorizada en su cuarto, no podría soportar que algo así le volviera a pasar y sabía que, mientras estuviera en esa casa y el señorito no volviera a sus estudios, el peligro continuaría. De madrugada, mientras todos dormían, hizo su pequeño hato y se deslizó por la puerta de la servidumbre. Amanecería en un par de horas, pero la noche era clara y fresca en la plaza de la Almoina, atenuando el fogoso calor veraniego. No sabía que haría. No tenía familia, y unas pocas monedas como todo recurso. Caminó

durante un buen rato alejándose de la casa y se sentó en una esquina, en un rincón oscuro y aislado. Allí pudo llorar a gusto, sintiéndose a salvo por lo menos de las garras del señorito. Lloraba de angustia por lo que había pasado y por el futuro incierto que se le cernía muy negro.

El amanecer la sorprendió dormitando. La luz le hirió los ojos al tiempo que intentaba ubicarse en algún punto conocido de la ciudad, cosa bastante complicada ya que en todos los años que llevaba viviendo allí sus recorridos habían sido más bien fijos. De la casa al Mercado Central y algún paseo siguiendo el cauce del Turia los pocos días en los que libraba. Una placa le indicó que se encontraba en la plaza de ‘Sant Bult’. Barriada de obreros y parados. Estar en aquella plaza pequeña y cuadrada, rodeada de gente humilde como ella, y respirar el aire puro que trae el comienzo del día le dio algo más de serenidad. No sabía qué hacer. Quizás buscar trabajo en los puestos del mercado, aunque no tenía experiencia y en una casa bien no se podía presentar a las buenas y sin referencias. Allí sentada decidió que por lo menos debía disfrutar un poco de su libertad, una libertad que hacía años que no había tenido y que dejaba buen sabor de boca.

Con sus escasos ahorros por lo menos podría tener cama y comida durante unas semanas, mientras se le ocurría algo. Intentar volver a ponerse en contacto con su padre era una tontería y su orgullo tampoco se lo permitía. Hacía unos años había llegado una carta de él a su primera casa. Se había mudado de pueblo y le daba las nuevas señas, sin embargo, cuando ella le escribió pidiéndole que la librara de servir no obtuvo más respuesta. “Allá él y la mala pécora de su nueva mujer”. A la única que echaba de menos era a la pequeña Soledad. Ya sabía que no era su hermana pero el tiempo compartido y lo tierna que siempre se mostró con ella le habían hecho cogerle mucho afecto. “Otra pobre desgraciada”, pensó. La habían alejado de los únicos que de verdad la querían: su tía y sus abuelos. No confiaba en que esa madre desnaturalizada le diera ni una pizca del cariño que la niña reclamaba. Su padre, estaba segura, se acabaría convirtiendo en un pobre infeliz sin alma, como les estaba pasando a todos los personajes de su historia. Puras marionetas incapaces de tomar las riendas de su vida y acosadas por los acontecimientos. Eran los hechos los que las dominaban y no viceversa.

Quizás su padre no llegó nunca a ver esa carta, quizás ella la escondió. Aunque de esto no podía estar segura, no podía menos que dudar sin que le

sirviera de nada. Porque quizás su padre sí había visto la carta y no le había importado la angustia de su hija. No en vano fue él quien la envió a ese destino de fregoteos y humillaciones sin demasiados remordimientos.

Después de pensar durante un rato, decidió que debía olvidar el pasado. Olvidar que un día tuvo una familia y concienciarse de que ahora estaba sola en este mundo y tenía que obrar en consecuencia. Tenía que renovar sus energías y ponerse a labrarse un futuro. Es más, debía ser ama y señora de su existencia y dominar ella a los acontecimientos. Que no le pasara como a su padre.

Se empeñó en borrar los recuerdos de la tarde anterior con tanta fuerza, que en algunos momentos de su vida futura no conseguía llegar a discernir si habían sido una fantasía, una pesadilla o una realidad. De todos modos, el lecho de espinas en el que ya se había convertido su paso por la mortalidad no tenía visos de cambiar. Para que Mercedes se diera cuenta de ello aún debían de pasarle alguna que otra penuria más.

Con el ánimo renovado se eligió recorrer la calle que enlazaba con el río. Allí encontró una fonda, no muy decente ni muy limpia pero sí muy barata. La mujer de la entrada la miró sin verla y le repitió como en una letanía mil veces cantada que ‘si subía a algún caballero debería pagarle una comisión a la casa’. Al principio esto sorprendió a Mercedes, todavía inocente, aunque no tardó en comprenderlo cuando esa noche y sucesivas no pudo dejar de apreciar un constante trasiego, de entrar y salir de las habitaciones, a lo que había que sumar un coro de jadeos permanente que le atormentaban sin piedad. ¡Dios, dónde se había ido a meter! Aunque de momento no tenía alternativa. Tenía que alargar sus recursos hasta donde le fuera posible, eso era mejor que dormir a cielo raso, por lo menos se sentía un poco más protegida.

Pronto las esperanzas de aquel primer día se fueron consumiendo en un río de negaciones. No encontraba trabajo en ningún puesto del mercado ni en tienda alguna. No necesitaban aprendizas. Cada ‘no’ le diluía un poco más el alma, se le metía profundo en su pensamiento y la hundía en una angustia que le devoraba el cuerpo. Una tarde, después de recorrerse otra zona demandando empleo sin haber obtenido ninguna respuesta positiva, las lágrimas le comenzaron a rodar en plena calle. Apenas le quedaban ahorros y el abismo se le abría delante de sus pies sin poder esquivarlo.

Se sentó en el suelo delante de una puerta sin darse cuenta de que lo hacía en una taberna. Alguien que salía le dio de lleno en la espalda con la hoja de madera. Mercedes no pudo evitar soltar un fuerte lamento.

— Lo siento niña, pero es que te has plantado delante de la puerta —le dijo una señora bastante repintada y con un mandil impresionista en manchas.

Mercedes se giró y entonces se percató de que estaba delante de la taberna ‘El buhonero’. Había comido alguna vez allí aunque en esta ocasión los lloros no le habían permitido reconocer el lugar. No quedaba ni a dos metros de su pensión, cuando ella hubiera jurado que todavía le quedaban unos largos minutos de paseo.

— Perdone —consiguió articular mientras se enjugaba las lágrimas.

— ¿Esas lágrimas, a qué se deben? Permíteme que sea entrometida pero no soporto ver llorar a la gente —dijo mientras ponía cara de horror.

— Pues a que no consigo encontrar trabajo y ya casi no me quedan pesetas —comenzó sin saber el porqué se sinceraba con la desconocida.

— Será mejor que pases y me lo cuentes frente a un tazón de chocolate, a ver si con el dulce se te pasa el disgusto. Invita la casa —aseguró mientras de un movimiento le agarraba del brazo, la subía y la entraba dentro del local.

La semipenumbra del interior la cegó durante unos instantes. A esa hora apenas había clientela, aparte de cuatro borrachines abocados a su jarra y algún que otro ocioso que aprovechaba para pasar el tiempo jugando al solitario.

La tabernera la sentó en una mesa situada en la parte más alejada de la entrada, detrás de un pilar, donde aseguró que podrían charrar tranquilamente. Era un local decorado al uso de la época con mesas de madera barnizada de pino oscurecidas por el paso del tiempo y las miles de bebidas y comidas servidas en su estructura. Las sillas eran del mismo estilo con el respaldo recto y el asiento duro. El suelo y las paredes estaban bastante deslustradas y la iluminación apagada le daba a la taberna un aspecto lúgubre y deprimente. Mercedes no pudo evitar ver a algún que otro visitante que se paseaba a sus anchas por el suelo y por la barra sin que nadie prestara atención a aquellos animales pequeños y de aspecto repelente. En una de sus idas y venidas, Amancia pisó uno de ellos, pudiendo escuchar nítidamente la niña el ‘crack’ que emitía la rotura de su cuerpo. La otra siguió sin darle importancia, dejando en el pavimento los restos de aquella cucaracha que ahora había

quedado en dos antenas inmóviles y un amasijo de tripas y caparazón. Ella no pudo evitar un gesto de asco.

Mientras la acomodaba, un parroquiano habitual le propinó una fuerte palmada en el trasero. Al gesto, la señora no tuvo inconveniente en responder con una sonora bofetada y un empujón que desplazó al sonriente agresor tres mesas más allá. Después de una aparatosa caída, ambos estallaron en grandes carcajadas e instantes después nada parecía haber ocurrido. El borracho seguía con su jarra y la otra se dirigía a la barra a llenar el tazón a Mercedes.

— ¡Amancia, ponme otra cerveza! —le gritó uno prácticamente tumbado sobre el tablero desencolado y con la boca abierta cayéndosele la baba. La nariz roja y los ojos vidriosos no eran más que otros síntomas de su embriaguez. El beodo, con serios problemas de pronunciación, arrastraba las erres.

— ¡Marchando otra cerveza para don Julianín!, jajajaja.

— No le veo la gracia —respondió, arrastrando las erres

— Pues yo sí lo veo muy gracioso.

— Te he dicho mil veces que me llames don Julián.

— Claro, como guste vuestra majestad.

— Don Julián.

— Don Julián, aquí tiene su cerveza. —Al girarse no pudo evitar ahogar otra risotada. La algarada fue común entre los pocos presentes mientras el burlado no podía hacer otra cosa que rumiar su venganza en silencio.

— Aquí tienes tu chocolate bien calentito para ahogar las penas. —

Amancia le plantó un tazón bien grande y humeante. —A ver, empieza a desembuchar.

Mercedes, entre trago y trago del dulce mejunje, le fue relatando los pormenores de su corta pero accidentada existencia.

— Así que tu padre no quiere saber nada de ti.

— No es que no quiera, es su nueva mujer la que no puede verme. Yo creo que le ocultó la carta que le envié.

— No te crees ilusiones, piensa que estás sola y así no te destrozará la verdad. Debes valerte por ti misma y ser fuerte.

— Es fácil decirlo pero cuando nadie te quiere es muy difícil...

— Venga niña, ¿es que te crees que eres la única que ha pasado por tu situación? Si yo te contara las miles de historias que han escuchado estas



viejas orejas mías te sorprenderías de las penurias que pueden llegar a atormentar a la gente. Relatos de miserias, de pérdidas y de soledades. ¡Podría escribir un decálogo de horrores!

— ¿Un dequé?

— Un decálogo de horrores

— ¿Y eso qué es?

— Bueno, para que me entiendas, serían algo así como los diez horrores o sufrimientos más importantes o los que más se repiten, atormentando al alma humana. Los diez mandamientos del dolor.

A Mercedes le resultó un tanto insólito que una tabernera vieja y carente del más elemental gusto al maquillarse hablara de esa forma. Su cara debió manifestar tal opinión.

— Ya sé, ya sé, no eres la primera que me mira así. ¡Hija, la vida da muchas vueltas y una ha sido cocinero antes que fraile, como dice el refrán!

— ¿Cocinero, fraile?

— ¿No habías oído antes ese refrán? ¿Es que no os enseñan nada en la escuela o vuestros padres? Porque éste es un refrán muy popular.

— La verdad es que a la escuela no he ido mucho. Mi madre murió y mi padre apenas paraba en casa...

— ¡Vaya y yo poniendo el dedo en la llaga! Perdona, verás te contaré la historia, y no es algo que yo haga nunca, pero a ti creo que te lo debo. Digamos que mi familia era pudiente, vivíamos en una casa de campo enorme, rodeados de naturaleza y mis padres tenían muchas tierras y labriegos que trabajaban para ellos. A mí y a mis dos hermanas nos educó una institutriz muy severa que nos daba con su vara de madera si no nos aprendíamos la lección. La letra con sangre entra, decía la muy p... Total, que aprender, lo que se dice aprender, aprendí mucho pero también adquirí un odio exacerbado hacia aquella bruja y por ende hacia mis padres que le permitían los abusos. Mi padre iba a la suya y mi madre estaba en su mundo. Vamos, que se desentendieron y si a nosotras nos salían morados ni los veían. En cuanto tuve edad me lié con el obrero que más me gustó y nos fuimos juntos. Éste no me duró, pero entonces ya tenía claro que por muchas penalidades que pasara lo mío no era ser una tímida señora de provincias, sin voz, ni voto. Desde luego, no me arrepiento para nada de cada uno de todos mis actos, mal que me hayan pesado en más de una ocasión el hambre y la

enfermedad. No cambio mis vivencias por la vida que pude llevar y que rechacé. En fin, que soy una mezcla de niña bien con la más verdulera de las verduleras. ¡Ja,jaja,jaja...! – y comenzó a reírse a todo pulmón, haciendo resonar su voz por cada una de las esquinas del mugriento local. —No sé que pensarían mis padres si me vieran, lo más probable es que del susto se volvieran a la tumba persignándose. ¡Ja,jaja,jaja,jaja...! —dicho esto, se levantó sin más al tiempo que se le oía : Fe en una misma es lo que te hace falta, chiquilla, fe en ti misma.

Mercedes se quedó con la boca abierta mientras se alejaba la tabernera camino de la barra, no sin antes recibir otra palmadita en su rotundo trasero. Gesto que obtuvo la misma reacción y similar resultado para el atrevido. A Mercedes se le antojó que esta oronda señora tenía cuerpo de garrafa pero espíritu de heroína. Una mujer que debía de haberlas pasado muy perras pero que nunca se había rendido. Todo un ejemplo a seguir. Quién sabe qué historias habrían llenado las páginas de su vida, y ahí estaba con más vitalidad que la propia Mercedes y más fuerza que un buey. La chica le calculó por lo menos 60 años, aunque tanto podría tener 50 como 80. Lo que más le sorprendía era que era una elección personal. Amancia podría haberlo tenido todo, una vida llena de comodidades, dinero, la seguridad de un hogar, hijos... Había elegido el camino difícil y no se arrepentía de ello. Quizás esa fuera la diferencia entre las dos, la primera había renunciado voluntariamente, ella anhelaba todo aquello que la otra tenía y despreció. A Mercedes la habían despojado de todo sin haber llegado siquiera a olerlo.

Se encontraba ensimismada cuando se percató de la presencia de uno de los clientes del bar. Éste no carecía de los síntomas de la borrachera y parecía bien vestido. Espigado, se doblaba como un junco frente a la cara de la muchacha, que podía ver sus ojos desviados y su nariz de boniato demasiado cerca para su gusto. Ella se sobresaltó, temiendo una agresión similar a las que padecía la tabernera, pero el hombre le pidió permiso para sentarse y se la quedó mirando, ya sentado, después de que ella no abriera la boca presa de la indecisión.

— Verá, perdone mi intromisión, pero no he podido evitar oír vuestra conversación. —Ella seguía sin articular palabra y le miraba como se mira a una serpiente venenosa que te sale en medio de un camino. —Bueno, otro fallo, perdona, no me he presentado: Federico Cifuentes para servirla. —Y le

tendió una mano enguantada hasta que la retiró rápidamente para quitarse el guante y volver a ofrecerle su apéndice desgarbado.

Ella reaccionó al fin y le envió la suya. El contacto fue breve, lo suficiente para que ella notara la humedad del miembro del lechuguino, sintiendo una gran repulsión al instante.

El otro siguió mirándola, cansino. Ella, que era incapaz de mantener la vista en sus ojos estrábicos, comenzó a sentirse muy violenta. Cuando ya estaba a punto de levantarse y correr a las faldas de Amancia, el sujeto comenzó a hablar.

— Como he dicho antes no he podido evitar escuchar la conversación que ha mantenido con la señora Amancia. Verá, yo poseo una tienda de hilos en el centro y, en estos momentos, tenemos una vacante para una aprendiz, y al tener conocimiento de su necesidad he creído a bien ofrecerle el puesto.

Mercedes no se lo podía creer, no sabía si la oferta era real o si era presa de una broma pesada.

— ¿De verdad me está ofreciendo un puesto de aprendiz en su tienda?

— Sí, claro, es lo que acabo de decir. ¿Es que no le parece bien el empleo? El sueldo no es mucho pero le podría dar para vivir, y si demuestra aptitudes puede convertirse en dependiente en poco tiempo. ¿Qué me dice?

— Desde luego, no sabe cómo se lo agradezco. —Mercedes estaba a punto de echarse a llorar de la alegría. Le parecía imposible lo que le estaba sucediendo. Era un milagro, y esta vez le había pasado a ella. La emoción se le atragantaba en la garganta y se le notaba en la voz —¿Cuándo empiezo?

— En cuanto le venga bien.

— Mañana mismo —dijo sin poder evitar sonreír de oreja a oreja.

— Muy bien, así me gusta, entusiasmo y cara de felicidad. Así está muchísimo más hermosa.

Ella se ruborizó ante estas palabras y bajó la mirada.

— Bueno me marcho, la espero a las 9 de la mañana en la paquetería que hay entre la plaza de la Reina y la de la Virgen, frente a la Catedral. ‘Paquetería el Cielo’ se llama. Sea puntual. —Dicho esto se levantó sin dejar de mirarla y andando de espaldas se dirigió hacia la puerta, por donde salió sin haber torcido el gesto.

La joven se levantó y se fue corriendo a la barra a contarle a Amancia lo que le había sucedido. De tan nerviosa tuvo que comenzar varias veces para

que la otra pudiera entenderla.

— No ves hija, lo que yo te decía antes: ‘confianza en una misma’. Mañana aplícate el cuento. Los nervios te lo dejas en casa y verás como todo marcha bien. Don Federico es muy buena persona, no vas a tener problemas con él.

— ¿Le conoces?

— Sí, es un habitual desde hace varios años. La paquetería era de su madre y cuando ésta murió, él se hizo cargo. Aunque tiene otras tabernas cerca del trabajo a él le gusta venir aquí a comer y a echarse el cafecito de media tarde. Dice que le recuerdo a su madre y se siente como en casa. Bueno, manías. Ja,ja,ja...

A Mercedes le sorprendía lo mucho que se reía esta mujer, nunca había tenido cerca a nadie tan feliz o al menos que lo demostrara de forma tan espontánea y estentórea. Como ya se iría dando cuenta, esta peculiar tabernera lo hacía todo de forma estrepitosa y era imposible que pasara desapercibida. Su risa era como un torrente de vida indomable que emergía por su garganta dejando al descubierto una vitalidad prodigiosa.

— Estás en buenas manos —continuó la tabernera mientras se mesaba los ralos cabellos de un panizo poco natural.

— Es un poco feo ¿no? —no pudo evitar decir Mercedes al recordar el aspecto poco atractivo del que se iba a convertir en su jefe.

— Hija, tienes que aprender a no quedarte en la superficie de las personas. Don Federico es un alma pura y a pesar de que cada uno de sus ojos mira para un lado, es muy bello. Sólo hay que aprender a mirarlo, aunque al principio sea un poco difícil de ver.

— Si tú lo dices. A mí se me antoja muy difícil el verle esa supuesta hermosura.

— Se la verás cuando mires con el corazón y no con los ojos. Entonces dejarás de ver a un ser sin gracia ninguna y encontrarás al ser que brilla por su bondad. ¿No te parece suficiente el gesto que ha tenido contigo? No te conoce de nada, ni siquiera me ha preguntado referencias, y al enterarse de que estabas pasándolo mal, le ha faltado tiempo para ofrecerte un empleo. ¿Es suficiente prueba de la persona que es?

— Sí, tienes razón, pero eso es bondad y yo me refiero a su aspecto físico.

— Una persona lo es en su totalidad, no se puede separar lo que es de su

aspecto. El interior se refleja en muchas ocasiones en su exterior. Por muy maravillosamente guapo que sea, si el relleno no es de buena calidad se nota. ¿De qué sirve una persona vacía? Pura cáscara egoísta y vacua.

Mercedes nunca había pensado en ello, y aunque no entendía el significado de la mitad de lo que le decía Amancia, sí que podía interpretar el conjunto. De eso, de conjuntos era precisamente de lo que le hablaba la otra. Siempre había supuesto que la belleza exterior era la única que existía, lo otro tenía sus propios calificativos. Pero no hermosura.

— Bueno niña, ¿quieres que te prepare algo para cenar? Mañana te espera un día muy duro. Las primeras jornadas en un trabajo nuevo resultan muy pesadas.

Mercedes estuvo a punto de negarse al recordar al insecto aplastado y a sus compañeros de batallas, pero pudieron más el hambre que los remilgos.

— Que sea un bocadillo de tortilla de patatas, por favor.

— Marchando uno de tortilla de patatas —dijo girándose al instante.

En menos de cinco minutos Mercedes tenía un panecillo de tortilla recalentada en las manos, que engullía con un apetito nuevo y voraz fruto de la ilusión. Esa noche apenas pudo dormir pero al final la venció el cansancio y el alba la encontró en el país de los sueños. En cuanto la luz se hizo más brillante la niña se despertó y se lanzó a vestirse y asearse desesperada. Al poco, las campanadas de la iglesia cercana dieron la ocho. Para entonces ya estaba lista. De camino se engulló un mendrugo de pan que le había quedado de la cena y a las 8:40 ya estaba delante de la puerta de la ‘Paquetería el cielo’. Las puertas estaban cerradas y su interior no era visible. Los escaparates mostraban hilos, baberos, calzones y corsés. Era una tienda con solera. En el letrero de la entrada rezaba ‘fundada en 1850’. Tenía casi un siglo de antigüedad por lo que Mercedes pensó que antes que a la madre de Federico Cifuentes habría pertenecido a su abuela o quizás a su abuelo.

A las 9 en punto la tienda se abrió y al otro lado del cristal apareció un Federico inmaculado con su bata blanca. Entraron y él le dio otra de su talla. Al momento, llegó una mujer de unos treinta años y con el vientre visiblemente abultado. Ésta resultó ser la dependienta, que le presentaron como Azucena, y que estaba en estado de buena esperanza. Federico la dejó a su mando y se metió en un despacho en el que pasaba casi todas las horas del día, a excepción de las comidas y las escapadas a por su café al bar de

Amancia.

Azucena resultó ser muy amable y tener mucha paciencia. Virtudes que Mercedes no pudo menos que agradecer y que le sorprendieron porque nunca antes sus superioras habían tenido tal deferencia. Comenzó entonces una rutina de días que fueron pasando unos sobre otros y que le devolvieron cierta tranquilidad de espíritu. A los pocos meses ya conocía todos los entresijos del negocio y se había convertido en una buena vendedora. Algo tímida al principio, la seguridad que le daba la confianza depositada fue cambiando su torpeza en energía. Cuando le llegó la hora de dar a luz a Azucena ella tuvo que hacerse cargo del negocio. Al principio se sintió desvalida sin su apoyo, pero Federico se dejó ver mucho más detrás del mostrador y entre los dos sacaron a flote la situación.

A las dos semanas, Federico la llamó al despacho. Era un martes por la mañana y la tienda estaba vacía.

— Azucena no va a volver —le soltó de sopetón.

— ¿Y eso?

— Prefiere cuidar a su niño. Dice que se arregla con el sueldo de su marido y que no tiene con quien dejarlo ya que su madre se ha enfermado.

— ¿Entonces buscará una nueva dependienta?

— ¿Una nueva dependienta? Si ya tengo una y muy buena, ¿es que también te quieres marchar tú? —sus palabras dejaron helada a Mercedes por lo que implicaban.

— ¿Quiere decir que soy la nueva dependienta?

— Claro, mujer. Desde luego, tu sueldo será mucho mayor. Ahora tengo que buscar una aprendiz para que te ayude.

— ¿Está seguro?

— Sí, y tú también deberías confiar en tu destreza.

Mercedes pasó la mañana flotando en una nube. Por fin podría dejar la pensión de mala muerte y buscar un alojamiento más decente. Su situación había mejorado considerablemente, pero en cuanto dejó de acosarle el miedo al hambre, retornaron otros viejos fantasmas que creía olvidados. Algunas noches se despertaba empapada de sudor tras haber revivido en sueños el episodio con el marquesito. Ella volvía a esa casa y él la estaba esperando, la perseguía escaleras arriba y allí, en un cuartucho lleno de muebles tapados con sábanas blancas la violaba delante de las caras de su madre y de Teodora,

mientras éstas no hacían otra cosa que reír a carcajada limpia. En otras ocasiones volvía a vivir con su abuela y ésta le propinaba una paliza monumental. O veía a su padre que le decía que tenía que marcharse a servir, o regresaba a sentir el miedo de que era incapaz de hacer algo bien, derramando teteras, con las faldas ensopadas y las amas que le chillaban fuerte... Cada noche era distinta, pero todas la dejaban exhausta e incapaz de regresar a la paz de espíritu que apenas le había durado un suspiro.

En la tienda no podía dejar de notar las miradas de don Federico. Su única esperanza era que la innata timidez de él hiciera que jamás le comunicara nada acerca de sus sentimientos. Era su esperanza y su ruego. No quería verse en la tesitura de tener que decirle a su jefe, un buen hombre, que no soportaba mirarlo más de dos segundos seguidos. Evidentemente jamás sería capaz de decirle que le daba asco, pero de la misma forma tendría que explicarle que no compartía sus sentimientos y la relación entre ellos se deterioraría y ya nunca sería la misma.

En esas andaba cuando una noche que había ido a la taberna de Amancia a comprar algo para cenar le conoció. Ella estaba sentada en un taburete de la barra esperando el guiso de la tabernera cuando la puerta se abrió y entró un joven muy atractivo. Se sentó en una de las mesas y no dejó de quitarle el ojo de encima. Mercedes le observaba de reojo, intentando disimular los nervios y el azoramiento. Tenía el pelo castaño, agraciado, y unos ojos pardos enormes. Su nariz y su boca estaban bien proporcionadas y cuando sonreía tenía un enorme atractivo. Ella sentía su mirada clavada en la espalda y cuando llegó Amancia le preguntó por él.

— ¿Ves al joven de la mesa junto a la ventana?

— ¿Cuál?, ¿el gallito de pelea?

— No, el chico guapo.

— Pues eso, el gallito de pelea.

— ¿Por qué dices eso?

— Porque no hay más que verle, es un engreído que se cree alguien cuando no es más que un muerto de hambre. A ése lo sacas del fútbol, los toros y la cerveza y no sabe por dónde tirar.

— ¡Otra vez! Eres una exagerada. Seguro que no has hablado ni dos veces con él y ya le estás juzgando. Para ti, todos los guapos son feos por dentro y todos los feos son hermosos interiormente. Eso es un tópico — protestó.

— No todos, pero en este caso temo que tengo toda la razón. Ese chico es un ser egoísta que sólo piensa en él mismo y en sus necesidades. A las mujeres las trata como trapos sucios en cuanto las tiene en el bote. No me ha hecho falta hablar con él, me basta con haberle observado. Si quieres un buen consejo, ni se te ocurra acercarte a él, si no quieres terminar con el corazón desgarrado.

— De verdad que eres agorera.

— Nada de eso, el arte de observar a las personas resulta de mucha utilidad, y yo lo domino a la perfección después de 20 años detrás de una barra.

— Para ti lo ideal sería que me enamorara de don Federico. Pero da la casualidad que no soportaría ni un segundo ni siquiera que me rozara. Me repugna, no lo puedo evitar.

— Eres todavía una niña superficial, ya madurarás y comprenderás.

— No creo que pueda cambiar este sentimiento ni cumpliendo 200 años —sentenció y con eso se cortó la conversación ya que a la otra la reclamaban unos comensales.

Mercedes se puso a comer sus patatas con orza, pero ya no tenía apetito. La mala sangre que las palabras de Amancia le habían producido le impedía ahora probar bocado. Refunfuñaba por lo bajo cuando sintió un aliento en su espalda. Se quedó petrificada cuando el de los ojos pardos se sentó a su lado y se le presentó.

— Buenas noches, señorita. Me llamo Agustín Prieto y no he podido dejar de mirarla desde que entré en el bar. Es la primera vez que la veo por aquí. — Su voz sonaba dulce y serena, melosa. La miraba directamente a los ojos, aunque ella era incapaz de mantener la mirada. Sonrojada hasta la médula sólo pudo articular un ‘encantada’. —¿Y se puede saber cuál es su nombre? Seguro que tan hermoso como usted —siguió él.

— Mercedes. Me llamo Mercedes Martos.

Ella se fijó en sus botas militares de media caña acordonadas por encima del pantalón que le quedaba bombacho. Al otro lado del local Amancia torcía el gesto. No pintaba bien la cosa, el cariño que le había cogido a la niña en esos meses le hacían temer por lo que ese gallito pudiera hacerle. ¿Por qué no se metía con hembras bravías en lugar de con asustados cervatillos? Ella en sus tiempos le hubiera puesto en su lugar.



— Lo que yo decía, un nombre bonito para una chica bonita. —Sus ojos seguían fijos en ella, instándole a mirarle. Cuando Mercedes, como atraída por un imán, los fijó en los suyos se sintió completamente perdida. Subyugada por su mirada era incapaz de pensar. Él lo sabía, conocía demasiado bien cómo seducir a las mujeres, tanto a las tímidas como a las más atrevidas. Así que esta pequeña pieza de caza menor, siguiendo la catalogación a la que sometía a todas las hembras que se le cruzaban en el camino, no iba a ser menos. Una presa fácil.

Esa noche ella apenas habló pero él no cesó en el intento. Después de varios encuentros fortuitos consiguió arrancarle una cita. Era la primera cita de ella, él ya era un experto redomado. Sólo pasearon, él sabía comedirse y no quería que ella huyera a las primeras de cambio. Había que ir lento pero seguro. Después de aquella tarde, quedaron varias más, ella ocultándose a Amancia, y él contándolo después a voz en grito a sus compañeros de zanja, ya que arreglaban el adoquinado de las calles.

— Ésta cae pronto, ya veréis.

— Muy seguro te ves.

— Porque lo estoy. —Y se inflaba cual pavo real mostrando sus plumas.

De eso no se enteró Mercedes, quien acudía a cada encuentro con el corazón desatado y la ilusión retomada. Las pesadillas habían desaparecido, ya que sólo él ocupaba sus pensamientos. Para ella, el simple roce de sus manos la enervaba hasta dejarla sin fuerzas. Las piernas le temblaban y creía que de un momento a otro se iba a derretir.

La piel de cordero se le estaba resbalando a Agustín que cada vez marcaba más las caricias y buscaba las umbrías de los soportales y la espesura de los parques. Ella ya no tenía manos para parar sus embates, cada vez menos disimulados y mansos. De los besos pasaron a las caricias y éstas se fueron forjando más profundas. Mercedes ya no sabía en que espacio se encontraba cuando las manos recias del operario le estrujaban los pechos o le abrían la entrepierna. A pesar de la semi-inconsciencia, el recuerdo de lo ocurrido con el marquesito se imponía. Se quedaba rígida y era capaz de pararle en seco. Él se desesperaba porque nunca antes le habían opuesto tanta resistencia.

— ¿Cuándo me vas a dejar? —le decía loco ya de desesperación y de incontinencia.

— Cuando nos casemos —le repetía ella terca.

— No seas antigua, eso es una tontería. Lo de guardarse para el matrimonio ya no se lleva.

Ella, en el fondo, se daba cuenta de su incongruencia. Ya no tenía nada que guardar, pero aquello había sido arrebatado, al menos podría elegir cuando darse por voluntad propia. Ésa sería realmente la primera vez. Rezaba para que entonces no se diera cuenta de la falta.

A Agustín tanto rechazo se le estaba convirtiendo en obsesión. Mercedes tenía que ser suya pero ya lo había probado todo y no había funcionado. Estaba enloqueciendo de contención aunque no sería capaz de forzarla. Además quería entrega, que ella se doblegara y la única forma parecía el matrimonio. Alguna vez tendría que ser, y no le vendría mal una criada que le hiciese la comida y le limpiara el cuartucho con cocina que tenía alquilado. Una tarde no se lo pensó dos veces y pidió a la chica, que todavía era una adolescente, que se casara con él. Ella se volvió loca de contenta, lo había conseguido. Había domado a la fiera y así se lo hizo saber a Amancia, quien en respuesta no le auguró nada bueno de ese matrimonio.

— No veo más que sufrimiento —le dijo con la cara apesadumbrada.

— Ni que fueras bruja. —le contestó la otra.

— No, pero conozco demasiado bien la naturaleza humana y tú no estás hecha para lobos con piel de cordero. Aunque ahora creas que es una victoria se te revolverá y no serás capaz de domesticarlo. Eres, y siento decírtelo así, demasiado joven, demasiado débil.

— ¿Qué sabrás tú? Tampoco te veo al lado de ningún hombre. Quizás fuiste tú la que se equivocó al elegir, te has amargado y ahora no puedes ver a una feliz con su hombre. —No pudo evitar soltar estas palabras, aunque se arrepintió al momento. Sabía que su amiga, la única que había tenido, no tenía el alma carcomida por la envidia y que jamás le diría algo por celos o por ganas de herirla. Ella sí que lo había hecho y con toda la intención. —Lo siento, no quería decir eso.

— No te disculpes, porque sí que querías. Es mejor soltarlo que quedarse con el resquemor dentro de uno —le sentenció dolida y se giró a atender a otro de sus clientes.

A Amancia estas palabras le trajeron recuerdos de otros tiempos. De aires de libertad en medio de un campo, de sonidos de risas y de felicidad. Habían

pasado más de tres décadas pero para ella, en su mente, parecía que no había transcurrido ni un solo segundo. Podía sentir sus caricias y el perfume de su cabello mojado. Lo peor era ansiar sus besos, esos besos que la transportaban a otro mundo, uno en el que los relojes se paraban y sólo existían ellos dos, abrazados y palpitantes.

Le había conocido cuando no creía en el amor, prefería divertirse, vivir la vida que antes se le daba encorsetada en su casa familiar. Recorrer mundo, ser lo que se le antojara. Estaba sedienta de experiencias y no quería complicaciones ni ataduras. Cuantos más hombres conociera mejor, lo suyo era transgredir todas las normas establecidas de la moral estranguladora. Así le gustaba autodefinirse, una pura transgresora. Se reía de sí misma, al tiempo que se mofaba de las caras que pondría su institutriz estirada y maniática. Ésa que no había disfrutado de los placeres de la carne y renegaba de ellos. Si ella supiera lo que se perdía... En fin. Entonces le conoció a él y todo su universo se transformó, mutó de gusano a mariposa.

Ella trabajaba por aquel entonces en un puesto de carnes y embutidos de un mercado de otra ciudad. El olor de las viandas se le impregnaba en las manos después de horas de cortarlas y no conseguía desprenderse de él. A pesar de todo, le gustaba el ambiente colorido, lleno de voces, griterío y entusiasmo que recorría todos los días el lugar. Era una mañana como otra cualquiera. El sol estaba ya alto y el calor estaba comenzando a ser insoportable. Aún podía recordar, como si fuera ayer, el sudor que le recorría la espalda y las moscas pegajosas que se posaban sin cesar en los trozos de carne ya reseca. El zumbido se le hacía insoportable pero conservaba el buen humor. Entre longanizas, chorizos y trozos de ternera se encontraba cuando alzó la mirada y le vio allí, parado justo frente a ella. Hubiera jurado que ni siquiera pestañeaba. No era un hombre de un atractivo espectacular, ni siquiera hubiera destacado entre un puñado de jóvenes si no fuera por la fuerza y la intensidad de su mirada. Sus ojos proyectaban una fuerza interior capaz de demoler la resistencia más osada.

Amancia se sintió flotar, hipnotizada no podía dejar de mirarle. Los segundos transcurrían sin que la magia desapareciera. Ya ni siquiera sentía el zumbido de los moscones ni el alborozo reinante. Una señora de aspecto sucio y desaliñado tuvo que gritarle varias veces antes de que ella reaccionara y se girara para escuchar su demanda. Mientras le servía el pedido no dejaba

de comprobar que él seguía allí, de pie, parado observándola. A punto estuvo de cortarse el meñique por falta de atención. Cuando le dio el paquete a la inoportuna se volvieron a quedar unidos por sus miradas. Nunca pudo averiguar el tiempo que permanecieron así, callados, hablándose sin decirse nada. Finalmente, él se acercó más al puesto y le pidió un kilo de magro.

A ella casi le da un patatús. ¿Un kilo de magro? ¿Era acaso eso todo lo que quería después de haber estado allí plantado embobándola con sus ojos? A punto estuvo de tirarle la pieza que llevaba en las manos a la cabeza. Consiguió contenerse y cuando terminó de cortar y pesar le preguntó ‘si el señor deseaba algo más’.

Él había bajado la cabeza y así, cabizbajo, perdía todo su atractivo. Ella se comenzó a impacientar pero entonces él pareció recuperar el impulso y más rojo que una grana le pidió quedar para dar una vuelta, eso si a ella le venía bien.

Estaba tan encantador encarnado y con los ojos echando fuego que Amancia no se pudo resistir y le dio el sí. Esa misma tarde estaba libre. Quedaron en encontrarse en la entrada del mercado a las 6.

Cuando él se hubo marchado se percató que había quedado con un hombre al que ni siquiera le había preguntado el nombre. Comenzó a reírse y no pudo ya parar, presa de los nervios, hasta que se obligó a cerrar la boca justo antes de llegar a su encuentro con el desconocido.

Esa tarde fue el inicio de muchas otras. Amancia no podía explicar lo que le sucedía. Cuando estaban juntos apenas hablaban pero no parecía importar, se decían lo justo. Aún así hubiera jurado que le conocía como jamás llegaría a conocer a ningún otro ser humano. Preferían compartir la cama. Allí se estudiaban sin palabras y se proporcionaban un placer mutuo que les devoraba en cuanto se separaban. No se hacían preguntas románticas, sólo existía ese momento y sus pieles cálidas estrechándose.

Un domingo, sin mediar palabra, mientras caminaban de camino al piso de Anselmo pasaron delante de una iglesia. Él la agarró del brazo y la arrastró con suavidad al interior oscuro y frío. La llevó hasta el altar y allí le juró su amor y su fidelidad hasta que la muerte les separara. Ella le secundó.

Casados sin otro testigo que ellos mismos y los santos que les rodeaban no se sentían menos unidos que si lo hubieran hecho frente a toda la ciudad y el mismísimo Papa. Él era un ateo redomado, pero eligió el lugar porque le

pareció solemne. Su palabra era más fuerte que cualquier firma en papel que el tiempo desgastaría, dejando un recordatorio insignificante para el resto del mundo que no fueran esos dos amantes. Nadie como ellos podría cuantificar su pasión, nadie como ellos podría explicar ese sentimiento parco pero desbordante que les había marcado para siempre.

Se fueron juntos a vivir al campo. Pensaron que era mejor formar un hogar en un lugar tranquilo que en una ciudad asediada por todo tipo de depravaciones. Allí instalados, ella se dedicaba a ayudar a su marido en las tierras que habían arrendado. Era un trabajo duro pero muy reconfortante. Al final del día yacían juntos y se dormían a pierna suelta sin más preocupaciones que el tiempo o la enfermedad de algún animal de carga.

Pasaron los meses y Amancia se quedó encinta. Estaban locos de entusiasmo pero el niño se malogró y a raíz de este aborto quedó estéril. Después de un periodo en el que la tristeza se instaló en aquel hogar con sus paredes blancas de cal y su chimenea negra de hollín todo pareció volver a ser como antes. Se amaban demasiado para que la falta de hijos pudiera enturbiar su relación. Fueron unos buenos años, los mejores de su vida pero un día Anselmo se fue al monte y ya no volvió. Había ido a buscar leña y acabó despeñado por un barranco. Le encontraron días más tarde, después de búsquedas por todos los cerros.

Amancia se quedó sola en esa casa que se le venía abajo de puro dolor y decidió marcharse. Irse lo más lejos posible de aquel lugar cuyo más mínimo objeto o ser viviente le recordaba a su amado y, por tanto, su pérdida. Ella no había buscado el amor, sin embargo, no podía menos que dar gracias por haberlo encontrado aunque ahora sólo le quedara el recuerdo. A pesar de la herida que tenía en el corazón no podía evitar sentirse agradecida por haber vivido su gran pasión. Otros pasan por la vida sin sentirse realmente amados y sin volcar todas sus fuerzas en querer a otro. Ella lo había tenido. Que le había sabido a poco, desde luego, y aunque le hubiera durado hasta el final de sus días hubiera querido más.

No se amargó ni se blindó en un caparazón. Volvió a empezar de cero decenas de veces en lugares distintos, siguió con sus ansias de experiencias y exprimió hasta la última gota de sus energías en vivir con mayúsculas. Cada noche al acostarse se abrazaba a su almohada y miraba el techo. Sus ojos se volvían al pasado y entonces retrocedía hasta él, porque hasta que ella

expirara el último aliento su Anselmo seguiría vivo en ella y en sus recuerdos.

## 8

# REMORDIMIENTOS

A Dolores se le había atragantado su nueva vida. Ese pueblucho era de todo menos agradable. Le asqueaban los olores, la gente, los edificios y hasta el aire que flotaba seco y denso como el plomo. En aquel fin del mundo particular el único refugio que le quedaba era su habitación. El resto de la casa pertenecía a los otros. Su marido y su hija. Allí permanecía encerrada la mayor parte del tiempo, recordando y mirando por el ventanuco de uno por uno que la unía con la realidad y con su presente. Desde allí veía a Soledad jugar en el patio trasero. Miraba a su hija, a su pequeña. La miraba y a penas se atrevía a tocarla. Sus sentimientos contradictorios la alejaban de ella. La quería, al menos eso se repetía una y mil veces. Debía amarla, era su hija. Lo único que le quedaba de Juan. Pero sus ojos eran los de él y cada vez que los miraba no podía dejar de recordar lo que ya no podría tener. Él nunca volvería y la niña tenía toda la vida por delante. No podía soportar sus risas infantiles, ni el brillo de sus ojos llenos de curiosidad y de esperanza. Ella representaba todo aquello que para Dolores estaba vetado. La alegría, el amor, los sueños, el futuro. La madre sentía que su tiempo había pasado, aunque no alcanzaba a la treintena. Las cosas se le habían torcido y después de la muerte de Juan era como si lo que ocurría a su alrededor se fuera desdibujando quitándole a todo el sentido. Dolores estaba muerta en vida, hueca como un olmo centenario, y por eso mismo anhelaba lo que significa no tener el lastre de un pasado que no te permite avanzar, que la empujaba hacia el fondo de un pozo de lamentaciones. Ella despertaba cada día suplicando por el cese del dolor que tenía metido en las entrañas, que le quitaba la respiración y le agriaba el alma.

En alguna ocasión se desahogaba escribiéndole cartas a Juan, ya que no tenía a nadie a quien contarle su tormento.

*A mi negro,*

*Anoche soñé contigo. Te buscaba y no podía encontrarte. Después caí en*

*la cuenta de que estabas muerto. La angustia se adueñó de mi pecho, se me abrasó el corazón y desperté llorando. Lloraba por la sensación de pérdida, por la impotencia y por pura tristeza. Hace ya más de quince años que tus huesos yacen bajo tierra, pero tu recuerdo me sigue acompañando como una sombra que me obsesiona en las noches y me deja sin aliento en el día.*

*Cuanto más avanzo en mi vida más me alejo de los momentos que compartimos juntos. Cada vez me resulta más difícil distinguir los verdaderos recuerdos de meras ensoñaciones imaginadas ya que el paso del tiempo ha posado una pátina dorada en nuestras vivencias. Mi único consuelo es recordarte. Mi mayor temor es perder lo poco que me queda de aquel nosotros: mi memoria. Temo que tu rostro, tus besos o el simple sonido de tu risa se vaya perdiendo en los caminos torturados de mi mente, que se desmadejen hasta confundirse, hasta olvidarte.*

*Me dejaste inútil para volver a amar, no lo he podido hacer ni con tu hija. Esa niña no se merece una madre como yo. Me reconozco ruin y maltratadora. Ruego me perdone.*

Después rompía la hoja en mil pedazos.

Se daba cuenta de que tenía desatendida la casa, las comidas, la colada y hasta a Soledad. Se miraba en el espejo y no se reconocía. El vidrio le devolvía la imagen de una mujer todavía guapa pero con las cuencas vacías y una mueca permanente de asco muy desagradable. Se le escapaban los días sin remedio. Oía los murmullos en el mercado y notaba las miradas lascivas de los machos sucios y malolientes, puras bestias que la acechaban en sus escasas salidas por las calles polvorientas. Cualquier excusa era propicia para rozarla. Ella no lo soportaba y se giraba estampando una sonora bofetada en la mejilla del susodicho de turno. Cada vez más huraña y malhablada, no tenía a nadie que la consolase. Recordaba con nostalgia a su hermana Pepa.

Ahora se arrepentía de sus últimas discusiones, de haberla alejado de Soledad, de sus celos enfermizos.

“¡Tu problema es que has dejado de quererte a ti misma y por eso ya no quieres a nadie más!”, le había recriminado su hermana en alguna de sus peleas más feroces.

“¡Y el tuyo es que nunca te ha querido nadie. Jamás te han amado y por eso quieres quitarme el amor de mi hija!”, le había contestado, a sabiendas de que la heriría profundamente.

“¿Cómo te atreves a acusarme de querer quitarte el amor de Soledad? ¡Eres tú la que la tienes abandonada. Pobre niña mía, le ha tocado en suerte una madre desnaturalizada, un monstruo que sólo vive pensando en el pasado y en el hombre que se le fue y que no se acuerda de su hija más que para echarla en cara a su hermana que le está intentando robar su amor. Más te valdría darle cariño y comportarte como se debe, tanto con ella como con tu marido!”, Pepa se había puesto fuera de sí, no le cabían en el cuerpo más soflamas injustas y tendenciosas.

“¡Ya estamos con el maridito. A Mario Facundo olvídale, no es de tu incumbencia lo que pasa en nuestra cama!”, le había gritado agarrándola por los brazos. La había zarandeado sin darse cuenta de lo violenta de su acción.

“¡Suéltame, me haces daño!”, estas palabras de Pepa le habían devuelto la cordura. La soltó, arrepentida de su comportamiento. Cada vez caía más bajo en esa espiral de decadencia en la que se sentía atrapada. Desde entonces Pepa le tenía miedo, ya no reconocía en ella nada de lo que su hermana fue. Le aterraba que se volviera violenta y la tomase con la niña. Por eso, cuando se marcharon de Vallbello la obligó a jurarle que nunca jamás le haría daño. Promesa que hasta el momento había cumplido y que pensaba seguir manteniendo.

Mario Facundo se había adaptado mejor a aquel pueblo sucio y perdido. Seguía con sus chanchullos y viajaba bastante a menudo, ausencias sin las que se hubiera vuelto loco a las primeras de cambio. No aguantaba más de tres días seguido compartiendo el mismo techo que su mujer. Si volvía era por la niña. Cuando se casó la había reconocido como suya y después de perder a Merceditas era lo único que le quedaba en este mundo. Su conducta en cuanto a su hija era tan reprobable que cada vez que pensaba en ello un rojo carmín le coloreaba la cara. Vergüenza, pura vergüenza es lo que sentía. Cómo había podido ser tan mal padre. Después de mandarla a servir con apenas doce años se había arrepentido, pero ya era tarde. Llegó el linchamiento popular y tuvieron que huir. Unos años más tarde, cuando reunió el valor suficiente para buscarla y saber de ella, su pista había desaparecido. Después de ir de una casa a otra, había huido de la última. Hasta allí se había acercado a preguntar y lo único que encontró fue a una sirvienta que le dijo un ‘se fue, no sabemos nada’ y le dio con el portón en las narices.



Él veía el desapego de la madre hacia la hija y no lo podía comprender. Soledad había sido risueña, dulce y delicada pero se estaba convirtiendo en una niña introvertida, seria y poco habladora. Sabía que la falta de cariño estaba haciendo mella en su carácter. Él hacía cuanto podía, pero paraba poco por casa y cuando estaba con ellas Dolores no le dejaba acercarse a la pequeña. También notaba la pila sucia y la ropa hecha jirones. Decidió contratar a una viuda en el pueblo para que se encargara de las labores de la casa. La señora limpiaba, cocinaba, lavaba la ropa y hasta a Soledad, que de lo contrario hubiera ido con un dedo de mugre en el cuerpo.

Con el paso de los años, la situación le fue pesando más. Cada vez le era más penoso el entrar por la puerta de aquella casa. Su visión, su olor, las constantes peleas... se le prendían de la ropa y le acompañaban en sus viajes. Sus sueños se poblaban de una Dolores convertida en demonio recriminador de su continuo abandono. Cosa que tampoco entendía, pues jamás habían sido un matrimonio propiamente dicho. El aislamiento en aquel pueblucho la debía haber trastornado, más si cabía. Esos celos enfermizos que le daban la bienvenida en cada regreso se le estaban atragantando junto con el resto de su vida. De esa vida que llevaba y que le pesaba como una losa. Una enorme piedra de granito negro que le arrastraba a un vacío del que cada vez le costaba más salir. Podía haber desaparecido en una de sus huidas, haberlas dejado solas y haber vuelto a empezar. En alguna ocasión lo intentó. En lugar de retomar el camino de regreso comenzaba a alejarse en dirección contraria. Tras unos cuantos metros daba media vuelta. Ya era demasiado tarde para nuevos comienzos. Se sentía cansado y culpable. Nadie más que él mismo tenía la culpa de aquella situación. Cegado por el premio brillante que le ponía en bandeja a la mujer más deseada del pueblo había desdeñado a Pepa y firmado su sentencia. Le pudo la lascivia y pagó un precio muy alto por aquella chanza. A cambio de nada perdió a su hija, su casa, su pueblo, su honra y hasta su propio yo. Ya no quedaba nada de Mario Facundo. Cuando se dio cuenta de su total anulación cogió una cuerda de sus aperos, la acarició con sus manos notando la aspereza de los años de uso y la pasó por la rama de mayor altura de aquel compañero silencioso. Miró por última vez hacia la ventana de Dolores y un 'ahí te pudras' se le escapó de la boca. Soledad ya era mayorcita, tendría que aprender a defenderse de su madre y de la vida. Él ya no podía seguir con la farsa. La cuerda que le cortó la respiración le dio la

libertad. Allí le encontró el amanecer, colgado del limonero viejo en el patio de aquella casona de un pueblo marchito en el que se respiraba un olor marrón con pinceladas ocres.

## 9

# EL REENCUENTRO

En el cielo, un perfil femenino se deshacía. Pequeñas luces que se encienden mientras el cielo ceniciento deja paso a la claridad, una noche cerrada que todavía no acaba de irse. Pueblos llenos de sus gentes. Historias buenas y malas vidas. Casas que albergan alegrías, tristezas, esperanzas o desgarros. Un recorrido que parece no tener fin. El eterno viaje lleno de incertidumbres. Una huida hacia no se sabe dónde.

Decidió intentar dormir, pero el asiento era incómodo y cada vez que cerraba los ojos le volvían las imágenes del intento de violación. Volvía a sentir su aliento, sus manos bruscas y su vileza. El recordar que ya nunca podría hacer daño a nadie y que tenía su merecido no conseguían calmar la quemazón que le llenaba el pecho. Unas lágrimas recorrieron sus mejillas pero las retiró con la mano, eliminando lo que su huella significaba. No podía consentirse llorar delante de todos los pasajeros, delante de todos esos desconocidos. Ya habría tiempo de desahogarse en la intimidad.

Se dio cuenta de que en su vida ya no hay más que un continuo paso de desconocidos. Nadie en quien pensar, ni acudir como refugio en los momentos de dolor. Se aleja de los nuevos amigos ya que viejos nunca había tenido. El suelo se le hunde a cada paso que da y tiene que ir esquivando la caída.

Con esos pensamientos la encontraron los primeros rayos del sol. Un amanecer perezoso, cubierto. La naturaleza en semipenumbra. Una duermevela triste, sin calor. La vegetación destacando sobre un fondo gris y uniforme de tonos sin vida. Pinos, rastros, cipreses, olmos, veredas, trigo y girasoles todavía verdes sobre una tierra apagada y sin luz. El sol se abre camino y descubre la sangre que corre en el suelo brillante.

Soledad mira sin reconocer el paisaje monótono y después cambiante. Nada le parecía conocido, todo era nuevo, sin recuerdos.

Por fin llega a su destino. Valbello se le abre como un abanico de casas de piedra enjalbegadas y calles de tierra. Poco parece diferenciarlo del pueblo donde había pasado toda su vida. Quizás más pendientes y un mayor número de edificaciones. A ésa hora, mediodía, los hombres vuelven de ocuparse de sus labores y las mujeres barren sus portales mientras les esperan. El ambiente frío y seco, propio de mediados de enero, es muy diferente al que ha dejado en Valencia. En su camino de regreso ha pasado por Cuenca. La ha pisado sin conocerla. Vuelve a estar en una población chica.

Un reencuentro con algo que ni siquiera recordaba. Las casas, las gentes y los paisajes dormidos de su infancia. Un camino olvidado, una promesa de recuerdo que se apaga antes de encenderse. Pasado y futuro que se funden, una frágil línea que se alarga, que se tensa sin llegar a romperse.

No sabe por dónde empezar su búsqueda, se ha quedado sola en la plaza con el abrigo prieto, la maleta y sus ojos mirándolo todo, buscando algo que reconocer, algo que recordar. Pregunta por un bar para desayunar y le indican uno cercano. A pesar del cansancio del viaje se siente bien, segura. Allí no le atormentarán sus fantasmas, pero encontrará los de otros.

Su entrada en el bar deja el bullicio en suspenso. Los hombres la miran de reojo, de arriba abajo. Sólo está la mujer de detrás de la barra. Los meses transcurridos en la ciudad le habían hecho olvidar el machismo pueblerino. Los ojos eran expresivos, le decían que estaba invadiendo un terreno que no era el suyo y al mismo tiempo se preguntaban quién era ella.

Les ignoró como se debe ignorar lo que no nos importa. Le pidió un café con leche a la muchacha y un pan con aceite y sal. Ella la miró con la pregunta en la punta de los labios, dudando entre lo que nunca llega a decirse por timidez o quizás por educación y la curiosidad exacerbada de quien ve la vida pasar sin novedades y se encuentra con una ventana abierta en el camino.

Soledad pensaba mientras bebía del cálido tazón. No sabía a quién preguntar, la chica era demasiado joven y el resto del rebaño no parecía colaborador. Quizás el cura llevara muchos años en el pueblo, además en los templos se conservaban las partidas de nacimiento y defunción... Debía intentarlo.

— Perdona, señorita, ¿me puede indicar dónde está la parroquia? —le preguntó a la camarera que no paraba de lanzarle mal disimuladas miradas.

— Claro, sólo tiene que seguir, cuando salga a la plaza, todo recto hacia arriba. Arriba, arriba por la cuesta y justo antes de salirse del pueblo se encontrará a la izquierda con la iglesia. —Después de unas gracias, un silencio en el que la otra parecía esperar más preguntas y continuaba con la mirada inquisitiva sin que Soledad moviera los labios. Su cara expresó la desilusión que el silencio de la otra le causaba.

Apuró el café y se marchó con la maleta cuesta arriba. La pendiente acuciada se elevaba sin parecer tener fin. El peso del equipaje no era mucho pero resultaba molesto. Finalmente, atisbó un campanario y llegó hasta una puerta marrón. El edificio era de reducido tamaño y poco después, la cuesta terminaba y declinaba hasta un valle cultivado.

La puerta estaba cerrada pero se abrió al apoyarse en ella. El negro se fue difuminando cuando sus pupilas se adaptaron a la falta de luz. El santuario estaba vacío a esas horas. Tenía el espacio distribuido entre los bancos de madera y un pequeño altar minimalista. Sólo un Cristo colgado en la cruz y una mesa para las ceremonias. Las paredes peladas de piedra daban mayor humedad al recinto, donde el frío se calaba en los huesos más que en el exterior. Al fondo vislumbró una portezuela entreabierta por la que se deslizó.

Allí, sentado detrás de un escritorio, se encontraba un viejo encorvado con lentes gruesas y hábito negro. Él permaneció quieto leyendo en sus papeles y ella no se atrevía a interrumpir el silencio. Después de unos largos minutos, el sacerdote percibió su presencia y levantó los ojos por encima de las gafas.

— ¿Sí?, ¿qué desea?

— Buenos días, disculpe que le moleste pero quería hacerle una consulta. Mi nombre es Soledad Martos Aguirre y... —aquí tuvo que parar ante la cara de estupefacción que mostraba el apergaminado eclesiástico.

— Perdón... ¿Puede repetirme su nombre?

— Soledad Martos Aguirre —volvió a decir la muchacha cada vez más sorprendida e intrigada. —¿Hay algún problema?

— No, ninguno... —se disculpó el otro un poco balbuceante.

— Es que parece que haya visto un fantasma. —El cura se había levantado y se acercaba hasta ella con paso tembloroso. Soledad comenzó a sentirse insegura ante la fijación de la mirada del anciano. Los clérigos no le traían buenos recuerdos, y el último episodio vivido con el marquesito le

había hecho desconfiar de todo el género masculino. No soportaría otro incidente parecido, aunque este canónigo no parecía tener demasiada fuerza, ni años para conservar ese tipo de apetencias. — Hija, te pareces tanto a Dolores... — ¿Conocía a mi madre?

— ¿Cómo no? Yo la bauticé, le di la comunión y la casé, las dos veces. — Ahora se había sacado un pañuelo con el que intentaba secarse las lágrimas.

A Soledad también le emocionó encontrar a alguien que hubiese conocido a su madre y que pudiera aclararle algo de su pasado. Sus sollozos se unieron a los del otro e hicieron reaccionar a éste.

— Pero no llores querida niña. Conozco a alguien que se va a alegrar mucho de tu llegada, ¡qué digo alegrar, se va a volver loca cuando te vea! — ahora sonreía mostrando los huecos que antaño ocuparon los dientes.

— ¿Quién? —preguntó Soledad más para sí misma que en voz alta, pensando quizás en una abuela o abuelo tan envejecido como el propio cura.

— Pues quién va a ser, ¿es que nadie te ha hablado de tu tía Pepa?

— ¿Mi tía Pepa? No, no sabía que tuviera una tía.

— Pues es la hermana de tu madre y lleva esperando este momento muchos años, los mismos que dejasteis Valbello. ¡Qué contento estoy! ¡Venga, me pongo el abrigo y te acerco hasta su casa, que no debe de aguardarte ni un minuto más!

El sacerdote parecía rejuvenecido y se movía de forma tan ligera que nadie hubiera dicho que rozaba el ser octogenario. Con dos ademanes se enfundó su tres cuartos de paño azul y agarró a Soledad del brazo. A ella apenas le dio tiempo a agarrar al vuelo su cajón y acelerar el paso para poder seguir el ritmo que le marcaba el otro. Siguieron por varias calles, ahora sí, pendiente abajo hasta llegar a una pequeña placeta y pararse delante de unos portones de madera desgastados por el uso y el tiempo. Los desconchones de las paredes encaladas hechas de tierra aprisionada dejaban ver la mezcla rojiza.

Soledad se veía incapaz de golpear el llamador, pero su acompañante no tuvo tantos remilgos. Comienza una espera dolorosa delante de una puerta que no se abre. Despojos de sueños rotos que se unen en la expectación.

Pepa oye los golpes. Está ensimismada recordando y tarda en reaccionar. El tiempo ha pasado deprisa. No hace nada que correteaba con Dolores por estos campos ahora yermos y entonces llenos de cultivos. Llegaban corriendo

a abrazarse a su padre que las subía en brazos juntas y ellas le pedían una perra chica. Su olor a tierra y a trigo y el sabor salado de sus besos. Aquello había pasado, como pasaría el ahora. Un ciclo de vida con un principio y un final que a todo y todos alcanzaba. Apoyó sus manos en la pared cercana a su silla en el patio de su casa. Sintió el calor del sol filtrándose en los muros de piedra, y fue consciente de que nada quedaría, de que todo pasa y todo llega. A unos antes y a otros un poco más tarde. Un final que a ella le había llegado hacía mucho. Su vida estaba hecha de pérdidas, se había ido vaciando quedándole un hueco entre las costillas, en el lugar en que hubo un corazón con sentimientos. Alegría y felicidad que ahora no eran más que meros recuerdos, fantasías de vieja chocha que ya no sabía distinguir realidad de mentiras e inventos.

Con una mano apartó esos pensamientos de su cabeza como quien aparta las moscas plomizas del verano. Se levantó lentamente, no tenía ya ninguna prisa, que esperara el que la reclamaba. Ella llevaba mucho tiempo esperando y a nadie le importaba.

Pasó a la cocina y de allí al comedor que estaba en semipenumbra, como lo había estado desde que se quedó sola en aquel lúgubre hogar deshabitado. Entonces quitó el pestillo y abrió con los ojos cegados por la luz exterior.

Los meses que siguieron a la marcha de Dolores y de Soledad, Pepa los pasó entre esperas llenas de suspiros y ataques de inconformidad rabiosa. Después, fue componiendo con retazos de memoria la tragedia que drenó los cimientos de la familia y los llenó con desolación. Se le fue llenando la piel de imperfecciones y surcos, de escamas de tiempo perdido y se fue reduciendo como una pasa, recordando a los padres muertos y a la hermana perdida. Sólo le quedaba esperar, esperarla a ella. Por eso cuando la vio allí de pie, parada delante de su puerta supo sin palabras que por fin había llegado y que la espera había terminado. Comprendió que aunque la vida es una continua pérdida, y que vivir es perder, que aunque el alma se llena de espacios de nostalgia, también es posible que nos dé reencuentros.

Aquellos primeros días que pasaron juntas en tantos años fueron tranquilos. Tenían mucho que contarse, pero antes que nada preferían gozar de la mutua compañía. Se habían encontrado y ya no estaban solas. Pepa rejuveneció con el encuentro y Soledad pudo reír como jamás lo había hecho.

Descubrió una tía con un salero recobrado y un pueblo que, a pesar de mirarla con recelo, terminó aceptándola como una más.

Se levantaban, desayunaban, se iban a pasear por la plaza, por las eras o el monte cercano. Siempre sonrientes, gozando de la brisa, del sol o de unas hierbas. Pepa le enseñó todos los rincones de su infancia. Aquí iban su madre y ella a escobillar la hierba de la huerta. Allí estaban las ruinas de la primera casa que habitaron a las afueras del pueblo con dos habitaciones ahora horadadas de vegetación salvaje. El pestilente olor del colchón de borra. Sin luz, se iluminaban con un candil y en el suelo de tierra depositaban los huevos las gallinas, amas y señoras de todo aquel espacio. Así no era difícil sustraer alguno que otro, cuando su madre no se percataba, y darse un festín de clara y yema todavía caliente. Después enterraban las cáscaras y ponían cara de buenas chicas. Lo bien que lo pasaban en la época de matanza, cuando llegaban los fríos al despuntar diciembre y todo era fiesta en el pueblo. Las gachas con harina de guijas y los potajes que les preparaba su madre. O la época de cosecha. La siega de julio y la trilla en agosto. A ablentar en los días ventosos para separar la paja del grano. Cebada, centeno y trigo. ¡Cuántas veces habían ido a los campos ya segados para espigar el trigo que había quedado para dar de comer a las gallinas!

El miedo de su madre al subir al carro.

— Madre abra los ojos —le decía Dolores.

— No puedo, hija mía —respondía ella siempre.

— ¡Por Dios, cómo la vea padre se va a enfadar!

— ¡Dejadla, qué más os da a vosotros cómo tenga los ojos si ella no lleva las riendas! —salía Pepa en su defensa.

— Siempre la misma discusión. Si vamos más lentos que un caballo cojo —continuaba Dolores.

— No lo puedo evitar, hija, no lo puedo evitar —decía mientras se agarraba con fuerza al lateral del carro al notar el primer tirón de las bestias, y rezando a la Santa Madre en busca de protección.

A Pepa casi se le saltaban las lágrimas ante estos recuerdos. ‘Pobrecita mía si tuviera que subirse a los coches de hoy en día’.

Las dos eran felices, por eso postergaban los hechos más dolorosos. Una tarde Soledad se atrevió a indagar. Pepa temía ese momento, pero no le quedaba otra que afrontarlo y ser lo más parcial posible. Así que le relató la

primera boda de su madre, la muerte de Juan y su posterior casamiento con Mario Facundo. Le ocultó su desilusión y la traición que supuso para ella este enlace. Entonces llegó el momento de relatar el escándalo y la posterior huida del matrimonio con ella aún niña.

Estaba atardeciendo y el sol dejaba a sus trazos amarillos mezclarse con los violetas, los azules y los rojos. Sentadas sobre una roca vislumbraban el perfil del pueblo y la hoz serpenteante más abajo. Era un espectáculo mágico y dado a las revelaciones.

— Los años se hacían interminables. Los veranos cálidos se alargaban perezosos entre los frutales del patio de los abuelos. Los inviernos eran una eternidad de nieve y tardes al calor de la lumbre. Todo pasaba despacio, sin ninguna prisa, macerando segundo a segundo cada uno de los cambios que nuestro cuerpo iba experimentando. Después todo ha sido un torbellino informe que me engulló desde la marcha de tu madre hasta esta edad sin retorno donde todo está ya terminado y pasado.

Soledad la escuchó en silencio, reconociendo en las palabras de su tía las pesadillas que la acompañaban desde la niñez. Comprendiendo la reacción de la que creía su hermana y el despego del que hasta entonces era su padre.

— ¿Quién crees que decía la verdad? —se aventuró a preguntar.

— La gente a veces nos sorprende —comenzó dudando Pepa —La naturaleza humana es enrevesada. Mario Facundo parecía un buen hombre, pero hasta los mejores guardan oscuros secretos. Nunca lo hubiera dicho de él, aunque tampoco habría pensado que mi hermana fuera capaz de inventarse una historia parecida, a pesar de lo mucho que cambió en poco tiempo.

— ¿Qué pasó con Mercedes?, ¿supiste algo de ella después de que la enviaran a servir?

— No, nunca más se supo nada.

Ahí le tocó el turno a Soledad de dar explicaciones. Le contó su búsqueda, omitiendo el intento de violación y, finalmente, el penoso encuentro en la habitación del hospital.

— Pobre chica, la vida no parece haberla tratado bien. Demasiado resquemor para alguien en paz.

— Creo que volveré a verla, no quiero que se vaya a la tumba odiándome a mí también. En cierto modo, se lo debo por lo mal que la trató mi madre. No tiene disculpa su comportamiento. Ella sólo era una niña sin culpa de



nada.

— Sí, tienes razón, pero por aquella época tu madre había perdido la razón. Ya nada tenía que ver con mi hermana, aquella a quien llegué a adorar. La muerte de Juan la volvió loca. Le entró un miedo atroz a que doña Juana pudiera hacerse con tu custodia. Aunque después de la vida que te ha hecho llevar no sé que hubiera sido mejor, la verdad. —Su tía tenía los ojos perdidos en un pasado doloroso que le quemaba el corazón. Soledad intentó sacarla de aquel atormentado lugar.

— ¿Sabes si me queda familia por parte de padre?

— No creo, doña Juana murió y mucho antes sus hijas se enclaustraron en diferentes conventos. Aunque alguna siga con vida no sabría decirte dónde. Y de encontrarlas de poco te serviría, pues la vida de clausura no os dejaría entablar relación alguna.

— Sí, tienes razón. ¿Sabes? Me gustaría visitar la casa de mi padre. ¿A quién pertenece ahora?

— Pues... ahora que lo mencionas... A ti.

— ¿Cómo? ¿A mí? ¿Estás de broma?

— No, hija. No es ninguna broma. Es algo que también te quería comentar. Verás, doña Juana sabía perfectamente que eras la hija de Juan y, por tanto, su nieta. Al final de su vida se encontró sola y se dio cuenta del error que había cometido. Además, la alternativa era dejárselo todo a la Iglesia, si heredaban sus hijas monjas, o al Estado. Estando tú viva, sangre de su sangre, no permitiría estas otras opciones. Como no se sabía nada de ti, ella dejó en manos de unos albaceas tu búsqueda durara lo que durara.

Aunque hay un pero...

— ¿Un pero?

— Para acceder a la fortuna tendrás que cambiar tus apellidos. Una fortuna que es tuya. Era de tu padre y ahora te pertenece a ti. No es que quede mucho del esplendor que en mis tiempos jóvenes tenía esa familia. Eran dueños de medio pueblo, los caciques locales, nada se hacía sin su consentimiento. Eso cambió tras la muerte de tu padre y el abandono de doña Juana.

— Un padre que abandonó a su mujer por matar en una guerra entre hermanos.

— No le guardes rencor. Los hombres son así. Han de demostrar al

mundo lo machos que son. Él amaba a tu madre, incluso por encima del rechazo de su familia y te habría querido a ti, de haber vivido lo suficiente. No seas terca, si aceptas el apellido, que es realmente el tuyo, estarás reponiendo a la vida y a la historia la verdad.

— ¿Cómo es posible ese cambio?, ¿es legal?

— Tu abuela te nombró en su testamento su legítima heredera. Aportó testimonios, bajo juramento, de la visita de Juan antes de terminar la guerra. Fecha que coincide con el embarazo de Dolores. Ella tenía el poder y el dinero para dejar bien atado su legado. Quería que lo tuvieras todo, pero como era una puñetera, con perdón, por no llamarla otra cosa, quiso que el mundo entero te reconociera como la que realmente eres.

— Aceptar eso sería echar por tierra todo el sufrimiento que provocó el que Mario Facundo se convirtiera en mi padre.

— No es verdad. Eso fue un error fruto del empecinamiento de tu madre.

— Fíjate en ti y en los abuelos. Ya nunca fuisteis los mismos. Vuestra vida quedó destruida y la de él también.

— Olvídate de nosotros. El pasado, pasado está. A mí no me importa lo que ocurrió. En estos momentos sólo me interesa tu felicidad. El resto, están todos muertos. ¡Vive la vida y no pienses en nadie más, que poco pensaron ellos en ti! —Pepa dejaba zanjada así la conversación y a Soledad no le quedó otra que hacer caso de su tía y tomar lo que ya era suyo por derecho.

El párroco, que se llamaba don Joaquín, les puso en contacto con los abogados de doña Juana. Su despacho estaba situado en una de las calles más céntricas de la capital conquense. Ellos arreglaron todo el papeleo y en pocos días ella dejó de llamarse Soledad Martos para pasar a ser Soledad Núñez de Pedro.

Mientras paseaban por las calles empedradas, la ciudad desconocida se le hacía a Soledad tan extraña como su nuevo nombre.

En el bolso, Soledad llevaba un listado con sus recién estrenadas propiedades, las llaves, las cartillas del banco y las escrituras de todo ello. Era voluminoso pero lo que realmente le resultaba pesado no eran los documentos en sí, sino lo que llevaban implícitos. Todo había estado demasiado tiempo abandonado, en manos de unos albaceas que se contentaban con hacer lo justo pero que no habían dejado de cobrar sus suculentos honorarios año tras año. Se le avecinaba un duro trabajo que no sabía si tendría fuerzas de

afrontar. Temía no estar a la altura, no saber qué hacer. Demasiadas vivencias en poco tiempo para una persona cuya máxima ambición era vivir en paz sin complicaciones.

Pepa la llevó hasta una pastelería cercana y le hizo engullirse unas milhojas porque aseguró que “eran mano de santo para las tristezas y los malos humores”. Nunca había probado nada tan dulce y cuando hubo terminado tuvo que darle la razón a su tía porque se sentía mucho más llena y vital. Desde luego, tanta azúcar en sangre debía ser muy buena para curar depresiones.

Pepa también insistió en visitar las Casas Colgadas. Le dijo que no podían marcharse de allí sin verlas. Ella hacía años que las había visto por última vez pero recordaba el impacto que cada vez le hacían sentir. Fueron andando pues no era una ciudad de grandes dimensiones, todo quedaba cercano y recogido. El ambiente de calma que sólo se puede apreciar en las urbes que dejaron de crecer hacía siglos y que mantenían el ambiente sereno que da la lustre de los tiempos que fueron mejores, pero que ya no se echan de menos. La satisfacción de la conformidad y del aire seco y puro de los pinares cercanos. Tuvo que darle la razón a Pepa. Merecía la pena descubrir unas casas, frente a la hoz del Huécar, en completa simbiosis con la montaña. Piedra, tierra y arena que se transformaban en el hábitat de personas que miraban al resto desde las alturas de sus ventanas privilegiadas. Era difícil hacerse a la idea de cómo y por qué construyeron esas moradas en desafío continuo a la ley de la gravedad, perpetuo juego de equilibrista entre la tierra firme y el despeñadero. Un puñado de hogares que se habían convertido en el símbolo de una capital de provincias.

Soledad nunca había sentido interés por conocer otros pueblos, abandonó por primera vez el suyo ya en la treintena. En Valencia había aprendido a reconocer la belleza de una arquitectura singular, despertando su curiosidad por otras ciudades y otras gentes. Por aquella época, el turismo estaba en pañales y los españoles se despertaban de una modorra de más de cuatro décadas. En Cuenca aprendió a encontrar las diferencias. A veces leves, otras extraordinarias con otros lugares. Empezó a pensar en lo diferente que tenían que ser las vidas de los seres en el mundo. En una tierra cargada de opuestos.

Volvieron al pueblo. Allí el rumor de que Soledad era la heredera de doña Juanita se había extendido como la pólvora. Cuando se bajaron del autobús,

la plaza estaba llena. Las miradas volvían a ser de recelo pero ahora con una dosis de temor. Temor ante el nuevo poderoso. Habían permanecido demasiados años sin una cabeza visible que organizara sus destinos. Quedaba el recuerdo. Ella parecía una mujer débil, pero llevaba en las venas la sangre de los Núñez de Pedro, y de éstos no había habido ninguno bueno.

Soledad se sentía atravesada. Era el punto de atención, algo que nunca le había agradado demasiado. Por lo visto, era otro de los legados que acababa de heredar.

— No te preocupes por ellos. Terminarán acostumbrándose en menos que canta un gallo —le anunció Pepa al tiempo que la agarraba del brazo en un intento de aportarle seguridad.

— Espero que tengas razón, tía. No me gusta cómo me miran.

— Temen que seas otra Núñez de Pedro como la difunta doña Juanita.

— ¿Cómo era ella? ¿Tan maligna que aún después de tanto tiempo siguen temiéndola?

— ¡Eso y más! ¡Menuda pieza era tu abuelita! Era un ser despiadado, sin corazón. No me gusta hablar mal de los muertos, pero en este caso se lo merecía. Hizo la vida imposible a todos la que le rodearon. Su marido, sus hijas, el pueblo entero. Su única debilidad era tu padre. Por eso le sentó tan mal que él eligiera a tu madre y no contara con su opinión. Todo un culebrón. Una historia de amor con mayúsculas. Fue una verdadera pena como terminó. Esa guerra nos rompió el alma a todos. No hubo un hogar que quedara libre de alguna muerte. Familias divididas, odios entre amigos, entre hermanos. No fue nada bueno, nada bueno... Después vino el hambre. Espero que tú no lo pasaras muy mal, hija mía.

— No, no tengo recuerdos de haber pasado hambre. Tampoco he sido nunca una gran comedora pero mi padre, bueno, Mario Facundo siempre se las arreglaba para traer naranjas, aceite, arroz, o grandes latas de anchoas de dos kilos. Nunca supe exactamente de dónde las sacaba pero éramos la envidia del pueblo.

— Él después de la guerra se dedicó al estraperlo en el mercado negro.

— Ahora entiendo por qué pasaba épocas en los que desaparecía durante semanas. Nunca se me ocurrió preguntar, lo único que importaba era que a la vuelta tendríamos la despensa llena. Después, él ya no estaba.

— ¿Cómo murió?

— Fue muy triste. Una mañana le encontramos colgado del limonero viejo que había en el corral de casa. Una escena horrible que no podré olvidar, su cara, sus ojos.... Yo tendría poco más de quince años. Ahí sí que pasamos unos años malos. Al final sobrevivimos gracias a los ahorros que nos dejó y a que yo me puse a tricotar ... — ¿Y Dolores?

— La muerte de Mario Facundo la acabó de trastornar. Desde entonces estaba ida. Me encontré con un padre muerto y una madre enloquecida. Creo que logré sobrevivir gracias a la ayuda del médico del pueblo que había sido muy amigo de Mario Facundo. Él siempre estuvo pendiente y hasta el último minuto de mi vida en aquel lugar fue el único que me tendió una mano amiga. —Soledad no mencionó a Pepa su intento de suicidio. Era mejor no alarmarla con un hecho del pasado que más valía la pena dejar enterrado. Una actuación de la que no estaba orgullosa y que prefería omitir.

— ¡Qué pena niña, tú allí sola y yo aquí esperándote! Nunca pude entender por qué Dolores o Mario Facundo no nos indicaron dónde se habían establecido. Los días fueron pasando, después las semanas, los meses, los años. Mis padres nunca perdieron la esperanza y murieron esperando una carta.

— A mí nunca me hablaron de Valbello, ni de vosotros, ni de Mercedes. Crecí sin saber siquiera dónde había nacido, ni si tenía algún familiar más.

— ¿Nunca preguntaste?

— Sí, muchas veces, pero me contestaban con evasivas y siempre Mario Facundo. Dolores nunca contestaba, ni siquiera me miraba. Ahora, al recordarlo creo que él respondía porque le daba lástima verme preguntar y que mi madre no fuera capaz de decirme nada, y al mismo tiempo temía hablar más de la cuenta y entonces tener represalias de ella. Que si algún primo en alguna provincia lejana, que si los abuelos murieron... Al final me cansé de no sacar nada en claro y lo fui arrinconando en algún lugar de mi mente.

— La verdad que no lo entiendo. Quizás tuviese miedo de que tú huyeras algún día y regresaras a nosotros.

— Pues no sé para qué quería que me quedara con ella, nunca fue cariñosa conmigo, nunca tuvo ni un gesto de amor. Primero fue indiferencia y más tarde pura tortura.

— Ella se volvió muy extraña. Yo creo que te quería pero la muerte de

Juan le dejó el corazón seco, donde sólo cabía el egoísmo. Tenías que ser suya, le pertenecías y aunque fueras una carga que la había unido a un hombre que la odiaba y al que ella no soportaba, jamás te hubiera dejado libre. Lo mismo le sucedía con Mario Facundo. Nunca le quiso pero tampoco le dejó marchar.

— No te puedes imaginar las peleas cuando él regresaba de viaje. Yo me escondía en mi habitación con la almohada tapándome los oídos. A pesar de todo, la oía gritarle, acusarle de haber estado con otras mujeres, de falta de respeto, y de yo que sé cuántas cosas más. Los insultos se podían escuchar en la calle.

— ¿Qué me vas a contar? Antes de marcharse ya hizo de las suyas aquí.

— Después del suicidio de Mario Facundo sólo le quedaba yo. A medida que enfermaba, su ira iba en aumento. Me decía de todo a voz en grito. Cada vez que recuerdo todos estos años se me ponen los pelos de punta.

— Mejor será que no lo recuerdes más. Eres joven, tienes la vida entera por delante.

— No tan joven.

— Lo suficiente. Puedes encontrar un buen marido que te dé estabilidad y amor. Yo ya estoy vieja y no sé lo que te duraré. Antes de irme me gustaría verte feliz.

— Ya soy feliz ahora que te he encontrado. No creo que haya que precipitarse en el amor, si llega bien y si no también. —Soledad no pudo evitar pensar en el desconocido de negro y en lo que había sentido cuando se le acercó en el hospital. Su sangre se alteraba con tan sólo recordar su aliento en su boca.

Esa conversación se paró en ese momento al llegar a la casa de Pepa.

— ¿Tienes las llaves de la mansión?

— Sí, deben de estar entre el manojito que me han dado los hermanos Peláez.

— ¿Quieres que vayamos a verla? Si te confieso una cosa, ¿no te reirás de mí?

— ¿Cómo me voy a reír de ti, tía?

— Pues que siempre me ha picado la curiosidad ver por dentro esa vieja casona. De pequeñas, tu madre y yo buscábamos huecos entre los cipreses que rodeaban la valla para poder entrever algo. Dolores pensó que algún día

sería su dueña y señora. —La tristeza se podía ahora oler en el gesto de su cabeza medio ladeada hacia la ventana.

— ¡Pues eso está hecho, vayámonos ya antes de que oscurezca! —y salieron las dos como niñas con zapatos nuevos. En la cara pintada una sonrisa pilla, de travesura.

Caminaron juntas, cogidas del brazo y riéndose con sólo mirarse. Entre las dos se había establecido una especie de complicidad que unas veces llega sin proponérselo al conocerse y otras no bastan décadas de convivencia para lograrla. Quien las hubiera visto habría jurado que no se habían separado nunca, cuando la realidad era que acababan de encontrarse sus caminos después de una eternidad.

## 10

### AGUSTÍN

A Mercedes la alegría de la boda le duró poco. Su felicidad fue tan breve que siempre se preguntó si realmente la había llegado a sentir o la había pintado en su memoria. Era su única escapatoria cuando la tristeza se volvía insoportable.

Después de casarse, lo celebraron con los conocidos en la taberna de Amancia. Ella les regalaba el convite. Unas cuantas tapas, cerveza y vino. Tampoco eran muchos comensales. Unos cuantos compañeros de trabajo de Agustín, pues su familia vivía en un pueblo lejano de Galicia, don Federico y la nueva aprendiz. Una comitiva tan corta como dispar. Era menor por lo que tuvieron que falsificar la autorización paterna. A ella no le produjo ningún remordimiento. Su padre estaba muerto y enterrado en su corazón.

Los ojos brillantes de Mercedes le recordaban a Amancia su propia boda, la sensación de unión con Anselmo, sin embargo no podía evitar un sentimiento de rechazo. No podía explicarlo, pero por más que lo intentaba no podía dejar de pensar que la chica se había equivocado. Aunque cada uno tiene derecho a sus propias equivocaciones y nadie más que uno mismo debe sentir las en sus carnes para comprobar que el camino escogido no había sido el adecuado. Así pensaba ella, y por eso se mantuvo al margen y a la espera de la caída para estar allí. No fallar a la otra cuando realmente la necesitase.

Esa tarde hizo de tripas corazón y puso al mal tiempo buena cara, como a ella le gustaba decir. Le encantaban los refranes populares y los usaba siempre que la ocasión le parecía requerirlo.

Amancia no era la única a la que esa boda no convenía. Don Federico amaba a Mercedes en silencio, con un amor paciente y generoso. Se conformaba con amar y tenerla cerca y se habría sentido feliz si ella se hubiese unido a un hombre cabal, pero ese Agustín no era buena pieza y él lo sabía. Olía la desgracia que se fragua desde lejos. Tenía ese don, siempre lo había tenido. Desde pequeño era capaz de intuir el peligro aunque nada pareciera presagiarlo. Era como el buen marinero que presiente la tempestad mucho antes de que aparezcan los primeros nubarrones.

Había tenido una infancia difícil, plagada de las burlas de sus compañeros de colegio, llena de sinsabores que le atormentaban. Los niños pueden llegar a ser muy crueles si se lo proponen. Estaban él y el resto del mundo. Aislado, su único consuelo era una madre que le adoraba y que suplía con su cariño todos los desengaños que la vida le iba mostrando. Su padre había muerto cuando él era apenas un bebé y su madre se había hecho cargo del negocio familiar. Era dicharachera y muy hermosa. Los familiares y vecinos no se explicaban de quién había heredado Federico esos atributos tan grotescos. Sus ojos estrábicos, su nariz ganchuda, su boca de pito, su figura desgarrada... podían resultar por separado un mero tropiezo de la naturaleza pero todos esos defectos juntos en él representaban una cumbre muy difícil de superar. Su padre no es que hubiese sido un hombre excesivamente guapo pero no estaba nada mal y tenía un buen porte. Así se le veía en la foto de boda que su madre tenía colgada en el centro del salón. Se llegó a rumorear sobre su origen y no pocos aseguraron que él era fruto de un desliz de su progenitora con algún jorobado de feria, aunque la conducta intachable de la susodicha terminó acallando tanta rumorología.

Su madre le enseñó a quererse y a perdonar, a aceptarse tal y como era y a aceptar a los demás sin preguntar. Cualidades que le sirvieron de mucho en la vida. Aunque era un personaje singular, pues se sabía feo, con una fealdad que marcan distancias y que enarbolan muros entre las personas, debajo de ese físico insulso y desagradable se escondían una mente privilegiada y un corazón de oro. Por su boca nunca salían palabras desagradables y se le encogían las tripas ante las desgracias ajenas. Siempre estaba allí cuando



alguien le necesitaba y le dejaba ayudar. Por eso, poco a poco, se fue haciendo con innumerables amigos que, una vez superado el impacto de su aspecto exterior, le eran incondicionales.

La percepción de la belleza cambia en nosotros mismos sin apenas darnos cuenta. Un rostro que a primera vista nos parece bello, después de esa primera impresión y del trato, ése aspecto físico que creímos percibir se ve modificado. Esa perfección se adapta a los defectos del alma que se van colando por los poros de la piel, distorsionando los rasgos. Del mismo modo, puede que una persona que resulte poco agraciada, con el paso del tiempo, se acabe viendo con otros ojos. Las fallas de su físico se desdibujan y se encogen.

Mercedes se había habituado a ver a don Federico y ya no sentía la repugnancia de los primeros días, sin embargo era incapaz de ver su interior. Su mirada se posaba ligera, viendo nada más que un físico más o menos delicado o atractivo. Por eso se casaba con Agustín. Su ceguera no le dejaba ver todavía los monstruos que poblaban el alma de su recién estrenado marido y que después sentiría con creces en su propia piel.

Para que eso llegara apenas quedaba nada. Después del brindis y de llenar la tripa venía el momento que más temía Mercedes. Además de no tener experiencia, había perdido su virginidad y sabía que si su marido lo notaba podía despedirse de él. No se le ocurrió otra cosa que emborracharlo copa tras copa. Cuando llegó el momento de retirarse, estaba tan borracho que lo tuvieron que llevar acuestas sus compañeros. Le dejaron tirado en la cama semiinconsciente.

Ella lo desnudó y lo metió entre las sábanas. Se quitó su ropa y se puso un camisón. Con un alfiler se pinchó en un dedo y dejó caer unas gotas de sangre en la sábana blanca, junto al beodo. Ella le dio varios besos pero él no respondió. Al final se quedó acurrucada junto a su esposo y se sumergió en un sueño pesado y reparador. Al fin tenía lo que quería, o al menos eso pensaba esa noche.

Cuando se despertó en aquella cama pegada a la pared, Agustín seguía durmiendo. Roncaba a pierna suelta y despedía un olor a garrafón que tiraba para atrás. Se preguntó cómo había podido dormir con aquel estruendo en su oreja. Mientras ella preparaba el desayuno él se tiró una flatulencia tan sonora que le hizo pegar un respingo.

Cuando por fin se despertó el marido, ya era cerca de mediodía. Se levantó de mal humor. Cosas de la resaca se dijo Mercedes, quien no había esperado algo así para su noche de bodas y su primer día de casada.

Él se sentó con la cabeza entre las manos y le pidió a gritos que le preparara café y algo para comer.

— ¡Es que no me oyes, mujer! —le chilló ante la inmovilidad de Mercedes. —¡Venga, rápido que no estoy para tonterías!

Cuando él engulló la tortilla pareció recobrar un poco el encanto.

— Bueno será mejor que nos pongamos manos a la obra, anoche...

— Anoche me hiciste tuya —se apresuró a decir.

— ¿Seguro? No recuerdo nada.

— Eso será por la borrachera. —Ella le cogió de la mano y le llevó hasta la cama, donde le mostró la sangre.

— Sí, eso parece. —acepto un poco reacio.

Después de hacerla suya, de verdad, y de comprobar su inexperiencia quedó un poco más convencido, aunque su naturaleza recelosa y malpensada le hizo que en más de una ocasión le echara en cara que no estaba seguro de que hubiese llegado virgen al matrimonio. Mercedes quedó aliviada, pensando que lo peor había pasado, cuando ni siquiera había hecho acto de presencia.

Los días fueron pasando rápidos. De la paquetería a la casa y de la casa al trabajo. El resto del tiempo se le iba en limpiar y cocinar. De la compra se encargaba Agustín, no por ayudar, sino por tenerla controlada. No le daba ni una perra. Él se quedaba con su sueldo y el de ella, teniéndole la otra que rogar para un par de medias nuevas o un vestido. A él nunca le parecían necesarios los gastos de ella, en cambio tenía el bolsillo roto para los suyos. Rondas para los amigos, tabaco, incluso algún rato con mujeres de mal vivir, por no llamarlas putas. Todo le parecía poco para él y mucho para ella. Al principio, pensó en no dejarla trabajar pero después se dio cuenta que con un maromo como don Federico de jefe no tenía problema. Además, a la paquetería sólo acudían mujeres. Por si acaso, de vez en cuando la espiaba a la salida, de lejos, sin que ella notara su presencia. Se convertía en una sombra que se escondía en los portales ante cualquier giro de Mercedes. Era un celoso y un egoísta, a partes iguales, pero se fue convirtiendo en algo peor, mucho peor: una mala bestia. Cuando llegaba a casa exigía la comida y si no estaba lo suficientemente caliente o salada o ardía o no encontraba sus

zapatillas de estar por casa comenzaba a gritarle.

— Eres una mala esposa. ¡Vergüenza te tenía que dar, no sabes ni preparan una puta sopa!

O lindezas del estilo: ¡Vaya mierda de guisado! ¿Dónde te enseñaron a cocinar, en una porquera? Ja,ja,ja...

O ¡Nunca encuentro nada en esta puñetera casa, eres la peor ama de casa de todos los tiempos!..

Después llegaron los insultos. Desde el ‘zorra’ o ‘mala pécora’ al ‘imbécil’ o ‘anormal’, entre otros. Y Mercedes bajaba la cabeza y permanecía en silencio. Se esmeraba en los guisos, preguntaba a las clientas recetas nuevas, limpiaba como una obsesa la casa e intentaba que nada estuviera fuera de lugar. Todo resultaba inútil. Agustín siempre encontraba algún defecto y sino se los inventaba. Él le había cogido el gusto a humillar a su mujer y pensaba que así la mantenía en vereda. Poco a poco la conducta fue degenerando, cuanto más le hacía sufrir más disfrutaba. No supo qué día paso la raya que le impedía el retorno pero lo cierto es que la pasó y en el camino la perdió a ella y a sí mismo.

Dicen que la primera bofetada es la que más duele. Mercedes no sabría si estar de acuerdo. Para ella quizás sería la que nunca se olvida, pero duelen más los huesos rotos, las patadas y los puñetazos. El aliento que se corta y el miedo que te paraliza las entrañas. Él era muy listo. Nunca le pegaba en la cara. En verano también evitaba los brazos, así que la mayor parte de los golpes se los llevaban el pecho y el abdomen. Hasta tres abortos sufrió por culpa de sus palizas. Mercedes se preguntaba cómo pudo sobrevivir el cuarto. Ella siempre se encogía protegiéndose la tripa que en cuanto se hizo voluminosa era como una diana gigante en donde él podía ensayar su particular y desigual combate.

Al principio ella se echaba las culpas, era una mala ama de casa, una inútil. ¡Si ya se lo habían dicho en las casas donde había trabajado! Después los pensamientos desaparecieron, sólo quedaba el horror. Un horror profundo que anula la voluntad y la resistencia. Ella ya no era Mercedes, era un ser recluido en una fortaleza hecha de golpes y de temores. Se volvió hosca, huidiza, callada.

Don Federico la observaba y reconocía que algo no marchaba bien. No sabía cómo acercarse a ella y brindarle su ayuda. Habló con Amancia. Desde

la boda, Mercedes no había vuelto por la taberna. Ella se sentía dolida y le preguntaba a Agustín por ella, quien le decía que las tabernas no son cosa de mujeres honradas. A ella se le llevaban los demonios. Le hubiera estampado una jarra en la cabeza.

— A Mercedes le pasa algo —le soltó una tarde con el café en la barra, harto de sentirse un inútil.

— Ya me lo estaba figurando. Cuéntame, qué crees que sucede.

— No lo sé, no podría asegurarlo, pero podría abortar porque él la maltrata —dijo sin poder levantar los ojos de las estrías de la madera vieja.

— ¡Dios, es peor de lo que pensaba! ¿Estás seguro?

El otro la miró con ojos implorantes. No tenía nada que lo pudiese corroborar sólo su instinto que nunca fallaba. ¿Cómo explicarlo?

— ¿Le ves marcas, moratones?

— No, no veo marcas en su cuerpo, las veo en su alma, y en sus movimientos doloridos cuando se tiene que agachar. Hay días en los que camina despacio como si sus huesos fueran de cristal, otros no puede evitar llevarse una mano al abdomen cuando cree que no la ven, poniendo una cara de dolor indescriptible. Son pequeños actos, minúsculos que pasarían desapercibidos si no se quieren ver.

— Pero ahora está embarazada. ¿También le pegará en su estado? — Amancia se hacía cruces ante el solo pensamiento de que pudiera ser verdad.

— No es la primera vez que está embarazada. Ella tiene más confianza con la aprendiz y en alguna ocasión le he oído comentar que estaba de buena esperanza o que había perdido al bebé. De algo tenía que servirme ser silencioso y hacerme el distraído.

— ¿Y crees que los ha perdido por las palizas?

— Me temo que sí, nunca había llegado a este punto del embarazo. Esta vez parece que ha cuajado, pero temo que si sigue pegándole acabe también con la vida de este hijo y de paso con la de la madre.

— ¡Pues esto ya no puede seguir así, cuando pille a ese rufián le voy a cantar las cuarenta! —aseguró llena de indignación la tabernera.

— Ya sé que tenemos que hacer algo, pero que tú le leas la cartilla a ese sinvergüenza no creo ni que sea la solución, ni que sirva de nada. Es más, sería contraproducente. Pensaría que Mercedes nos lo ha contado y seguro que le caía encima otra buena tunda.

— ¡Qué podemos hacer entonces! —Amancia se iba poniendo cada vez más nerviosa, estado que se reflejaba en el movimiento agitado de sus manos y en sus idas y venidas sin justificación. Actitud que contrastaba con la de su contertuliano.

— Llevo mucho tiempo pensando una solución. Quizás creas que estoy loco por lo que te voy a contar, pero te aseguro que es la desesperación la que me lleva a estos pensamientos. —Ahora sus ojos refulgían llenos de odio y angustia.

Amancia se quedó entonces muy quieta. El tono que empleaba don Federico era tan extraño como sus propias palabras. Nunca había visto esa expresión de firmeza en su rostro y por un momento pensó que de ser más frecuente le daría cierto aire de poderío que le hacía un poco atractivo.

— No creo que me asuste nada de lo que me vayas a contar. Soy demasiado vieja para sorpresas.

— Te lo cuento, pero nada de lo que me digas me va a hacer cambiar de opinión. Le he dado demasiadas vueltas, demasiadas noches sin dormir, demasiado dolor en Mercedes. Debemos actuar ya, en estos momentos, antes de que sea tarde.

— Venga, cuenta, que me tienes en ascuas.

— A Agustín le gusta mucho frecuentar las tabernas, las mesas de juego y las prostitutas. Para eso tiene que meterse por calles poco transitadas, donde nadie hace preguntas ni ve nada.

— ¿Qué estás proponiendo? ¿Qué le matemos?

— ¡Desde luego, doña Amancia, que soy un buen cristiano y ‘no matarás’ es uno de los Diez Mandamientos! ¿Qué cosas tiene!

— Bueno perdona, es que te estabas poniendo tan misterioso con lo de las calles oscuras y todo eso que...

— A eso voy. La muerte sólo la puede suministrar Dios, pero una soberana paliza...

— Ya entiendo, quien a hierro mata a hierro muere. Aunque mi duda es, ¿después qué?

— Una paliza que le deje rotos todos los huesos del cuerpo, que le retenga en el hospital durante meses, lejos de alcanzar a Mercedes, que le haga reflexionar sobre lo que duele que te machaquen el cuerpo. Que le dé tiempo a ella de tener ese hijo y que nos lo dé a nosotros para convencerla de que

debe abandonarle. Por su bien y por el de la criatura.

— ¿Por qué no le denunciarnos a la policía?

— No me hagas reír. La policía se carcajearía en nuestra cara o en la de Mercedes. Una esposa pertenece a su marido en esta sociedad machista y puede hacer con ella lo que se le antoje. Vamos, como si la mata.

— No me lo recuerdes, que me hierve la sangre.

— Creo que mi solución es la mejor, al menos no tenemos otra.

— ¿Quién le daría la paliza? Nosotros desde luego poco tenemos que hacer —reconoció Amancia mirando sus carnes flácidas y la delgadez del otro.

— Ya he hecho indagaciones a través de un amigo. Unos matones se encargarían. —En este punto bajó la voz, temeroso de ser oído aunque estaban prácticamente solos a esa hora en el local.

— ¿Cuándo sería?

— Esta misma noche.

— ¿Ya?

— Es fundamental que nos demos prisa. La vida del bebé peligr.

— Sí, tienes razón. Si se ha de hacer, cuanto antes mejor.

Dicho esto, él apuró su copa y se marchó. Ella se puso a ordenar y limpiar de forma frenética. No quería pensar en lo que dentro de unas horas ocurriría. Parecían unos delincuentes cuando en realidad no hacían más que intentar salvar a una amiga. Ese pensamiento no conseguía aliviarla.

En la calle estaba oscureciendo y el frío se calaba en los huesos. Don Federico se dirigió a la tienda por las callejas mil y una veces andadas. Entró y apenas dirigió un ‘buenas tardes’ a las dos muchachas. Se metió en su despacho y descolgó el teléfono.

— Que sea esta noche. —Al otro lado de la línea no se oyó más que una respiración entrecortada y después el silbido metálico que anunciaba el corte de la comunicación.

Ya estaba hecho, no había vuelta atrás. El teléfono le quemaba en la mano pero era incapaz de soltarlo. Esperaba que se tuvieran en cuenta los atenuantes, nunca antes había osado realizar ni siquiera un gesto que dañara lo más mínimo a cualquier ser viviente. Le dolía hasta aplastar a las hormigas si se cruzaban en su camino. En ese momento reconoció que era cierto que no nos conocemos ni a nosotros mismos, siempre existen reacciones imposibles

de predecir, insospechadas e incoherentes con todo lo que hemos sido o hecho hasta ese momento.

A Agustín lo agarraron por la espalda dos matones en un callejón oscuro cuando acaba de recibir la felación de una prostituta. En la cara todavía tenía pintados el placer y la satisfacción cuando se oyó el crack de su primer hueso roto. Sus gemidos quedaron ahogados después del primer rechazazo directo a la mandíbula. No pudo reaccionar y quedó allí tendido en el suelo manchado con sus propios fluidos.

Le encontró el sereno poco después del alba. A esas horas, Mercedes se debatía entre la preocupación por su paradero y la alegría por el respiro que suponía no tener que aguantar sus insultos o sus golpes. Más de una noche había esperado que no regresara, que un accidente le quitara de en medio y la dejara vivir sin miedo. En sus sueños le clavaba un puñal en defensa propia pero sabía que nunca sería capaz de hacerlo en la realidad. Tampoco quería pedir ayuda. Bastante era su desgracia para propagarla a los cuatro vientos, y aunque lo hiciera de nada le iba a servir. Las autoridades no la creerían y Agustín se enfadaría más. Tampoco podía abandonarle. A dónde iba a marcharse, estaba harta de huir. Ahora tenía un hogar, que aunque fuera un infierno era el suyo. Tenía que apegarse con lo que había elegido.

Se tocaba el vientre. Tenía tanto miedo por ese hijo. A los otros no les había llegado a sentir. Éste ya se retorció en sus entrañas. Podía notar sus patadas, sus movimientos y hasta su calma. No quería perderle. Él sería su consuelo, le daría todo el amor que nadie le había dado a ella y que, a su vez, ella no había podido corresponder. Por todo ello, esa noche se alegró de que no volviera. Sin remordimientos, sin falsa beatería. Deseaba su muerte, y descubrió que también tenía una buena dosis de odio en su corazón. Le odiaba por haberle fallado, por no haberla amado, por cada golpe y cada costilla rota, por los hijos que se quedaron en su vientre y por todo aquello que no podía describir con palabras pero que le quemaba por dentro.

Como todas las mañanas se vistió y se fue a trabajar. No podía evitar que hasta su cara denotara su contento. Don Federico llegó nervioso, pensando que quizás ya se supiese algo. Tuvo que controlar los nervios y se encerró en su despacho.

Ella decidió concederse la esperanza, aunque sólo durara ése día y después él apareciera en cualquier callejón en el que hubiese dormido la

mona.

A media tarde, la policía se presentó en la paquetería.

— ¿Doña Mercedes Martos?

— Sí, soy yo —dijo conteniendo el aliento e intentando no manifestar alegría.

— ¿Su marido se llama Agustín Figueras?

— Sí... ¿Ha ocurrido algo agente?

— Verá, no se altere —se puso a explicar uno de ellos al percatarse del estado de la señora. —Su marido ha sufrido una agresión, pero no corre peligro su vida. Está en el hospital y veníamos a hacerle algunas preguntas.

Mercedes casi se cae al suelo de la impotencia, confundiendo los agentes su reacción con una súbita pena por la desgracia del esposo. Nada más lejos de la realidad. Por dentro Mercedes no hacía más que preguntarse por qué una agresión y no la muerte. “¡Por qué se le daban esperanzas para después volverla a la cruel realidad!” Era pecado mortal desear la muerte de alguien, pero ese pensamiento no conseguía evitar que ella sintiera que el que no hubiese muerto su marido era una injusticia.

El interrogatorio fue breve. Apenas un par de preguntas sobre las costumbres de Agustín y sobre si tenía algún enemigo. Ella sólo podía balbucear respuestas cortas y monosílabos. Terminaron rápido. Se hicieron su composición de lugar y no la consideraron peligrosa. Después de su marcha, ella se quedó callada, mirándose las manos sin saber cómo actuar.

Don Federico salió en su ayuda. Lo había escuchado todo con el corazón en un puño, muerto de miedo y de remordimientos. No era persona hecha para el mal y por eso se reconcomía.

— ¡Quite mujer. A recoger y a ir a visitar a su marido al hospital! Yo la llevaré, que no se le ve muy buena cara para andar sola por la calle. No vayamos a tener un disgusto. Adela, usted se encarga de todo. Yo estaré de vuelta para el cierre.

Mercedes fue incapaz de oponer resistencia a pesar de que lo que menos deseaba en ese momento era estar cerca de su marido. No había muerto y se sentía tan decepcionada que todo lo veía negro. Mantenerse a oscuras es más llevadero que ver un fogonazo de luz y tener que regresar a las tinieblas. Se sentía sin aliento, sin fuerzas, sin ganas de enfrentarse por más tiempo a aquella vida. Durante algún tiempo echó la culpa a su ineptitud, a su forma de



ser o incluso a su juventud. Estaba harta de encontrarse culpable y de no recibir más que golpes. De lo único de lo que estaba segura era de que la vida no la quería bien. No le había dado más que sinsabores, uno detrás de otro. Aunque de este último, no podía decir que no le habían advertido.

Por un momento pensó que quizás su corazón sería capaz de albergar pena por el hombre del que un día estuvo enamorada. ‘Qué triste cuando el amor se deshace y no queda más que repulsión y rechazo’, pensó mientras le veía allí tumbado, lleno de yeso y de tubos. Le odió más que nunca. Por ser un mal nacido y por haberla convertido en un ser mezquino.

Él estaba inconsciente. El médico le aseguró que no corría peligro y que todo era mucho más aparatoso visualmente que el daño real que tenía. A ella, sus palabras le resbalaban. Eso sí, tenía para rato en el hospital. Costillas, brazos y piernas tenían diversas fracturas. A lo que había que añadir una conmoción cerebral. Eso ya le pareció más agradable.

— ¿Cuánto tiempo exactamente, doctor?

— No sabría decirle, un par de meses, tres a lo sumo. Tenemos que operarle y debe permanecer en reposo mucho tiempo. Después tendrá que hacer rehabilitación...

— En todo ese tiempo no podrá salir del hospital, ¿verdad? —ella empezó a disimular el tono que se estaba escapando risueño y con tintes de satisfacción.

— Sí, desde luego, si la familia no dispone otra cosa.

— No, no. La familia no dispone otra cosa —se apresuró a decir.

Don Federico la observaba contento. Al principio había supuesto que la agresión había dejado a Mercedes llena de pena, pero ahora estaba comprobando que se alegraba de la desgracia de su consorte. Esta evidencia le quitaba un peso de encima. Si ella era feliz, todo lo demás no importaba. Con esos tres meses, que el ya se encargaría de alargarlos pues conocía al director del hospital, tenían tiempo para que llegara el alumbramiento. Debía elaborar un plan alternativo rápidamente. Pensar en qué pasaría después, aunque era tan dulce el momento que sentía la necesidad de saborearlo. Quizás el sentir en su propia carne lo que era que te golpearan sin piedad le hiciera cambiar. Esperanzas.

Mercedes volvió a recobrar su espacio vital. La casa parecía haberse agrandado. La pequeña ventana le traía todo el sol del mundo hasta ese cuarto

interior. Se tocaba la panza abultada en medio de una cama que no tenía que compartir. Le susurraba a su bebé palabras de amor. Las mismas que nunca pudo decir a su madre, su padre o su esposo. Ahora se las cantaba a su niño nonato. No quería pensar en la salida de Agustín y en su regreso a casa. Los primeros días sólo pensaba en lo bien que estaba sola y en lo fácil que parecía así la existencia. Recobró la ilusión en los preparativos para el nacimiento ya que antes temía que en cualquier patada el niño se le escurriera sin vida.

El tiempo se le iba del trabajo a la casa. El fin de semana se pasaba a hacer la visita de rigor al enfermo. Le preguntaba si iba mejor, cómo se encontraba y le inventaba mil excusas que respaldaran su ausencia diaria. El trabajo, una gripe, un catarro, la pierna, la espalda, reposo para el niño. Cada semana era distinta y cada semana él parecía ignorarla. La miraba con la cabeza vendada y no contestaba. Seguía allí tumbado, atiborrado de calmantes y colgado de cables.

Ella se escapaba en cuanto podía. No soportaba el olor a medicinas, a enfermedad y a desesperanza, pero por encima de todo no soportaba a su marido. “Lástima que lo que ha unido Dios no lo pueda separar el hombre”, se repetía sin encontrarle la justificación.

Llegó el momento del parto. El pequeño nació sano, a pesar de las palizas. Su madre le llamó David, ‘el amado’.

Como todo lo bueno, se acabó la libertad de tener a Agustín postrado. Él volvió a casa cuando las influencias y el mal carácter del enfermo no pudieron retenerle por más tiempo ingresado.

Don Federico se desesperaba. Había intentado convencer a Mercedes de que tenía que abandonarle sin resultado. Amancia tampoco lo había conseguido. “¿A dónde voy a ir? Él me encontraría. La ley está de su parte, tendría que dejarlo todo y esconderme. Vivir con el miedo en el cuerpo. Me buscaría, lo sé. Yo tendría a su hijo. Pasaría de temer sus palizas a empezar de nuevo, sola y con el temor de que me localice. No sé que es peor. Quizás estar postrado tanto tiempo le haya cambiado. Es mejor esperar a ver. Esperar a ver.”

Ésta era su respuesta siempre que se sacaba el tema. El niño le había dado nuevas esperanzas, expectativas de un cambio en su hombre. Confianza que desapareció la primera noche cuando le cruzó la cara por no gustarle la sopa. Llegó a media tarde. Ella le daba el pecho al pequeño. Los miró y se fue al

baño sin decir palabra. Cuando salió se acercó y le echó un vistazo a David.

— ¿Quieres cogerle?

La pregunta quedó en el aire, él hizo como si no la hubiese escuchado. Se giró y caminó hacia el salón.

— ¡La cena, tengo hambre! —le oyó gritar. Ella intentó quitarse al niño del pecho pero comenzaba a llorar. Desesperada se levantó mientras seguía amamantado y se fue a calentar el caldo que le había sobrado de la comida. Se la sirvió con el bebé enganchado y cuando se estaba volviendo sintió que un golpe la abrasaba la cara. Perdió el equilibrio y casi se cae encima del niño. Para evitarlo apoyó la mano libre, notando como el hueso se fracturaba en el impacto. El niño se puso a llorar. El dolor la había dejado paralizada.

— ¡Vaya mierda de sopa y que se calle ese mocoso de una vez o va a saber lo que es bueno! —le amenazó sin intentar siquiera ayudarle a levantarse. Él siguió engullendo como si tal cosa mientras ella era incapaz de ponerse en pie. Como pudo dejó al niño en el suelo y apoyándose en esa mano consiguió quedarse de rodillas, volver a agarrar a David y después incorporarse totalmente.

El brazo le colgaba. El malestar se le hacía insoportable, la casa comenzó a darle vueltas justo antes de alcanzar la cama y tenderse con el crío. Le puso a mamar y calló. Ella perdió el conocimiento. Cuando despertó era noche cerrada y se encontraba sola. Sola en la cama y sola en la casa. Agustín se había marchado. David tampoco estaba. Se volvió loca. Buscó por todos los rincones que una casa tan reducida podía ofrecer. La desesperación la dejó sin aliento. Se puso un abrigo y voló a la calle. Llegó a la taberna de Amancia como una exhalación pero allí no estaban. Su amiga se quedó helada cuando vio su aspecto. La cara hinchada y el brazo sin vida.

— ¡Dios mío, niña! ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —la alarma se le transmitía a la voz.

Mercedes respiraba entrecortada.

— Él, él...

— ¿Agustín?

— Sí. Él se lo ha llevado...Él se ha llevado a mi bebé, se ha llevado a mi bebé —sus palabras eran apenas un suspiro bronco.

— ¿Agustín se ha llevado al niño? ¿Es eso lo que quieres decir?

— Sí. Yo me desperté y ya no estaban. ¡Dios mío, mi pequeño a estas

horas por ahí con ese energúmeno! ¡Ayudadme por favor, ayudadme! —sus sollozos se dejaron sentir en todo el local. El resto de los presentes se giró expectante. No era muy habitual ver a una mujer en una taberna a esas horas y menos llorando. La mayoría pensó que era una puta a la que habían dado una paliza y siguió a lo suyo. Sólo a unos pocos la curiosidad les llevó a interesarse momentáneamente. Pasados los primeros instantes, todos la olvidaron e incluso a más de alguno le llegó a molestar que continuara el llanto.

La tabernera avisó a Don Federico, quien no tardó en hacer acto de presencia. Llegó y se hizo cargo de la situación. Examinó la cara y el brazo de Mercedes y la agarró por el lado bueno.

— Será mejor que salgamos a buscar a ese mal nacido y después nos vayamos directos a que te vea un médico.

Por suerte para la muchacha, su jefe conocía perfectamente los lugares de alterne del marido, quien como cualquier animal de costumbres en cuanto había sido liberado de los grilletes hospitalarios había vuelto a retomar su ruta noctámbula en busca de bullanga.

Lo encontraron en la tercera taberna que visitaron. Estaba en el medio de un corrillo con el niño alzado y encanado.

— ¡Habéis visto qué pulmones tiene mi hijo! ¡Es todo un macho!, jajaja...

El ambiente estaba concentrado por el humo, la pestilencia a alcohol y el olor a humanidad que no se lava. Mercedes casi se vuelve a desmayar al ver a su niño en semejante situación, pero don Federico actuó deprisa. Le quitó al chiquillo de los brazos y se lo tendió a la madre ante la mirada estupefacta de Agustín. Y sin mediar palabra le asestó tal puñetazo que lo derribó de un solo golpe.

— ¡Como se te ocurra volver a pegar a tu mujer y llevarte al niño a antros de mala muerte te juro que no vuelves a contarla! —el contrahecho tenía un aspecto tan fiero que no dejó lugar a dudas sobre la autenticidad de su afirmación.

Mercedes se quedó admirada, preguntándose dónde escondía normalmente su jefe a ese animal salvaje que acababa de airear. Agustín se tocaba la barbilla, justo en el lugar donde había recibido la agresión. No se movió, ni opuso mayor resistencia. Quizás el recuerdo de la anterior paliza

recibida le quitaran las ganas de insistir o quizás simplemente no fuera más que un cobarde capaz de maltratar a mujeres pero incapaz de medir sus fuerzas con otro hombre.

Salieron fuera. Él le agarró al crío para que pudieran aligerar el paso. Subieron al apartamento. Mercedes cogió algo de ropa para ella y para el bebé. De allí se dirigieron al hospital donde le escayolaron la muñeca. Nunca volvió a tener la misma movilidad. Fue un mal recuerdo más, éste visible, de su endemoniado matrimonio.

De nada hubiese servido denunciarlo a la policía. La ley no estaba por la labor de proteger a la mujer. Si el marido le había pegado, era porque se lo merecía. Así de claro y así de frustrante. Sin derechos y con todas las obligaciones. Por eso, decidieron tomar otra vía.

Agustín podía acusarla de abandono de hogar, aunque a esas alturas poco le importaba a Mercedes, quien lo único que quería era huir. Salvarse y salvar a su hijo. Por eso, no puso inconveniente alguno cuando su jefe le aseguró que la mandaría lejos donde nadie pudiera encontrarla. A ella le había costado mucho darse cuenta de que no era suya la culpa. Su marido la maltrataba no por algo que hiciera o dejara de hacer, sino simplemente porque le gustaba. Le encontraba un placer enfermizo en golpearla y vejarla. Debía sentirse más hombre. Algo que nunca fue.

De camino a su escondite, la muchacha reflexionaba sobre los hombres de su vida. Primero, su padre la había cambiado por una mujer que la odiaba. Abandonada a su suerte, se había encontrado con un señorito degenerado que la violó. Después, cuando encuentra un marido del que está enamorada le resulta un maltratador. El único que se había comportado como un ser humano, el único que le había brindado su ayuda y su cariño sin pedir nada a cambio había sido al único que ella había despreciado.

Llegó a ese rincón en el que pasaría unos años de su vida. Era una casa remota, de un pueblo perdido que un amigo había prestado a don Federico. Ser la casera sería su coartada. A nadie le extrañaría que la hubieran contratado para cuidar ese caserío en ausencia de sus propietarios. Ella dispondría de un pequeño huerto y del dinero que le iría pasando su jefe para ir subsistiendo.

Pronto comprobó que la libertad tiene un olor y un sabor muy particular. A Mercedes le olía a flores silvestres, a madera de pino y a humedad. La

saboreaba en los guisos y en los tomates dulces que ella misma cultivaba en la tierra. La pudo ver en un día de tormenta, con el agua inundándolo todo, mientras ella permanecía junto al calor del hogar y David dormitaba satisfecho.

El miedo sólo la molestaba de noche, cuando todo crujía y le parecía ver sombras que se acercaban a la casa. Entonces se acordaba de Agustín y de que tenía un asunto pendiente. El que la encontrara comenzaba a atormentarla. Recorría las habitaciones asegurándose de que puertas y ventanas estuviesen bien atrancadas. Volvía una y otra vez a comprobarlo. Era una compulsión que la agotaba y que la llenaba de angustia. “Tengo que parar. Todo está bien cerrado”, se repetía una y otra vez mientras le daba vueltas a la llave de la entrada. Se acostaba, pero la sensación de inseguridad perduraba. Sin poder controlarse comenzaba de nuevo la ronda. Las lágrimas le recorrían las mejillas mientras tanteaba los picaportes y el alba la sorprendía helada e insomne dando vueltas por la casa.

Por su parte, Agustín comenzó una búsqueda sin demasiadas ganas. Los primeros días ni la echó de menos. Pensó que volvería con el rabo entre las piernas y más sumisa que nunca. Se equivocó. Para cuando se dio cuenta de que no regresaría, ella ya estaba a salvo. Un día se presentó en la paquetería. Pensó que quizás continuara trabajando allí. Se encontró con un don Federico glacial que le despachó sin miramientos.

— No sé nada de su esposa. Lleva sin venir a trabajar varias semanas. Si la ve, dígale que aquí ya no hace falta. —El hombre temblaba por dentro pero se obligó a parecer un jefe desairado.

— ¿Seguro que no sabe nada de ella? ¿Y tú chiquilla tampoco tienes idea de dónde puede estar? —le preguntó a la aprendiz.

— Ella no sabe nada, no tenemos ni idea de dónde puede estar su esposa. Tenemos mucho trabajo, así que, si nos disculpa, haga el favor de marcharse. —Don Federico no sabía cuanto tiempo le aguantaría la máscara así que intentó ser breve.

— ¡Bueno, me voy pero que sepan que la voy a denunciar a la policía y si la están ayudando serán sus cómplices por secuestrar a mi hijo! —Agustín comenzaba a ponerse violento, aunque consiguió contenerse. Se marchó de allí despechado y pensando que todo el mundo estaba en su contra. No se fiaba de ese don Federico, nunca le habían gustado ni su aspecto ni sus aires

de superioridad. ‘Qué se creía si no era más que un miserable tendero. Vamos, la monda. Ése ni era hombre ni era nada’.

Entonces la denunció por abandono de hogar y la policía comenzó con sus pesquisas. Se pasaron por la tienda, aunque fueron más amables que el esposo. Don Federico les aseguró que no sabía nada del paradero de Mercedes pero dejó caer que no le extrañaría nada que hubiese huido bien lejos porque el marido le daba día sí, día también unas tundas de cuidado. Los agentes de la autoridad casi se le ríen en la cara, respondiendo el más alto que ‘si le pegaba era porque algo habría hecho’ y secundándole el de los bigotes ‘merecido se lo tendría’. Pero se fueron sin hacer más preguntas. Satisfechos con la información y ahí se quedó el asunto.

Agustín se quedó solo y pasó de desahogarse con su mujer a hacerlo con el resto del mundo. Su carácter se volvió tan agresivo que dejó hasta de tener compañeros de juerga. Se le podía ver por las tabernas apartado en un rincón hablando solo. Su alcoholismo empeoró, le echaron del trabajo y terminó pidiendo por las calles para pagarse el vicio y durmiendo al raso. Una mañana se lo encontraron tieso bajo un portal. El frío y la bebida acabaron con él. Entonces Mercedes pudo regresar.

## DOÑA JUANITA

La casa se les apareció como un fantasma olvidado del pasado que resurgía entre dos montañas. El camino de acceso se veía invadido de vegetación por la falta de uso y el aspecto lastimoso de las rejas exteriores no era mucho mejor que lo que aguardaba dentro.

Soledad metió la llave en la cancela. El roce metálico resonó como una explosión en el aire calmo. Tuvo que emplear todas sus fuerzas. Por fin cedió. La puerta se fue abriendo no sin cuantiosas quejas, dejando a la vista un jardín desbordado y una mansión triste y acabada.

Era la viva imagen de la desolación. Un abandono de décadas que en un primer vistazo parecía no tener solución. Ambas se quedaron muy quietas, sin dar el primer paso que las introdujera en la selva en que se había convertido el jardín. Las malas hierbas crecían al libre albedrío, ocupando caminos y veredas. Llegar a la entrada de la casa era toda una aventura difícil de concluir.

Las dos se miraron. No sabían qué hacer. Entrar o dar media vuelta. Las ganas de descubrir lo que guardaba esa casona superaron los inconvenientes de rozaduras y pinchazos. Sin mediar palabra comenzaron el lento avance por entre aquellos matojos que tenían que desviar, saltar o pisotear.

Después de un rato de pelea con la naturaleza, en la que no dejaron de reír a carcajada limpia, llegaron a su destino. Subieron los dos peldaños de las escaleras y se metieron en el soportal cubierto de hiedra. Apenas quedaba una rendija en toda la fachada que no hubiera sido cubierta por la trepadora. Conseguir que el llavín entrara en la cerradura tampoco fue fácil. La madera del portón se había hinchado y la pintura oscura había desaparecido casi por completo, dejando al descubierto los nudos del pino que antes fue. Tuvieron que empujar con fuerza para que cediera. Dentro la oscuridad las atrapó. Se cogieron del brazo. El ambiente interior era cuanto menos que siniestro. Hacía frío. Un frío que helaba los huesos. El frío de la humedad que dan los años sin ventilación. El frío de las casas cerradas, desprovistas del calor de quien las habitaba.



Cuando los ojos se les habituaron a la falta de luz, pudieron ver que se encontraban en un vestíbulo de madera labrada. Era cuadrado, de unos diez metros de superficie. En el lado derecho una sábana blanca ocultaba lo que debía ser un diván. Al otro lado, un espejo de grandes dimensiones les devolvió su reflejo. Más adelante, la estancia se abría a un distribuidor del que partía la escalera a la planta superior.

Apenas podían vislumbrar qué había más allá, pues puertas y ventanas permanecían cerradas a cal y canto. Soledad decidió abrir la primera habitación de la izquierda. Una decena de embozos blancos le dio la bienvenida. Débiles rayos del sol del atardecer se filtraban por las rendijas de las venecianas. Apartó un pesado cortinón y empezó a forcejear con el inmenso ventanal. Después le tocó el turno a las persianas. La luz desbordó entonces el interior, convirtiendo los fantasmas en meras sábanas que tapaban unos muebles olvidados.

— Esto debía ser el salón principal —oyó comentar a Pepa detrás suyo.

— Lo mejor es comprobarlo. Quitemos las telas y abramos todas las ventanas. Esta casa necesita un buen aireamiento. Lleva demasiado tiempo estancada en el aire de tiempos pasados.

Se pusieron manos a la obra y al poco la sala volvía a presentar el aspecto de la época de doña Juanita. Su presencia se hacía más palpable al haber descubierto el cuadro que presidía la sala. Allí estaba ella, imponente, con el perfil marcado y los labios apretados.

— Tenía pinta de ser una mujer dura, incluso cruel —se atrevió a decir Soledad.

— Parecía y lo era. No se detenía ante nada con tal de conseguir lo que se proponía. Dura y cruel eran incluso calificativos demasiado benignos para describirla. Digamos que despiadada y brutal se acercaban más a su manera de actuar.

Doña Juanita las observaba desde el lienzo. Su mirada parecía traspasarlas desde donde quiera que se encontrara su espíritu. Soledad sintió un escalofrío.

— Será mejor que la dejemos en paz. Con sólo mirar su retrato siento como si pudiera venir a castigarnos por hablar mal de ella.

— Tienes razón. Además aquí queda mucho por ver y apenas una hora de sol.

— Sí. La ventilaremos y despejaremos los muebles. Así tendremos una

idea de en qué situación se encuentra la casa. Mañana buscaremos a varias chicas que nos echen una mano para pegarle una buena limpieza.

— También habrá que encontrar un electricista que apañe la instalación. Las ratas habrán devorado los cables.

— Además, queda por ver en qué estado están los campos y demás propiedades.

— ¿Volverás a ponerlos en rendimiento?

— Pues no sé. No me lo he planteado todavía. Paso a paso.

— Tienes razón. Hay tiempo. Ahora que estamos juntas, tenemos todo el tiempo del mundo.

Ambas comenzaron a reír mientras continuaban abriendo puertas, ventanas y quitando sábanas que se iban amontonando en rincones improvisados. Iban quedando al descubierto aparadores de nogal, vitrinas repletas de fina porcelana, sofás de terciopelo, mesas de todos los tamaños y un gran número de sillas de formas muy diversas. Así pudieron apreciar el salón principal, otro más pequeño, un gran comedor con una enorme mesa y una lámpara de araña gigantesca. Al fondo una cocina de formidables dimensiones. Los negros fogones llevaban décadas sin usarse en contraste con las pilas de mármol blanco que continuaban relucientes como si fuera el día anterior cuando las limpiaron por última vez. Dos puertas se abrían, una hacia el jardín y otra hacia un pequeño dormitorio que debió usar la servidumbre.

Cuando terminaron la planta baja se dirigieron a la superior. Era la zona destinada a las habitaciones. Contaron hasta ocho puertas. Alcobas todas ellas de buen tamaño con cabezales labrados de ricas maderas. Aunque el buen gusto reinaba en toda la vivienda, una pieza destacaba sobre las otras. El dosel de la cama se erguía hasta rozar el alto techo. Frente a ella, las siete lunas de espejo del armario ropero multiplican el espacio hasta hacerlo casi infinito. El lado que dejaban libres los ventanales lo ocupaba un tocador tan hermoso que podía llenar él solo cualquier otra estancia. Era el aposento de doña Juanita. Fue el último que descubrieron. Mientras el aire fresco inundaba esta estancia, el sol se iba difuminando en rojos y azules intensos. La noche estaba al acecho. Decidieron cerrar las venecianas dejando los ventanales abiertos para que siguiera ventilándose. Aquí la prisa comenzó a apremiarlas. No querían volver de noche por un camino sin iluminación.

Llegaron a las primeras calles del pueblo justo cuando la oscuridad lo llenaba todo.

— La próxima vez será mejor que seamos más madrugadoras. — reconoció Pepa, recibiendo la sonrisa de Soledad.

— Desde luego, a mí no me vuelven a pillar por ese camino a estas horas. ¡Apenas veía ya el suelo a un metro de mí!

— ¡Qué miedosa y eso que no te he contado las historias que circulan sobre un alma en pena que se aparece cuando cae el sol!

— ¡Qué dices? Te estás burlando de mí.

— Sí, tienes razón. Me lo acabo de inventar, pero ver la cara de susto que has puesto ha merecido la pena.

Soledad no pudo remediar abrazar a su tía de una forma tan espontánea y cariñosa que se sorprendió de haber vivido sin esas muestras de afecto.

— ¡Pero que mala eres, tía!, ¡Muy, muy mala! —le gritaba en medio del abrazo.

— ¡Sí, sí, la peor! —para Pepa, aunque la sensación de sentirse querida no era nueva, habían pasado tantos años desde la última vez que casi se le saltan las lágrimas de la emoción. —¡Mi niña, cuánto te he echado de menos!

— ¡Venga tía, no es tiempo de ponerse tristes, sino de disfrutar lo que tenemos, que comparado con lo que teníamos no es poco! —le aseguró Soledad al ver que su tía se turbaba.

Juntas llegaron a la casa de Pepa y juntas salieron a la mañana siguiente a buscar ayuda para acondicionar la casona. Se dirigieron donde las hermanas Muñoz. Eran unas mujeres ya entradas en años pero tan recias y enérgicas que no tenían igual cuando se ponían a la faena. Nunca les faltaba trabajo, ya fuera en los campos o ayudando a enjalbregar. Eran las más cotizadas de Valbello.

— A ver si tenemos suerte y hoy no tienen compromiso. Sino nos tocará buscar a otras y sería una verdadera pena. Sus brazos valen por seis.

Les abrió Macarena, la menor. Su cabello cano todavía conservaba hebras del rojo fuego que antes lo coloreaba por completo. Era de constitución delgada y su rostro era la personificación de la dulzura. Esto confundió a Soledad que esperaba encontrarse con una especie de hidra de seis brazos y tronco de roble centenario. La mujer que estaba plantada en el portal charlando con su tía no parecía ser la misma de la que habían hablado. No

parecía tener nada fuera de lo común en cuanto a potencia física. Aunque, como pudo comprobar más tarde, muchas veces las apariencias engañan.

Por suerte ese día tenía libre y podían ayudarlas. Tanto ella como su hermana Elsa, a la que vieron segundos después de que Macarena le echara una voz, se mostraron dispuestas a irse al instante a la mansión. En el pueblo había mucha expectación por la llegada de Soledad, les comentaron sin un ápice de malicia en su voz. Todo el mundo sentía curiosidad por ese nuevo miembro de la familia Núñez de Pedro. Ellas no podían ser menos y estaban encantadas con que las hubieran elegido para ayudar. No paraban de parlotear. Ambas eran como un cromó repetido, uno más gastado que el otro. Las pusieron al día en un periquete sobre todo lo que se rumoreaba acerca de la recién llegada. Era la comidilla del pueblo. Algo que ya se imaginaban Pepa y Soledad. En un pueblo tan pequeño nadie tose sin que se entere el resto. Los conciudadanos de Valbello estaban ansiosos de historias, ya fueran truculentas o no, que poder contarse los unos a los otros. Muchas veces parecía mentira la magnitud que adquirirían hechos que en otro lugar hubieran pasado más que desapercibidos.

Así las cosas, y con las hermanas terremoto, como las había bautizado Soledad, se dirigieron otra vez hacia la casa, no sin antes haber avisado a Pepe, ‘el manitas’ del pueblo, para que se pasara a reparar la instalación eléctrica. Macarena y Elsa iban pertrechadas con un sinfín de utensilios de limpieza pero caminaban tan livianas que parecía que todos ellos estuvieran hechos de aire. Soledad y Pepa tenían que forzarse para seguirles el paso. A la luz de la mañana la edificación dejaba de tener el aspecto fantasmal de la tarde anterior para mostrar todas sus debilidades. Parecía un cuerpo que se había engullido a sí mismo, devorado por su propia dejadez. La hiedra no alcanzaba para tapar las innumerables grietas que poblaban la fachada. Las venecianas se habían quedado sin barniz, dejando al aire la madera que sufría por los embates del tiempo. El tejado tampoco había permanecido ajeno al abandono y en varios rodales presentaba una gran manca de tejas. Hasta la veleta se había torcido, incapaz ya de resistir la fuerza del viento.

— ¡Qué lastima de casa! —comentaron al unísono las dos hermanas.

— Sí, es verdad. Aunque en vez de lamentarnos vamos a ver si podemos salvar algo —respondió Pepa que se sentía revitalizada desde la llegada de Soledad, a lo que se tenía que añadir la energía contagiosa que parecían

irradiar las pelirrojas.

Pasaron el día entre cubos de agua y trapos mojados. Pepe se pasó a eso del mediodía y unas horas más tarde el suministro eléctrico se había restablecido. Para entonces, las lámparas, muebles y cortinas lucían sin un gramo de polvo. Quedaba reparar las grietas, el tejado, el jardín... una larga lista a la que se debía sumar el hacer limpieza dentro de los armarios. Tarea que a Soledad se le hacía muy difícil. Decidió postergarlo.

Pepe quedó en volver al día siguiente, para seguir con los desperfectos de la casa, y en traer a su primo que arreglaría el exterior.

En apenas unos días la vieja mansión recuperó cierto aspecto imponente y el jardín dejó de ser una jungla intransitable. Soledad se dedicó entonces a visitar los campos y a reclutar mano de obra para volver a ponerlos a pleno rendimiento. La tarea no fue fácil y más de una vez pensó en que quizás hubiese sido mejor dejar las cosas como estaban, pero por otro lado pensaba que dejar languidecer su herencia y vivir de rentas era faltar a la memoria de su padre y del pueblo entero. Pepa le había contado muchas cosas sobre su verdadero progenitor, sobre todo le había hablado de su ímpetu trabajador. A ella el trabajo duro tampoco le asustaba, de lo que tenía miedo era de no saber controlar tantos cabos y terminar echándolo a perder. Pensaba que la camisa le venía demasiado grande. Entonces Pepa le dio una idea: contratar un capataz. Alguien que se ocupara de lidiar con los asalariados y al que pedir cuentas.

En un mes todo rodaba como la seda. Ya no le quedó nada por hacer, salvo leer la carta dirigida a ella que su abuela le había dejado a los albaceas, y que no encontraba el momento de abrir, y poner en orden armarios y cómodas.

Si había ido retrasando esto último era porque le parecía indecente hurgar entre las intimidades de los que eran unos completos desconocidos para ella. Cuando le tocó hacer lo mismo con los enseres personales de su madre no tuvo la misma sensación y acabó descubriendo un secreto. Se puso a ello como a quien le toca una obligación, segura de tener poco que encontrar y se equivocó. Ahora, quién sabía lo que podía descubrir en los cajones de aquella familia poderosa y retorcida.

Le pidió ayuda a Pepa, quien por primera vez le negó algo. Su pudor era mayor que el de su sobrina. Con Soledad aún tenían lazos de sangre, pero ella

no era nadie para meter sus narices en las cosas de unos muertos que ni le iban ni le venían.

Soledad tuvo que enfrentarse sola a las pertenencias de los Núñez de Pedro. Hasta entonces habían estado viviendo en casa de su tía. Aquella casa tan grande se le imponía para dos mujeres solas. Ya era momento de ocuparla. Antes debía echar a los fantasmas de los antiguos ocupantes o mejor dicho de su última moradora: su abuela doña Juanita. La presencia de esta vieja maldita todavía se percibía poderosa entre los muros del edificio. La muchacha a veces sentía que la observaban, otras una ráfaga de aire le erizaba el vello de todo el cuerpo. No creía que después de la muerte hubiese nada. Si a un caso un oscuro silencio. Después de una vida como la suya se le hacía muy difícil creer en un cielo o en un infierno. Las llamas te quemaban en vida, no hacía falta esperar. Estos pensamientos no eran un buen consuelo para el día a día. Envidiaba a su tía por su beatería incondicional y su capacidad de autoconsuelo. Su encuentro había supuesto una afirmación en su fe. Desde entonces no paraba de agradecersele a Dios. Parecía no recordar los años malos y la espera.

Para Soledad era más difícil. No podía entender para qué servía tanto sufrimiento innecesario. Por eso, no podía creer en espíritus. Sin embargo, la carga que se notaba al atravesar las puertas de la antigua casona de su familia era tan grande que no podía evitar pensar que no estaba sola.

Esa mañana se levantó temprano. El camino ya no era un desconocido para ella. Ese día prefirió recorrerlo a paso ligero. No tenía prisa por llegar pero cuanto antes empezara, antes terminaría.

Entró decidida a empezar por el dormitorio que más le atemorizaba. La cama de dosel seguía firme, reflejada en las siete lunas. Respiró hondo y abrió la primera puerta del armario. Estaba repleta de ropa. Había decidido ponerla toda encima del colchón. La que estuviera en peor estado la tiraría, el resto la donaría a la Iglesia para que la repartiera entre los más necesitados.

Una sonrisa se le dibujó en la cara. Si su abuela se enterara de que sus vestidos los utilizaría la ralea más insignificante de Valbello le daría un ataque. Esperaba que no volviera de la tumba para atormentar a los portadores de su vestimenta. Le diría al padre que no diera a conocer el origen de la donación. La gente era muy supersticiosa por aquellos lares.

Eran trajes de hombre que debían haber pertenecido a su abuelo.

Seguramente los futuros dueños le sacarían más provecho que las polillas que ya se habían cebado en algunas piezas. En los siguientes compartimentos ya encontró trajes de señora de buen corte y de diversos colores que doña Juanita usó hasta la muerte de su marido. En la parte más cercana a los ventanales descubrió la ropa de luto que utilizó en sus últimos años. Así que después de destinar cada prenda a su montón, se dirigió a la cómoda donde a parte de ropa interior y enseres de belleza no encontró nada que llamara su atención. En las mesitas sólo halló medicamentos y ungüentos. El proceso estaba siendo más fácil y menos sorprendente de lo que había imaginado. Nada de cartas, ni de oscuros secretos que quedaban al descubierto. En cierto modo, se sentía un poco despagada. Se sentó en el tocador. Estaba exhausta.

Un poco de descanso no le vendría mal. Se entretuvo contorneando con los dedos la superficie cincelada. Era un trabajo refinado y muy hermoso. Sus dedos se pararon en una preciosa cabeza de arce que ocupaba el centro de la repisa superior. Entonces decidió que había llegado el momento de leer la carta de su abuela, unas hojas de papel manuscritas con una caligrafía débil se dirigían a ella.

*A Soledad.*

*Espero querida nieta que algún día te lleguen estas pocas palabras que una vieja en su lecho de muerte quiere dirigirte. No puedes imaginar cuánto me he arrepentido de no haber podido tenerte cerca. A estas alturas todo el mundo podría decir que si me arrepiento es por soledad. Yo les podría responder que precisamente es por no tenerte, Soledad. Quizás estas letras no salgan nunca del despacho de estos juristas de tercera que no han conseguido encontrarte. Ya no tengo a nadie a mi lado. Esto y completamente sola, y me queda muy poco. Siento el final muy cerca, la muerte me susurra al oído, pero en mi último aliento va esta disculpa. No quiero morirme sin que conozcas mi versión. Puedes odiarme por no haber querido a tu madre, quizás en el fondo la envidiara. Ella, una pobre muerta de hambre se casó con el hombre al que amaba, consiguiendo además una enorme fortuna. Yo, una dama de alta cuna, para conseguir esa riqueza me había tenido que unir a un hombre que detestaba. Lo hice sin pensar en las consecuencias. Era ambiciosa, muy ambiciosa, y eso me cegó. Pensé que con posición y dinero, el resto carecía de importancia. Desdeñé un amor por considerarlo poca cosa. Elegí el poder y me convertí en un ser mezquino y*

*arrogante. No había vuelto a pensar en él hasta hace unos años. Ahora me atormenta el pensamiento. Le veo mirándome desde todos los rincones, echándome en cara el sufrimiento que le causé. Se quitó la vida poco después de que me riera en su cara de la proposición de matrimonio que me hizo. Cuando se marchó sentí que algo se había roto en mi alma, pero me quité esos sentimientos de encima. Después de tantos años han vuelto. No debí encerrarlos bien y se han escapado. Ya es tarde para volverlos a enterrar. No me quedan fuerzas ni ganas.*

*He hecho tanto daño que no creo que pueda descansar en paz hasta que por lo menos tú me perdones. Cuando mi Juan murió todo terminó en esta casa. Se llenó del olor a flores mustias que llena los cementerios. Porque esta casa se convirtió en un osario de personas vivas pero olvidadas. Todos me fueron dejando. Mis hijas las primeras. Después el servicio. Seguía odiando a tu madre pero me enteré de que existías y supe que eras parte de mí. La certeza era demasiada para obviarla. Hice averiguaciones y cuadró. Ya no era tiempo de enmendarme. Ella se había casado con otro y tú llevabas sus apellidos. En ocasiones me parecía verte jugar por las habitaciones vacías. Tu carita no se me olvidará jamás. Sólo te vi realmente en una ocasión o quizás lo soñé, ya no estoy segura. Ibas de la mano de tu tía Pepa camino de la iglesia. Vestías de domingo. Fue poco antes de que os marcharais de Valbello. Después ya no te pude encontrar. Aquí por lo menos sabía que estabas bien y crecías sana. Que te fueras fue el golpe de gracia.*

*Espero que algún día regreses y recuperes lo que es tuyo. Así lo he dispuesto, en ello he gastado mis últimas energías. A tu tía se lo he mandado decir. Ella asegura que no sabe nada acerca de tu paradero. Me siento tan triste. Me voy a morir en este lecho sola, como un perro. Podrás decir que yo me lo he buscado. Tendrás razón. Si te cuento todo esto es para que no cometas mis mismos errores. Disfruta de la vida y ama sin reservas. El dinero ya lo tienes. No te cases por casarte, porque te encuentres sola. Es una carga muy pesada si no hay amor, y aún con esas. Viaja, disfruta de todo lo que yo no pude porque tenía rancio el corazón. Sé justa con tus trabajadores, gánate su respeto. A ver si consigues limpiar de una vez el nombre de nuestra familia. Que los malos actos se olviden y queden en el pasado.*

*Aunque no me creas, me queda decirte que te quiero. Te quiero, como no supe querer a mis hijos, con cariño, paciencia, fervor y tolerancia. Te quiero,*



*seas como seas y hagas lo que hagas. Me doy cuenta de que éste es el verdadero amor. Antes era incapaz.*

*Doña Juanita Núñez de Pedro*

*P.D. Las joyas de la familia están escondidas en un doble fondo de mi armario. Justo en la tercera puerta por la izquierda. Yo nunca confié en los bancos, y tampoco las lucí por miedo a que me las robaran. Tú úsalas en cuanto tengas ocasión. De nada sirven guardadas.*

La carta terminaba así. Cuando acabó de leerla miró a su alrededor, le daba la sensación de que su abuela estaba observándola. Que le pedía una respuesta. Soledad respiró hondo. Sabía cuanto daño había causado la anciana, pero también era consciente de que no era la única culpable. Su madre tampoco estaba exenta de culpa y su corazón no era dado al rencor.

— Abuela, donde quiera que estés te perdono. ¡Descansa en paz!

Una ráfaga de viento ondeó las cortinas de la habitación. Por un momento, la joven sintió que una sensación tibia le recorría el cuerpo. Después todo cesó y el olor a flores mustias había desaparecido. Ahora le llegaban los aromas del jardín que renacía. Soledad supo que ya estaba completamente sola en la casa. Se tumbó en la parte de la cama que quedaba libre y se estiró feliz. Sentaba bien perdonar.

# 12

## DAVID

Mercedes pudo regresar. Habían pasado cuatro años. Podría haberse quedado en el campo pero estaba harta del aislamiento. Echaba de menos sentirse rodeada de seres humanos, los ruidos al otro lado del tabique y a sus amigos. Al que no gustó tanto la idea fue a David. Para entonces se había acostumbrado a la vida libre que proporciona el criarse cercado de naturaleza. Cuando se vio instalado entre cuatro paredes sintió un ataque de claustrofobia. Su madre le dijo que necesitaba tiempo para aclimatarse, que allí encontraría compañeros de juegos diferentes a los pájaros o las ardillas. Iría al colegio y aprendería a ser un hombre de provecho.

David nunca había preguntado por su padre. Había crecido con la figura materna como referente y no había conocido otros niños que hablaran de sus padres por lo que ni siquiera podía pensar en la necesidad de una figura paterna. Todo cambió en Valencia. Él se sintió confuso cuando los otros escolares hablaban de sus papás. “¿Qué es un papá?”, les preguntó extrañado. Los demás se rieron de él. Cómo no sabía lo que era un papá. Ellos le explicaron que estaban el papá y la mamá, que vivían juntos. Esa noche le preguntó a su madre dónde estaba su papá.

— Tu papá está en el cielo. Se murió. A veces pasa. Se llamaba Agustín y te quería mucho. —mintió pero no quería amargar el corazón de su hijo como lo estaba el suyo. Le enseñó la foto de boda.

A la mañana siguiente David ya pudo contar que su papá se llamaba Agustín pero que había muerto. El esclarecimiento dejó a los otros conformes y al niño satisfecho. Ya era uno más. No era el primer niño que conocían que había perdido a un padre o una madre.

Por su parte, Mercedes retomó el trabajo, esta vez en la tienda de un amigo de don Federico. A él le hubiera gustado que volviera a su paquetería, pero era demasiado justo como para despedir a una empleada que llevaba rindiéndole bien varios años para colocar a su amiga.

Sabía que él continuaba amándola. Ella era incapaz de volver a poner en marcha su corazón a pesar de la inmensa gratitud que sentía por don

Federico. Se le había secado. Por esa época la amargura y el rencor eran parte de Mercedes. Una parte que crecía día a día sin que fuera capaz de evitarlo. No disfrutaba con nada, todo le molestaba. Se mostraba huraña con los desconocidos y sólo mantenía relación con Amancia y don Federico. En su trabajo era educada pero alzaba fronteras con sus compañeras. El pasado se le hizo una carga que la atormentaba sin cesar. Sabía que si no conseguía olvidarse de los malos momentos nunca sería capaz de ser feliz, pero no podía evitarlo. Era superior a sus fuerzas.

David fue creciendo, convirtiéndose en un joven y después en un hombre todavía más atractivo que su padre. Mercedes tenía miedo de que hubiera heredado también el carácter. Aunque el muchacho tenía sus dosis de mal genio no mostraba síntomas de la agresividad paterna. Ella había intentado educarle en el respeto hacia los demás y hacia las mujeres y esperaba que cuando se enamorara fuera un buen marido. De momento, sentía pasión por su madre. Si alguien le hubiera causado el menor daño, él se habría lanzado contra quien fuera. Nunca se enteró de los malos tratos, ni de cómo murió realmente su padre. Su madre pensó que era mejor así, que hay verdades que son peores que las mentiras y que te destrazan la existencia. Ella le repitió tantas veces la historia de un padre y marido amante y abnegado que llegó incluso a creérsela por momentos. Le duraba hasta que se veía alguna cicatriz de las que aquel buen hombre le dejó marcadas en el cuerpo.

Los años fueron pasando y el tiempo se fue llevando a los seres que todavía permanecían cerca de ella. Primero se fue Amancia. Murió de vieja. Cuando la encontraron lucía una enorme sonrisa en su cara. Se había marchado con su Anselmo y estaba en paz. El entierro fue muy concurrido. Habían sido demasiados años al frente de una taberna y ayudando a todo el que lo necesitaba. Mercedes la iba a echar mucho de menos. Era la única con la que se podía sincerar. La única a la que le hablaba de sus tormentos. De los demonios interiores que le devoraban la mente.

Cuando ella se fue, Mercedes se sintió más perdida y aislada del mundo. A veces paseaba con don Federico pero no era lo mismo. A él no podía hablarle de la bola que le abrasaba las entrañas, las pesadillas que noche tras noche le quitaban el sueño, los recuerdos que le atormentaban el día. Él también acabó marchándose. Lo hizo de una forma tan discreta a como había vivido. Se lo encontró una dependienta en el sillón de su despacho. No había

despertado de su siesta. Le gustaba adormecerse durante un rato después de comer. Ese día no regresó de los dominios de Morfeo. Un ataque al corazón fulgurante le dejó al otro lado del espejo.

En su testamento dejaba como herederos a Mercedes y a David. La tienda pasó a ser de su propiedad. Habían sido su única familia, decía. Gracias a la nueva situación económica el muchacho pudo asistir a la universidad. Mercedes se lo agradecía todos los días, aunque hubiera preferido tenerle cerca. Hasta que se marchó no se dio cuenta de lo mucho que le necesitaba. Había sido el pilar que equilibraba su existencia. Alguien a quien siempre acudir, una mano amiga a la que poderse aferrar.

David se hizo arquitecto. Su madre no podía estar más orgullosa de él. Era un hombre guapo, inteligente, trabajador, tenía dinero. Mercedes pensaba que cualquier día lo cazaría alguna y lo alejaría de ella. Temía quedarse completamente sola. Sin embargo, él nunca le habló de mujeres, nunca le presentó a una novia. Ella llegó a pensar que éstas no le gustaban. Un día se lo comentó. Con mucho tacto y mucho miedo.

Él se le rió a la cara.

— ¿Cómo puede pensar eso madre?

— Como nunca me has presentado una novia, ni me hablas de mujeres.

— Eso es porque no creo que sea un tema habitual entre una madre y su hijo. No me parece correcto comentarle mis últimos escauceos amorosos. Si alguna vez me hubiera enamorado y hubiese tenido una relación formal le habría traído a la muchacha para que la conociera.

— Entonces... ¿Nunca te has enamorado, hijo?

— No madre, ni creo en el amor. Eso de tener una sola mujer no creo que esté hecho para mí.

— Hijo, no seas cruel con ellas —le dijo en tono de reproche.

— Eso nunca, madre. Desde el principio dejo muy claro lo que busco en la relación. Si lo aceptan bien y, si no, pues ya querrá otra.

— He criado un mujeriego al que le da miedo el compromiso.

— No, simplemente no me llena ninguna mujer.

— Quizás sea porque no has conocido a la adecuada.

— No creo que sea esa la cuestión, aunque si usted es más feliz pensando así...

— Algún día tendrás que sentar la cabeza, formar un hogar y una

familia... o es que quieres quedarte solo. Es muy triste hijo no tener a nadie en el mundo.

— Yo la tengo a usted.

— Pero yo ya me hago vieja y no sé lo que duraré.

— No diga eso, que es usted muy joven y seguro que le quedan un montón de años por delante. Me queda mucho tiempo para quedarme solo. — Apuró la taza de café y se despidió, riéndose de su madre.

Mercedes escuchó como se cerraba la puerta de la calle. El repiqueteo de sus zapatos bajando las escaleras se siguió oyendo durante unos segundos más. Después el silencio.

Ahora era más consciente que nunca de lo sola que estaba, de cómo había desaprovechado su vida, ésa que sólo se nos concede una vez y que ella no supo nunca disfrutar. Ya era demasiado tarde. Se notaba enferma. No quería decírselo al hijo, ni visitar un médico. Sabía que nada podría acabar con ese mal del cuerpo y del alma. Lo que más le entristecía era que David se quedaba solo, tan solo como ella lo había estado. No rezaba por su curación, que sabía inútil, sino porque él encontrara un amor con el que compartir sus días y tuviera muchos hijos y nietos con los que rodearse en la vejez. Ella no estaría para conocerlos.

A pesar de que apenas pasaba de la cuarentena, su aspecto era el de una mujer mucho mayor. El sufrimiento y ahora su enfermedad se le habían dibujado en el rostro, dejándole surcos profundos y un rictus de angustia muy poco atractivos.

Cuando la enfermedad fue empeorando, sus carnes se fueron consumiendo. Llegó el momento en el que no pudo ocultarla y ante las insistencias de su hijo consultó a un médico. Éste le confirmó lo que ya sabía. Se moría. No le quedaban más allá de unos meses, la enfermedad estaba muy desarrollada y se le había extendido por todo el cuerpo.

Fue un duro golpe para David. Ella ya lo esperaba y estaba preparada. Él no. En esos días Soledad llegó a Valencia. Era una ciudad, pero no lo suficientemente grande para que los ecos de su búsqueda no llegaran hasta ellos.

Severo había conocido de boca de su criada que la joven sirvienta se había puesto a trabajar en una paquetería. En aquella época el dato le fue indiferente. Años después, cuando llegó Soledad preguntando por su

hermana, él lo recordó. Tenía una memoria implacable. Después no le fue difícil embaucar a una de las dependientas para que le contara que aquella flacucha sin gracia era ahora la dueña de la tienda. Decidió que sus servicios tenían que tener alguna recompensa y como no lo consiguió a las buenas lo intentó a las malas, como acostumbraba en sus tiempos de juventud.

Esa noche alguien vio salir a Soledad de su mansión, con la ropa rota y la cara desencajada. El marquesito tuvo su merecido castigo.

A Mercedes no le gustó la idea de que la hija de Dolores la buscara. Se lo contó a David, quien decidió investigar por su cuenta y evitar a toda costa que se molestara a su madre.

La siguió en varias ocasiones y llegó a amenazarla telefónicamente. A pesar de sus esfuerzos no pudo evitar que la encontrara. Esa mañana en el hospital, Mercedes la odió más que nunca. Cuando la vio allí plantada con su cara de expectación y de alegría se le removió el estómago. No pudo soportar verla y le escupió a la cara. Era el desprecio que devolvía. El desprecio que ella había sentido en su cuerpo cuando Dolores la alejó de su casa y de su padre y éste la mandó todavía niña a servir. Todo el horror de su vida pasó como una película fugaz por su mente y lo expulsó a través de su saliva. Sintió un gran alivio. Después se dio cuenta de lo injusta que había sido. Soledad había sido el único ser en aquella casa que le había querido sin condiciones. La recordó entonces de niña, con la ternura con la que se le abrazaba y el calor de su cuerpecito rechoncho. Se puso a llorar.

— ¿Qué le ocurre madre? —David acaba de entrar sigiloso y Mercedes no había podido recomponerse.

— Nada hijo, que la vida es tan injusta...

— ¿Es por ella? —rugió enfurecido.

— ¿Por quién?

— Por esa tal Soledad.

— Sí y no. Es por ella y es por mí.

— ¿No le habrá dicho o hecho algún mal?

— Al revés. Esta vez he sido yo la injusta, la que se ha comportado como odiaba que se comportaran conmigo.

— No le entiendo.

— Le he escupido a la cara, sin dejarle hablar y ella se ha ido.

— ¿No es eso lo que quería, que la dejara en paz?

— Eso pensaba. Ahora me doy cuenta de que ella era otra inocente que sólo buscaba a su hermana y yo le he escupido. No te puedes imaginar la cara que se le ha quedado. Se la veía tan indefensa y dolida. —Mercedes no podía evitar los sollozos.

— Venga, madre, que ponerse así lo único que va a hacer es empeorar su estado.

— ¿Tú crees que puedo empeorar? Sólo me queda esperar la muerte. ¿Hay algo peor? Y ahora me quedo con el remordimiento de haberme comportado como una verdadera cerda. ¡Dios, cómo he podido hacerlo!

— Quizás ella vuelva.

— ¿En serio crees que volverá? No me queda mucho tiempo y desearía quedar en paz con ella, poder explicarle qué me llevó a ello. Que me perdone.

— La encontraré y así usted podrá descansar tranquila.

— Gracias, hijo. Tráemela.

Los días fueron pasando pero David no daba con ella. Temía que, de un momento a otro, su madre muriera. No se lo podría perdonar. Tenía que encontrarla. Preguntó en su pensión pero lo único que pudo sacar en claro es que se había marchado y que no sabían cuándo volvería. Revolvió Valencia entera. No la encontró. Había desaparecido.

## VALENCIA

Soledad lo tenía todo hecho en Valbello, pero le quedaba un asunto pendiente en Valencia. No podía dejar de pensar en que tenía que volver a hablar con Mercedes. Por otro lado, no podría soportar que la volviera a despreciar como lo hizo. También sabía que no había demasiado tiempo. Puede que incluso ya hiciera tarde.

Decidió comentarlo con Pepa. Quizás su tía pudiera aconsejarle, quitárselo de la cabeza o acompañarla. Estaba hecha un lío.

Residían en la mansión de los Núñez de Pedro. Su tía se afanaba en los fogones de leña guisando un puchero del que emanaban unos olores que dejaban rugiendo el estómago. Las pituitarias se estimulaban ante aquellos efluvios de la carne magra, las patatas, el laurel, el tomillo y la albahaca. El tomillo le sabía a Soledad a campo. Un día soleado en medio de arbustos y flores. Le encantaba ese guiso de Pepa. Olerlo le dio fuerzas para preguntar.

— Tía... ya te conté cómo me trató Mercedes —su voz sonaba insegura. Pepa la miró atentamente. En esas pocas semanas había empezado a conocerla bien. Su expresión era de niña que no sabe muy bien cómo afrontar lo que quiere decir.

— Sí, ya me lo contaste, así que dime niña qué es lo que te ronda por esa cabecita.

— No sé cómo explicarlo. Por una parte, siento que debería volver a hablar con ella, aclarar las cosas. Decirle que yo no tenía ni idea de que mi madre se hubiera portado tan mal con ella. Pedirle perdón en su nombre...

Por otra... —

¿Por otra?

— Tengo miedo de que ella siga sin querer verme y me vuelva a despreciar.

— Es normal lo del miedo. A nadie le gusta que le escupan a la cara. Otra en tu lugar se daría por satisfecha por el intento y pensaría que ella se lo pierde por comportarse de una forma tan poco correcta. Una conducta muy reprochable, pero mucho, mucho. Dónde se ha visto algo así. Vergüenza tenía



que tener esa señora. Por mucho que tu madre se comportara como lo hizo, tú siempre le demostraste cariño. La seguías a todas partes. Parecías su sombra.

— ¿En serio?

— Sí, eras su perrito faldero. —Pepa se limpió las manos en el mandil y abrazó a su sobrina. —¡Pobrecita mía, con lo buena que es ella y le llueven todos los golpes!

— ¡No te burles de mí, que no le veo la gracia! —se quejaba mientras intentaba, sin éxito, descomponer el lazo que los brazos de Pepa formaban alrededor de su cuello. Después de unos forcejeos llenos de risas, su tía volvió a la cocina.

— ¡Que se me quema el estofado! Tengo que quitarle fuego. ¡Madre mía que cabeza tengo! Mira que si nos quedamos sin cena. —Retiró la olla y sacó del interior del fogón un par de pedazos de madera ardiendo. Después la volvió a poner en su sitio. —Sigue, sigue que ahora ya no hay cuidado.

— Decía que no sé que hacer. Quiero volver a hablar con ella, pero también me da miedo.

— Pues tienes que sopesar si tienes más ganas que miedo.

— No es tan fácil. No sé cómo cuantificar el miedo o las ganas. Unas veces siento más ganas y otras, más miedo.

— El miedo nunca debería regir tu vida. Tienes siempre que actuar con valentía. Si ahora el miedo te impide a hablar con Mercedes puede que dentro de un tiempo sólo queden remordimientos por no haber aclarado las cosas.

— ¿Tú crees?

— Por lo que te conozco, tienes un corazón demasiado bueno para que no te pene el haber dejado pasar la oportunidad.

— Quizás tengas razón. ¿Tú...? —la miró interrogante.

— No me mires así, que claro que te acompañaré si decides ir.

— Muchas gracias tía. —Fue entonces Soledad quien casi ahoga a Pepa con su abrazo.

Soledad no pensaba sólo en Mercedes. Regresar a Valencia también podía significar volver a encontrarse con el desconocido. Ese simple pensamiento la llenaba de desazón. Su cuerpo se tensaba como si se tratara de una cuerda de guitarra a la espera de las manos diestras que la hicieran vibrar. Volvía a empapar las bragas y un sudor frío le recorría la espalda. Le parecía estar a punto de estallar y la necesidad de volver a encontrarse con el hombre de

negro se hacía insoportable. Creía que no podría resistir esos sentimientos.

Las noches tampoco eran fáciles de pasar. Los sueños se le llenaban del rostro de aquel del que ignoraba hasta el nombre. En ese mundo de espejismo llegaban hasta donde en la realidad ni siquiera podía imaginar que existiera. Algunas veces resultaba tan vívido que todo su ser se convulsionaba llegando al éxtasis. Al principio pensaba que era algo deshonoroso, bajo, vil y más propio de hombres, pero la turbulencia de sus sentimientos no le dejaba escapatoria. Después, como en toda rutina, se le hizo natural. Algo que su cuerpo demandaba y que no hacía daño a nadie con proporcionárselo.

El sexo en solitario le despertó la sed de otro tipo de experiencias menos aisladas. Le urgió volver a Valencia.

Prepararon su maleta y desandaron juntas el recorrido que había traído a Soledad de vuelta a Valbello. Esta vez no marchaba sola. El viaje se hizo menos pesado, casi un suspiro. Cuando llegaron a su destino a Soledad le asaltaron una gran variedad de sensaciones. Respiró de nuevo el aire fresco de aquella ciudad que a ella le sabía a nostalgia y deseo. Las calles las fueron llevando por un camino conocido. Regresó a la pensión de Rosita, a pesar de que ahora podía pagar el mejor hotel de la población. Prefería reencontrarse con el calor de los que la aceptaron como era antes de ser Soledad Núñez de Pedro y no tener ni un real. A Pepa le encantó la idea. Tampoco era de grandes lujos. Se sentiría más cómoda entre gente humilde que con estirados señoritingos.

El cartel de ‘Pensión Rosita’ sobre la pequeña puerta pintada de verde se les apareció al torcer una esquina. Todo parecía seguir igual en aquella vieja casa de paredes gruesas. La oscuridad la volvió a cegar como el primer día que cruzó el portón. La silla junto a la escalera y la puerta entornada de las habitaciones de Rosita. Los recuerdos se le vinieron agridulces. Volvieron a su mente las últimas noches que pasó allí, el cuerpo magullado del poeta sin solución y el encuentro con el marquesito. Fue una verdadera imbecil. Sabía que no debía fiarse de él. Prefirió espantar el olor de aquella habitación cerrada y la visión de aquel hombre con los calzones caídos.

— ¿Qué te pasa niña, te has quedado pálida?

— No es nada tía. Debe ser del cansancio del viaje. Voy a darle unas voces a Rosita que seguro está con la tele encendida a todo volumen. —Se

introdujo por aquel pasillo estrecho directa hasta la sala del fondo. —¡Rosita, Rosita! —le gritó con toda la potencia de sus pulmones. Como había sospechado, las voces de los actores que discutían en aquella pequeña caja marrón ahogaban cualquier otro sonido. Soledad tuvo que acercarse hasta ella y tocarle un hombro.

La mujer saltó como si se tratara del resorte de una caja sorpresa, de ésas que al abrirlas su interior sale disparado sorprendiendo al incauto curioso.

— ¡Pero chiquica qué susto me has dado! ¡Un día me vais a matar de un infarto! —la mujer se palpaba el pecho, reforzando con gestos sus palabras.

— Rosita, si no se pusiera la televisión tan alta se enteraría cuando alguien entra en la pensión. Un infarto no sé, pero más de un cliente se va a marchar cansado de esperar que alguien le atienda. —A Soledad le gustó volver a ver a aquella rechoncha y risueña mujer, pero la sonrisa se le heló en la boca cuando la otra se puso seria y, ya repuesta del susto, se alteró y comenzó a zarandear a la muchacha.

— ¡Dios mío! ¿Por qué has vuelto? ¡Debes marcharte enseguida! ¿Te ha visto alguien? ¡Dime!...

— ¿Se puede saber qué bicho le ha picado? ¿Es que se ha vuelto loca? — Estaba tan sorprendida de la reacción que tardó unos segundos en intentar desasirse de las manazas de la otra que le oprimían los brazos.

— ¿Se puede saber qué ocurre aquí? —Pepa había acudido al escuchar los gritos de las dos mujeres. La entrada de la tía de Soledad hizo que la casera soltara a Soledad, quien se apartó de Rosita.

— ¿Quién es usted? —pregunto la casera.

— Tranquila, es mi tía Pepa. ¿Qué recibimiento es éste? Jamás la había visto así. —Rosita no paraba de moverse, mesándose los cabellos mientras murmuraba que Soledad no tenía que haber vuelto. —¿Qué ocurre, Rosita?

Soledad se estaba empezando a preocupar. La reacción de la casera nada tenía que ver con su comportamiento anterior. Siempre había sido una mujer cariñosa y no parecía estar mal de los nervios. Las personas cambian, pero qué podía ser lo que había trastornado a Rosita tanto en tan poco espacio de tiempo.

— Vamos a ver, tranquilícese de una vez. —Se acercó a ella y la agarró de los hombros forzándola a sentarse en el sofá. Parecía en estado de shock. —Tía, calienta agua y veamos si tiene tila o alguna hierba relajante.

Mientras Pepa buscaba entre los cajones de la cocina algo que calmara los nervios de la dueña de la pensión, Soledad le susurraba palabras tranquilizadoras y le acariciaba la cara redonda. Miró a su alrededor, todo parecía igual que cuando se marchó hacía unos meses. Cada vez estaba más intrigada. ¿Le habría ocurrido algo al hijo de Rosita?, ¿Por qué no podía volver ella a Valencia?

Pepa volvió con un tazón humeante entre las manos. Lo dejaron enfriar y después se lo fueron dando a pequeños sorbos a la maltrecha casera. Poco a poco pareció ir reaccionando.

— Perdonad mi comportamiento. Es que cuando te he visto... no puede ser, no puede ser, pensaba.

— Cuéntenos qué ocurre, por favor.

Rosita se volvió y miró fijamente a los ojos de Soledad. Tenía húmedo el lacrimal y las arrugas parecían habersele multiplicado por el sufrimiento.

— ¿Recuerdas al conde o marqués esos que conocías y que asesinaron la noche anterior a que te marcharas de aquí?

— Claro. —La joven se encontraba cada vez más confundida —¿Qué tiene que ver conmigo?

— La policía vino al poco de marcharte preguntando por ti. Después han vuelto en varias ocasiones. Creo que tienen vigilada la pensión. — ¿Por mí?

— Eres... — ¿Sí?

— Eres la principal sospechosa.

Soledad y su tía se miraron perplejas. Ahora eran ellas las que habían perdido el color.

— No puede ser. ¿Qué tengo que ver yo?

— Al parecer la criada del señorito ese asegura que fuiste la última persona que lo vio con vida. Como vinieron y te habías marchado tan precipitadamente sin dejar rastro, decidieron que habías huido tras cometer el crimen.

— No sé si reír o llorar. ¿Es que no tenía montones de enemigos ese marquesito? ¡Me parece increíble que acusen a alguien sin pruebas simplemente porque se fuera de la ciudad!

— La policía no necesita pruebas. El inspector que lleva el caso es un ser despiadado. Me llevaron a declarar a comisaría. ¡Chiquica que no te lleven allí, vete antes de que te detengan, huye, hazme caso!

— ¿Huir, por qué? ¡No he hecho nada malo, yo no fui quien mató a ese sinvergüenza! Por más que se lo mereciera. —Soledad se encontraba fuera de sí.

— Sí, pero a ellos les da igual. Quieren un culpable y han decidido que seas tú. Nada ni nadie les detendrá. Es horrible... no te puedes ni imaginar los métodos que utilizan para sonsacar a la gente. Ese calabozo tan húmedo y oscuro...

Soledad se fijó ahora en las manos de Rosita. Los índices de sus manos tenían por uñas carne pustulosa. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Ya entendía la reacción de la otra. La habían torturado para sacarle información acerca de su paradero. Una ira infinita se apoderó de su ser. Se iba a enterar ese inspector de quién era ella. No pensaba parar hasta que se supiera cómo procedía en sus investigaciones. Se llamaba Soledad Núñez de Pedro y había dejado olvidada en el viejo cajón que le acompañó hasta Valbello a la joven miedosa que otrora fue, una muerta de hambre por la que nadie movería un dedo por ayudar. Ahora tenía dinero, mucho, el suficiente para pagar a todos los abogados que hicieran falta, a los mejores.

— ¡Esto no va a quedar así! Ese mal nacido va a pagar por lo que le ha hecho.

— No, no importa lo que me han hecho a mí. Tú debes marcharte, no dejes que te detengan. Te harán mucho daño, mucho... —Rosita se echó a llorar.

— No, no me lo harán. Además, no puedo permanecer escondida toda la vida. Tarde o temprano darían conmigo y entonces sería peor. No tengo nada que ocultar y no pienso huir como una cobarde.

— Debemos buscar de inmediato un buen abogado. —Pepa permanecía de pie con la boca contraída. El miedo de volver a perder a Soledad le atenazaba la garganta. Si por ella fuera, habría cogido a su sobrina del brazo y regresarían a Valbello en el primer autobús que saliera de esa ciudad. Sabía que la joven había tomado una decisión y que no conseguiría convencerla. Así que pensó que había que ser práctica. Lo primero era buscar al mejor abogado de toda Valencia, gracias a Dios que podían permitirselo. Si la metían en un calabozo ella iba a ir detrás. No iba a dejar que le arrancaran las uñas a su sobrina. Faltaría más.

— Tienes razón tía. ¿Rosita, no conocerá alguno?

— No, nunca podría permitirme uno. ¿Tú puedes?

— Sí. —Ante la mirada interrogante de la casera que no entendía la nueva situación económica de Soledad no le quedó más remedio que responderle — Es una historia muy larga, que otro día ya le contaré. El caso es que he heredado de un pariente una gran cantidad de dinero. El suficiente para pagar decenas de abogados si hace falta.

— ¡Cuánto me alegro de oír eso! Una buena noticia al menos. De esas últimamente escasean por aquí. —La voz se le volvió triste y las lágrimas le anegaron de nuevo los ojos.

— ¿Qué más ha ocurrido?

— El poeta...

— Sigue...

— Nos lo encontramos un día muerto en el portal de la pensión. Esta vez la paliza fue demasiado fuerte. No le dio tiempo a pedirnos ayuda. No te puedes imaginar la pena que me dio. Era como un hijo para mí, pobre chiquico. Mira que le decía que tenía que cambiar de hábitos. Que lo que hacía era pecado, pero el mal que llevaba dentro era más fuerte que él. Al final terminó como esperábamos, aunque siempre te queda la esperanza de que no ocurra así. —A Rosita se le fue apagando la voz.

— Pobre chico. Aunque yo no creo que sea él el culpable de su propia muerte sino los asesinos que le pegaron la paliza porque les molestaban sus gustos sexuales. A éstos seguro que no les busca nadie. A un despojo de la sociedad con el corazón de oro le pueden matar sin que la policía levante un dedo pero, claro, cuidado con meterte con los poderosos de alma ruin que removerán cielo y tierra para castigar al culpable o al que ellos decidan. — Soledad se sorprendía de sus propias palabras. Estaba alterada, a su mente no hacían más que acudir imágenes con el poeta como protagonista. Se sentía llena de contradicciones. Eran dos seres los que notaba dentro de ella. Por un lado, la niña que fue: introvertida, humilde y gastada; y por el otro, la mujer que era: segura, altiva y renovada. El cambio en tan corto espacio de tiempo se le hacía difícil de asimilar incluso para ella misma. Tan sólo hace unos meses hubiera reaccionado a estas noticias llorando y temiendo a cada sombra que la rodeara. Ahora se alzaba llena de rabia contra un mundo en el que antes habría sido sumisa.

— Tienes razón, la policía ni siquiera se dignó en venir cuando la

llamamos por la muerte del chico. Estaba fichado y sabían de qué pie cojeaba. Creo que hasta se alegraron de que lo mataran. Aunque no debemos sorprendernos. La justicia siempre ha existido para los poderosos. Para los pobres no queda más que la resignación.

— Nada de resignación. En cuanto aclare el tema de la muerte del marquesito pienso contratar un detective privado para que indague sobre el asesinato del poeta. De algo tiene que servir el dinero de mi abuela.

— Déjalo, no remuevas nada. Bastante tienes con salir de esta encerrona. Que aunque tengas dinero eres una mujer y las mujeres no somos nada en este país.

— Quizás tenga razón, pero ya es hora de que empiecen a cambiar las cosas.

— Las cosas han sido siempre así y así seguirán. Buenos son los hombres para dejarnos meter baza.

— Pues yo creo que muy pronto las mujeres conseguiremos cosas que hasta ahora ni siquiera hubiéramos imaginado. En cuanto esta dictadura y su generalísimo se acaben, la vida será muy distinta para nosotras.

— Cuando éste muera pondrán a otro similar en su puesto.

— No lo creo, espero que los españoles no seamos tan tontos.

— ¡Bueno, ya vale de hablar de politiqueos! La cuestión es que te acusan de matar a un marqués y esto tiene que solucionarse lo antes posible. —Pepa intervino nerviosa ya por el cariz que estaba tomando la conversación, temía que alguien les escuchara. Algo que en nada les iba a beneficiar. —Y a ti, ni se te ocurra hablar así delante de la policía. Son unos machitos a los que una mujer prepotente puede llevar a cometer cualquier barbaridad.

— Pero tía...

— ¡Ni tía, ni tío! A la policía con humildad y unos buenos abogados. Que por cierto mientras habláis no encontramos.

— Tienes razón. Quizás los albaceas de doña Juana conozcan a algún abogado en esta ciudad.

— Puede ser. Vamos a llamarlos. Es un punto por donde empezar.

## 14

# VÍCTIMAS

‘A las princesas de arena, el mar se las lleva. Por más que corras mi niña, el agua te alcanza y te quita tu tierna infancia’. En aquella celda oscura y maloliente, estas palabras resonaban una y otra vez en la mente de Soledad. No recordaba dónde las había leído o escuchado antes. Lo único que sabía es que se le repetían como una letanía que la salvaba de pensar en otra cosa. De esta forma no se torturaba con la oscuridad y el olor que emanaba de esa celda pequeña, húmeda y asquerosa. Las mil y una humanidades, que habían pasado por allí antes que ella, habían dejado su huella indeleble en forma de excrecencias físicas amontonadas una tras otra. El hedor se hacía insoportable, pero peor se hacía la espera. Aún no entendía cómo la policía se había enterado de su presencia tan pronto. Ni siquiera pudo llamar a los albaceas. El teléfono se quedó colgando de su hilo pegado a la pared y el eco de la voz de la telefonista hablándole al vacío de una habitación helada.

— ¿Soledad Martos? — el policía tenía cara de malas pulgas. Un bigote recortado hasta hacerlo parecer un mostacho de pega y un ojo a la virulé que hacía juego a la perfección con los numerosos hoyos que surcaban un rostro anodino y falto de todo atractivo. Le acompañaba un minúsculo agente que repetía de forma mimética cada uno de los gestos que realizaba su superior. Parecía un reflejo cómico y reducido más propio de una actuación circense que de una detención policial.

— Mi nombre es Soledad Núñez de Pedro —respondió con el auricular todavía entre sus manos.

— A nosotros nos consta que usted es Soledad Martos, así que andando para comisaría —mientras el grandullón le agarraba por el brazo, estirando de ella para sacarla de la habitación, su tía y Rosita habían acudido hasta ellos alarmadas por las voces de la autoridad.

— ¿Pero qué está pasando aquí? —voceó la casera.

— No estamos para dar explicaciones, señora. Nos llevamos aquí a la delincuente y ustedes a callar sin rechistar, ¿estamos?

— ¿Estamos? — repitió el muñeco que acompañaba al ventrílocuo —  
gendarme con ropa de paisano.

— ¿Cómo que ‘a callar’? ¡Están ustedes en mi casa y les ordeno que me den una explicación de esta tropelía! —les ametralló la doña con el rostro desencajado por la ira. Soledad jamás la había visto así. Era una mujer tan dulce y amable que costaba pensar que se pudiera transformar en aquella



mole que desprendía fuego y daba la impresión de estar a punto de estallar.

— ¡Vamos a ver si nos tranquilizamos, señora! —reculó — Soy el agente Anselmo Martínez y mi compañero es el agente Alejo Martín y nos han informado que esta señorita es una peligrosa delincuente con orden de busca y captura. ¿Queda todo claro? —dijo mirando primero a Rosita y después a su camarada, que le agasajó con otro de sus ecos recurrentes.

— ¡De claro nada! —salió entonces la tía, que hasta el momento se había sentido paralizada por la impresión. — ¡A mi Soledad no se la van a llevar así como así! ¡Mi sobrina no es ninguna delincuente! —Mientras decía esto se lanzaba sobre el policía, forcejeando con él. En vista de la agresión a su superior, el chiquitín se lanzó sobre la tía, con lo que la propietaria de la pensión embistió contra este último, que poco podía hacer ante la considerable diferencia de tamaño entre ambos.

Ante una visión tan rocambolesca, Soledad se percató del peligro que corrían ambas mujeres si persistían en su agresión a los guardias, así que decidió poner orden.

— ¡Venga, ya está bien! ¡Pepa y Rosita, esténse quietas! Señor Martínez, tendré a buenas acompañarle a la comisaría a prestar declaración para que mi inocencia quede demostrada.

La tía y la casera se quedaron mudas mientras los hombres, no sin ganas de llevárselas presas también a ellas pero con el temor de no salir bien parados, la sacaban de la pensión. Las fuerzas se les habían quedado en el rifirrafe. Después, se sentaron en el diván de la sala de estar sin saber muy bien qué esperar.

Un malestar le encogió el estómago a Pepa. No era un dolor que se pudiese achacar a alguna enfermedad física, era algo que le llegaba del alma. Una sensación de torpeza, de angustia, de regustillo amargo. El mal sabor de boca que dejan las cosas que no andan bien. Sabía que no le había quedado otro comportamiento, pero allí la sensación no dejaba lugar a dudas. ¿Había hecho bien dejando partir a su sobrina con aquellos esperpentos de justicieros? ¿Debía haberse peleado con más ahínco o esa actitud había sido un error que acabaría pagando Soledad? Daría lo que fuese por ocupar el lugar de su sobrina, por evitarle el calvario que no acababa más que comenzar y que pensaba que ya sobraba en una vida que no había sido fácil, ni desde luego feliz.

— A perro flaco todo son pulgas, doña Rosita —dijo en voz alta, aunque era más un pensamiento que se le había escapado por los labios.

— Usted que lo diga, doña Pepa. Cuánta razón tiene, y es que me da una pena pensar en esta niña y lo que va a sufrir...

— La verdad es que me siento muy mal. Reencontrarme con Soledad ha sido lo mejor que me ha ocurrido en más de 30 años. Si la encarcelan y la vuelvo a perder... No sé que haría en ese caso. —La mujer estaba a punto de echarse a llorar sin consuelo. Rosita le pasó un brazo por los hombros y la acercó a su pecho.

— Desahóguese que se aliviará. Llore lo que haga falta.

— Estas edades nos pillan con los sueños sin cumplir, las esperanzas rotas y sin incertidumbres que anhelar. Una vida de silencios y un vacío que nos llena el vientre. Soledad es lo único que me queda —balbuceó Pepa entre lagrimones.

— Cuánta razón tiene, doña Pepa.

— Sin el doña, mujer, que le estoy regando el mandil y eso ya nos da intimidad para tutearnos. Además, debemos ser de la misma quinta —reconoció ya incorporándose y secándose el rostro.

— Pues eso, Pepa, que tiene más razón que un santo. — Y ambas rompieron a reír a carcajadas tan sonoras que cuando se apagaron sus ecos en la habitación se llevaron con ellas la tensión acumulada, aunque no la pena por tener a Soledad entre rejas.

— Bueno, será mejor que pare de reír antes de que se me desencaje la mandíbula —aseguró la tía mientras se agarraba la tripa con una mano y con la otra se sujetaba el mentón.

— Sí, sí, pero que ratico más bueno que acabamos de pasar.

— Ni que lo diga, casi me siento culpable, mira que reírme así y mi pobre niña lo que estará pasando.

Las dos se quedaron serias mirando el suelo.

— Pues mire que le digo. No creo que a ella le supiese mal, al revés, le encantaría saber que su tía sabe poner al mal tiempo buena cara y ¡qué leches!, que estos raticos escasean como el buen vino y los hombres decentes. — ¡Ahora eres tú la que lo ha bordado!, ja,ja,ja... — Pues sí, razón no me falta.

— Y hablando de Soledad, quién habrá sido el delator.

— Pues no lo sé, pero ahora que lo dice tengo mis dudas y alguna sospecha.

— ¿No me diga?

Rosita no le contestó pero se levantó del sofá y salió hacia el pasillo con el gesto revuelto y la decisión en sus movimientos. Subió las escaleras, seguida de una Pepa intrigada, y se paró delante de uno de los cuartos de los inquilinos. La puerta estaba entornada. La casera la empujó sin pedir permiso para entrar. Dentro de la habitación una mujer de unos cuarenta años se maquillaba frente a un espejo desvencijado. Ella no se inmutó cuando entraron en la habitación. Siguió con sus pinturas. Rosita la agarró y se le encaró. Después de mirarla a los ojos le estampó una sonora bofetada que le hizo tambalearse.

— ¿Cómo has podido? Te acogí como a una hija y así me lo has pagado.

Soledad seguía en los calabozos, esperando. Allí la habían metido a empellones el dúo policial. La habían encerrado en aquel cuartucho sin luz y se habían marchado riéndose de su suerte. Allí todo olía a jirones de realidad, de vidas malgastadas, desperdiciadas. Eternidades pasajeras y concluyentes en un mismo lugar. Un lugar tan asqueroso como poco saludable. Allí el tiempo era un mecanismo voluble y caprichoso que la martirizaba con su paso lento e interminable. Segundos inacabables que se alargaban hasta fundirse con horas que parecían días. Si cuando oyó el clic de la cerradura de la celda al abrirse para dejar paso a la reencarnación de ‘Moby Dick’ le hubieran dicho que había pasado un año entero lo habría creído, aún a sabiendas de que no debía de haber transcurrido más de un día con su noche.

En la celda le había dado tiempo a pensar mucho en cómo era posible que la hubieran detenido tan pronto. Por más que retrocedía al momento en que entraba en la pensión, no conseguía reconocer los pasos de quien bajaba por las escaleras. No creía que ninguno de los antiguos inquilinos, a los que ella había considerado su familia, la hubiera delatado. Le parecía imposible que alguno de ellos fuera capaz de traicionarla. Entonces, quién había sido.

— ¡Venga, levanta tu culo del catre y arrea delante de mí! Y cuidadito con los intentos de escapatoria que no quiero enfadarme —bramó la gigante. A Soledad casi se le escapa una risilla nerviosa sólo de imaginarse a ella corriendo con aquel mastodonte detrás de ella blandiendo su porra. Enfadarla era lo último que quería.

Salió y se dejó manejar por la guardiana que la llevó por un vericuetto de pasillos y escaleras hasta depositarla en una silla dentro de una habitación sin ventanas y con una mesa por todo mobiliario. Allí espero en semipenumbra hasta que la puerta volvió a abrirse y apareció el del extravío en la mirada. En esta ocasión venía solo, su replicante debía andar en otras lides.

— Señorita Martos... —hablaba con un tono cuasi afectuoso que sorprendió a la muchacha —como ya le dijimos está acusada del asesinato del Marqués de Ripalda. Tenemos testigos que la sitúan en su casa la noche en que se cometió el crimen.

— Es verdad que fui a su casa. El señorito me había asegurado que conocía el paradero de mi hermana así que le acompañé. Hablamos y poco después abandoné la mansión dejándole vivito y coleando —respondió Soledad intentando ser y parecer lo más sincera posible.

— Ya, pero el marqués no murió en su casa. Le asaltaron en plena calle. Quizás usted le esperó fuera y le siguió. ¿Por qué sino se marchó tan precipitadamente?

— Yo me volví a la pensión y al día siguiente tras visitar a mi hermana me marché, tal y como tenía previsto antes de encontrarme con el marqués. No fue precipitado. Además, ¿qué tenía yo en contra de ese señor para matarlo? Estoy segura de que a poco que busque saldrán docenas de personas con muchos más motivos para acabar con él.

— Un intento de violación es un motivo más que suficiente, ¿no cree? — una mirada lasciva la recorrió de arriba abajo trayendo a su memoria las imágenes de aquel guarro que en poco se diferenciaba de este otro que tenía ahora delante de ella sentado de medio lado en la mesa apestada de carcoma. Una arcada pujó por salir al exterior dejándole el sabor amargo de la bilis en su garganta.

Durante años había sido la misma persona. La niña asustadiza e introvertida de su infancia le había acompañado prácticamente toda su vida. Hasta hacía unos meses su trayectoria vital había sido lineal. Hasta la muerte de su madre. En ese momento una sacudida la lanzó de su caparazón de aislamiento y la empotró contra la realidad que existía fuera de las cuatro paredes de la que había sido hasta entonces su casa y del que había sido su pueblo. Lo único que conocía y que ahora, con la mirada de la otra, de esa otra, la mujer que era en ese momento, se le antojaba ridículo y hasta rijoso,

el que hubiese podido permanecer allí sin tener la mínima intención de escapar.

La niña temía los cambios, prefería el conformismo. La mujer se había descubierto como una orgullosa luchadora que no iba a dejar que la pisotearan. La mujer no se reconocía en la niña, y ésta, cada vez más acorralada, se dejaba dominar. El tiempo de la niña había pasado, aunque aún quedaban grietas por las que la niña podía escapar. Momentos como ése, el del interrogatorio, eran propicios. A Soledad se le heló el cuerpo, no tanto por miedo al esperpento que tenía delante sino porque veía a la niña levantarse del rincón y avanzar con paso firme.

No la devolvieron a su celda después de interrogarla. Seguía siendo culpable. En un coche policial la llevaron desde la comisaría hasta la cárcel de mujeres en el paseo de la Pechina. Ella pudo apreciar sus muros sólidos que se alzaban junto al antiguo cauce del Turia. Dentro, oscuridad y azulejos de mala calidad desentonaban con el exterior modernista. Sintió frío cuando le obligaron a quitarse la ropa. A cambio, una bata de algodón basto le raspó la piel. La llevaron a una celda que ocupaban tres reclusas más hacinadas en varias literas. La estancia era lúgubre y húmeda pero estaba más limpia que su anterior alojamiento.

— ¿A ti de qué te acusan? —le preguntó una joven morena encaramada en la escalera de la cama superior en cuanto la guardiana las dejó solas.

— De asesinato —consiguió articular Soledad más para ella misma que para su interlocutora.

— ¡Vaya con la boquita de piñón! —exclamó una mujerona de pelo cano reclinada junto a la primera.

— Soy inocente. —recalcó la recién llegada.

— Claro, como todas. —Ésta era la tercera, si es que se podía asegurar que fuera mujer, pues su aspecto era totalmente andrógino —Yo no pertenezco al Partido Comunista, ‘la tres dedos’ —señalaba ahora a la de las canas —no se cargó a su maridito y ‘la mejicanita’ es una hermanita de la caridad.

— En serio, se me acusa de haber matado a un marqués y soy inocente. —Soledad comenzó a sentirse angustiada. Si no era capaz de convencer de su inocencia a tres presas lo iba a tener muy difícil para la policía creyera su historia.

— ¡Anda, si era un marqués estás perdonada! —dijo la marimacho. Dicho esto fue aceptada como una más en el disparatado grupo.

Los días en prisión se convirtieron en rutinas. Duchas frías, rancho incomedible y paseos por el patio trasero. Paseo suspendido, a eso de las doce, para aprovechar el sol del medio día junto al paredón sur. Esos ratos eran los mejores, los de las risas y los del olvido. Margarita, como se llamaba la mujer de más edad, aseguraba que se encontraba en la playa de la Malvarrosa tomando el sol.

— Pues yo prefiero la del Perelló —le contestaba Ilu, la morena.

— Sin problema, tu vete al Perelló que yo me quedo con mi Malva. — Todas comenzaban a reírse, creyendo por unos breves instantes se encontraban de verdad a merced de la brisa marina en una de aquellas largas y doradas playas valencianas.

Esos pequeños momentos, robados de forma totalmente descarada a la cadena impuesta, les devolvía la esperanza de recobrar algún día lo perdido dentro de aquellos muros levantados hacía ya casi medio siglo.

— ¿Sabéis que el arquitecto Vicente Agustí diseñó esta cárcel y que una de sus fachadas data de 1925? —soltó un día Carmen, con su habitual brusquedad, en medio de aquellas mañanas al sol.

— ¿En serio? ¿Cómo sabes tanto? — no pudo evitar preguntar Soledad.

— ¿A quién le interesa cuándo se construyó? A mí lo que me gustaría saber es cuándo la derribarán —masculló Margarita.

— El saber no ocupa lugar —le reprochó Carmen —Además, no creo que la derriben nunca, y aunque lo hicieran sería porque habrían construido una más grande que ésta.

— Quizá algún día estos corredores oscuros dejen de albergar presas. Podría convertirse en un colegio con montones de niños correteando y compensando con sus risas toda la tristeza que ahora inunda este edificio. — Soledad hablaba en voz alta sin mucho convencimiento, pero era una bonita esperanza que contagió a las demás.

— Nunca se sabe, nunca se sabe —le apoyó Ilu, la más soñadora.

Las tres compartían unas historias llenas de sufrimiento, lucha y desesperación. A Margarita, su marido la golpeaba día y noche. Los moratones se le iban acumulando de manera que su cuerpo era un mapa coloreado con tonos desde el violeta más chillón al dorado más brillante.

Años de humillación la habían convertido en una sombra apagada siempre con miedo de recibir el próximo puñetazo. Así durante varias décadas. Una noche esperó paciente hasta que el marido cogiera el sueño después de una monumental borrachera, le agarró por los pelos para levantarle la cabeza de la mesa y con el cuchillo de cortar carne le desgarró la garganta.

Ella aseguraba que lo único que recordaba era cómo la sangre inundaba el hule de cuadros y después se encharcaba a los pies del moribundo. Tampoco podía asegurar porqué eligió aquella noche y no antes, habiendo evitado así mucho dolor a su cuerpo, ni qué pasó por su mente para actuar de una manera tan fría y con tanta precisión. “Era el momento que le tocaba para despacharse para el otro barrio” aseguraba siempre. Ni ella misma se reconocía en ese acto, nunca había sido violenta y mucho menos se hubiera considerado capaz de convertirse en una asesina. “Nunca te conoces lo suficiente, siempre hay alguna sorpresa” les decía constantemente.

Carmen era del PC, razón más que suficiente para estar en la cárcel. La habían pillado llevando unas octavillas llenas de soflamas comunistas a la facultad donde estudiaba Bellas Artes. Era hija única en una casa donde el varón era lo más deseado. Su padre, cuando se convenció de que no tendría el anhelado sucesor, decidió que convertiría a la chica en lo más parecido a sus pretensiones. Lo de jugar con muñecas, vestir de seda o aprender a bordar quedó totalmente prohibido. A cambio se le impuso un tutor monacal que la atormentaba a todas horas con lecturas ininteligibles y aburridas. Al menos, así le parecían entonces. Con el paso del tiempo aquella educación espartana era lo único que agradecía a su progenitor. Los pantalones pasaron a formar parte de su vestuario de tal forma que ya nunca más se sintió cómoda con faldas.

Tanta opresión por parte de un progenitor misógino creó en ella la necesidad de chingar y lo hizo incorporándose a la lista de afiliados al Partido Comunista e inscribiéndose en Bellas Artes en lugar de en Derecho, como pretendía su padre. No tenía vocación de artista pero le encantaba acumular datos, así que también era una lectora voraz. Cuando la detuvieron, sus padres la desheredaron y la enterraron como hija.

La historia de Ilu era la de cientos de niños nacidos en tiempos de guerra. Huérfana de padre y madre, se había criado en una inclusa hasta que tuvo la suficiente autonomía para buscarse la vida. “El hambre no es buena para la

virtud” repetía a modo de disculpa. No se sentía orgullosa de sus latrocinios, pero la necesidad le había empujado a realizar toda clase de timos y sablazos para tener algo que echarse a la boca. La suerte le era esquiva por lo que no era una neófita entre esos muros. De sus estancias en prisión afirmaba que aunque el rancho era poco menos que vomitivo al menos llenaba la tripa. “Quien no se conforma es porque no quiere” solía decir a sus compañeras cuando alguna de ellas se quejaba de la situación. Pequeña y risueña, pese a arrastrar tanta penuria acumulada a lo largo de su vida, no tenía más familia que sus compañeras de celda.

A Soledad, esta familia postiza que la acogió sin juicios ni reproches le parecía un regalo. Cada una debía enfrentarse a sus propios demonios y a los colectivos. Eran una pequeña tribu a la deriva que había encontrado en la amistad su tabla de salvación.

La joven no sabía cuánto tiempo tendría que permanecer entre rejas. Todavía no se había celebrado el juicio y sabía que en él tenía todas las de perder, así que se preparó para pasar una larga temporada entre sus nuevas hermanas. ‘Una vez te acostumbras y te mentalizas no es tan malo estar aquí’ le consolaba Ilu cuando la veía baja de moral. Quizás ella acabara acostumbrándose, pero la que le preocupaba era Pepa. Ya era mayor y se había pasado media vida sola. Después de haber recuperado a su sobrina aquel golpe le habría afectado mucho. El único consuelo de Soledad era que estaba con Rosita. Aquella matrona imponente cuidaría de ella. Tampoco podía olvidar a Mercedes, moribunda en aquel hospital no aguantaría mucho tiempo. No podría volver a verla. Sentía pena por aquella que un día creyó que era su hermana. Dejaría este mundo llena de rabia y de rencor, sola.



## EL PERDÓN

Una mañana se presentó su abogado. La mandaron a buscar antes de salir al patio. La noticia le provocó un vuelco al corazón. Era buena señal. Cuando entró en la sala de visitas llevaba preparado todo un discurso de alegaciones sobre su inocencia. No le hizo falta. Don Bernardino Mata era un hombre afable, de cara redonda y bigote blanco, que le tendió una mano de dedos regordetes mientras se presentaba. Antes de que pudiera tomar asiento el buen señor le dijo de sopetón que recogiera sus cosas que la ponían en libertad. Soledad se quedó tan sorprendida que tardó varios segundos en poder reaccionar.

— ¿Cómo es posible? —le inquirió sin creérselo todavía.

— El verdadero asesino ha confesado. —Fue su escueta explicación. — Ahora a cambiarse de ropa que salgamos de aquí cuanto antes.

Una de las vigilantes le acompañó a su celda. No la dejó despedirse de sus compañeras, debió conformarse con escribirles una nota. Estaba segura de que lo entenderían y se alegrarían por ella.

Fuera le esperaban su tía Pepa y doña Rosita. También estaba él.

Se sentó en el coche en la parte trasera entre su tía y la casera. Delante el abogado ejercía de copiloto. Él conducía. En cuanto pudo, le dirigió una mirada interrogativa a Pepa.

— ¿A dónde vamos? —consiguió articular cuando vio que el automóvil pasaba junto al cine Samoa en Alférez Provisional. ‘La Fe’ estaba a un paso.

— Vas a ver a Mercedes —le contestó Pepa. El resto permaneció todo el trayecto en silencio.

El lujoso 124 sport coupé de 1600cc aparcó frente al hospital. Cuando Soledad salió, después de Rosita, se encontró con el desconocido aguardándola. Sus ojos se encontraron y él le agarró de la mano y tiró de ella para que lo siguiera.

— No tenemos demasiado tiempo. —Por primera vez escuchaba su voz, lo que confirmó sus sospechas de que había sido él quien la amenazó por teléfono. Un escalofrío de temor le recorrió la espalda. En ese momento se

giró y ella pudo leer en su mirada el dolor y el miedo que llenaban su alma. La compasión ganó al impulso de salir corriendo. Le siguió por la zona de admisión, en la espera del ascensor y por los corredores que llevaban, en el tercer piso, a la habitación de Mercedes. Durante todo el trayecto él le apretó con fuerza la mano pero no volvió a mirarla.

En la puerta encontró al dúo cómico formado por los agentes Anselmo Martínez y Alejo Martín. Apostados uno a cada lado de la entrada miraban con cara de pocos amigos. Soledad pensó por un momento que la esperaban para volver a detenerla y que su libertad le había sabido a poco. No pasó nada de esto. Ambos les abrieron paso y pudieron franquearlos sin ningún problema.

Dentro, Mercedes la esperaba tumbada en una cama que se le hacía grande por momentos. Su aspecto había empeorado más, si cabía, desde la última vez. Ahora su delgadez, puro hueso sin carne, la hacía tan inconsistente como el aire. Sólo sus ojos seguían manteniendo la llama de la vida, del resto apenas quedaba nada.

— Gracias por venir. —Su voz sonaba hueca y apenas audible. En cada vibración de sus cuerdas vocales se podía apreciar el tremendo esfuerzo que realizaba para poder articular unas palabras. —Pensaba que no llegarías a tiempo. Poco me queda ya en este mundo, pero no quiero irme sin antes hablar contigo. David, por favor, déjanos solas.

David. Así era como se llamaba. Oír su nombre le hizo materializarse, convertirlo en persona y no en el personaje de sus recuerdos que la había acompañado durante meses. David, se llamaba David y estaba en aquella habitación de hospital. El acaloramiento que estos pensamientos le produjeron evitó que se girara a verlo marchar.

— Acércate, no tengas miedo. No volveré a escupirte. Desde luego, no tengo perdón, pero acepta las disculpas de esta pobre moribunda que ha cometido muchos errores a lo largo de su vida.

Soledad se sentó en el sillón negro que había junto al armario metálico. La habitación todavía olía a nuevo, ya mezclado con el típico hedor de los hospitales a enfermedad y antiséptico. El lacerado cuerpo de Mercedes yacía incorporado en una cama blanca. La mascarilla de oxígeno descansaba en su regazo aunque debía hacer uso de ella continuamente.

— No te preocupes, está todo olvidado y perdonado. Cuando vine ese día,

buscaba a mi hermana. Después conocí la verdad —se sinceró Soledad, a la que ver el estado de Mercedes le había ablandado el corazón. Debía controlarse para no llorar.

— Espero que David te haya tratado bien. No es que tuviera nada en contra de ti, pero cuando supe que me buscabas volví a recordar aquellos horribles años.

— Siento mucho que mi madre fuera la culpable de que te enviaran tan joven a servir. Entiendo que no puedas perdonarle que te alejara de tu casa y de tu padre.

— Sí, fue muy duro. Nunca volví a saber de mi padre y a él tampoco le pude perdonar la cobardía.

— Mercedes, perdona si te molesto, pero desde que mi tía Pepa me contó la historia me he preguntado qué pasó realmente para que a ti te alejaran de allí y nosotros tuviéramos que huir del pueblo. —Soledad temió la reacción de la mujer aunque ella no cambió de expresión.

— Ya han pasado muchos años, demasiados para volver a remover esa mierda. Demasiado para recordar con nitidez. Yo era apenas una niña y de eso han transcurrido más de tres décadas. Pensándolo bien, qué más da, y qué importa si las acusaciones de tu madre eran reales o el mero embuste de una loca. Si te digo que sí, que fue mi padre el que abusaba de mí y que Dolores actuó de esa forma para protegerme, ya no sería el mismo Mario Facundo para ti. Conociendo a tu madre, si te digo que mintió no sería más que echar otro sarmiento al fuego de su demencia. Te contara lo que te contara, no haría más que alimentar el rencor hacia alguno de ellos. Sin darte cuenta le acusarías de todas tus desgracias, y te aseguro que el rencor y el odio no son buenos. Te devoran el alma y después se ceban con tu cuerpo. Mira el mío, este cáncer no es más que el resultado de toda una vida de resentimiento.

La enferma se había ido excitando con estas últimas frases y se la veía alterada. Soledad tuvo miedo de provocarle un colapso. Mercedes tuvo que hacer uso de la mascarilla una vez más.

— Tranquila, tienes razón.

— Claro que la tengo. Cuando tú estés a punto de irte al otro barrio te darás realmente cuenta de lo que digo. De lo rápido que pasa la vida y de lo mal que la aprovechamos. Muchas veces las circunstancias mandan pero eso no debe servir de disculpa. Se debe luchar por disfrutar los momentos más

insignificantes. Cada segundo, cada minuto de cada día cuentan. Una vez han pasado ya no vuelven.

Soledad entendía lo que le quería decir Mercedes pero también era consciente de lo difícil que resultaba poner en práctica tales palabras. De todas formas, le agradeció el esfuerzo agarrándole suavemente la mano que le quedaba libre aunque insertada por la aguja de un gotero.

— Durante años he odiado a mi padre por abandonarme, a tu madre por enviarme a servir, al dichoso marqués por violarme y a mi marido por maltratarme. De qué me ha servido tanto odio y tanta inquina, sólo conseguí envenenarme el corazón. Tanto tiempo echando la culpa a los demás, para finalmente darme cuenta en mi lecho de muerte que la única culpable soy. Cada uno somos responsables de nuestra felicidad y de los caminos que escogemos. Pude haber olvidado y agradecido lo bueno que me dio la vida. Un hijo que me quiere y amigos que me ayudaron cuando los necesité. En vez de ello, preferí seguir maldiciendo mi pasado y no disfrutar de lo que tenía.

— ¿El marqués te violó? —Soledad no salía de su asombro. Desde luego la vida de la que creyó su hermana no había sido un lecho de rosas, más bien se había clavado todas las espinas.

— Sucedió cuando trabajaba para su madre. Por eso le maté. No podía dejar que volviera a repetirlo después de ver que también te había agredido a ti. Yo me moría, pero él iría por delante.

— ¿Fuiste tú? —Su tono de sorpresa encajaba a la perfección con la expresión de su rostro. —¿Cómo? Además tú estabas en el hospital ingresada cuando sucedió.

— La noche anterior a tu visita yo estaba en casa. Había tenido una ligera recuperación gracias a la medicación, pero sabía que no tardaría mucho en volver a recaer. Decidí saldar cuentas, decirle a la cara a ese desgraciado, ya que a mi padre y a mi marido no podía, el daño que me había hecho y lo muy hijo de puta que era. Llegué hasta aquella plaza que no había vuelto a pisar desde el momento que salí de esa casa presa del pánico. De la impresión tuve que apoyarme debajo de la arcada que hay entre la basílica de Nuestra Señora y la Catedral. Desde allí te vi salir recomponiéndote la ropa. El marquesito había ido a la tienda a preguntar por mí y le comentó a la dependienta que una hermana me buscaba. Reconocí al instante esa cara a pesar de que la última vez que estuvimos juntas tú no alcanzabas a tener dos años. En ese

momento me sentí culpable por haberme ocultado. Después salió él. Iba pagado de sí mismo, como si destrozar la vida a otro ser humano fuera algo de lo que sentirse orgulloso. No pude más, le seguí. Había cogido un cuchillo de casa a modo de protección, por si él se ponía violento y a mí las fuerzas me flaqueaban. No fue algo premeditado, pero cuando se paró en ese callejón y me situé a su espalda... Él se giró y me miró. No sé si me reconoció antes de sentir que el corazón se le partía en dos. Esa misma noche me tuvieron que ingresar. Demasiadas emociones para un cuerpo tan desgastado.

Soledad se había quedado muda. Ahora entendía la presencia de los agentes en la puerta. Eran tan idiotas que debían pensar que la asesina podía intentar huir.

— Perdona que no confesara antes. No me enteré hasta ayer de que te habían encarcelado acusándote de su muerte. Eso era algo que no podía permitir. De todas formas, yo a la prisión no llego, me moriré antes.

— No digas eso, no te vas a morir. Ahora que te he encontrado por fin, no puedes abandonarme tan pronto. —Soledad era sincera. Le apretaba la mano con fuerza en un intento de contagiarle vida.

— Lo siento Soledad, perdóname. —Ahora era ella quien le oprimía los dedos a modo de disculpa y sus enormes ojos azules se llenaban de lágrimas.

La puerta se abrió y apareció él.

— Mamá ya está bien, no debes forzarte tanto. Debes descansar.

Era su madre. En un momento de confusión, Soledad pensó que todos esos sueños eróticos los había tenido con su sobrino. Casi le da un patatús antes de darse cuenta de que Mercedes no era su hermana y por tanto, con él tampoco guardaba relación filial.

— Soledad ya conoces a mi hijo David, aunque creo que nadie os ha presentado todavía. Apenas os lleváis pocos años. Lo tuve muy joven, pero es lo único de lo que no me arrepiento.

Ella se vio obligada a mirarlo y a saludarle por cortesía. Se encontró con un rostro impenetrable y una mano fría.

— Ahora será mejor que me dejéis descansar a solas. Yo ya lo tengo todo hecho.

— Mamá...

— He dicho a solas, cariño.

— Está bien, pero estaré al otro lado de la puerta, por si me necesitas.

— Gracias.

— Adiós, Mercedes. Mañana volveré a verte. Ha sido una gran alegría el poder hablar contigo.

— Lo mismo digo.

Soledad salió detrás de David. A Mercedes la dejaron tranquila. Había cerrado los ojos y se la veía en paz. Los sicarios policiales continuaban cual columnas de Hércules apostados a ambos lados de la entrada. Se despidió del hijo de Mercedes con un tímido adiós. Sin levantar apenas la vista del suelo se dirigió a los ascensores.

Apenas habían pasado unas horas de su visita al hospital. Ella intentaba descansar en su habitación de siempre de la pensión, pero no conseguía conciliar el sueño. Vueltas y más vueltas en la cama, intentando asimilar los últimos acontecimientos. Cuando salió del pabellón, su tía y la casera la esperaban sentadas en uno de los bancos de piedra cercanos. Juntas bordearon el gran seto central y salieron por una de las aberturas del muro exterior. Cogieron uno de aquellos taxis negros con franja amarilla. En el vehículo la pusieron al corriente de todo lo que había sucedido desde que se la llevaran a comisaría.

Rosita le contó cómo descubrió a la delatora. Según explicó, era una huésped que había llegado hacía unas semanas, llorándole por un sin fin de desgracias. Aunque algo no le dio buena espina, decidió darle una oportunidad. La dejó vivir allí, retrasándole el pago hasta que pudiera hacerlo efectivo. Le dio de comer en numerosas ocasiones de forma totalmente altruista y fue paciente con sus peleas con otros inquilinos que pronto comenzaron a quejarse.

— La acogí y le dí un techo. La defendí y les pedí que le dieran otra oportunidad. ¡Cómo me lo paga ella! La muy... va y te delata. —Rosita se veía realmente alterada. Si había algo que no podía soportar aquella buena mujer era la traición y a una persona desagradecida. —La puse de patitas en la calle, después de un soberano bofetón, ¿verdad, Pepa? —Ambas mujeres rieron al unísono al recordar la escena que dejó a la tía boquiabierta. —Ella se reía hasta que vio cómo cogía su ropa y la comenzaba a tirar por la ventana. ¡No hagas eso!, me decía. Pues no haber sido una chivata, le contesté. Se creía que no la iba a descubrir. ¡Venderse por cuatro perras! ¡Poca vergüenza, después de lo que hice por ella!

— ¡Si la llegas a ver cómo salió corriendo a recoger las prendas que iban cayendo al medio de la acera...! —siguió Pepa muerta de risa —Después cayó la maleta, y Rosita casi le rompe la crisma. Lo metió todo hecho un ovillo y se marchó con viento fresco acordándose de todos nuestros antepasados.

— ¡No le estuvo mal! —confesó Soledad —pero no estuvieron bien las formas. —comenzó a reñirlas, si bien no tuvo corazón para seguir. Sabía que lo habían hecho por ella.

— La verdad es que han sido unas semanas muy duras, mi niña. —Pepa se abrazó a su sobrina, agradeciendo en silencio el volver a tenerla junto a ella.

— Lo sé tía, pero ahora ya todo ha pasado y debemos seguir adelante.

— Tienes razón.

— Claro que sí —la secundó Rosita que también estaba eufórica por el desenlace.

Ahora, sola en su habitación le resultaba más difícil seguir su propio consejo. Olvidar, ella sólo quería olvidar. Pensar que el mal trago había sido una pesadilla. También sabía que no era solo eso lo que le rondaba por la cabeza. Mercedes y su hijo David también eran un motivo de angustia. La una por su estado y el otro por los sentimientos contradictorios que le inspiraba.

Unos nudillos golpearon suavemente la puerta. Soledad se levantó a abrir. Era Pepa. Su tía venía con mala cara y se la veía nerviosa cuando se sentó en la cama y la miró.

— No quería molestarte, pero...

— ¿Qué pasa tía?

— Es Mercedes.

— ¿Sí? ¿Ha empeorado?

— Ha muerto. —Pepa lo soltó como quien se deshace por fin de una pesada carga. Soledad no supo cómo reaccionar. Se quedó quieta, allí sentada sobre la colcha de flores descoloridas. No sentía una pena profunda, algo normal teniendo en cuenta que apenas la había conocido. Sentía lástima por aquella mujer que había penado tanto en la vida y que se había marchado envuelta en sufrimiento. Las lágrimas no acudían a sus ojos.

— Tía, ¿crees que soy un monstruo?

— ¿Por qué, mi niña?

— No soy capaz de llorar su muerte, tampoco pude llorar la de mi madre.

— Claro que no. Después de todo lo que te hizo sufrir Dolores era normal que su defunción fuera más un alivio que otra cosa. A Mercedes acababas de conocerla. Además, cada persona reacciona de una forma diferente ante la desaparición de sus seres queridos. Algunos se bloquean, como puede que te esté pasando a ti. Entonces el dolor no aparece en un primer momento. Llega después, de forma repentina y sin avisar, cuando ya no se espera.

Era una mañana gris, las nubes se cernían cada vez más amenazantes. En el cementerio, el viento acosaba silbante mientras el ataúd de Mercedes era introducido en el nicho. El silencio era todavía peor que los llantos ahogados intermitentes que habían cesado. Soledad miró a David, se le veía completamente absorto y solo. Ella sintió pena de él y se le acercó. Le agarró la mano. Él se giró y ella pudo ver el dolor agazapado en sus ojos. Los mismos ojos de su madre. Volvió a dirigir su mirada al féretro pero no se soltó. Soledad pudo oír algún murmullo. Entre los asistentes al sepelio había gran cantidad de mujeres que seguramente no conocían a la difunta sino al hijo. Soledad sí la había conocido, bien que poco, pero lo suficiente para sentir que su lugar era aquel. Ninguna de aquellas hembras conocía la historia de Mercedes, ninguna podía siquiera entrever el profundo sufrimiento de aquella pérdida. La adoración de David por su madre. La única mujer a la que había amado.

Todo había terminado hacía ya tiempo cuando se dieron cuenta de que estaban solos. Él la miró y le pidió que no le dejara. Ella le siguió sin decir palabra, ni siquiera preguntó cuando él abrió la puerta de su casa y la dejó pasar. David entró y se sentó en la mesa redonda que ocupaba la mitad del espacio del salón comedor empapelado con grandes rombos concéntricos color naranjas. El piso era pequeño. Desde allí se veían las puertas que daban acceso a lo que debía ser un dormitorio, una cocina y un pequeño pasillo. Apenas había luz. El día no acompañaba y varias de aquellas estancias parecían interiores.

Ella, parada junto a la entrada, no podía pensar en otra cosa que en su presencia. Sentía una anulación total de la voluntad y una flojedad que se le había apoderado de las piernas. La boca se la notaba seca y un hueco parecía habersele instalado en el vientre. Él, con las manos entrelazadas, se agarraba



la cabeza.

— ¿Quieres que te prepare algo?, ¿una tila...?

No contestó, así que se dirigió a la cocina. Era mejor hacer algo que quedarse de plantón. Encontró varios vasos en el escurrer platos que había colgado encima del fregadero de mármol blanco. Llenó dos de agua. Uno se lo bebió de un trago. El otro se lo llevó a David. Lo dejó encima del hule descolorido intentando salvar las distancias, sin conseguirlo. Él le agarró la muñeca. Un segundo más tarde, lloraba desconsolado ceñido los brazos a su cintura. Soledad le acarició el pelo liso y muy corto. Era de color claro, entre rubio y cobrizo. Sus manos viajaron a su cuello y las de él a sus senos. Ella no supo cómo acabó a su altura y sus bocas se unieron. El tiempo y el espacio desaparecieron. El corazón se le hizo agua.

El sofá cercano les acogió cuando cayeron, desesperados, arrancándose la ropa. Ella sintió sus caricias apremiantes, incluso torpes por la prisa. La volteó y ella protestó ligeramente cuando le notó dentro. Con el segundo embate se arqueó de placer. La piel le abrasaba al paso de sus manos. Soledad le clavó las uñas en la espalda, acercándolo, y él empujó con más fuerza. Cuando creía que iba a morir devorada por aquel ardor, sus entrañas estallaron en mil sensaciones que recorrieron cada uno de los nervios del cuerpo bañado en el sudor de los dos.

Las piernas entrelazadas y los alientos confundidos. Así se encontró Soledad cuando se despertó un tiempo después. La oscuridad era casi total y la escasa luminiscencia que entraba en la habitación provenía de una farola cercana a la ventana sita en una pared lateral. Con cuidado deshizo el lazo de sus cuerpos y tanteó el suelo en busca de los restos de su vestido negro de media manga y topos bordados en la falda. Se calzó las bailarinas y se arrodilló junto a él, que dormía profundamente. Se le veía espléndido desnudo. Era la primera vez que contemplaba un ejemplar del sexo masculino en cueros, pero éste debía ser un magnífico representante de su género.

Le costó renunciar a esa vista, pero sabía que su tía estaría preocupada. Cogió dos pequeñas mantas que estaban dobladas en un lateral del sillón y cubrió el tentador objeto de pecado. Antes de salir le dejó una nota sobre el hule gris: ‘Permaneceré unos días en la pensión Rosita’.

Pepa la esperaba en la entrada. A Soledad le dio pánico que su tía pudiera leer en la expresión de su cara y en su forma de andar lo que acababa de

sucedier en un pequeño piso del extrarradio. Intentó parecer normal, había repasado varia docena de veces en el taxi de camino allí la historia que se había inventado. ‘El chico se encontraba muy afectado y no quiso dejarle solo. Fueron a comer a un restaurante cercano y le estuvo consolando toda la tarde’.

— Tía, siento no haberte avisado de que llegaría tarde, pero...

— No digas nada. Ya eres mayorcita para saber lo que haces. —Le dirigió una mirada de reproche y se giró, dejándola con la palabra en la boca. Se metió en las habitaciones de la casera y Soledad se fue a la suya. ‘Lo sabe’, se repetía una y otra vez la chica mientras subía las escaleras. Ya en el cuarto se miró en el espejo. Su reflejo le devolvió la imagen de una mujer que acababa de ser satisfecha, no la de una que acabara de llegar de un entierro. Sus ojos se veían brillantes, sus labios llenos y sus pechos voluptuosos. Puro sexo desbordando todos los poros de su piel.

## 16

### ENAMORARSE

Había pasado una semana desde el entierro de Mercedes. Soledad se sentía cada vez más desesperada. Al principio se sintió perpleja, aturdida y exaltada. Mantenía los ojos abiertos en la oscuridad de su cuarto sin saber qué le pasaba. Cada minuto, cada segundo del día su mente volvía a aquella casa, a aquel sofá, a sus besos, a sus manos. Su pensamiento, todo su ser le reclamaba. Tenía ansias de él. Pero David seguía sin aparecer.

A su tía no le pasó desapercibido su comportamiento, por más que Soledad disimulaba, Pepa la miraba de reojo recelando de la actitud extraña de su sobrina. “¿Crees que se droga?” le había preguntado Rosita. “No lo sé, pero está rara, muy rara. Desde el entierro de Mercedes le pasa algo. Estoy segura de que tiene que ver con ese hijo suyo. Cuanto antes nos vayamos al pueblo mejor”.

Soledad le había dicho a Pepa que permanecería en Valencia unos días más para realizar unas compras y poder visitar a sus antiguas compañeras de celda. El reencuentro fue muy emotivo. El verlas allí encerradas le partía el alma. Carmen decía que ya se acercaba el final de aquella dictadura opresora.

Si tenía razón en unos años, que esperaba no fueran muchos, cambiarían muchas cosas. Quería devolver a su otra familia, la que dejó en aquella cárcel valenciana, un poco de aquel amor desinteresado con el que la recibieron. Sus casos ya estaban en manos de Don Bernardino. “Si no nos apoyamos las unas a las otras, ¿quién lo hará entonces?”, le dijo un día Margarita, y tenía razón. Ahora era su turno. Se sentía incapaz de dar nombre a lo que le sucedía. Llamó a Trini. Necesitaba una amiga con la que desahogarse, a su tía no le podía hablar de aquellos sentimientos que le eran tan extraños. La otra se sorprendió cuando recibió la llamada, Soledad había desaparecido sin dar una explicación y eso no gustó a la andaluza, quien no dudó en hacérselo saber.

— Chiquilla, ¿se puede saber dónde te habías metido? ¡Mira que desaparecer así de un día para otro sin avisar, llegamos a pensar lo peor! ¡Eso no se hace, muy mal!

— Tienes razón, perdóname. Mejor quedamos y te lo cuento todo para que comprendas.

— ¡Está bien y más te vale que la excusa sea buena!

Quedaron donde siempre, en el bar que hacía esquina con la calle Milagrosa junto a la fábrica de bolsos. Las demás ya se habían marchado a casa, así podrían hablar tranquilamente. Trini seguía tan hermosa como siempre, morenaza con la piel tostada en toda época del año. Se giró cuando la oyó saludarla. En la boca le nacía un reproche que se ahogó en su garganta al ver el lastimero aspecto de su amiga.

— ¿Qué te ha pasado, chiquilla? —La hizo sentarse a su lado y le agarró fuerte las manos. —Cuéntame.

Su tono, sin el deje de guasa que pocas veces abandonaba, no dejaba lugar a andarse con rodeos. Así que Soledad le fue narrando desde el intento de violación a su huida al pueblo y su posterior regreso con encarcelamiento incluido.

— ¡Resultó que la asesina era la que creíste tu hermana! ¡Increíble!  
¡Porque me lo cuentas tú, que si no creería que se me estaban pitorreando!  
¿Qué pasó con ella?

— Murió.

— ¡Qué pena, justo cuando por fin la encuentras! —suspiró.

— Sí, qué pena.

— Pero, tú no estás así por ella, ¿verdad que hay algo más? —le preguntó

mientras con la mirada iba desgranado las señales del rostro de la otra.

— ¡Tú tienes mal de amores!

Soledad enrojeció de vergüenza sin poder evitar bajar la mirada.

— ¡Claro que sí! ¿Quién es él?

Soledad le contó su encuentro después del entierro y sus confusos sentimientos desde entonces.

— Estás enamorada —sentenció.

— ¿Qué dices?

— ¡Lo que yo te diga, estás enamorada hasta las trancas, loquita por él!

En una palabra: perdida. Estás perdida.

— Eso es imposible, apenas le conozco. —rezongaba Soledad.

— Cariño, las mujeres como tú no se acuestan con un hombre si no lo aman. A veces el amor no llega con el mutuo conocimiento, con un noviazgo largo sino que surge sin avisar a las primeras de cambio. No hace falta más que una mirada, una leve y casual caricia o un beso... para darte cuenta de que le has encontrado.

Las palabras de Trini seguían sonando en su cabeza como un eco perpetuo. Debió rendirse ante la evidencia. Amaba a David, le había amado desde que sus ojos se encontraron en la luna de aquella tienda de regalos. Sus fugaces encuentros habían poblado sus sueños de erotismo y placer. La había despertado como mujer con sólo mirarla y la había hecho suya con sólo acercarle el aliento. Estaba perdida, como le adivinó la andaluza. Más perdida, si cabe, porque él ya no estaba en su vida. Mercedes ya no existía y ella volvería al pueblo donde no cabría ni la casualidad para encontrarse.

Cuando se hizo evidente que ya no tenían nada que hacer allí y Soledad se cansó de buscar excusas cada vez menos creíbles, decidió que había llegado el momento de regresar. A pesar de saber que por más que esperara él no aparecería, marcharse de allí resultó muy doloroso. Era el único nexo que le quedaba con él y era muy duro perder la última esperanza. Sabía que las historias que se le ocurrían en momentos de debilidad en busca de justificaciones a su ausencia no eran más que mentiras que le envenenaban el alma con quimeras. Pero no podía renunciar a ellas, todavía no, le dolía demasiado. Aquel dolor sordo que se le había instalado entre las costillas no le dejaba respirar. No había amado antes, por eso tardó en darse cuenta de la verdad. Reconocerla fue todavía más cruel. Ella no pensó que sería capaz de

amar de una forma tan apasionada y obsesiva. Ahora se encontraba con que no era correspondida. Nunca creyó que un sentimiento así pudiese ser unilateral, sólo suyo. Era muy triste descubrir que las grandes pasiones son también grandes fracasos. Qué era peor: tener el corazón insensible o tenerlo roto. La segunda opción era más dolorosa.

El aire olía a pólvora. Las tracas te sorprendían en cualquier revuelta y Valencia se engalanaba para celebrar sus ‘Fallas’. Eran principios de marzo y en el aire cálido se esbozaba la primavera cercana. Buen tiempo y fuego para olvidar y volver a empezar. El ambiente sonaba a fiesta y a celebración, pero Soledad no tenía ánimos para festejos. Otro ‘Sant Josep’ sería.

La casera lloraba mientras cargaban el taxi. Pepa la consolaba sin mucho tino.

— Vamos, cualquiera diría que no nos volveremos a ver. En menos que canta un gallo estamos de vuelta.

— ¡Cuánto os voy a echar de menos!

— Rosita, aquí tiene la dirección del pueblo y el teléfono, por si se le ocurre tomarse unas vacaciones y se va a visitarnos. —Soledad estuvo a punto de decirle también “o si alguien viene a buscarme” pero no se sintió con fuerzas. Hubiera sido quedar en evidencia para nada.

Un lazo en la garganta le quitaba la respiración y una presión en el pecho llenaban de angustia sus días. Peor eran las noches. Pensó que alejarse de Valencia y volver a la rutina le ayudaría a recobrar la paz de espíritu que había perdido.

Nada más alejado de la realidad. De la incertidumbre de los primeros días había pasado a sentir rabia y finalmente pena. La tristeza es muy mala compañera, una cómplice taimada que la hizo volver a sentirse esa niña aislada, un bicho raro nacido yermo.

“No he sido más que una tonta. Me ha utilizado para consolarse en un momento de pena. Lo que se habrá reído al ver mi nota...” se repetía una y otra vez, obsesionada y herida. Nunca había tenido suerte con los hombres de su vida, porque iba a tenerla ahora, se preguntaba.

Le habían quitado el tarro de miel cuando apenas había comenzado a mojarse los labios, porque a pesar de la frustración y de la inquina que sentía, le seguía deseando. Se debatía entre la avidez de tenerle entre sus brazos otra vez y las ganas de arrearle una sonora bofetada. Perdió el apetito y llegaron

las madrugadas insomnes. Adelgazó y se convirtió otra vez en una sombra, más atormentada y escaldada que antes.

Pepa, cada vez más preocupada, no sabía qué hacer para ayudar a su sobrina. Le preguntaba, pero ella siempre le respondía con un “no pasa nada, estoy bien tía, sólo necesito recuperar fuerzas”. Soledad sabía de la preocupación de su tía, pero no podía sincerarse con ella, era demasiado íntimo, demasiado doloroso. Cómo contarle que un fuego le abrasaba el alma, que la comezón no la dejaba dormir, que su cuerpo clamaba el del otro. “El tiempo lo cura todo, ya se pasará, le olvidaré”.

Esa mañana había salido a pasear. Pensó que el ejercicio y el aire fresco del amanecer le calmarían. El camino de polvo transcurría por una pendiente entre girasoles y trigales. En la parte más baja, la hoz ofrecía sombra bajo las choperas. Decidió descansar junto al arrollo. Desde allí, el macizo de piedra se recortaba a contraluz. A Soledad aquellos montes le recordaban a Dolores y a Juan en los albores de su relación, cuando esas laderas eran testigos silenciosos del inicio de su amor. En ocasiones había recorrido los pinares buscando la sangre seca de sus progenitores. No encontró ese rincón secreto, aquella linde estrecha que subía por el cerro.

Se encontró a sí misma, a la niña que fue y a la mujer que era. A todas las Soledades que la conformaban. También aprendió a comprender, en parte, a Dolores. Si la pasión de su madre por Juan había sido tan poderosa, entendía el sufrimiento que su muerte produjo en ella. Debieron existir dos Dolores, la que amó y la quedó después de aquella pérdida manca para el cariño.

Dolores fue correspondida. Ella no podía decir lo mismo. A su madre la pérdida se le transformó en locura. Soledad aprendía a sobrellevarlo. Habían pasado dos meses desde su regreso de Valencia. En ese tiempo había decidido que no debía preocupar a su tía. Debía fingir, mantener la calma y mostrarse serena.

La procesión iba por dentro, como un manantial subterráneo que nadie puede ver, pero que aflora a la superficie cuando rebosa. Se ejercitaba en el arte del disimulo, se esmeraba en que nadie se percatara de su tormento. Fijaba su atención en los quehaceres diarios, en el mínimo detalle que mantuviera su mente alejada de él. Los lloros, torrentes imparables que anegaban su cara, quedaban relegados a la soledad de su cuarto o a aquellos paseos matutinos. Sólo entonces se permitía mostrar la desolación que

inundaba su alma. Esa alma que debía encontrarse en el medio del pecho pues era allí donde más le dolía.

Había cerrado los ojos, por eso no le había visto llegar. El tacto de una mano en su mejilla la trajo de vuelta. El susto inicial se transformó en sorpresa cuando se lo encontró arrodillado frente a ella. David estaba allí, a su lado, mirándola. Por un momento pensó que estaba soñando, que su mente le jugaba una mala pasada evocándolo una vez más.

— ¿Qué haces aquí? – articuló cuando se repuso.

Él comenzó a hablar y ya sólo importaron sus ojos, su boca y sus palabras.

— He venido a buscarte. Tu tía me dijo que podría encontrarte por aquí. Me acompañó hasta lo alto del camino.

— ¿Por qué?

— Sé que quizás sea demasiado tarde. Que no tengo ningún derecho a pedirte nada. Durante años me vanaglorié de mi libertad, de mi completa negación al compromiso, de mis numerosas conquistas, de la rapidez con que caían a mis pies mujeres de toda índole, de mi facilidad para cambiar de amante como quien cambia de chaqueta. Todo eso cambió en el momento en que te conocí. Al principio no fui consciente. Mi labor era alejarte de Mercedes, sin embargo, y aunque me negaba a aceptarlo, te buscaba sin necesidad. “No quiero que mi madre sufra más, por eso todo celo es poco”, me decía, cuando sabía que eran meras excusas para volver a verte.

— Me amenazaste.

— Sí, lo hice y me avergüenzo de ello. Te llegué a desear tanto que comencé a odiarte. Si te asustabas y te marchabas, desaparecería aquella obsesión que me estaba cegando. Después, cuando te pusiste a mi lado en el entierro de mi madre... me diste tu mano y me ofreciste consuelo a pesar de lo que te había hecho. Tu sola presencia calmaba mi pena.

— Entonces, ¿por qué no me buscaste o me llamaste?

— Me asusté, preferí seguir con mi vida de antes. Volví a las conquistas de una noche, sin nombre y también sin ataduras, pero siempre aparecías tú. Soledad, tu rostro, tu olor, tus besos me han perseguido en cada mujer con la que intentado olvidarte. He luchado contra esos sentimientos hasta comprender que por más que huyera jamás me libraría de tu recuerdo porque ya eras parte de mí. Te llevo dentro, tan profundo que arrancarte sería

matarme.

— No te puedes imaginar lo que he sufrido estos meses.

— Perdóname.

— Debería castigarte y hacer que volvieras por donde has venido.

— Ya es suficiente castigo tenerte tan cerca y no poder tocarte.

— ¿A qué esperas para hacerlo? ¡Bésame!

David no se hizo de rogar. Ambos se enlazaron en besos nuevos y en nuevas caricias. Les quedaba mucho por explorar y también tiempo para tomárselo con calma.

— Aún no las has dicho —le retiró suavemente Soledad.

— ¿El qué? —se quejó confuso.

— Las palabras que llevo esperando toda la vida.

Él no dudó. Acercó la boca a su oído y le susurró.

— Te amo. No te puedes imaginar cuánto te amo, Soledad, mi Soledad.

## 17

### AVANZAR

El círculo se cerraba. Había vuelto al punto de partida para dar portazo a un pasado que prefería olvidar. Nada bueno quedaba de su infancia y juventud entre esas cuatro paredes de aquel pueblo olvidado y seco. Sentada en el patio trasero observaba el limonero viejo. Aquel espectador pasivo de sus penas continuaba impasible ante su regreso. Los recuerdos se le agolpaban como regueros que pujaban por abrirse paso en la neblina de su memoria. Imágenes que pertenecían a otra Soledad, la que ya no era ella. De la que no quedaba más que la fachada. Un año no es mucho tiempo. Para ella había significado toda una vida, la que antes no le habían dejado vivir.

Se había empeñado en viajar en su estado hasta allí con la feroz oposición de Pepa. ‘Estás loca, no es bueno para el bebé ni para ti. Además, qué se te ha perdido en aquel lugar. Olvida y pasa página.’ Su tía no entendía que precisamente para olvidar y pasar página era preciso volver atrás, retroceder para avanzar. Borrar su huella de ese pueblo sin derecho a nombre. Debía deshacerse de la casa y quemar todo lo que quedaba en ella de su madre y de Mario Facundo. ‘El fuego purifica’ le había dicho Carmen en una de aquellas



mañanas al sol.

La fogata todavía desprendía humo al otro lado del patio cuando una suave llovizna comenzó a caer. Desde la ventana de la cocina, Pepa y David le hacían señas para que entrara dentro. El cielo cada vez se veía más encapotado. Debía entrar dentro antes de que la lluvia arreciara. Primero quería contemplar por última vez la ventana de Dolores, esa madre que nunca llegó a sentir suya.

Desde aquel ventanuco estrecho la veía contemplarla de niña mientras jugaba junto a aquel árbol, su único confidente en la infancia.

Hacía un rato habían visitado el cementerio. Pepa lloró por esa hermana que un día fue su compañera de juegos y secretos. ‘Prefiero recordar sólo lo bueno’ había dicho arrodillada junto a su lápida. Tenía razón, el problema era que Soledad poco bueno podía recordar de Dolores. Pusieron flores en las tumbas de su madre, de Mario Facundo y de don José, aquel médico amigo que poco había resistido a su partida.

Se levantó, palpándose el vientre que ya comenzaba a abultarse, cuando las gotas comenzaron a mojarle el rostro. A lo lejos comenzaban a oírse los truenos. No tardaría en llegar la lluvia recia. Sería fuerte pero pasajera como suelen serlo las tormentas en agosto. Aquella lluvia de verano se le escurría por el cuerpo, liberándola de un pasado triste y doloroso como aquel pueblo del que se marcharía, ahora sí, para siempre.

# **Table of Contents**

[EL\\_VERANO\\_DE\\_LA\\_LLUVIA\\_PILAR](#)